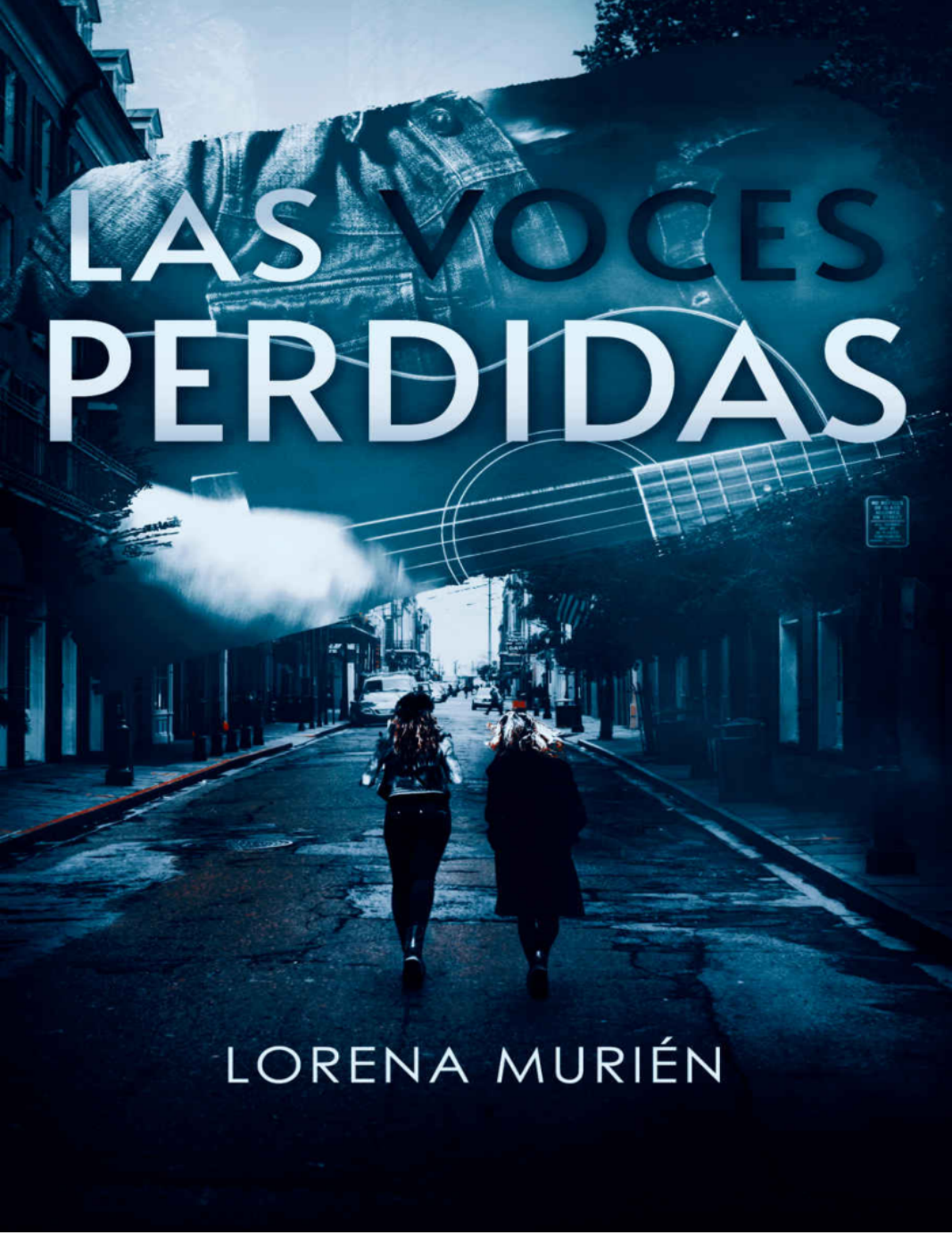
LAS VOCES PERDIDAS
LORENA MURIÉN

LAS VOCES PERDIDAS

LORENA MURIÉN

© 2023 Lorena Murién
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
instagram.com/veronicaespinosa_
Fotografías de portada: Beau Keally, Filip Mroz,Marc-Olivier Jodoin, Jeremiah Diaz.
unsplash.com

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este libro ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial ni terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Esta novela contiene situaciones, escenarios y diálogos que podrían herir la sensibilidad de algunas personas. Cada uno de los personajes creados y reflejados en el interior de estas páginas son de carácter ficticio. Cualquier parecido con personas y experiencias reales, es producto de pura coincidencia.

❝La confianza ciega es un veneno que puede drenarte por dentro...❞

PRÓLOGO

Vivimos igual que soñamos: solos.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

23 de noviembre de 2022, miércoles.

Frío, solo siento frío y esto no es más que el principio. Cuando abro los ojos observo la nada, oscuridad plena, copas de árboles que se mecen al viento, el doloroso grito de la muerte, pérdida tras pérdida sin poder hacer nada al respecto, porque así es la vida, porque así es nuestro trabajo y esto es lo que nos han enseñado. El primer día del fin llegó años atrás, pero lo cierto es que no hayo final a este camino, no cuando es imposible despertar. Dicen que esto forma parte de la vida, que las personas te dejan, unas se marchan, otras se mueren, es una realidad certera, pero yo me empeño en caminar con la esperanza agarrada al pecho, solo para darle un poco de sentido a la lluvia que no cesa.

La puerta se abre ante mí y el aroma me acaricia los labios. Reconocer el olor a madera de este lugar me da escalofríos. Aquí es donde vive el diablo y no me equivoco al pensar en que puedo ser yo.

Abro los labios, pero al final no digo nada, aunque en cierta parte le tema al silencio y este es un miedo que se ha profundizado en los últimos meses, como la jodida costumbre de ocultar mi verdadero estado al resto del mundo, encerrando esa faceta en otra parte de mi mente, ahí donde sonrío, ahí donde todo está bien.

Un palacio, una habitación, un sótano, lo que sea.

Después de todo, hay muchas cosas que no han cambiado. Y parece que va a continuar siendo así.

—¿Dónde estás? —pregunto al pasillo vacío, con el índice puesto en el gatillo.

La sangre me hierve, me palpita en la frente, está a punto de arrancarme el corazón, pero nada me detiene, ni siquiera las fotos con caras sonrientes, ni unos ojos que tienen el sello de la felicidad puesto en todas partes.

Querría tenerla a mi espalda, siguiendo mis pasos, protegiéndome del monstruo, pero ella tampoco está y no la culpo, aquí no tiene espacio y entonces mis labios la echan de menos, tanto como a su tacto, la sonrisa a la que me he acostumbrado o su eterna lógica para

darle sentido a las cosas, sin importar que hable quitando cualquier opción a la réplica. Hay una mesa vacía y por un segundo deseo que contenga miles de piezas de LEGO esparcidas, pero aquí no es posible, tal vez nunca lo será.

Mis pies no se separan del suelo, siguen igual de firmes, aunque por un segundo creo estar volando en una especie de nube, lejos de aquí, ahí donde querría estar, tal vez en la soledad de mi casa, o en el departamento de policía, en muchos lugares menos aquí, con el frío colándose por las grietas de una madera vieja que, de nuevo, acaricio con los dedos, justo antes de ver luz al final del pasillo; una bombilla que choca contra mi linterna, un destello que me ciega.

Ojalá no fuera así, ojalá no estuviera mirándole a los ojos en este momento.

—Katherine, no lo hagas —me pide, su voz suena a súplica.

Veo el horror en su mirada, porque tiene muy claro que puedo ser letal y, de hecho, no se equivoca. No tengo nada en contra de las personas, pero sí contra los asesinos en serie, seres como él.

—No estás en condiciones de pedir nada, levanta las manos. ¡Ahora!

—Detective Fortier…

—¡He dicho que ahora! —Mi voz golpea las paredes, carece de eco, pero este me recorre el cerebro. Intento no parpadear, no dudar, pero hay algo en mí que falla, y sé muy bien lo que es—. No me hagas repetirlo, esto se ha terminado.

De hecho, terminó hace mucho tiempo.

Tal vez fue cuando murió Mila, porque la vida perdió mucho sentido para mí, o quizá ocurrió en otro momento que no recuerdo, hasta que hubo algo que me sacó a medias de esa oscuridad, la razón de mi existencia, el motivo por el que ahora no dejo de apuntar mi arma.

—Sabes que no hay salida —digo y doy un paso al frente—, no lo hagas más difícil de lo que es.

—¿Difícil? ¿Has dicho difícil? —Me sorprende el tono socarrón de su voz, de hecho, un segundo después se ríe y no estoy segura de poder soportar la arrogancia de un hombre que ha destrozado parte de la sociedad en la que creo—. Difícil es tener que soportar un mundo donde la gente se cree que puede prescindir de un hijo, un hermano, un… venga Katherine, tú más que nadie debería entenderlo. ¿Qué habrías sido de no haber tenido a Mila?

—No se te ocurra nombrarla, hijo de puta.

—Tú la mataste y lo sabes.

Tal vez sea cierto. Quizá todo fue por mi culpa, y ese segundo de

duda me cuesta caro. La puerta al final del pasillo se abre y el tipo sale corriendo. *Mierda*. Tardo un segundo en poder reaccionar, pero cuando lo hago no pienso en lo que dejo o en lo que pueda llegar a pasar, simplemente corro con la pistola en mano y la única intención de acabar con este cabrón. Debería pedir refuerzos y la decisión de no hacerlo también me va a costar caro.

Pego mi espalda contra la pared, he cruzado otro pasillo y aunque lo intento, no tengo oportunidad de calmar mi respiración. La cabeza me duele, los dedos me tiemblan y entonces veo una escalera en dirección a un sótano que también soy capaz de reconocer. Hay luz bajo la puerta, ¿y si tiene a alguien más atrapado ahí bajo? Muerdo mi labio inferior y a pesar de estar sola —rompiendo con muchas normas del reglamento— empiezo a bajar escalón por escalón. Al otro lado se escucha una risa, y lo que me parece una conversación.

«Va a ser una lástima que también te pierda, esto la va a destrozar…»

—No, ella no… —Tomo aire y apunto con el arma, todo va a ir, todo tiene que ir bien—. Aguanta un poco.

La madera chirría bajo mis pies, pero ya no hay nada que pueda detener mis pasos, no hasta que un escalofrío me recorre la espalda.

—Katherine. —Cuando pronuncia mi nombre me enfrío como el hielo—. Tú ya has perdido.

Y sé que es demasiado tarde para enmendarlo.

Apunto el arma, él me mira a los ojos. Remy aprieta el gatillo y yo caigo al vacío.

1

La fuerza no es sino una casualidad nacida de la debilidad de los otros.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

23 de noviembre de 2022, miércoles.

El sudor me cae por el cuello, tengo la nuca empapada y el cuerpo me tiembla tanto que estoy a punto de perder el equilibrio. Cuando apoyo las manos cierro los ojos y me digo una y otra vez que no estoy allí, que todo aquello terminó, pero de nuevo, aquí no hay fin para nada, no mientras siga doliendo, no mientras él tenga el control. Fuera se escuchan risas bañadas por la música en eco de The Police. *Demolition Man* me acompaña durante unos segundos, hasta que tengo la fuerza suficiente para abrir el grifo y mojarme la cara. Las gotas chocan contra el lavabo y por un segundo creo que estoy perdiendo la vida por culpa del pánico que me produce recordar todo aquello. Han pasado seis meses, pero tengo la sensación de que fue ayer cuando entré en aquella cabaña, vi a Milano atada y acabé atrapando a un asesino en serie que resultó ser mi mejor amigo.

Ojalá este silencio pudiera ser eterno, pero el presente siempre tiene algo mejor.

—Kat, ¿estás bien?

Ahí está su voz, la que echo de menos por las noches y sobre todo en los sueños donde más sola me siento, donde más necesito que me protejan, donde suplico quedarme atrapada entre sus brazos, pero al final son solo sueños, y esta mi realidad, una en la que no puedo permitirme ser débil, una en la que tengo que esforzarme por seguir adelante, para cumplir con la promesa que hice a todas las personas que creen en mí.

Cierro el grifo y me seco con la toalla, es hora de poner una sonrisa en mis labios y ser más detective que mujer.

—River, ¿qué haces aquí? Deberías estar disfrutando de la fiesta.

—Digamos que te echaba de menos. —Su respuesta viene acompañada de esa maldita sonrisa que tengo tatuada en todas partes, en los lugares más recónditos de mi mente, de mi piel, de todo mi cuerpo—. Pero eres tú la que no está disfrutando nada.

A veces me pregunto cómo lo hace, saber reconocer cuando algo me perturba incluso antes de que yo pueda analizar mi propio estado.

No quiero pensar en ello, así que le dedico una sonrisa y me apoyo en la puerta mientras la miro a los ojos.

Odio mentirle, pero es mejor así.

—Supongo que he bebido más cervezas de lo normal, no estoy acostumbrada a… ya sabes.

—¿Ir a una fiesta de cumpleaños como hace la gente normal? —Milano se echa a reír y su gesto me parece la luz más bonita de un mundo donde solo me rodea oscuridad—. Ya… a mí también me pasa, de hecho, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una celebración con amigos, compañeros de trabajo y una mujer que es… brillante.

Ella se muerde el labio inferior y automáticamente deseo que hinque sus labios en otra parte.

—Supongo que lo dirás por ti, ¿no? —bromeo.

—Eres imposible, algún día terminarás por creer en el valor de tu presencia para el resto de las personas, yo ganaré mi apuesta y tendrás que pasarte una noche entera pagándolo con besos.

—No necesitas ganar una apuesta para eso, ¿lo has olvidado? —Lo primero que se me pasa por la cabeza es atrapar esa camisa que lleva con mis dedos, encerrarla en este cuarto de baño y olvidarme por completo de toda la gente a la que no tengo ganas de sonreír. Pero este no es mi día y aunque su mirada parece estar analizando lo que pienso, opto por moverme y mirar a mi alrededor—. Por ahora, será mejor que salga ahí fuera para preparar el detalle más especial de la fiesta.

Me acerco a sus labios, pero no la beso. Eso provoca que Milano frunza el ceño y esté a punto de darme un manotazo, acto al que me adelanto para que se cabree un poquito más.

Otra de sus tantos estados que me encantan.

Dejo un beso rápido en su cuello y le sonrío.

Cuando le doy la espalda arreglo mi pelo y me giro para mirarla a los ojos, me encojo de hombros y llevo las manos hacia el botón de una blusa en la que se ve el recorrido que va marcando el agua. Acaricio con mis dedos uno de sus lunares favoritos y ella me devuelve la mirada con ese fuego que enciende su cuerpo en cuestión de segundos, algo a lo que me he vuelto adicta, como a otras tantas cosas que tienen que ver con ella.

—Detective… —En cuanto miro a Anthony se queda paralizado, puede que desee que la tierra le trague en este momento—. Perdón, Katherine, es que no me acostumbro.

—Llevamos meses trabajando juntos, aquí el rango no importa.

Las mejillas se le encienden y yo tengo que aguantar la risa. A mi espalda Milano nos observa como si esperara que lo fuera a matar con

alguna orden, y no se equivoca al leer ese deseo, pero esto no es la comisaría así que, por esta noche, está a salvo.

Todavía me resulta extraño reconocer en mí una faceta que hacía tiempo oculté en lo más profundo de mi corazón.

Tengo personas que me aprecian, seres a los que también quiero, amigos y también… bueno, la tengo a ella.

—¿Querías algo?

—Ah sí, perdone… perdona, dios, es que no sabemos dónde está la tarta.

Esto es el fin del mundo, bromeo para mí misma.

—Yo me encargo, mejor vuelve con Claudia, preparar las luces del salón y que todo esté listo para cantar el cumpleaños feliz. —*No puedo creer que esté diciendo esto*, me repito. Mis pensamientos se detienen en cuanto vuelvo a os ojos de Anthony y los rizos rubios que le caen sobre la frente—. ¿A qué esperas? Muévete.

—Sí detec… Katherine, voy.

—¿Por qué todo el mundo me tiene miedo? —susurró, con la esperanza de que nadie me escuche.

—Tal vez sea porque puedes matar con una mirada. —En cuanto escucho a Clyde me sobresalto, giro sobre mis pasos y me quedo paralizada por cómo se ve mi expresión en la profundidad de sus ojos —. No me digas que es mentira.

—No iba a decir eso, me alegra que estés aquí, pensé que no vendrías. Odias las fiestas tanto como yo —me burlo, después lo abrazo oliendo su perfume, siendo rodeada por unos brazos que durante mucho tiempo consiguieron salvarme incluso de mí misma—. River debe de estar contentísima con este logro.

—Hace un momento estaba canturreando, yo diría que está muy feliz.

Ambos nos reímos y recuperamos en un segundo la chispa de esa amistad que nos ha unido a lo largo del tiempo.

—¿Tú estás mejor? —pregunta y las arrugas que se dibujan en su expresión me dicen que está preocupado, más de lo que yo pueda llegar a creer—. Ya sabes que si necesitas unos días…

—No, no, todo está bien —miento, un poco al menos—. Hablarlo con Elizabeth me ayuda mucho.

El silencio que se crea entre ambos hace que mi credibilidad se tambaleé frente a Clyde y por esa misma razón le sonrío y vuelvo a abrazar.

—Voy a preparar la tarta, será mejor que contengáis a Milano, me temo que mezclar tantos caramelos con alcohol nos va a traer serias consecuencias.

—Yo también. —Clyde se ríe conmigo y eso me hace sentir mucho mejor.

Por lo menos no he tenido que admitir frente a él que las sesiones de terapia no me están ayudando todo lo que deberían, algo que podría cambiar si yo me dignase a decir toda la verdad, pero no puedo hacerlo, no cuando continuar trabajando depende de ello.

Suspiro y me aparto el pelo de la cara. Cuando entro a la cocina me aseguro de que todo en mí refleje lo que quiero mostrar ante los demás. Me giro y observo a todo el grupo en el salón de una casa que es preciosa y que Milano alquiló un par de meses después de cerrar el caso que nos llevó a conocernos. El nombre de él se me queda atascado y noto un pinchazo que me oprime el corazón, parpadeo y la figura de Remy se dibuja frente a mis ojos, lleva un cuchillo y me apuñala hasta quedarse con el órgano entre sus manos. Trastabillo y mis manos se aferran a la encimera, otro parpadeo y él se esfuma, tal y como ha llegado.

El muro transparente que se alza frente a mí y me separa del resto me encierra en una burbuja donde desearía poder quedarme todo el día, toda la noche, toda la vida.

Las manos me tiemblan y muerdo con fuerza mi labio inferior. Joder, debería pedir ayuda, podría contárselo a ella, después de todo Milano me entiende como nadie, y supongo que eso es precisamente lo que más me asusta, que llegue a conocerme hasta un punto en el que también me tema. *No, tengo que centrarme. ¡Vamos, céntrate!*, me ordeno. Busco las velas en uno de los armarios y mis dedos acarician las tazas que ella y yo hemos utilizado en cada uno de los desayunos que he disfrutado a su lado, en un lugar que se ha vuelto en mi escape favorito.

Poco a poco voy colocando las velas en una tarta que es todo chocolate y caramelo. Estoy segura de que comer esto tiene un índice de mortalidad más alto que el de una bala, pero hoy es su día especial, su treinta y siete cumpleaños, el primero que vivimos juntas y mejor…, sí, es mejor que no piense en estas cosas.

—Milano. —La llamo por su apellido a propósito mientras camino hacia el salón.

El movimiento de las llamas pequeñas se refleja en el suelo.

Veo sombras, veo sonrisas, veo mucho más.

Las estanterías llenas de libros y las mesas con decenas de cajas de LEGO me parecen la combinación perfecta para un sitio en el que podría quedarme más de lo que he debido expresar.

Como era de esperar, el primero que empieza a cantar es Anthony. Poco después se le unen Claudia, Dennise y también Clyde. Les miro a los ojos y después me fundo con el color del fuego en la mirada de

Milano. A su lado sonríen sus amigos del FBI, aunque algo me dice que también le hubiera gustado tener la presencia de sus madres aquí. Supongo que otro año será. El ambiente se vuelve dolorosamente familiar, porque los cumpleaños dejaron de tener sentido para mí cuando Mila murió. Sin embargo, todo cambia cuando la cumpleañera sopla las velas y me mira como si su deseo fuera para mí, un pensamiento que me hace dibujar una sonrisa.

Dejo la tarta sobre la mesa y cuando estoy a punto de servir los platos, todos nuestros teléfonos reciben un aviso.

Dicen que esto forma parte de la vida y que puede que nunca tengamos escapatoria. Mis ojos chocan con los de Milano, después miro a los demás y cuando respondo a la llamada sé que la muerte vuelve a llamar a nuestra puerta.

•••

Al llegar al 137 de Chartres St parece imposible contener a la cantidad de curiosos que revolotean por el escenario como si fueran cuervos dispuestos a llevarse un trozo de carne. La mala sensación que se me instala en el estómago no me gusta y crece en cuanto veo a un grupo de periodistas apostados frente a la puerta de un edifico que tiene pinta de haber sido abandonado hace mucho. Milano se me queda mirando y después toca el claxon como si se le fuera la vida en ello, a pesar de que soy yo quien está conduciendo.

—No me gustan los cotillas —dice en cuanto la miro.

—Ya, a mí tampoco… —Esto solo puede indicarnos problemas y más problemas.

Tardamos unos segundos más en poder aparcar el coche sin interferir con la presencia de todas las personas que deberían de estar en sus malditas casas u ocupadas en otra cosa que no sea alimentar su odiosa curiosidad.

Aprieto los dedos alrededor del volante durante un par de segundos y después suspiro. Milano vuelve a mirarme y sé lo que me quiere decir así que afirmo y pongo un pie fuera del coche en el momento justo para escuchar parte de la información que ya se debe estar transmitiendo en el noticiero nacional:

«A falta de confirmación oficial, los primeros datos indican que el cadáver encontrado a eso de las diez de la noche pertenece al desaparecido Fabien LeBlanc. Sus familiares…»

—¡Eh! —grito e inmediatamente busco a Anthony—. Encárgate de esto, que despejen toda la zona para que el equipo forense pueda hacer su trabajo, no quiero ni una sola cámara apuntando hacia este edificio. Acógete a la ley si es necesario.

—Hecho.

—¿Quién le ha encontrado? —pregunto antes de meterme de lleno en el escenario.

—Un vecino, se llama Marcus y trabaja en la tienda de música, ha dicho que se encontró con la puerta del edificio abierta cuando salía de trabajar, entró para echar un vistazo y el resto ya lo sabemos. —Anthony suspira y mira a nuestro alrededor, como si quisiera ver algo más.

—Que le tomen declaración, te quiero ahí arriba conmigo.

Mi siguiente orden es que acordonen la zona y que los investigadores se unan a Milano y a mí en el escenario del crimen.

Ella se adelanta un par de pasos, parece mucho más preparada que yo para afrontar lo que nos podamos encontrar y no me equivoco, porque todavía me cuesta entrar a un lugar desconocido sin tener la sensación de que voy a acabar atrapada en un sótano como ella. Su entereza para afrontar todo es digna de admirar, algo que todavía no le he expresado a viva voz y que no sé si tendré fuerzas para hacerlo.

Nada más atravesar la puerta nos encontramos con dos estancias vacías y con un fuerte olor a moho. Como imaginaba el lugar no tiene más que unos pocos muebles viejos y rotos por el paso del tiempo, tan llenos de polvo que su color original apenas se aprecia. Los pasos se escuchan en el piso superior, ambas enseñamos nuestra placa y dejamos que la luz de las linternas ilumine nuestro recorrido hacia un escenario que huele mucho peor que a muerte.

Mientras me tapo la boca veo como las telarañas cuelgan de las esquinas y techos, todas las ventanas están tapiadas con tablones de madera y eso me dificulta mucho más el poder respirar.

—Creo que esto va a ser una pesadilla… —susurro y echo una mirada a mi alrededor—. ¿Milano?

Nada más llamarla se detiene y se queda estática como un muro de piedra.

—¿Qué pasa?

—No es una pesadilla, es una macabra realidad —me responde y se aparta para que pueda ver lo que su cuerpo esconde.

Trago saliva con dificultad, de repente tengo la garganta seca y el corazón se me cae a los pies. Ilumino todo lo que hay frente a mis ojos con la linterna y un segundo después me hubiera gustado no hacerlo. Claudia se me queda mirando y con los guantes puestos se aparta del cadáver antes de venir hacia mí.

Me habla, pero yo ya no la escucho. Como si estuviera sola, camino por el escenario grabando en mi mente cada uno de los detalles que veo: las paredes manchadas de sangre, marcas de uñas y señales

escritas con desesperación, en la esquina del fondo hay un colchón sucio y desgastado, un cubo y una bandeja abombada. Imaginar este espacio siendo la cárcel de una persona me quema de frio debido al escalofrío que recorre mi espalda. Los murmullos crecen tras de mí, pero no es eso lo que me perturba sino los periódicos que hay esparcidos por el suelo con la noticia de la desaparición de Fabien LeBlanc en portada.

—¿Está confirmado que sea él? —Mi pregunta va hacia Dennise.

Ni siquiera sé si en realidad está aquí.

—A pesar de su aspecto, sí, LeBlanc tenía una cicatriz en el hombro que no deja lugar a dudas, es lo primero que hemos confirmado.

—¿Cuánto lleva sin vida?

—Entre veinticuatro y treinta y seis horas, lo confirmaré cuando le haga la autopsia.

La voz de Dennise suena pesada y no es para menos, porque este detalle indica que la víctima pasó sus últimos meses de vida encerrado aquí.

El estómago se me retuerce de solo imaginarlo.

Muerdo el interior de mis mejillas con fuerza y me giro para llevar mis pasos hacia el cadáver. El cuerpo está vestido con una camisa de cuadros azul o quizá sea verde, está rota y sucia por todas partes. Bajo la tela ya puedo ver múltiples cicatrices y alguna que otra herida abierta junto a varias marcas que me advierten del sufrimiento que esta pobre alma ha vivido durante todo este tiempo. Los vaqueros que cubren sus piernas no están en mejor estado por no hablar de sus pies y manos. Cuando enfoco con la linterna veo abrasiones en muñecas y tobillos, recorro poco a poco el cuerpo de la víctima y choco con unos labios rotos cubiertos en gran parte por una barba descuidada. No sé si su expresión guarda horror o alivio, quizá un cóctel de ambas. Tiene los pómulos marcados por culpa del hambre y los ojos cerrados. Prefiero que esto último siga así porque tengo muy claro qué veré bajo sus párpados.

El cuerpo se ve como una marioneta que ha caído sobre una silla.

—Fue estrangulado —digo al iluminar su cuello—, ¿por qué el asesino le habrá desatado de pies y manos?

—Para darle la liberación que tanto pidió durante este tiempo. —Milano se coloca a mi lado, es tan minuciosa que no acaricia ni un solo detalle del cadáver que tiene frente a ella a pesar de que lleva guantes—. Todo lo que se ve aquí parece un mensaje para sí mismo, una forma de mantener su propia cordura, los periódicos, recortes de sus mejores momentos…

—Tiene sentido, Fabien fue compositor y guitarrista de Polaris. La

que iba a ser su primera gira se suspendió por su cantante en cuanto se conoció la noticia de su desaparición.

Claudia suspira y cuando nos miramos asiente como si ya supiera que le voy a pedir.

—Me pondré en contacto con él.

Los flashes golpean las paredes, no sé cuántas fotografías se toman del escenario ni la cantidad de pruebas que hay a nuestro alrededor. Lo importante es empezar cuanto antes así que analizo el lugar donde la víctima parece haber vivido durante todo este tiempo, puede que la habitación sea grande, pero estoy segura de que él se sintió encerrado en una caja de zapatos.

El ambiente se tensa de repente, el silencio lo gobierna todo y eso no me gusta.

Parpadeo y ya estoy recorriendo un pasillo de nuevo. Todo se enfría a mi alrededor hasta que unos dedos me tocan y sobresaltan.

—Detective Fortier —La voz de Anthony me saca de este maldito estado al que ya me estoy acostumbrando—, debería ver esto.

Asiento y enfoco la vista hacia una fotografía que lleva entre manos. No sé bien en qué lugar fue tomada, pero no es eso lo que me importa, sino el mensaje que hay escrito atrás:

«Ella será quien te encuentre.»

2

Pero había una verdad, una verdad desnuda de la capa del tiempo.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

24 de noviembre de 2022, jueves.

En el reloj se marcan las tres y ya siento como la desesperación empuja mi corazón fuera del pecho. Sobre la mesa se enfría el cuarto café de la noche y las nubes se mueven lentamente a lo largo de un cielo que parece dibujar sonrisas macabras y ojos que me miran sin importar hacia donde dirija los míos. Tengo las manos en los bolsillos en un pequeño intento porque no se note cuánto odio que la vida de estos giros inesperados que son tan comunes en el día a día de nuestro trabajo. La sala está en silencio, lo único que se escucha es el caramelo de *toffe* que se mueve en el interior de mi boca y cuando me giro para ver el panel que pronto se llenará con todas las fotografías que hemos obtenido del escenario, la puerta se abre a mi espalda.

—Creo que ya tenemos todo por ahora. —Milano entra en escena con una enorme caja que le tapa toda la cara. De no ser porque está a punto de tropezar me habría quedado en mi lugar observándola un poco más—. Anthony está con el informe preliminar, espero que no te importe, pero he mandado a Claudia a casa, se supone que tenía el día libre por un asunto familiar y hasta que no tengamos los resultados de la autopsia…

Su voz se apaga en cuanto se da cuenta de que debe respirar. Eso me hace sonreír, quizá por última vez en mucho tiempo.

Quiero besarla y que nos olvidamos de todo lo que nos rodea, pero no puede ser.

—No te preocupes Milano, además ya sabes que prefiero ocuparme yo. Salvo que tú no estés de acuerdo —me burlo y ella se cruza de brazos.

—¿Debería recordarte cómo acabaste la última vez que dejaste de dormir por culpa de una investigación?

—No, gracias —respondo y carraspeo antes de abrir la caja.

Por su silencio y mi expresión habrá deducido que un millar de recuerdos han volado a mi mente en cuanto ha pronunciado esas palabras.

—Kat, no tenía intención de molestarte, lo siento.

Niego.

—Tú no tienes la culpa de que mi mejor amigo sea un asesino en serie que también mató a mi hija. —La naturalidad con la que me encojo de hombros me sorprende hasta mí—. En fin, mejor nos ponemos con esto, voy a preparar más café para las dos.

—Sí… —Milano se queda en silencio durante unos segundos, mira a un lado y a otro y después carraspea antes de dirigirse a mí de nuevo —. Quería agradecerte lo que has hecho hoy, la fiesta ha sido maravillosa y mis amigos volverán a casa contentos y sin rechistar. Eso es todo un logro.

—No ha sido nada, tu cumpleaños no debería de haber terminado así.

—Así es nuestra vida y nuestro trabajo, no podemos impedir que la gente mate, ¿no?

No, no podemos y es una putada, quiero decirle.

—Ya lo celebraremos en otro momento —me dice y hace hincapié en esa palabra.

Su sonrisa delineada en rojo me calma por completo, como también el olor mezclado de cítricos y menta que desprende su piel.

Antes de perderme una vez más en el gris de sus ojos le lanzo un caramelo de nata y fresa y me dedico a preparar cuatro cafés bien cargados para afrontar las siguientes horas que tenemos por delante. Dennise ya ha confirmado que la víctima es Fabien LeBlanc y sus padres y hermana también han prestado declaración ante la presencia de Clyde, quien nos ha transmitido un mensaje de agradecimiento por parte de la familia, aunque no entiendo qué tienen que agradecer.

—La hermana de Fabien se ha sentido aliviada porque el calvario de él haya terminado, mirándolo con perspectiva quizá esto es lo mejor que le ha podido ocurrir.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto mientras empiezo a ordenar las fotografías.

El aroma a café se impregna en cada una de las paredes y no sé por qué eso me alivia bastante.

—Quienes sobreviven a este tipo de eventos tienden a no recuperarse, pueden superar el trauma, es cierto, pero ya no vuelven a ser los mismos, aunque puedan hacer vida normal. —Milano coge una de las fotografías y me mira a los ojos—. Durante mi primer año en el FBI rescatamos a una víctima de secuestro, ya han pasado más de ocho y todavía intenta convivir con las secuelas. No sé, creo que al final morir y no estar muerto en vida, es mucho mejor.

—Es una manera un tanto macabra de verlo. —El estómago se me

encoge, intento ignorar la sensación que esto me produce y comienzo a pintar el caso en el panel que tenemos delante.

—Todavía tengo miedo —declara y eso me hace volver la cabeza. Por su sonrisa no lo parece en absoluto y otra vez vuelvo a comprobar que nada es lo que parece—. Cuando te cosifican o convierten en objeto es inevitable que tu autoestima no se vea afectada, llega el insomnio y comienzas a experimentar una terrible ansiedad con la inhibición de respuestas constructivas como la falta de atención y cosas así. —Milano suspira y vuelve a sonreír—. Cada caso es un único, sí, pero creo que Fabien no se habría recuperado nunca.

—¿Por qué no me lo habías contado hasta ahora?

—Porque tú no puedes ayudarme, no cuando estás en el mismo círculo, de la misma manera que yo no puedo ayudarte a superar a Remy, aunque sí podamos capear el temporal juntas —añade y sus ojos brillan al chocar contra los míos.

Me gusta cómo suena eso, me encanta escuchar esas palabras a través de sus labios. Y aunque lo crea imposible, eso me hace sentir mucho más fuerte.

Porque de un modo u otro, nos tenemos la una a la otra.

...

Tras veinte minutos en silencio hemos conseguido construir las primeras piezas del caso sin volvernos locas en el intento. Anthony está de brazos cruzados observando cada una de las fotografías que están colocadas bajo tres títulos: «motivación», «escenario» y «pistas». En la última se ve mi imagen con la frase escrita a un lado. *Ella será quien te encuentre*, me repito a mí misma en un intento por comprender que significado puede tener. Doy un sorbo al café y dirijo la mirada hacia Clyde, quien parece estar más afectado de lo que nos ha dejado saber.

—Me inquieta la idea de tener un fan.

—Tal vez no sea exactamente eso, quizá simplemente utilizó tu imagen para darle esperanzas a Fabien —comenta Milano.

—No sé qué es peor, jugar así con una persona… me dan ganas de vomitar. —La voz enfurecida de Anthony se une a los sentimientos que ninguno puede guardar en un rincón de su mente.

—¿Cuáles son tus primeras teorías, Milano? —Clyde habla con firmeza y de inmediato cojo un bolígrafo para anotar cada una de sus palabras.

Todavía tengo en la mente la primera vez que hizo un análisis para el departamento, y ahora hasta eso me excita. Las cosas han cambiado demasiado.

—Los signos de tortura indican que esto es personal, nuestro asesino conocía bien a la víctima. En algún punto del pasado mantuvo una relación cercana con él, quizá todavía la tuviera. —Milano se acerca a las fotografías y observa el escenario—. La forma en la que le privó de su libertad sugiere escarmiento, una venganza. Le arrebató todo lo que tenía cuando estaba a punto de saborear su mayor éxito musical, como probablemente a nuestro asesino le quitaron algo de igual valor. Yo empezaría por sus amigos o cualquier persona cercana a Polaris.

—¿Y si ha sido algún fanático?

—Cualquiera podría creerlo, pero de ser así todo habría sido más rápido, más expuesto a los medios. Una persona normal que no tenía una relación cercana con LeBlanc nunca se habría tomado la molestia de secuestrarlo durante sesenta y cuatro días para después acabar con su vida. El asesino ha construido un escenario donde cada detalle cuenta, desde el edificio abandonado hasta el colchón que le dejo para dormir. Le dedicó tiempo y probablemente se sintiera muy orgulloso de ello, además de satisfecho.

—¿Por qué lo mató entonces? —Anthony hace la pregunta que se me ha pasado por la cabeza.

—Porque completó el círculo, una vez que todo perdió sentido para Fabien y se rindió, ya no tenía sentido continuar, su verdugo ganó el juego. —El semblante de Milano cambia por completo y después intenta sonreír—. Y volviendo a la fotografía de Katherine, presiento que no fue más que una forma de llevarlo a otra realidad alternativa, una donde la víctima creyó que sería rescatada de ese dragón malvado, también una manera de llamar nuestra atención. Estoy segura de que el asesino le obligó a escribir esa frase con tal de crear impacto.

—¿La imagen no te dice nada? —Clyde se dirige a mí.

Yo niego y muerdo el interior de mis mejillas en un intento por recordar algo.

—No sé, podría ser cualquier lugar, no hay nada en el fondo que me sugiera un sitio en concreto y esa es la chaqueta que siempre llevo. Podrían haberla tomado tras resolver el caso de *Ictero* o… en cualquier otro momento.

—Está bien. Anthony, empieza por cualquier conexión con Polaris, ya sean amigos, compañeros de trabajo, quien sea. Cuando vuelva Claudia quiero que os enfoquéis en eso. Katherine y Milano, crear una línea temporal antes y después de su secuestro, cualquier dato que la familia pueda dar será relevante, quiero el primer informe con los avances sobre la mesa en dos días. Se acabó el descanso.

Clyde cierra la carpeta que lleva entre manos, sé bien a lo que se

refiere con descanso porque tiene el don para ser consciente de cuándo un caso nos va a quitar horas de sueño.

Puede que los últimos meses hayan resultado más fáciles en el departamento, pero yo nunca lo he visto así, no cuando Nueva Orleans sigue siendo un epicentro para muchos de los asesinos que hoy están entre rejas. La puerta se cierra y me despido de Anthony antes de que Milano se cruce de brazos, como si quisiera que liberara mi corazón.

—Que Clyde se muestre tan frío me altera.

—Su posición no es fácil, el ya no trabaja sobre el terreno como nosotros, buscan que dé resultados y supongo que eso cambia la visión de las cosas. —Milano sonríe y echa un último vistazo al panel de pruebas—. Será mejor que descansemos, mañana nos espera un día duro, supongo que Dennise nos requerirá en la sala de autopsias.

—Sí, aunque, ¿no ibas a volver a Nueva York para ayudar en una investigación?

—La semana que viene, ya sabes cómo es la burocracia por allí, a veces no tengo claro que trabajar como enlace sea una buena idea. —Que diga eso me sorprende.

—¿Y qué sugieres, quedarte aquí para siempre? Estás loca. —La ironía que carga mi voz parece que no le sienta nada bien y me doy cuenta de inmediato—. No sé, allí todo tiene que ser un poco más… ¿emocionante?

—Yo no usaría esa palabra, pero sí, supongo que tienes razón. ¿Nos vemos a primera hora? —Milano se acerca a mí y besa mi mejilla y yo la atrapo un momento con mis manos con tal de tenerla un poco cerca de mí—. No se te ocurra quedarte aquí trabajando, seré la primera en darme cuenta.

Antes de que se separe de mí quiero decirle que puedo ir con ella a casa, pero su mirada me detiene de inmediato.

No sé cómo lo hago para cagarla siempre tanto.

La puerta de la sala se cierra y me quedo en silencio, lo justo para meditar mis palabras y pensar en el tiempo que tenemos por delante para encontrar respuestas. Milano tiene razón, mi primer impulso es quedarme aquí investigando toda la noche, pero el teléfono vibra y veo un mensaje de Nick:

«¿Vienes a casa un momento? No puedo dormir y por lo que he visto en las noticias seguro que estás despierta.»

—Cómo odio que me conozcan tan bien.

Aunque miento, pero Nick siempre tiene el don de aparecer en el momento justo y ese es el único motivo por el que sonrío, cojo mi chaqueta de cuero y me encamino hacia el coche mientras la madrugada de Nueva Orleans parece juzgar mis pasos.

Afortunadamente tardo poco en llegar y cuando aparco el coche veo a mi hermano sentado en el porche de su casa con dos cervezas negras a su lado.

Mi expresión brilla de inmediato.

Aunque esa sensación se esfuma en cuanto lo miro a los ojos, al parecer yo no soy la única que tiene problemas para conciliar el sueño desde lo ocurrido.

—No deberías estar bebiendo a estas horas, ¿no tienes que madrugar?

—Mañana tengo el día libre y necesito contarte algo. —Nick me abraza y con el choque de su pecho contra el mío siento que algo no va bien.

No me gusta ser tan intuitiva, ni dentro del trabajo ni fuera de este, porque tiendo a no equivocarme con cada una de las deducciones que formo en mi mente, a pesar de que algunos han logrado engañar a mi profesión de una forma que duele, demasiado. En silencio, me siento a su lado y cojo mi botellín, me gustaría poder ver a Ben, pero es mejor que no entre a casa para cumplir con la petición de mi cuñada y así venir a comer algún día.

Ambos nos zambullimos en un silencio de segundos, bebiendo cerveza mientras nos quedamos en esa burbuja personal que tanto nos protege.

Deseo preguntar qué pasa, qué es eso que tiene a mi hermano sin dormir, pero él se me adelanta y sus palabras son tan filosas como un cuchillo clavándose en mi estómago.

—Me ha llamado —dice y al segundo sé a quién se refiere—. Quiere que vaya a verle.

—Tiene que ser una broma, Nick, no se te habrá ocurrido…

—Le he dicho que sí. —Con su respuesta estoy a punto de tirar la cerveza. Me tenso al segundo y siento ganas de abofetearlo aquí mismo—. Sé que no te parece bien, pero es… él es.

—Un asesino, Nick, no te olvides ni por un segundo del daño que ha hecho a nuestra familia, por no hablar de todas sus víctimas y los que ha dejado en pie. Incluso Milano… ¿de verdad te lo estás planteando? —digo, y no es exactamente una pregunta.

—Quiero saber por qué, necesito que me mire a la cara y me cuente por qué le quitó la vida a nuestra madre, por qué hizo todo lo que hizo.

—Ya lo sabes, ¿te recuerdo que yo misma lo interrogue antes de que lo trasladaran a la Penitenciaría Estatal? Estás loco si piensas que es eso realmente lo que busca, las personas así… Nick, esto no va a salir bien. —Lo sé porque puedo sentirlo en el centro de mi pecho y ni

un buen sorbo de cerveza se lleva esa sensación—. Sé que nada te hará cambiar de opinión, pero si valoras tu presente y a tu familia, lo dejarás estar.

Me pongo en pie y le miro a los ojos, me gustaría poder decirle otra cosa, pero lo cierto es que no tengo palabras para expresar como me hace sentir todo esto. Cuando él se levanta le doy un abrazo y hundo mi rostro en la curvatura de su cuello. El perfume de Nick siempre me recuerda a infancia, a juegos en el jardín, a risas con nuestros padres y a un pasado donde ambos corríamos con Alexander inconscientes del mal existente en el mundo. Beso su mejilla y me quedo un segundo mirándole a los ojos mientras acaricio el mismo lugar donde he posado mis labios. Noto con mis dedos la barba incipiente y la velocidad con la que late su corazón, verle así me deja sin habla porque noto el dolor atravesar su semblante con tanta fuerza como la rabia que me produce a mí pensar en Remy. Pongo las manos sobre su pecho e ignoro todo lo que hay a nuestro alrededor.

—Perdóname, no quería ser tan brusca —le digo, aunque no tengo fuerzas para añadir algo más.

—Lo sé, y también sé que esto no es fácil para ti, pero entiéndeme, tengo que hacerlo.

Quisiera decirle que no, que no lo entiendo, que es un egoísta por pensar así. Quisiera mostrar toda la rabia en mi interior para hacerle comprender que esto es una locura, pero lo cierto es que si yo estuviera en su lugar… también querría respuestas.

3

El artista apela a nuestra capacidad para el deleite,
para la admiración; a nuestra intuición del misterio que rodea la vida.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

17 de agosto de 2022, miércoles.

Eran las diez de la mañana y de repente se dibujó una sombra en el cielo que partió en dos la armonía de un día en el que jamás olvidaré como el sol no tuvo protagonismo a pesar de encontrarnos en un verano infernal. Las gafas de sol cubrían mis ojos cansados, aunque con solo verme se podía adivinar que llevaba noches sin dormir. Nunca un juicio me pareció tan letal, nunca una traición me dolió tanto, una bomba que me explotó en la cara y que se llevó gran parte de lo que había en mí, por más que no tuviera cicatrices visibles.

El furgón ya estaba listo para trasladar a Remy a la Penitenciaría Estatal y yo rogué porque todo pasara lo más rápido posible. Me encontré de pie, apoyando la espalda en la pared y rogándole al tiempo para que el día se apagara de una vez, aunque de inmediato supe que el presente no tendría indulgencia conmigo. Quizá solo fuera mi sensación, pero el edificio tenía una pinta lúgubre, como si quisiera abrazar con sus propios muros al hombre que de repente se plantó ante mí, vestido con un traje gris perfecto y con esa sonrisa a la que tantas veces recurrí para dar lucha a mis demonios. El corazón se me congeló en el pecho cuando él me sonrió, esposado con las manos delante, pero con ese orgullo característico que parecía no debilitarse por nada.

—Supongo que esta es nuestra despedida —dijo, hablando como si fuera el mismo de siempre.

Me imaginé estando con él, en el porche de mi casa o tomando algo en el Cafe Beignet de Decatur Street y en ese momento me pregunté si cada vez que nos vimos no fue más que un engaño para cumplir su cometido.

—Tienes miedo a que pueda salir corriendo, ¿verdad? —No sé a qué vino su pregunta, pero el tono de su voz me dio tanto asco que estuve a punto de darle un puñetazo en la boca del estómago—. Venga Kat… no estés tan seria.

—No vuelvas a decir mi nombre.

—¿Ya no seremos amigos? —Los dos agentes que le custodiaban se me quedaron mirando, leyendo las mismas intenciones que Remy debió ver a través de mis ojos cuando me quité las gafas de sol—. Yo jamás te odié, tú no formabas parte de esto y lo que dije era cierto, siempre la quise, a las dos. Puede que no me creas, pero tú no conociste a un asesino.

¿Cómo podía creer en esa sonrisa cuando había dejado tantas víctimas a su espalda? Fue lo primero que me pregunté antes de cerrar los puños y tener que respirar hondo para no dejar que la rabia se apoderara de mí. Podía haberle roto la cara, sí, pero eso me habría costado una suspensión y él no iba a conseguir quitarme mi trabajo, al menos, eso no.

—Mi único alivio es que pasarás el resto de tu vida entre rejas —espeté, acercándome a él con la furia bañando mis ojos—, no te mereces ni la muerte, veremos cuanto aguantas ahí dentro sin volver a ser tú, porque créeme, nunca lo serás.

Escupí mi odio y malestar por la boca, decenas de personas atravesaron el escenario a su espalda, todos volverían a sus vidas, pero yo jamás olvidaría, ni mi hermano o Milano, como todas las familias que se convirtieron en víctimas debido a sus actos. Mirarlo a los ojos se sintió como una montaña rusa de emociones, estaba lo bueno y lo malo, incluso pude sentir su verdadera risa en mis oídos a pesar de haber creído que todo era falso, que todo formaba parte de su odiosa mentira.

Los dedos me picaron y el centro de mi pecho ardió. Le odiaba, claro que le odiaba, pero más odié la sensación que me produjo saber que ya no le tendría en mi vida, que Remy no estaría para poder abrazarme, reírse conmigo o burlarse cada vez que me llenaba de azúcar al comer *beignets*. Lo supe en cuanto sentí como el océano de ese color en sus ojos me bañaba por completo. Iba a echar de menos a mi amigo y en el fondo eso era lo que más me rompía por dentro, que podía odiarle, pero también quererle, porque en más de una ocasión me había salvado la vida.

Menuda ironía.

—Quizá sea de otra forma, cuando volvamos a nacer —aseguró, volvió a sonreír y dio la orden para que lo llevaran dentro del furgón —. Procura no cometer locuras Katherine, ya no podré estar ahí para cuidarte.

La figura de Nick apareció ante mí en el momento perfecto. Remy pasó por mi lado y fui capaz de oler su perfume una última vez. No me giré porque no tuve valor, no me giré por miedo a salir corriendo y caer entre sus brazos, no me giré porque la realidad dolía. Mis ojos se nublaron por las lágrimas y comencé a temblar. Alexander también se

percató de ello y fue el primero en llegar hasta mí, un militar convertido en algodón de azúcar cuando me abrazó y rompí en llanto.

—¿Qué voy a hacer? ¿Cómo le odiaré lo suficiente para poder olvidarme de él? —dije y mi hermano suspiró.

—Quizá no tengas que hacerlo, sé que no suena bien, pero puede que solo tengas que mantener en tu mente esa versión buena de él. Nunca conocimos a un asesino, conocíamos a Remy. —Y que pronunciara las mismas palabras que un asesino, me destrozó mucho más.

—Conocimos a Remy —repetí y cuando arrugué los dedos sobre el pecho de Alexander me repetí esas mismas palabras.

—Será mejor que nos vayamos, Bethany nos espera en casa. —En ese momento no caí en la cuenta de todo lo que se reflejó en la mirada de Nick.

Ahí estábamos, tres hermanos derrotados por el mismo hombre.

La confianza ciega es un veneno que puede drenarte por dentro, y lo volví a comprobar cuando el furgón arrancó y se llevó lejos de mí a una persona que conoció hasta mis pecados y cada una de las pesadillas que desataron mis noches durante años.

Antes de separarme de Alexander quise perder toda la sangre de mi cuerpo, deseé que alguien me sacara el cerebro y lo cambiara por uno nuevo, quizá el de una persona que no hubiera sufrido tanto como yo, puede que con el de alguien que no se dedicara a esto ni tuviera la opción de atrapar a un asesino que se vestía con el rostro de tu mejor amigo.

Pensé que yo era víctima de una ruleta rusa a la que llevaba tiempo jugando y que la bala se disparó en el momento preciso, cuando me adentré en un bosque y llevé mis pasos a una cabaña que me descubrió la verdad, quitándome de cuajo la venda que tenía en los ojos.

—¿Tú estás bien? —pregunté, cogiendo la mano de Nick entre las mías.

—Sí, solo necesitaba ver esto —comentó en ese momento y después nos sonrió—. Ahora tenemos que pasar página.

Nick tenía razón, debíamos pasar página y eso es lo que nos propusimos cuando Remy despareció frente a nosotros. Pudo ser fácil, pudimos hacerlo, pero como he dicho, la confianza ciega es un veneno con gran capacidad para drenarte por dentro y las pesadillas llegaron pronto, uniéndose a todas las imágenes de un suceso que no nos abandonaría por el resto de nuestras vidas.

4

El silencio de la tierra se introducía en el corazón de todos.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

25 de noviembre de 2022, viernes.

—Parece que tenías razón, ahora está en paz.

Milano no aparta la mirada del cadáver de Fabien LeBlanc, tumbado sobre una cama de metal que es una pequeña parada más de su destino final. No sé si lo que se dibuja en su rostro es una sonrisa, o quizá sea la viva expresión de sentirse bien, libre por fin, para elegir la siguiente puerta que abrir en el camino y lo único que se viene a mi mente es que espero que tenga la oportunidad de vivir otra vida en la que pueda disfrutar de lo que le han robado.

—Buenos días. —Dennise abre la puerta y entra con la alegría de un trabajo bien hecho en su expresión—. ¿Queréis tomar café?

—Eh, no… por más romántico que parezca estar entre tanto silencio, la sala de autopsias no es de mis lugares favoritos —bromeo y Milano me da un codazo.

Por supuesto que Dennise se sirve una taza y bebe como si nada.

Es un pez que sabe nadar en estas aguas.

—¿Qué tenemos?

—Como deducimos en el escenario del crimen, Fabien murió por estrangulación. Una vez que lo trajimos analicé las hebras que encontré en algunas partes de su cuerpo. El asesino usó una cuerda de fibra natural, concretamente de cáñamo, algo que no nos ayudará mucho porque son bastante comunes en el mercado. —Dennise nos observa en silencio mientras la taza oculta sus labios—. Tenía las mismas marcas en muñecas y tobillos, pero tampoco he obtenido nada relevante de eso, no hay restos de barro ni de otro lugar que nos pueda conectar con el asesino.

—O sea, que no tenemos nada.

—Quizá sí —comenta Milano—. ¿El resto de heridas se las produjo él mismo?

—De hecho, la mayoría sí, tienen un patrón que sugiere que intentó lesionarse en varias ocasiones, quizá con la intención de que su captor lo sacara de allí. Fabien fue listo, procuró poner en la cuerda floja a su

asesino, nunca mejor dicho. —No tengo idea de cómo Dennise puede bromear con estos asuntos, pero le sale tan natural que me es imposible no sonreír cuando ella lo hace—. También sé cómo le dejó inconsciente antes del secuestro.

Las pantallas que hay en un escritorio perfectamente ordenado nos muestran un par de radiografías del cráneo de la víctima.

—Le noquearon con un objeto contundente, después el secuestrador y asesino lo llevó hasta su cárcel temporal. Fabien murió unas doce horas antes de encontrar su cuerpo.

Interesante.

—Los vecinos y comerciantes cercanos al edificio no detectaron nada sospechoso en la noche de su secuestro ni en días posteriores. —Milano se me queda mirando—. O cayó en su trampa de forma voluntaria…

—O conocía muy bien al asesino. —Me cruzo de brazos e intento imaginar cómo acabó en un edificio abandonado sin que nadie fuera consciente de ello—. ¿Y los demás análisis?

—No había resto de drogas en su sistema, pero sí una disminución de glóbulos blancos. La falta de comida lo habría matado de no ser porque el asesino acabó con él, quizá en una semana o poco más. Encontré alteraciones bucales y por eso tenía la piel tan pálida, Fabien sufrió una gran pérdida muscular lo que me hace pensar que apenas se resistió cuando fue estrangulado. —Dennise suspira y sé que hay algo con lo que no está del todo contenta—. Eso ha hecho que no pueda definir si lo mató un hombre o una mujer. Lo único que sé es que la persona es zurda, la dirección de las ataduras y alguno de los cortes que he encontrado en el cuerpo de la víctima tienen un trazo que no da lugar a dudas. Puede que no sea mucho, pero espero que eso os ayude.

—Lo hará, eso reducirá bastante el círculo con respecto a sus conocidos —comento sin apartar la mirada de Fabien—. Por ahora tenemos mucho que investigar.

—Cuando tengas los resultados del escenario avísanos —añade Milano.

—Por supuesto, seréis las primeras en saberlo. —Dennise bromea haciendo el saludo militar—. Ah, la fiesta fue increíble, espero que lo podamos repetir pronto. Nunca pensé que Kat fuera una excelente anfitriona —bromea y eso me seca la garganta.

—Ya, supongo que hay algunas cosas que han cambiado.

Admito y las dos me miran en silencio, como si estuvieran orgullosas de ese logro. No tardo mucho en fulminarlas con la mirada, les enseño el dedo corazón y voy hacia la puerta.

—Hay trabajo que hacer, vamos —ordeno y por supuesto, Milano sigue mis pasos.

...

Milano dibuja una media sonrisa en su rostro y no sé si me incomoda más eso o el hecho de que esté pensando en algo que no me da a conocer.

—¿Qué?

—¿Supones que algunas cosas han cambiado? —La voz de ella adopta ese tono que podría traernos problemas estando en la comisaría.

El ascensor todavía no se ha abierto y ya siento ganas de pararlo para cerrarle la boca.

—¿Qué cosas? —insiste y camina hasta mí para pegar sus labios a los míos.

—Como si no lo supieras, para ser la mejor de tu generación no pareces tan buena cuando tienes que deducir aspectos personales. —Me encojo de hombros y muerdo el interior de mis mejillas antes de llevar otro caramelo a mis labios procurando que ella vea cada uno de mis movimientos—. Puede que me guste más como sabe la fresa si viene de tus labios.

Antes de que Milano pueda responder, las puertas del ascensor se abren y yo camino sin mirar atrás, con una sonrisa en el rostro e intentando imaginar qué habría respondido. Varios compañeros de departamento nos saludan, aunque otros no son tan agradables como cabría esperar, desgraciadamente no podemos evitar las guerras internas o que se sientan intimidados porque una agente del FBI se haya convertido en nuestro enlace, privando a alguien de la oportunidad de ascender como perfilador criminal.

En otra época eso me habría importado, pero ahora lo único que quiero es entrar por la puerta de la sala de investigación y ver si hemos conseguido avanzar en el caso, por muy poco que sea.

Cuando abro la puerta me sorprende la presencia de Claudia, aunque en realidad no tanto, porque recuerdo ese tiempo en los que los días libres no existían para mí.

Tampoco es que eso haya cambiado mucho, me recuerdo.

—Diría algo, pero sé que me vas a responder, así que cuéntame que has averiguado.

—Será un placer —me responde ella. Un segundo después deja caer una carpeta sobre la mesa y varias fotografías se muestran ante nuestros ojos—. Se tomaron quince minutos antes de que encontraran el cadáver del señor LeBlanc.

Anthony se adelanta y coge una de las fotografías. La imagen muestra a una persona con pantalones negros y una chaqueta del mismo color, con capucha, la cara tapada y unas gafas de sol. Lo único que nos deja ver es su mano izquierda con una llave, lo que confirma la teoría de Dennise.

—Abrió la puerta y se fue de allí, pero lo curioso es que no aparece en los circuitos cerrados de lugares cercanos al edificio, tampoco en la noche del secuestro de Fabien ni en días posteriores —añade Claudia —. Lo he revisado todo y esa puerta no se abrió ni un solo día en los últimos meses.

—¿Y otra vía de acceso? —Es Anthony quien coge las fotografías más claras y las lleva hacia el panel para formar otra parte del puzle que tenemos.

—Podrían haber accedido por la parte de atrás, pero ahí no hay cámaras y nos va a ser imposible determinar si Fabien estuvo en ese lugar durante todo este tiempo o no. —Claudia nos mira y después saca su libreta de anotaciones—. En el escenario del crimen dijiste que el asesino quería darle la libertad que tanto pidió durante su secuestro...

—¿Alguna teoría? —Milano se pone las gafas y yo la maldigo, aunque al segundo estoy centrada en lo que ocurre a nuestro alrededor—. Aquí veo varios puntos clave, efectivamente el asesino conocía a la víctima, deseaba con todas sus fuerzas hacer entender a Fabien que el éxito también tiene expiración. No dejó nada bajo su control a pesar de darle esperanzas, con la fotografía de Katherine o los pocos alimentos que le dio, fue una tortura que se coció a fuego lento.

—Por cierto, tenías razón con eso, la frase que había en la fotografía la escribió el mismo, tal vez al inicio de su secuestro por la forma del trazo, o eso es lo que sugiere Dennise. —La voz de Claudia suena tan segura que logra hacerme sentir orgullosa.

Si hace un tiempo me negué a trabajar en equipo, ahora sé que no podría prescindir de ellos.

—Había una señal muy clara en la pared que destaca por encima del resto del escenario y que sugiere un tres, cerca de donde dormía. Quizá solo marcó los días, aunque es extraño que se rindiera tan pronto.

—Esta tarde hablaremos con Julien, quizá él nos pueda esclarecer algo más. Buscamos a alguien que tuviera relación directa con Fabien, al menos en la última época, ¿la familia ha aportado alguna otra pista? —Observo con detenimiento las imágenes, Claudia niega, pero antes de que pueda añadir algo más, Anthony vuelve al centro de la sala y cuelga el teléfono, su sonrisa no tiene precio—. ¿Qué ocurre?

—Ya sé porque nadie fue consciente de su secuestro, criminalística ha tirado abajo el escenario del crimen, las paredes estaban insonorizadas y, efectivamente, había un acceso por la parte de atrás del edificio. No han encontrado huellas, pero sí hay evidencias de que alguien ha estado visitando el lugar. Nuestro asesino tomó muchas precauciones para no ser visto —añade y eso le hace suspirar—, puede que aprovechara las horas de menos luz para eso. Tampoco se han encontrado marcas de zapato u otros elementos que nos puedan ayudar y la cerradura no fue forzada en ningún momento.

—Interesante.

El silencio de Milano siempre sugiere algo, lo noto también por el modo en que su ceño se frunce y desliza el dedo por su nariz para colocarse bien las gafas. Un segundo está en su mundo y al otro busca rápidamente un rotulador para dejar unas cuantas anotaciones en nuestro panel.

—Anthony, necesito que te pongas en contacto con el ayuntamiento, quiero saber si el edificio estaba en venta. Tanto si las escrituras son públicas como si no, alguien habrá tenido acceso a las llaves en algún momento. En cuanto tengáis algo interrogad de nuevo a la familia, que busquen entre las pertenencias de Fabien para ver si tenía antiguos diarios o cualquier cosa que nos pueda ayudar en la investigación y necesito que la orden para registrar su casa llegue ya, cuánto más rápido trabajemos, antes obtendremos resultados.

Mi cara debe de ser un poema porque cuando me mira se muerde el labio inferior.

Anthony y Claudia abandonan la sala tras tomar algunas anotaciones y ordenar cada una de las pistas que tenemos, puede que no se lo diga en voz alta, pero Milano tiene muy claro que me encanta cuando se pone en modo detective.

—Creo que sería mejor hablar ahora con Julien —propongo—. Si todas las teorías son ciertas el asesino debe de formar parte de un círculo conocido para Polaris. —Durante un par de segundos me quedo observando las fotografías—. Que haya tenido tantas precauciones me genera dudas, es metódico, pero a la vez… ya sé que no es muy común en esta clase de perfiles, pero…

—Tiene miedo. —Antes de que pueda terminar la frase Milano ya me está sonriendo y se encoge de hombros. Menudo poder de deducción—, y a la vez no —aclara—. Sigo viendo pautas que me llevan muy claramente hacia alguien que le obsesiona el control, dudo que tema que vayan a atraparle, de hecho, está disfrutando de su momento en la cresta de la ola, pero sí tiene miedo a que todo esto se acabe pronto, a que el éxito se esfume y se convierta en su propia víctima. Kat, debemos tener cuidado con esto, ser muy concienzudos

porque el caso podría torcerse si cometemos algún error.

—Todavía estoy intentando averiguar en qué lugar y momento pudo estar frente a mí, lo suficiente para fotografiarme.

Debería estar preocupada por esto, sentirme en peligro, pero extrañamente me encuentro en paz, como si mi mente guardase esa información en un escenario distinto que visitaré a lo largo de mis sueños o pesadillas, a estas alturas ambas caminan de la mano.

—No te preocupes, lo recordarás —dice Milano, sin ningún tinte de preocupación en la voz y no sé si eso nos puede definir como adictas a esto—. Al menos, confío en que lo hagas antes de que el asesino o la asesina ponga más cartas sobre la mesa.

—¿Crees que eso forma parte de su juego? —pregunto, aunque con mi experiencia esto no debería sorprenderme.

—Creo que cualquier cosa puede ocurrir y que es momento de que pasemos a la acción.

...

La residencia de Julien está situada en mitad de Algiers Point, un tranquilo suburbio en la orilla oeste del río Misisipi que está conectado con el centro de la ciudad por una de las líneas de ferry. Antes de llegar pasamos por *Old Point*, un antiguo bar donde el jazz sabe más que a gloria a pesar de no ser mi estilo favorito para evadirme de la realidad. Las cabañas criollas del vecindario se caracterizan por tener un toque muy personal en su decoración, al igual que las casas de madera ornamentadas. Sonrío y cuando veo mi expresión de calma y felicidad en el espejo retrovisor me doy cuenta de que todavía hay muchos lugares que tienen la capacidad de curarme un poquito más por dentro. Me es inevitable no recordar a Mila y su gran gusto para elegir espacios de la ciudad que fotografiar, siendo este un recuerdo que me saca un suspiro cargado de añoranza.

Mi acompañante gira el volante y sigue en silencio, tan concentrada en la carretera que no parece percatarse de como una lágrima solitaria surca mi rostro en cuanto veo a mi hija parada en la acera de enfrente, saludándome con su maravillosa sonrisa y un gesto que siempre me recordó a Hailey y ese estado pleno de felicidad.

La imagen de su cuerpo se difumina y pierde en el aire como polvo de estrellas justo antes de adquirir la forma de Remy y su expresión macabra, otra vez apunta con el arma y dispara.

—Katherine, ¿estás bien? —Milano da un frenazo cuando me sobresalto.

El sudor baña de nuevo mi nuca y llevo ambas manos al frente para intentar calmar mi respiración. Necesito abrir y cerrar los ojos como

tres veces para asegurarme que estamos aquí y no en la cabaña de ese desgraciado, pero no logro sentirlo hasta que la mano de Milano se posa sobre mi mejilla y me obliga a girar la cara para que la mire a los ojos.

—¿Qué es lo que pasa? —Despierto del trance, consciente de que esta vez no podré mentirle como lo he estado haciendo durante este tiempo.

Quisiera sonreír, pero no puedo, así que muerdo mi labio inferior y asiento un segundo antes de que mi expresión se funda con la preocupación que bañan sus preciosos ojos grises.

—He estado soñando con él, teniendo pesadillas. Con… Remy.

—¿Fue eso lo que te pasó en la fiesta? —Afirmo y el aire se escapa lentamente de mis pulmones—. ¿Por qué no dijiste nada? ¿No recuerdas lo de capear el temporal juntas?

—Creí que volver al trabajo y a la rutina haría que todo cambiara. No quiero que Clyde se entere, ni que me aparte de esto, sabes que no podré seguir adelante si me quitan lo único que mantiene mi cordura.

—Pensé que yo era la quien lo había conseguido —bromea Milano.

—River… ya me conoces. —El coche está aparcado frente al número doce, una casa de madera pintada en borgoña con decoración musical—. Esta es la casa de Julien, ahora prefiero ocuparme de esto.

—Vamos, pero cuando se acabe el turno iremos a tomar un par de cervezas y esta vez no voy a dejarte ir hasta que me lo cuentes todo.

—No pensaba hacerlo… —comento con una sonrisa puesta en los labios.

Milano sale del coche y se agacha para mirarme antes de cerrar la puerta.

—¡He dicho que vale! ¿Cómo puede ser que no creas en mí?

—Será porque tengo esto en la sangre y sé cuándo evades la verdad porque no quieres preocuparnos, pero eso se acabó conmigo detective Fortier. —Antes de que pueda decir algo, Milano ya se ha encaminado hacia la casa de Julien.

Al salir del coche noto un ambiente extraño en el aire. Las hojas caídas caminan por la calle como si quisieran marcarme el camino directo a su hogar, el viento sisea y me mueve el pelo con fuerza. Ambas pisamos juntas el porche de Julien y cuando Milano está a punto de tocar el timbre la detengo.

—Espera, la puerta está abierta. —Pongo el índice en mis labios y saco el arma.

Con Milano a mi espalda, entro al interior de la casa e intento avanzar en silencio. Lo primero que nos encontramos es con un tétrico silencio. La distribución es abierta y eso nos permite ver el salón y

parte de la cocina, apoyo la espalda en la pared y me quedo paralizada por un momento, como si estuviera recorriendo el mismo pasillo que ha roto mi completa entereza durante las noches. Tomo aire y me animo a mí misma a continuar.

Al final de un recorrido que me parece demasiado largo me encuentro con una sala de ensayos en la que Julien me mira a través del espejo. Cuando le veo atado de pies y manos apunto con más firmeza el arma, él repara en mi presencia y grita:

—¡A la izquierda!

La puerta trasera se cierra con fuerza.

—¡Ve con él! —ordeno a Milano antes de salir corriendo.

Me lleva pocos segundos volver a las calles para ver como una mujer corre a toda prisa a unos cuantos metros de mí. Va vestida igual que la persona que vimos en las fotografías de la cámara de seguridad y no mira hacia atrás. Esta vez no lleva gafas, eso podría delatarle y lo sabe, yo nunca olvido una mirada.

—Policía, ¡alto! —grito con todas mis fuerzas.

Pero es evidente que no sirve para nada.

La calle está tan vacía que se podría pensar que estoy en el interior de un sueño vivido, aunque eso no me detiene, no cuando la tengo al alcance de mi mano. Apunto con el arma con la intención de parar sus pies, pero ella es más rápida, gira a la derecha y se mete de lleno en un callejón que da a una zona abandonada. Cuando salta la valla de madera se detiene frente a mí, tapa sus ojos con la mano derecha y me dedica un saludo antes de volver a correr. En mi mente se cruza la imagen de Remy y su maldita arrogancia antes de haber acabado con su macabro juego, pero esto es totalmente diferente y tengo que marcarlo en mi mente durante una carrera que me lleva a otro callejón y otro más antes de que la mujer desaparezca ante mis ojos.

—Maldita sea… —susurro, levanto el arma mientras avanzo con cuidado.

A unos diez metros escucho neumáticos quemándose contra el asfalto. Corro hacia mi derecha y atravieso otro callejón hasta llegar a una avenida abierta en la que veo como una moto negra se aleja con nuestra sospechosa. La imagen es tan rápida que no puedo descifrar de qué marca se trata, la matrícula está tapada y a eso lo llamo una jugada perfecta.

Cojo el teléfono y marco el número de Milano.

—¿Se encuentra bien? —pregunto cuando escucho su voz.

—Sí, ¿has logrado…?

—Se me ha escapado, delante de las narices, ¡joder! —grito, me giro y echo un vistazo a la avenida.

Por lo que veo no hay cámaras de seguridad y eso hace que lance un suspiro antes de ser consciente de algo: si hubiéramos llegado unos minutos más tarde, Julien Theriot también estaría muerto.

5

Pero había una verdad, una verdad desnuda de la capa del tiempo.
Joseph Conrad*, El corazón de las tiniebas*

25 de noviembre de 2022, viernes.

El hospital me sigue dando escalofríos, ante mis ojos se dibuja un largo recorrido hacia la habitación de Julien y ya siento que al doblar la esquina me voy a dar de lleno con una capa de paredes repletas de huesudas manos listas para atraparme. Soporto la oscuridad, pero no tengo la capacidad para caer en mundos paralelos, secuencias inesperadas o zonas con las que mi mente no puede lidiar. Hay dos agentes apostados en la puerta de nuestra víctima y desde aquí puedo escuchar el ritmo de sus latidos reflejado en las máquinas que controlan sus signos vitales. Pensar que hemos estado a pocos minutos de encontrarle sin vida me genera un millón de sensaciones, todas malas. Muchas me ponen en alerta y otras se mantienen en letargo a la espera de ver qué pasará a continuación.

Yo sé lo que vendrá y temo que el caso esté lejos de resolverse.

A punto de meterme un caramelo en la boca veo llegar a Milano con dos vasos de café y el cansancio bañando su expresión. Expira preocupación por cada poro de su piel, y no puedo pretender ignorarlo. No solo Julien ha estado en peligro, pero tampoco es algo que podamos evitar cuando la vida de los demás depende de nuestras acciones.

—¿Estás bien? —me pregunta y yo afirmo, no está tan segura de que mi respuesta sea cierta, pero lo deja estar—. No dejo de pensar en qué habría pasado si llegamos a ir un poco más tarde.

—No estaría aquí para contarlo, o quizá solo querían ponerle en sobre aviso. ¿Claudia y Anthony tiene algo nuevo?

—Han conseguido la orden de registro, y la familia de Fabien ha llevado a la comisaría algunos efectos personales de él, tenemos mucho que analizar. El ayuntamiento tardará unos días en responder a nuestra petición. —Milano da un sorbo al café y después mira hacia el interior de la habitación de Julien—. Será mejor que terminemos con esto.

—Estoy de acuerdo.

Ahora soy yo la que se bebe el café de un solo trago, desecho el

vaso en una de las papeleras y abandono el pasillo de paredes blancas como huesos para adentrarme en otro mundo que no quisiera pisar tan a menudo. Al mirar a mi alrededor recuerdo cuando estuve aquí meses atrás, el golpe en mi cabeza, la voz de Remy, todo adquiere la fuerza de una bala que se dirige hacia el centro de mi pecho. Siento el cuerpo pesado y las palabras se me quedan atascadas en la garganta, hasta que consigo enfocar la mirada oscura de nuestra víctima y vuelvo a una realidad que sigue doliendo.

—No le ha hecho daño, ¿verdad? —pregunta Julien, sus ojos se iluminan, pero cuando niego esboza una sonrisa calmada—. Me han salvado la vida, esa mujer…

—¿Sabe quién puede ser? —Milano no pierde el tiempo y yo se lo agradezco.

Asiento y saco la pequeña libreta de mi bolsillo para comenzar a tomar anotaciones.

—No, en realidad no dijo una sola palabra, tampoco la oí entrar en casa, solo sé que me dieron un golpe en la cabeza y cuando abrí los ojos ya estaba atado. —Julien suspira, bebe un poco de agua y se aprieta el puente de la nariz—. Empezó a registrar todo y se llevó el portátil y nuestros diarios de viaje, donde Fabien y yo solíamos escribir nuestras canciones.

—¿Tienen alguna copia de su trabajo? —pregunto y me sorprende la negación por parte de Julien.

—Solíamos ser de la vieja escuela, ya saben, trabajar *in situ*. Siempre hemos conectado más con nuestra música así. Se ha llevado consigo años de composición, lo que más me duele es que ahí estaba el legado de Fabien, me hubiera gustado… no sé, poder hacer ver al mundo el talento que llevaba dentro, aún tenía mucho que contar. Quizá recupere parte de lo que escribió durante este tiempo, pero dios… todavía no me lo puedo creer. —La voz de Julien se rompe, comienza a temblar y necesita encontrar un punto de apoyo para no desfallecer.

Puede que él no fuera su hermano o llevara su propia sangre, pero en el dolor de Julien veo el amor que tenía por su compañero, esa clase de amor que complementa tu corazón, esa clase de amor que te destroza por dentro cuando pierdes a la persona que dirige parte de tus pasos.

Ese amor que yo tenía con mi mejor amigo, ese amor que jamás recuperaré.

En silencio le ofrezco un poco de agua e intento no sumarme a un estado que no le servirá de ayuda.

—Sé que esto debe ser muy duro, pero necesitamos que responda a algunas preguntas más, le prometo que después le dejaremos

descansar. —Muerdo el interior de mis mejillas e intento mostrar toda la calma posible—. ¿Sospecha de alguien? ¿Cuántas personas sabían de su método de trabajo y el lugar en el que podían encontrar sus composiciones?

—Nuestras familias, nuestra manager, la mayoría de nuestros amigos cercanos, no sé quién podría haber sido, nadie ha mostrado ningún tipo de odio hacia nosotros o lo que hacíamos, todo lo contrario. Desde el principio recibimos el apoyo de cada una de las personas de nuestro entorno, llevamos años tocando por los bares de Nueva Orleans. Tanya fue quien nos descubrió y nos cambió la vida hace dieciocho meses, después todo pasó muy rápido y cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos dando conciertos en mejores lugares.

—¿Puede decirnos que recuerda de la noche en la que secuestraron a Fabien? —Milano busca algunas de sus anotaciones y devuelve la atención a Julien—. Tengo entendido que aquel fue su cuarto concierto, el más importante hasta el momento, ¿es así?

—Sí, Tanya logró que pudiéramos tocar en el teatro Toulouse y quizá les suene tonto, pero ambos lo sentimos como si estuviéramos tocando en el mayor estadio de América. Vino muchísima gente y después acudimos a una fiesta que organizó la discográfica. Fabien dijo que se sentía cansado, al día siguiente teníamos que viajar. Se marchó una media hora antes que yo, y el resto… ya lo saben.

—¿Se fue solo?

—En principio sí, ya he respondido a esta pregunta una decena de veces. No lo vi hablar con nadie durante la fiesta, al menos alguien que no conociéramos. Siento no poder ayudar en eso. —Julien se lleva las manos a la cara y suspira—. Me duele mucho la cabeza, ¿necesitan saber algo más?

—No, creo que por ahora eso es todo. Hablaremos con Tanya, cualquier cosa que sienta que es importante, puede contactar con la detective Fortier. —Él asiente y Milano le ofrece una sonrisa antes de cerrar la pequeña libreta—. Solo una cosa antes de dejarle descansar… aquella mujer, ¿logró ver alguna característica de su aspecto?

Julien se queda pensativo durante unos segundos y después niega.

—Vi sus ojos, pero eran… extraños, no parecían de un color gris natural y su expresión cambió por completo cuando dio con el ordenador de Fabien.

—Aparte de su música, ¿qué más tenía?

—Fotografías, videos, toda su vida universitaria estaba ahí dentro. Le tenía tanto aprecio que siempre lo llevaba consigo, pero no quería guardar todo eso en casa —añade compungido—. Y la verdad es que me pregunto por qué.

—Intentaremos averiguarlo. —Soy yo quien le dedica una sonrisa antes de cruzar la mirada con él.

Poco después abandonamos la habitación en silencio. Tengo la sensación de que nos hemos dejado muchas cosas en el aire, pero cuando miro a Milano confío en que no es así. El silencio se hace presente entre las dos mientras caminamos hacia la salida del hospital antes de buscar el coche. En mi mente ya tengo grabada la lista de personas que podrían estar tras todo esto y de inmediato tengo una idea.

Marco el número de Claudia y cuando responde le doy instrucciones para que busque a todos los invitados que estuvieron en la fiesta después del concierto en el teatro Toulouse, así como cada uno de los asistentes al mismo. Será como buscar una aguja en un pajar, pero eso nos acercará más a nuestra asesina y si logramos acortar un poco la distancia, puede que vuelva a cometer el error de plantarse frente a nosotras.

Y yo, más que nadie, sé cómo terminará todo en esa ocasión.

—¿Crees que Julien ha dicho todo lo que sabe? —Milano se queda parada antes de abrir la puerta del coche.

Ni siquiera ella ha sido consciente de la liberación que he sentido al salir por la puerta del hospital.

—Diría que sí, que hayan robado gran parte de su trabajo le ha roto el corazón. Me parece que también se culpa por no haber estado con su compañero en el momento de su desaparición, probablemente no se lo perdone nunca, estas cosas se te quedan grabadas en la mente y no hay cura posible por más que nos hagan entender que estamos equivocados. —El suspiro que deja escapar entre sus labios cuando hablo, me deja ver muchas cosas.

Como yo, Milano se siente culpable por todas las vidas que no ha podido salvar, por el alma de su amiga muerta a manos de mi mejor amigo, por todos los que estarán por llegar y por los que hemos dejado atrás.

Antes de entrar en el coche llevo la vista hacia el hospital. Me sorprende lo bonito que es el edificio por fuera para la cantidad de desgracias que ocurren en su interior, aunque otra parte de mí misma lucha contra la idea de que todo sea malo, porque aquí también pasan eventos que cambian la vida de las personas: una operación satisfactoria o un hijo que nace. En silencio tomo asiento y me pongo el cinturón de seguridad, no me cabe duda de que siempre hay algo malo dentro de lo bueno, como también cosas extraordinarias en los eventos más catastróficos, aunque no tengo idea de si Julien será capaz de ver esa perspectiva en algún momento de su vida.

…

La lluvia no cesa, ni tampoco mi dolor de cabeza. Cuando echo un vistazo a través del cristal veo como las nubes se siguen arremolinando entre sí, acariciándose con un color gris intenso que no abandona el cielo. Durante mucho tiempo creí que esa imagen era como el preludio de que algo no iba a ir bien, el significado de lo malo golpeándote en la cara. Ahora, ya me he acostumbrado a que todo mi mundo esté rodeado de oscuridad. Pocas son las veces que logro ver algo de luz, aunque debo admitir que cuando eso ocurre, la vida se encarga de sorprenderme con cosas que creía muertas para siempre.

El caramelo se funde entre mis labios mientras espero para entrar a una sala que desde hace semanas se ha convertido en una especie de confesionario. No voy a mentir, yo sé que nunca iré al cielo ni podré expirar mis pecados, pero todo es más sencillo cuando te dan la oportunidad de hablar de cosas que la gente normal no llegaría a entender.

—Katherine, la señorita Henris le espera.

—Gracias —digo y dedico mi primera sonrisa del día a una joven que parece disfrutar de su trabajo como si no hubiera ningún tipo de peligro que aceche sus pasos.

No todo el mundo es yo, eso está claro.

Avanzo por el pasillo de paredes grises y cuando entro a la consulta siento como mi mente se abre para dar la bienvenida a ese palacio mental donde me siento más segura que nunca, casi yo misma, con mis miedos e inseguridades contenidos y la oportunidad de una liberación que a veces no me entrega el hacer mi trabajo. Odio sentirme así, odio haber encontrado algo que me haga bien fuera de la comisaría, pero en cuanto cruzo la mirada con los ojos marrones de Elizabeth, sé que no debo sentirme mal.

Ella está sentada en su butaca —como es habitual—, me dedica una sonrisa y sin decir una sola palabra me invita a tomar asiento antes de que vaya a por un vaso de agua para las dos.

Es una especie de ritual, algo que ya se ha vuelto costumbre entre ambas desde hace semanas, como acariciar sus dedos cuando toco el cristal, o dar un largo sorbo antes de apoyar mi espalda en el asiento, arreglar mi pelo y suspirar.

—Pensé que no volverías —bromea, y no es para menos, me he saltado las dos últimas sesiones.

—Ya sabe cómo es esto, el trabajo ha llamado de nuevo a mi puerta.

—Katherine, por favor, hace tiempo que nos dejamos de formalidades, ¿o quieres que tome medidas al respecto? —Elizabeth

sonríe, los hoyuelos se marcan en sus mejillas y al segundo ya me siento avergonzada por haber olvidado nuestro pequeño trato—. Tranquila, no te lo tendré en cuenta, al menos no por hoy. Cuéntame, ¿cómo te has sentido?

—No del todo bien, pero tampoco ha ido mal. Estoy en un caso importante y aunque quizá sea pronto, siento que ha llegado en el momento correcto, no hubiera podido soportar mucho más hacer trabajo de oficina o encargarme de cosas más sencillas. —Me doy cuenta de que por primera vez en mucho tiempo he sido completamente sincera con mi respuesta.

De la nada, la última conversación con Milano me acaricia la mente. Frente a mis ojos veo la puerta de la casa de Julien y cuando parpadeo me veo corriendo tras una mujer antes de enfrentarme con el rostro de Remy.

Siempre es Remy.

Pero lo omito por completo.

—¿Has tenido algún síntoma más? ¿Cómo va tu ansiedad, ha vuelto a tomar el control?

Sin poder remediarlo, clavo la mirada en los ojos de Elizabeth, consciente de que una mentira mal pronunciada podría costarme el puesto y que ella me dictamine no apta para el trabajo sobre el terreno, así que estiro los dedos sobre mis muslos y acaricio el pantalón con la única intención de ser lo más sincera posible dentro de la omisión de la verdad.

—Me sigue costando dormir —comento y no le miento, porque es la verdad—. Pero ya sabes que es mi batalla continua desde que perdimos a Mila, en mi profesión tampoco es fácil llevar una buena rutina de sueño, pero se hace lo que se puede.

—Muy bien, ¿y lo demás? —Hay cierta dulzura en la profundidad de sus ojos, como si fuera sencillo dejar caer tu cuerpo sobre un mar de chocolate. No sé si es preocupación lo que detecto cuando habla, pero me gusta. Más de lo que debería—. Sabes que es importante, no solo para mantener el bienestar de tus compañeros, sino el tuyo propio, la ansiedad puede actuar cuando menos lo esperas y eso podría resultar fatal para ti. Necesito que seas sincera Katherine, ¿tu trabajo se ha visto comprometido en la actualidad por lo que pasó con Remy?

Escuchar ese nombre entre sus labios me deja paralizada un par de segundos, siempre me pasa cuando se refieren a él de esa forma, echando a un lado la realidad de sus actos, de lo que hizo, pero lo entiendo, porque en mi corazón todavía reside la idea de verlo como asesino y también como amigo.

—Al contrario, pensar en ello me da fuerzas para seguir con mi

cometido, cuando entré en la academia de policía me prometí que pondría a salvo Nueva Orleans, y no he roto esa promesa ni un solo día. Remy me traicionó, pero está entre rejas y ya no hará daño a nadie más. Eso… me alivia bastante.

—Pero puede seguir haciéndote daño a ti, ¿eres consciente? No necesitas tenerlo frente a tus ojos para que eso ocurra. Había un vínculo muy fuerte entre los dos, y sé que su traición te ha roto el corazón, pero me preocupa que no seas capaz de vivir con ello. —Elizabeth lleva su mano derecha a la libreta y toma un par de anotaciones, después se levanta para servirse un poco más de agua y vuelve a su asiento—. Durante estas semanas he aprendido a conocer tus métodos y sé que una mujer como tú echaría a un lado su propia seguridad con tal de meter entre rejas a personas como él. Lo que me preocupa es que de algún modo él te atrape a ti y no seas consciente de ello.

Joder, se llevaría muy bien con Milano, pienso y aprieto los labios.

Lo primero que se me ocurre para encontrar una salida es usar un método que no me ha ido tan mal en la vida.

—Tienes razón. —Esbozo una sonrisa y después carraspeo antes de ser yo quién le dedique una sonrisa—. Tengo la sensación de que no me voy a deshacer de él tan fácilmente.

—¿A qué te refieres?

—Ha contactado con mi hermano Nick y él está dispuesto a ir a verle. Es iluso por su parte creer que Remy le dará los motivos suficientes para poder seguir adelante una vez que confiese porque hizo lo que hizo. Yo no creo que le sirva de nada, pero tampoco soy Nick y él ya es mayorcito para saber lo que debe hacer.

—Estás enfadada, pero creo que te asusta más la idea de que tu hermano pueda sufrir al encontrarse con él, como tú lo hiciste cuando rescataste a Milano. Sería una grieta más en un daño ya de por sí difícil de reparar. —Elizabeth deja el bolígrafo que lleva entre sus manos y se pone de pie. Es muy habitual en ella caminar mientras analiza las cosas, casi podría decir que me recuerda un poco a los métodos de una agente excepcional y eso me hace cosquillas en el estómago—. Mi consejo es que no te entrometas, eso crearía un muro entre Nick y tú, como has dicho ya es adulto y puede tomar decisiones como tal, quizá creas que Remy puede hacerle daño, pero puede que pase todo lo contrario.

—Cuando nos despedimos por última vez me dijo que nunca mintió con respecto a Mila o a mí, que siempre nos quiso, pero él la mató, ¿cómo podría creer en algo así? —Soy consciente de mi tono de voz y de que —efectivamente— estoy enfadada—. Yo no le veo nada de bueno a todo esto.

—*Ictero* era el asesino, Remy era tu amigo y aunque te cueste aceptarlo, no hay nadie en este mundo que sea cien por cien malo o bueno. Toda persona con la capacidad de sentir puede abrir su corazón a ciertas personas. Y en su caso, fuiste tú.

—Milano te daría la razón, yo no sé si puedo hacerlo. Pero quizá sea como tú dices —sugiero—, quizá necesite verlo desde otra perspectiva.

—O quizá solo necesites aceptar la verdad, ese patrón no es más que un espacio de lo que podría ser tu palacio mental. —Elizabeth se gira y me mira a los ojos. De nuevo esboza esa sonrisa tan cálida que tiene y la siento como un abrazo sin llegar a tocar su cuerpo—. Tras una puerta está la maldad y al otro lado hay luz, una familia, amigos, personas a las que amar, con las que poder sentirse realizados, ser humano, al fin y al cabo. Tú eres una mujer dura, con una línea muy marcada, pero tampoco estas exenta a la oportunidad de amar, ¿verdad?

—Han cambiado algunas cosas, no sé… —De repente siento ganas de hablar de ella, de poner en mi boca las palabras que no he podido decirle a Milano, así que suspiro y llevo la mirada hacia Elizabeth—. Quiere quedarse aquí y siento que, si lo hace por mí, no volver al FBI sería un error fatal para su carrera.

Mi terapeuta sonríe y se cruza de brazos antes de contestar.

—Puede que no sea su carrera lo que más le importe en este momento, ¿no crees?

La verdad queda desnuda frente a mis ojos. Elizabeth toma asiento y se inclina para poder mirarme a los ojos con más firmeza, como si quisiera destapar cada uno de los secretos que guardo en el interior de mi mente y, sobre todo, en mi corazón.

De repente se me acelera la respiración. Una parte de mí odia venir aquí y sentirme tan vulnerable, pero la otra se siente increíblemente cercana y a gusto con la mujer que ahora tengo delante y eso me crea una confusión increíble, tanto como pensar en lo que dice o tratar de darle sentido a cada una de sus verdades.

Mis dedos atrapan una vez más el vaso de agua, doy un largo sorbo y después vuelvo a esos ojos que no se despegan de mí.

—Puede —respondo por fin—. Supongo que tendré que averiguarlo.

Y esa es la parte que más miedo me da.

6

No eran mis fuerzas las que necesitaban restablecerse, era mi imaginación la que necesitaba un sedante.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

07 de diciembre de 2022, miércoles.

Han pasado dos semanas desde que encontramos el cuerpo de Fabien LeBlanc y siento que tenemos una soga al cuello con todo lo que respecta al caso. La prensa nacional no ha dejado de hacer suposiciones al respecto y eso ha dejado al departamento en una situación muy complicada, hecho que ha puesto a Clyde en nuestra contra y con la única orden de que le demos resultados lo antes posible, como si pudiéramos averiguar quién es el asesino echando una mano de cartas. Y eso hace que mis nervios me delaten cuando Milano da un frenazo inesperado y veo el semáforo en rojo.

—¿No puedes llevar más cuidado? —espeto, apenas he dormido y ya siento como la sangre me hierve por dentro.

—Eh, recuerda que somos del mismo equipo. —Milano suspira y se sube las gafas—. Créeme, yo estoy tan frustrada como tú.

Cuando la miro, veo la expresión de cansancio en su cara y no puedo más que apoyar la cabeza en el respaldo con la única intención de cerrar los ojos y pedir a cualquier cosa que dirija este mundo que esto se acabe pronto.

La echo de menos, echo de menos su contacto, las horas en calma, perderme en su cuerpo sin la necesidad de pensar en el trabajo.

Y eso me frustra, me frustra demasiado.

—Lo sé, perdóname. Es que Clyde… dios, a veces desearía que lo echaran a patadas y volviera a ser el investigador que una vez trabajó conmigo. Cada día tengo más claro porque no quiero ascender, ni de coña me volvería como él.

—¿Mandona e irascible? —dispara Milano—. Bueno, no necesitas un ascenso para eso.

Abro la boca y me quedo mirándola. Milano se echa a reír y vuelve la vista a la carretera como si no hubiera dicho nada, los labios le tiemblan y se muerde el inferior con la única intención de no burlarse de nuevo. Si no tuviéramos una hilera de coches a nuestra espalda le

habría dado un buen escarmiento, aunque en este momento se me ocurre algo mejor.

Acaricio su muñeca con los dedos y la obligo a mirarme mientras la ciudad despierta poco a poco. Los comercios del Barrio Francés empiezan con su actividad y la gente ya camina a toda prisa ya sea para ir a trabajar o disfrutar de un rato libre antes de meterse de lleno en sus obligaciones. Y entonces se me antoja que, por unos minutos, nosotras también seamos personas normales que caminan hacia una cafetería para vivir de sonrisas y algo más que el peligro que nos acecha en las calles. Sin ningún asesino que atrapar.

Después de todo también somos humanas ¿no?

Busco a nuestro alrededor y cuando veo un hueco libre llamo la atención de Milano con una caricia en su muslo.

—¿Sabes? Deberíamos disfrutar de un rato libre, ¿nos tomamos un café antes de ir a ver a Tanya? —Sonrío tanto que las mejillas me duelen.

La expresión de Milano no tiene desperdicio, me recuerda al brillo que adquieren sus ojos cuando una nueva región que explorar aparece en su maravilloso *League of Legends*.

Y ahora soy yo la que ríe.

Estoy loca por una mujer que no pega nada conmigo y que a la vez combina en todos los sentidos.

—No me irás a rechazar… —me quejo, dibujando un puchero.

—¿A ti? Imposible, no quiero que me lo recuerdes de por vida —bromea de nuevo y tarda nada en aparcar el coche—. Supongo que será un buen café con *beignets*.

—Por supuesto, quiero ver esos labios rojos manchados de azúcar, quizá se me antoje comérmelos como segundo postre. —Milano no responde a mis palabras, se me queda mirando y noto como traga saliva—. ¿Sorprendida?

—¿La verdad?, te echaba de menos —dice y sé que es cierto.

Diría que yo también, a ella, a mí, a ambas, pero no lo necesito porque soy capaz de expresarlo con mis ojos.

Cuando salgo del coche guardo las manos en los bolsillos de mi chaqueta de cuero y mi pelo vuela con la caricia del aire que recorre las calles de Nueva Orleans. Conocer cada rincón de este barrio me ayuda a caminar sin tener la necesidad de estar mirando a todas partes. La cafetería se encuentra al final de Royal Street, paralela a Bourbon Street y una calle donde las galerías de arte y las antigüedades decoran múltiples fachadas y cualquier rincón al que quieras llevar tus pasos.

Mientras caminamos, se me cruza la idea de tomarnos un día libre y

disfrutar la una de la otra, pero como siempre, el trabajo y las obligaciones chocan contra mi mente.

—No me dijiste como fue todo por la ciudad, ¿te han echado de menos en el FBI?

—Te voy a sonar arrogante, pero más de lo que admiten —responde y me es imposible no reír al mirarla a los ojos—. Supongo que es la parte negativa de ser tan buena en tu trabajo, eso les condiciona bastante, pero no me arrepiento. —Milano me mira a los ojos y después vuelve a prestar atención a las calles—. Me gusta Nueva Orleans y la rutina del departamento, allí estaba empezando a ahogarme.

—Eso no lo sabía, doña misteriosa —protesto y formo un puchero con los labios—. La verdad es que pensé que todo iba bien, incluso te creí una loca por quedarte aquí cuando no somos nadie, bueno… comparado con el FBI, claro.

—¡Qué tontería más grande! —No sé si se ha molestado con mis palabras, pero Milano se para y me encara de inmediato. Sus manos van hacia mis mejillas y noto como me acaricia el cuello con ambos pulgares—. Puede que seamos un departamento pequeño, pero hacía años que no sentía una implicación tan personal con un caso, como dije, allí las cosas son más burocráticas, dependes mucho de altos cargos de diferentes mandos que velan por sus propios intereses, más políticos que otra cosa. Aquí puedo trabajar con el corazón.

—Con el corazón… —repito, siendo consciente de cómo sus palabras me han dejado paralizada por completo.

—Y estás tú, un dolor de cabeza en ocasiones… —Milano se calla un par de segundos para rozar mis labios con picardía—, pero también una mujer bastante agradable.

—¿Agradable? Como vuelvas a meterte conmigo River Milano, te voy a…

Sus labios detienen mi discurso, un beso es suficiente para callarme la boca y hacer que mis piernas tiemblen. De hecho, tengo que sujetarme a ella y acabo entre sus brazos mientras disfruto de los sabores ácidos sobre su piel. Cuando cierro los ojos la ciudad desaparece y nos deja en un escenario muy distinto, donde las dos podemos sonreír sin miedos o conviviendo con la eterna sensación del «qué pasará». Bebería de momentos como este por el resto de mi vida, dejaría todo si fuera necesario, pero cuando los ojos de Milano desaparecen para dejar frente a mí un camino de cuerpos sin vida, comprendo que no habrá escapatoria para esto.

Miro al presente y dejo ir un suspiro, mi aliento acaricia los labios de ella y siento como el suyo me da vida, una vez más.

Muero y revivo cada vez que me veo reflejada en uno ojos que no

dejan de observarme como si hubiera cientos de capas por descubrir de mi persona y debe ser porque ella tiene esa capacidad de destapar cosas que ni yo misma sabía que existían en el interior de este gran caparazón que cubre mi alma.

—Si haces esto otra vez… voy a querer encerrarte en tu casa para siempre —le digo.

—Ya, lo tengo muy claro. —El orgullo baña su expresión y como si no hubiera dicho nada, vuelve a besar mis labios—. Quisiera decir lo mismo, pero tenemos que trabajar.

—Después del café y los *beignets* —aclaro.

—No lo había olvidado. Eres una golosa.

Me encojo de hombros y Milano sonríe, tan cerca de mí que vuelve a derretirme.

Nunca pensé que volvería a sentir esto, jamás creí que en mi estómago se instalarían otra vez esas mariposas que revolotean por cada rincón de tu ser hasta el punto en que la sangre te hierve gracias a la sonrisa de una persona. El ambiente en la cafetería me sabe muy diferente cuando abro la puerta y entramos juntas. Ambas pedimos un café con caramelo y tomamos asiento en un lugar tranquilo, donde el resto de personas no es consciente del peso que llevamos cargado a la espalda. Me gustaría quitarme la costumbre de analizar a la gente que me rodea, pero me es completamente imposible. Durante los segundos que permanezco en silencio veo más allá de las expresiones, de las miradas, de las charlas y del modo en que el resto bebe tranquilamente sus cafés. Milano es consciente de ello y llama mi atención con un beso en mi mejilla.

Parece divertirse con el hecho de dejarme sin habla, ya lo tengo asumido.

—¿En qué piensas? —me pregunta, como si no lo supiera ya.

—Simplemente observo, ¿no te parece extraño que Tanya haya tardado tanto en volver a la ciudad después de lo ocurrido con Fabien?

—En parte sí y en parte no, al final es su trabajo y tengo entendido que está de gira con otro de sus grupos. He analizado cada uno de sus movimientos desde el hallazgo y no te vas a creer una cosa. —Milano sonríe cuando apoyo la cara en mis manos—. En realidad, estuvo en la ciudad hasta dos días después de que encontráramos el cadáver de Fabien —dice en voz baja—, y después se marchó por asuntos profesionales. Según sus propias palabras no creyó ser relevante para esclarecer los hechos porque ya había aportado toda la información posible durante el secuestro y esto es parte de su duelo.

—Conozco esa mirada —comento sin dejar de analizar la expresión de Milano—. Ahora es cuando me dices que Tanya y Fabien tenían

una relación más que profesional.

—Se está convirtiendo en una buena perfiladora criminal, detective Fortier.

—Cállate, o no serás tú quien provoque que lleguemos tarde a nuestra cita —aclaro con firmeza. Me rio con diversión y le dedico un guiño mientras dejan nuestro pedido sobre la mesa—. Luego no podrás echarme la culpa por no ser profesional.

—Seguro… —Milano muerde su labio inferior y coge el café con las manos.

Apuesto que tras la taza está sonriendo con esa picardía que no se cansa de mostrar ante mí. Yo hago lo mismo, me quedo viviendo un rato en este momento, aunque no tardo en volver a prestar atención a todo lo que nos rodea.

Estamos en una cafetería con gente normal haciendo cosas de gente normal, o es lo que quiero creer, porque en cuanto escudriño más en el bullicio que nos rodea empiezo a analizar todo con otra perspectiva. Con un trozo de *beignet* entre los labios me pregunto si habrá muchos más como Remy a nuestro alrededor, personas con sonrisas que te quitan el aliento y que llevan un asesino en su interior. Me tenso de inmediato y un escalofrío recorre mi espalda. Elizabeth me dejó claro que debía dejar de buscar entre esa dualidad, pero hay algo en mi interior que me lo impide y la mujer que tengo delante de mí se percata al segundo, a pesar de no decir nada.

Niego y sonrío, pero la mente no me deja de funcionar.

Intento por todos los medios olvidarme de ello y lo consigo con mucho esfuerzo una vez que la sonrisa de Milano hace desaparecer todo lo que hay a nuestro alrededor, otra vez. Apuesto a que los fantasmas me acechan por la espalda, pero no pienso mirar atrás. Prefiero coger la taza entre las manos y sentir esa maravillosa sensación de calidez que trepa por mis dedos hasta renovar mi espíritu.

Durante quince minutos no dejamos de robarnos miradas ni tampoco paramos de reír mientras Milano me cuenta algunas anécdotas sobre sus madres. Algo se abre en mi interior al pensar que en algún momento tendré la oportunidad de conocerlas y es aquí cuando soy consciente de la clase de relación que nos une a pesar de no haberlo dicho a viva voz o que yo aún no me atreva a dejar que vea el interior de mi casa por temor a traicionar la memoria de Mila. Lo último deja un peso en el interior de mi pecho que duele y demasiado, aunque algo me dice que jamás me lo echaría en cara.

O eso espero.

Milano se encarga de la cuenta —no sin recibir batalla por mi parte — y juntas vamos al coche para atravesar todo el Barrio Francés y

llegar al distrito central de negocios, hogar de nuestra comisaría y donde los rascacielos rompen por completo la estética de una ciudad repleta de cultura y colores. La oficina de Tanya se encuentra en el 1340 de Poydras Street y cuando llegamos siento que hemos viajado a otro mundo a pesar de conocer este lugar tan bien.

No es de extrañar que en mi cara se vea cuánto odio esta parte de la ciudad.

—En Nueva York no durarías ni una semana —se burla Milano.

—¿Quién de las dos se ha mudado de ciudad? —contraataco y me encojo de hombros—. Será mejor que nos demos prisa, no quiero que lleguemos tarde.

Milano asiente, el reloj marca casi las once y estoy deseando conocer a Tanya y saber que tiene que decir al respecto y si nuestras teorías son ciertas. Cruzamos juntas la calle y cuando chocamos con el edificio de cristal lanzo un suspiro, tiene razón, no dudaría mucho en una gran ciudad porque me gusta mucho la paz que se respira en la vieja Nueva Orleans, a pesar de poder encontrarme al diablo de cara en cualquier rincón.

Atravesar la puerta me lleva a un espacio de mármol blanco y profesionalidad por todas partes, ni siquiera encajo con mi chaqueta de cuero y pantalones oscuros, aunque ahora que miro a mi alrededor he respondido a una de mis tantas preguntas. Ella no es consciente, pero Milano se mueve por aquí como pez en el agua con su traje de dos piezas y yo tengo que hacerme con todo el valor posible para no derretirme de la impresión o encerrarla en el primer baño que encuentre. La garganta se me seca y evito mirarla en todo momento mientras el ascensor nos lleva a la planta donde Tanya nos espera. Las mejillas me cosquillean debido a la sonrisa que mantengo hasta que otra vez debo dejar a un lado a Katherine y convertirme en la detective Fortier. Arreglo mi chaqueta y estoy dispuesta a todo con tal de encontrar las respuestas que necesitamos.

—Las estaba esperando. —La voz nos llega desde el fondo del pasillo.

Milano y yo nos miramos y después caminamos al encuentro de Tanya, ella muestra calma y una mano que está dispuesta a estrechar incluso antes de que lleguemos.

—Fortier y Milano, ¿me equivoco? —Las dos negamos—. Pasen, tomaremos un café mientras hablamos.

La expresión de Milano irradia un «nos vamos a divertir» que no puede ocultar tras el cristal de sus gafas, yo sigo sus pasos y me quedo en silencio, estoy deseando ver cuál será su primera pregunta.

Cuando entramos a la oficina de Tanya me introduzco en un universo musical que se refleja en paredes y estanterías con diferentes

posters, discos y fotografías de Polaris y un par de grupos más que no conozco. La sonrisa de ella se ve en múltiples imágenes y eso me dice que ama lo que hace, algo que se deduce por el brillo de sus ojos cuando va hacia la cafetera para preparar tres tazas. Milano y yo tomamos asiento en un sofá de cuero negro y nos vemos rodeadas por paredes blancas, muebles oscuros y unas vistas que —reconozco— te dejan sin habla. Sin embargo, no es eso lo que me interesa en este momento, es la calma de la mujer que tenemos delante lo que me hace empezar a analizar el escenario del crimen con lo que puede ser su estilo de vida. Hay algo en ella que no me encaja y a la vez parece estar hecha de miles de canciones que suenan en bares a altas horas de la madrugada.

Y estoy segura de que mi acompañante piensa lo mismo.

—Señorita Hernández, sé que ya ha respondido a muchas preguntas con respecto al caso de Fabien LeBlanc, pero tenemos un par de dudas que quizá nos pueda esclarecer. —En cuanto se gira le ofrezco una sonrisa y la invito a sentarse. Agradezco la molestia por la taza de café y la cojo entre mis manos—. ¿Es cierto que todas las composiciones de Polaris estaban en posesión de Julien? ¿Fabien nunca le habló de algún otro lugar donde guardase parte de su trabajo?

—No, y estoy informada del robo. Tuve muchas discusiones con ambos al respecto, pero esa era su forma de trabajar y debo admitir que después de todo les funcionaba bastante bien. Uno puede encontrar inspiración en sitios poco comunes para el resto. —El pelo de Tanya cae rizado sobre sus hombros, oscuro y mezclado con un tono miel que podría llamar la atención de cualquiera. Durante un par de segundos nos observa con su expresión gatuna y con cuidado deja la taza sobre un posavasos antes de sentarse y apoyar bien la espalda —. Fabien era metódico, pero digamos que necesitaba de un espacio en concreto para crear, siempre fue el más solitario de los dos, el gran soñador, un bohemio de los que hoy día pocos se encuentran.

—Y supongo que eso fue lo que le llamó la atención de él, ¿verdad? —Milano es quien interviene en esta ocasión y yo intento no sonreír por lo que sugiere su pregunta.

—Lo cierto es que nos conocíamos desde el instituto. —Tanya se cruza de brazos y se echa a reír, es evidente que nos ha sorprendido—. Es un detalle que pocos saben, ahora llevo el apellido de mi madre, pero por aquel entonces se me conocía como Tanya Cooper, es una larga historia.

Sin apartar la mirada escribo su nombre en mi mente y doy un sorbo de café antes de continuar.

—Entonces Julien Theriot no estaba enterado de esto —deduce Milano—, ¿por qué?

—Digamos que fue voluntad de Fabien, conocía mi trabajo y me convertí en su última oportunidad, de no ser por mí Polaris no habría salido de Luisiana. Cuando firmamos el contrato le prometí que no le diría nada a Julien y me gustaría que siguiera siendo así. Él tiene talento, pero nada de visión musical.

—¿Y qué obtuvo usted a cambio de guardar silencio? —pregunto sin dejar de mirarla.

Por como respira se hace evidente que lleva años en esto. Tanya destila frialdad a pesar de que veo un tinte de pasión en su expresión, titubea por un segundo y los labios le tiemblan cuando esboza una sonrisa. Con la misma calma que nos observa deja un mechón rizado tras su oreja y por fin responde:

—Creo que es evidente, unas buenas ganancias. No me malinterpreten, Polaris estaba en la cresta de la ola, eran muy buenos en lo suyo y su historia llamó la atención de los medios desde el principio. Dos tipos de bar reconstruyendo *covers* que de repente son deseados en todas partes, está muy visto, lo sé —dice y carraspea—, pero su forma de tocar era muy buena y sus propias canciones también estaban destinadas a llegar a serlo. Si aún no han tenido la oportunidad de escucharlos deberían hacerlo. Fabien dejó su vida plasmada en su música, lo único que sé es que con ese maldito robo en casa de Julien yo perderé una buena oportunidad de negocio, así que si en algún momento lo recuperan…

—Se lo haremos saber, no se preocupe. —Milano echa un vistazo a su pequeña libreta y sin levantar la mirada pregunta—: ¿Tiene idea de si hicieron enemigos por el camino?

—Querida, este mundo es despiadado, por supuesto que tenían enemigos. Cuando uno firma un contrato discográfico significa que otro artista se queda sin trabajo. ¿Qué si conozco a alguien en concreto? Desde luego que no. Fabien y Julien eran buenos amigos, llevaban creando música desde hacía años y dieron sus primeros conciertos en su época universitaria, podría ser cualquiera. —El semblante de Tanya se relaja y esta es la única vez que veo algo de pesar cruzando su expresión—. Fabien era buen tío y no solo la música ha perdido a un buen artista. La noche en la que lo secuestraron perdimos a un hombre que era extraordinario, ojalá pudiera ayudarles más, pero ya les dije a sus compañeros que estuve en todo momento ocupada de la fiesta y diferentes contactos.

—Tranquila, si recuerda algo importante, no dude en ponerse en contacto. —Doy un sorbo al café y dejo la taza vacía sobre la mesa—. Ha sido un placer conocerla, la dejamos con su trabajo, seguro que tiene mucho que hacer.

Con la misma tranquilidad de antes estrechamos nuestras manos y

tras ello salimos de su despacho, caminando por el pasillo en silencio. Nos alejamos unos cuantos metros y mi espalda se enfría, momento que aprovecho para girarme y observar la puerta en la que pone «Tanya Hernández» junto a una mujer que no borra esa expresión calmada.

—Nos oculta algo —me dice Milano.

Yo pulso el botón del ascensor y espero a que las puertas se cierren.

—Lo sé.

7

Hay un tinte de muerte, un sabor de mortalidad en la mentira.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

09 de diciembre de 2022, viernes.

—¡Lo tengo! He encontrado la información que buscábamos.

Anthony entra a la sala de investigación dando un portazo y cuando se da cuenta de que me ha despertado se queda pálido de la impresión, estoy segura de que sabe que puedo estrangularle por esto, aunque por una vez soy benevolente y sonrío pidiéndole la carpeta que tiene entre manos.

—Perdón, no sabía que estabas descansando. —Su disculpa se tiñe de una cara roja por completo.

—No pasa nada, ¿qué te tiene tan alterado?

—Tanya Hernández, antes Cooper. —Anthony abre la carpeta sobre la mesa frente al sofá y señala una fotografía antigua—. Fueron vecinos hasta que ella cumplió los quince, después la familia se mudó a Arkansas.

—Está muy… cambiada. —Cuando cojo la fotografía me doy cuenta de ello al instante. La joven que veo lleva gafas, tenía el pelo liso y de un tono más rubio, incluso su piel parece tener un tono diferente. Fabien la abraza por la cintura y tiene la barbilla apoyada en su hombro—. Pero esto confirma la teoría de Milano, ¿qué sabe la familia de su vuelta?

—En realidad no mucho. Los padres de Fabien perdieron el contacto con la señorita Hernández cuando se marcharon de la ciudad, todo el mundo coincide en que solo les unía una relación profesional, no les vieron juntos en actitud cariñosa.

—Aquí hay algo que no cuadra. ¿Por qué ocultarle a Julien que se conocían? —Claudia se apoya en el brazo de Anthony y ambos suspiran a la vez. *Esto sí que es raro*, me digo antes de que ella sea consciente de que los estoy observando—. Si yo hubiera sido él no me habría avergonzado de tener una relación personal con mi representante.

—Tal vez no lo ocultó por eso, Tanya nos dijo que el mundo de la música puede traer muchos enemigos y por lo que percibí de ella no

creo que sea de las que mezclan placer con negocios, así que debe haber otra cosa. Quiero que investiguéis su pasado, dónde vivían, dónde estudió y porqué volvió a Nueva Orleans, ¿qué sabemos de la propiedad? —Cuando me levanto del sofá noto la falta de cafeína en mi sistema. Cojo la taza que he traído conmigo y voy directa a prepararme un café—. ¿Y Milano? Creí que estaría aquí.

—Está con una llamada importante. Ya sabes, de Nueva York —me aclara Anthony.

—Ah.

—La propiedad fue embargada a un tal Lewis Burns hace veinte años, desde entonces ha estado en venta, pero al parecer no ha despertado el interés de nadie y no me extraña, ese lugar necesita de una buena reforma y no creo que sea muy rentable en la actualidad, según el ayuntamiento en unos meses podrán convertirlo en oficinas si todo va bien. —Claudia me enseña las escrituras y señala un punto en concreto—. ¿No os parece macabro que fuera un estudio de música? Tengo la sensación de que el asesino trató a Fabien como a un instrumento que tocó a su antojo durante su secuestro.

Las palabras de Claudia me paralizan.

«Cuando uno firma un contrato discográfico significa que otro artista se queda sin trabajo», las palabras de Tanya taladran mi mente y dejo la taza de café en su lugar.

—Claudia, eres increíble. —Ante la atenta mirada de mis dos agentes cojo la chaqueta de cuero y voy hacia la puerta—. ¿A qué esperáis? Vamos.

—¿Qué ocurre?

—Nos vamos a casa de Fabien.

...

Aunque me gustaría tener a Milano a mi lado, ver como Claudia observa a Anthony por el espejo retrovisor aminora el viaje hacia Bourbon Street. No sé si es casualidad o no haber estado tan cerca de Fabien sin conocer realmente su trabajo, pero cuando enciendo la radio una voz grave y rota baña el interior del coche acompañada de una guitarra que me traslada a los mejores momentos de mi vida, a esos instantes donde mi hija reía sin parar mientras corría por toda la casa cazando fantasmas imaginarios.

—Son ellos, Polaris. —Claudia sube el volumen.

—Tanya tenía razón, eran muy buenos —digo, siguiendo la letra de la canción, muerdo el interior de mis mejillas y me concentro en la guitarra antes de girar el volante. La música me recuerda al estilo *folk* de Wild Rivers o Vance Joy—. Me pregunto cómo sonarían sus

canciones, esta versión de *Silhouette* es increíble y la segunda voz de Fabien acompaña muy bien a la guitarra —añado—. Su representante se equivoca en algo, tarde o temprano habrían llegado lejos sin su ayuda, tengo esa corazonada.

—Su EP de *covers* es uno de los más escuchados del momento, aunque nadie puede asegurar que no sea por lo que ha pasado —comenta Claudia—, pero si quieres mi opinión personal *Fade to black* tiene cuatro canciones que son una maravilla escuchar, es como si hubieran hecho suyas cada una de esas letras.

—Y parecen estar dedicadas a una persona muy especial —añade Anthony—, la palabra bohemio encaja mucho con Fabien, esa forma de tocar no es solo por amor a la música… —Los tres nos quedamos en silencio—. ¿No creéis que lo hace como si hubiera dejado ir a alguien importante?

—Encontraremos lo que buscamos —comento sin apartar la mirada de la carretera.

Odio el tráfico a esta hora de la mañana, pero lo cierto es que no cambiaría de barrio por nada del mundo. Claudia repasa alguna de mis anotaciones y se me queda mirando.

—¿Qué piensas, Kat? Es extraño que la familia no tuviera diarios viejos de Fabien o videos de él con la guitarra. Estoy de acuerdo en que puedes ser reservado, pero… ¿tanto?

—A Mila le gustaba mucho la fotografía, pero rara vez nos enseñaba lo que hacía y no es que no quisiera mostrarnos nada. —Al recordar aquello sonrío y detengo el coche frente a un semáforo que está en rojo—. Todo el mundo necesitamos un tiempo con nuestro trabajo y el arte es algo muy personal, tal vez Fabien lo entendía de un modo tan especial que no fue capaz de compartir sus composiciones con el resto hasta sentirse preparado o tener a esa persona especial…

El teléfono vibra a mi lado dejando de lado a mis pensamientos, por un segundo quiero ver un mensaje de ese alguien que era capaz de arrancar cualquier duda de mi mente, pero lo que encuentro es todavía mejor.

M: Te has ido sin mí. Esto te traerá consecuencias, detective Fortier.

Dibujo una sonrisa pícara que veo a través del espejo retrovisor y giro el volante para dirigirnos a nuestro destino. La casa de Fabien tiene el mismo aire bohemio en su exterior que lo que he visto en él a través de diferentes videos en las redes. Al aparcar el motor me lo imagino en el balcón de su casa, tocando la guitarra mientras la noche baña toda Nueva Orleans. Puede que el sonido de su música haya protegido mis pasos en algún momento y eso me da escalofríos, pero también una sensación de paz que difícilmente llego a sentir con otras

cosas.

Los tres dejamos atrás el coche y cruzamos la calle hacia un pequeño edificio de dos plantas y paredes blancas con ventanales azules. En la lejanía veo la estela de un carruaje y no sé por qué eso me lleva a pensar en Milano y en las tantas cosas que nos gustaría haber hecho a lo largo de estos meses.

No es que sea una romántica, pero ella despierta una clase de pensamientos que creí dormidos para siempre. Suspiro y cojo el teléfono para responder su mensaje sin que mis agentes sean conscientes de lo que trama mi mente.

K: A las 9 estaré en tu casa.

La vida se queda a mi espalda una vez entramos en la casa de Fabien, acordonada por la policía desde hace días. Con cuidado quito la cinta que reza un «no pasar» y abro la puerta a la espera de que Claudia y Anthony sigan mis pasos. A Milano le va a encantar saber que estos dos tienen algo y eso provoca que mis labios tiemblen mientras contengo la sonrisa.

—¿Por dónde empezamos? —Anthony da un paso al frente y observa un salón que no está muy amueblado, pero en el que —una vez más— se destaca el estilo de nuestra víctima.

—Echa un vistazo a las estanterías y todo lo que puedas encontrar aquí, Claudia y yo buscaremos en las habitaciones. No os dejéis ni un solo mueble por revisar, ¿queda claro?

Claudia se me queda mirando y asiente, ha entendido a la perfección que buscamos algo que a ojos de otros serían detalles sin importancia, un álbum, cualquier fotografía, algo que pertenecía tanto a Fabien como a la música que dedicó a esa persona en especial.

Entre los efectos personales que su familia llevó al departamento no encontramos nada relevante para el caso y mientras más busco, más caigo en la cuenta de que eso es tan extraño como el hecho de que Julien no conozca la vieja relación entre su representante y su mejor amigo. Los guantes cubren mis manos y recorro el pasillo que me lleva a un camino de paredes blancas y sencillez antes de chocar con una pequeña habitación que parecía servir de estudio.

—¿Por qué no tenías aquí nada nuevo? ¿Por qué?

El ventanal que da al balcón está un poco abierto y ya puedo escuchar el bullicio de las calles. No me cabe duda de que es un buen lugar para cazar inspiración y lo confirmo cuando me acerco al escritorio que hay al fondo con un pequeño estudio de grabación casero, la fina capa de polvo que lo cubre se siente como una sonrisa apagada por culpa de la vida. Acaricio con los dedos la pantalla de un ordenador que contenía el trabajo que ya conocemos de Polaris con sus *covers* antiguos, pero sin rastro de lo que verdaderamente

buscamos. Me pregunto cuanta música habrán reproducido los altavoces que ahora permanecen en silencio. Hay algo siniestro en todo esto y puedo notarlo en la piel cuando me aparto un poco para imaginar a Fabien metido en un maravillo mundo donde únicamente existía él y su música.

«Él no tenía visión», dijo Tanya y mi corazón está deseando acercarse a una respuesta que se queda en el aire cuando mis ojos chocan con una fotografía que decora gran parte de la pared que hay a mi espalda.

—Su guitarra…

La imagen en blanco y negro de Fabien le muestra a él tocando con los ojos cerrados, pero no es eso lo que llama mi atención sino el instrumento negro y desgastado con una marca que me lleva al escenario del crimen. Un tres como firma y mensaje de lo que nos quiso decir antes de morir.

—Katherine, he encontrado algo. ¿Katherine? —La voz de Anthony me saca del trance y cuando me giro su expresión no presenta mejor aspecto que la mía—. Estaba escondida en uno de los armarios —dice y en su mano veo la misma guitarra de la fotografía.

…

—Era Dennise, ya está analizando las huellas. —Milano cuelga el teléfono y se me queda mirando—. Eh, ¿estás aquí?

—Sí, perdona, solo estaba dándole vueltas a algo.

—Espero que sea a la maravillosa cena que vas a comer esta noche, porque si no voy a tener que poner cartas en el asunto—. Mis dedos acarician un botellín de cerveza que todavía no he probado, levanto la vista y sonrío a una Milano que se ve totalmente diferente cuando está lejos de la comisaría—. Estamos fuera de servicio y que yo recuerde hace unos meses prometiste que te tomarías más en serio el tiempo libre si yo estaba en la ecuación.

La cocina huele a especias criollas y no puedo mentir, se me ha abierto el estómago al instante, aunque cuando Milano se acerca a mí otro tipo de hambre despierta en mis labios.

Su cuerpo se cuela con facilidad entre mis piernas, roza mi nariz con la suya y su boca saborea mi cuello con decisión. Apenas puedo respirar cuando noto sus dedos acariciando mi pierna, subiendo poco a poco hasta tocar piel con piel, en un ritual por el que moriría sin pensarlo. Llevo deseando esto días, las miradas en la sala de investigación me parecen insuficientes comparadas con lo que puedo alcanzar al ver cada imperfección de mi persona en sus ojos, un paraíso marino que cuenta verdades y tiene la capacidad de encender

fuego en vez de apagar llamas. No necesito más de un segundo para enredar mis dedos en su pelo y besarla hasta que se me agota el aire y tengo que volver a respirar.

—Será mejor que apagues el fuego —le digo.

—Yo pensaba que querías lo contrario —bromea ella a sabiendas de cuanto me gusta.

La batalla inicia con mis manos en su cintura y mi cuerpo aprisionando el suyo contra la encimera de la cocina. Milano dibuja una sonrisa encantada, digna líder de una batalla en la que quiere declararse ganadora, hasta que aprisiono sus muñecas con fuerza y me aparto para mirarla en silencio. El brillo de sus ojos se enciende entre una mezcla de sorpresa y esa picardía que tardé en ver pero que se ha convertido en una de mis cosas favoritas de ella, y cuanto más la observo más soy consciente del momento en que todo empezó. En una habitación de hotel donde llevaba cascos y jugaba a esa pesadilla de universo que todavía no llego a comprender. Pienso en el inicio de todo y con ese recuerdo firme en mi mente la beso, echando de menos que marque mi piel con ese rojo que tanto le favorece, aunque eso no aminora lo que siento o lo magníficos que saben sus labios.

Tiene la piel caliente y se le eriza en cuanto mis dedos marcan un lento camino que me lleva a sus pechos cuando le quito la camiseta y la dejo en ropa interior. Puede que haga frío, pero estoy segura que pronto ni siquiera será consciente de ello, como yo, porque ahora son sus manos las que piden por más mientras me recorren la espalda hasta que los dedos se le enredan en mi pelo y tira para descubrir mi cuello ante sus labios, su lengua y cada una de las ideas que se le pasan por la cabeza.

—Quisiera dejarte aquí encerrada para siempre… —susurro sin llegar a mirar sus ojos, mientras dejo que tome el control.

—Puedes convertir este momento en un para siempre. —La firmeza con la que habla me deja sin aliento, sobre todo cuando caigo en la verdad que transmite al hablar.

El corazón se me paraliza y vuelve a latir cuando me besa antes de que pueda decir cualquier tontería que estropee este momento, y aunque mi mente le da vueltas durante un par de segundos, me olvido de la sensación cuando nuestros cuerpos giran y yo me quedo a su espalda.

Hundo los labios en su cuello y recorro los brazos de Milano con los dedos como si quisiera guardar en mi tacto cada una de sus curvas, como se siente su piel contra la mía, como late su corazón cuando la acaricio y al llegar a su cintura, ya no hay nada que me detenga. La hago mía entre gemidos, busco su interior y la vuelvo a hacer mía con los labios pegados a los suyos, devorando su boca y gran parte de su

alma, como ella hace conmigo, como lo lleva haciendo desde el momento en que la conocí. Mis ojos se cierran y me dejo llevar por el paraíso que hay entre sus piernas, por lo caliente que está, por la forma en la que gime y pronuncia mi nombre una y otra vez.

El corazón se me desboca y siento que voy a perder el control. La deseo y a la vez hay algo que me lleva lejos de aquí. Es el miedo, el pánico que me entra al pensar en cómo esta mujer se ha adherido a mi alma por completo. Quiero decirme que todo va a estar bien y lo hago cuando se gira y es ella quien me devora y no solo con la mirada.

Sus actos son capaces de dejar atrás cada pensamiento para llevarme a un laberinto de pasión desmedida donde solo están sus labios y la forma en la que entierra los dedos más allá de mí, penetrándome, logrando que grite su nombre y ella sonría al saberse reina de toda lo que queda de mí.

Ambas nos miramos y lejos de aquí ya no queda nada que me pueda hacer daño. O eso es lo que deseo creer porque lamentablemente, algo me dice que esto no va a acabar bien. Que estoy abocada al fracaso y con ello, a perderla para siempre.

8

No eran enemigos, no eran criminales, no eran nada terrenal,
sólo sombras negras de enfermedad y agotamiento.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

10 de diciembre de 2022, sábado.

El café humea entre mis manos mientras disfruto del silencio como si fuera de estas paredes no existiera nada que perturbe el tiempo y cuánto me gustaría que fuera cierto. Hace cinco minutos que Dennise nos ha enviado un mensaje para que vayamos a la comisaría y lo único en lo que puedo pensar es en Milano entre mis brazos, siendo una extensión más de mí, dándole la posibilidad de que pueda matarme si en algún momento esto se acaba. El grifo se cierra y poco después el perfume a cítricos ya me está acariciando los labios. Me giro y dejo que el escenario se impregne en mi cuerpo tanto como anoche ella me empapó de pasión. Aquí se está tan bien que sonrío al segundo. Me gusta la decoración con muebles y estanterías que guardan libros y varias piezas de LEGO. Nunca le he preguntado porque les tiene tanto amor y eso abre una pequeña herida en el centro de mi pecho.

A veces es mejor la ignorancia que acostumbrarte a todo lo bueno que una persona puede darte, porque la muerte siempre está a mi alrededor y ya estuve cerca de perderla una vez. La imagen de Milano en la cabaña se cruza por mi mente antes de que ella aparezca en escena y cambie el negro por un rayo de luz que proviene de esos labios rojos que tanto me gustan.

—Tienes que estar de broma —protesto.

—¿Qué? ¿No me puedo arreglar para ir a trabajar? —Milano se encoge de hombros y se mira al espejo que hay en a la entrada del salón antes de dar el último toque a unos labios que ya me muero por besar—. Además, tú lo haces a diario.

—¿Qué hago a diario? —pregunto con la taza de café ocultado mi sonrisa.

—Provocarme… —susurra y me sorprende lo rápido que llega hasta a mí—. Con esos ojos delineados en negro, tu chaqueta de cuero, una mirada que corta el aliento, ¿sabes lo difícil que es concentrarse en el caso cuando no hago más que pensar en lo que podría hacer contigo?

—Vaya y yo que te creía una gran profesional —me burlo y llevo una mano a su barbilla. Levanto su rostro y la obligo a mirarme—. Lástima que no vaya a dejar de hacerlo.

Me acerco a sus labios, pero no la beso porque interpongo el café a esa necesidad que más tarde me pasará factura. De camino a la cocina la escucho suspirar y sonrió al pensar en lo que se le estará cruzando por la mente, algo que no se aleja demasiado de lo que pienso yo al recordar la cena que disfrutamos después de agotar nuestros cuerpos pidiendo por más.

Un momento después busco mi chaqueta de cuero y me arreglo el pelo observando el reflejo de ella sobre el espejo.

—Por cierto, este lugar necesita un toque *cajun*. No puedes vivir aquí y seguir siendo tan neoyorquina.

Milano levanta una ceja y yo le guiño un ojo mientras busco las llaves del coche. Estoy segura de que sabe a qué me refiero. La combinación monocromática del blanco y negro no es exactamente mi estilo favorito y aunque veo a una mujer de ciudad en ella —con esas grandes fotos de puentes y de sus artistas favoritos—, tengo muy claro que llegará a amar cada una de las posibilidades que Nueva Orleans tiene por ofrecerle.

Antes de salir por la puerta soy consciente del contraste que esta casa hace con la decoración de los años 60 de la mía y supongo que esa es otra de las muchas cosas que acaban por definir nuestra atracción o el modo en que encajamos.

No sé si ella piensa en eso a menudo y aunque estoy a punto de preguntárselo, decido que es mejor guardar ese pensamiento para otro momento.

Tenemos trabajo por delante y lo rápido que recorro las calles lo demuestran. En otro momento me habría gustado ir andando, pero no siempre podemos cumplir con deseos tan simples como este y escuchar a Milano repasando el caso es una de esas otras maravillas que no cambiaría por nada del mundo. A un par de minutos de llegar al departamento de policía mi teléfono suena y me quedo paralizada cuando escucho la voz al otro lado.

—Tiene una llamada a cobro revertido de la Penitenciaría Estatal de Luisiana, ¿desea aceptarla?

Milano se ha quedado tan helada como yo, aprieto los dedos alrededor del volante y agradezco la entereza que ella demuestra cuando me obliga a girarlo para aparcar el coche en una calle cercana al trabajo.

—Repito, tiene una llamada a cobro revertido de…

—Sí, quiero aceptarla —interrumpo.

Vacío, hay unos segundos de vacío y poco después la voz que escucho me mata otra vez por dentro.

—Detective Fortier, qué afortunado, por un segundo pensé que habrías cambiado de número, parece que no puedes deshacerte de todo lo que está en tu pasado.

—¿Qué quieres? —Los dientes me chirrían. Me he puesto tan pálida que hasta a mí me asusta la imagen que veo a través del espejo retrovisor.

Mi acompañante permanece en un tenso silencio y me asusta la idea de que se le haya parado el corazón al oír a Remy de nuevo.

—Deduzco que Nick no te ha transmitido mi mensaje, siempre ha sido muy protector —dice el monstruo con ironía—. Me alegra que hayas vuelto al trabajo, un caso interesante el de ese músico, aunque estoy seguro de que no tanto como lo que mi obra produjo en ti.

—Voy a colgar, hijo de puta… —Ojalá lo tuviera delante para poder callarle la boca a golpes, ojalá…—. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo, ni tampoco con Nick, déjanos en paz, estás muerto para nosotros. ¿Entiendes? Muerto.

Los labios me tiemblan y noto la mano de Milano en mi muñeca.

«Remy era tu amigo y aunque te cueste aceptarlo, no hay nadie en este mundo que sea cien por cien malo o bueno.»

Elizabeth no podía tener razón, no cuando al otro lado del teléfono suena la maldad en esencia y persona.

—A diferencia de ti, yo no quiero que mueras, así que te sugiero que tengas cuidado. La prensa te ha puesto en el punto de mira y que tengas un admirador secreto no te ayudará a dormir por las noches si a mí ya me produce pesadillas. —El tono de su voz cambia rápido, con la misma prisa que lanza un suspiro—. Solo te lo pediré una vez, ten cuidado y habla con Nick.

Antes de que pueda responder, la llamada se corta y yo me quedo con las palabras en la boca. El mundo ahí fuera comienza a dar vueltas y tengo ganas de vomitar, de hecho, abro la puerta del coche y salgo disparada a ningún lugar en concreto. Necesito aire, necesito algo que me saque de este estado y que me de paz. Tal vez la muerte sea buena opción, tal vez. Las manos me tiemblan, estoy sufriendo un ataque de pánico, lo sé por el sudor que cae por mi cuello y la rigidez de todos mis músculos, ni siquiera Milano logra que pueda pensar en otra cosa, hasta que me abraza y me fundo entre sus brazos, como un niño perdido que acaba de ver por primera vez la luz.

—No le hagas caso, solo quiere jugar contigo. Ahora que está encerrado busca formas de tener el control de tu vida.

—Pues lo está consiguiendo —respondo.

—Respira y olvídate de él, no puede hacerte nada ahí dentro, recuérdalo.

—¿Estás segura? ¿Qué sabrás tú? No le conoces, no como yo lo hago. Si hay algo en lo que Remy e *Ictero* se parecen es en su poder para obtener lo que quieren, nunca se rinden y que él esté en la cárcel no significa nada, así que no psicoanalices esto, por favor. —La dureza de mis palabras paralizan a Milano, le duelen y lo veo por el gesto que adopta su expresión cuando se separa de mí y apoya la espalda en el coche. Me muerdo la lengua y deseo atrapar lo que he dicho para encerrarlo en un lugar lejos de mi mente, lejos de la persona asustadiza que soy cuando pierdo el control. Pero no puedo—. Lo siento, no pretendía que sonara así.

—Algún día entenderás que estamos en el mismo bando, Katherine, que yo también he pagado las consecuencias de sus actos y que al final tú eres la única que tiene la capacidad de desterrar todo aquello que te causa pánico. —Puede que Milano tenga razón, al menos ella está muy segura de lo que dice—. No volveré a meterme en este tema, tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Qué…?

Al otro lado de la calle hay un pequeño quiosco al que Milano se dirige sin decir nada más. De repente el corazón se me acelera y temo lo peor, algo que confirmo cuando volvemos al interior del coche y vemos el artículo en las noticias de actualidad. La fotografía que encontramos en el escenario del crimen de Fabien LeBlanc se muestra en primera plana junto a una frase que me deja con la boca abierta: «¿Podría ella haberle salvado la vida?». Las siguientes palabras nos llevan a una línea temporal en la que se analizan partes importantes de mi vida como la muerte de mi hija, divorcio y mis casos más importantes, incluyendo el encierro en la prisión de máxima seguridad de quien fue mi mejor amigo.

Mi compañera de lucha permanece en silencio y no sé si pretende ponerme nerviosa o encontrar algún tipo de mensaje oculto entre las palabras del artículo. Quiero preguntarle, pero el teléfono suena y es Clyde.

Esto no puede traer nada bueno, me digo y sé que no estoy equivocada.

—Quiere que estemos allí, ahora mismo —me dice en lo que parece más una orden.

Arranco el motor y nos lleva un par de minutos llegar a la comisaría. El aparcamiento está a rebosar y el movimiento que hay en el interior de un edificio que para mí es mi segundo hogar, no me gusta en absoluto.

En cuanto entramos recibimos miradas curiosas, algunos

cuchichean entre sí y otros muestran un gesto de preocupación que tengo muy conocido, aunque nada de eso se compara con el recibimiento de Clyde en la sala de investigación. La puerta se cierra de un portazo y la tensión que se forma en el interior puede cortarse con un cuchillo. Fuera, un gran número de agentes deja todo lo que estaba haciendo para prestar atención a las palabras de nuestro sargento, un hombre al que no le gustan los cabos sueltos. Claudia y Anthony se miran entre sí antes de prestarme atención e intentar mostrar su apoyo incluso con los labios cerrados.

—¿Cómo es posible que la prensa esté enterada de algo tan importante como esto?

Clyde tira sobre la mesa el mismo periódico que Milano y yo hemos comprado antes de llegar.

—¡Sois unos incompetentes! Empezando por vosotros dos. —El corazón se me paraliza cuando señala con el dedo a un Anthony que está completamente roto—. Debería apartaros del caso y suspenderos de empleo y sueldo, ¿acaso no entendéis los pasos básicos de una investigación? ¿Qué hay del secreto de sumario y evitar que haya filtraciones?

—Clyde, creo que esto…

—¡Cierra la boca Katherine! O serás tú quien salga por esta puerta sin su placa.

Los ojos de nuestro sargento se encienden en rabia, veo el color de las venas en un fondo blanco donde no se presenta la calma y no sé si está más enfadado porque la NOPD haya quedado en ridículo o porque el caso esté en verdadero peligro, pero no puedo permitir que lo pague con quienes han hecho un buen trabajo durante todos estos meses, ya sea a mi lado o no.

—No pienso callarme, Clyde.

—¿Disculpa? —Ahora soy yo el objetivo de su enfado. Clyde se encara conmigo y no puedo evitar que la sangre me hierva. En otro momento habría solucionado esto con otros métodos—. ¿Has olvidado que soy tu sargento, detective Fortier?

—Me lo recuerdas todos los días, pero esto no ha sido culpa de ellos. Puede que nos encontremos ante un asesino que se sale de lo establecido para alguien que mata por primera vez, y estoy muy segura de que no podríamos haber hecho nada al respecto.

—¿Ah sí? ¿Ahora eres tú la especialista en perfiles? —Su aliento choca contra mi cara y aumenta mis ganas de darle un puñetazo.

Por el rabillo del ojo leo las intenciones de Milano, así que levanto la mano para que no diga nada y evitar que se meta en un lío. Su puesto como enlace podría tambalearse si habla en contra de Clyde y no pienso jugármela.

—No, no lo soy, pero llevo en esto más de veinte años, diría que eso es más que suficiente, ¿no te parece? Y te sugiero que no pongas en entredicho el trabajo de los mejores agentes que tienes en el departamento, serán jóvenes, pero saben muy bien cómo hacer las cosas.

La sonrisa que Clyde esboza me remueve mil emociones por dentro. Años atrás él era la persona en la que más confiaba a la hora de llevar un caso y ahora me parece complicado sentirme segura a su lado. Temo por las represalias, aunque su silencio previo dice mucho más de lo que el resto nota, lo conozco muy bien.

—Quiero que vayáis a por Harrison Storm y acabéis con esto, me da igual si tenéis que romper con la integridad de su trabajo. ¿Está claro? No habrá más filtraciones a la prensa o tendré que poner cartas en el asunto y vosotros asumiréis las consecuencias. —Anthony y Claudia asienten antes de salir disparados de la sala de investigación. Odio que todo el mundo esté pendiente de lo que ocurre aquí dentro—. Dennise os espera en el laboratorio, tenéis cuarenta y ocho horas para dejar un informe sobre mi mesa que tenga avances de verdad.

Muerdo el interior de mis mejillas y aprieto las manos. Odio la arrogancia de Clyde y no soporto ver en lo que se ha convertido por más que Milano defienda esa parte de él. Ahora tengo claro porque está aquí y no en el FBI, yo no podría soportar tener superiores en masa que son tan gilipollas.

Ella parece leer mis pensamientos cuando cierra la puerta y busca un caramelo en su bolsillo para ofrecérmelo poco después.

—Has estado increíble. Y acertada en tu teoría. —En silencio también lleva un caramelo a sus labios y se queda mirando el panel del fondo de la sala—. Nos enfrentamos a alguien poco habitual y aunque desearía equivocarme, creo que eso nos va a traer problemas.

—¿Cuándo hemos rechazado un poco de acción? —le digo, esta vez con una sonrisa en los labios—. Será mejor que vayamos con Dennise.

...

Se respira otro tipo de ambiente en el laboratorio donde Dennise trabaja cuando no está en la sala de autopsias, a mi alrededor todo son ordenadores y aparatos que nos salvan el culo cuando se trata de atrapar a un asesino, y es en estos momentos cuando soy consciente del gran peso que su trabajo tiene durante una investigación. Como siempre, ella nos espera con un café entre manos, aunque no con la alegría habitual, lleva horas sin dormir y lo noto en cuanto nos mira a los ojos.

Al menos no soy la única, pienso y le lanzo un caramelo de nata y fresa.

—Para que tengas un poco más de azúcar en el sistema.

—Tú no sabes lo que estás haciendo —bromea, pero al segundo ya tiene el dulce en los labios—. He encontrado cosas bastante interesantes, lo primero es la confirmación de que la señorita Hernández tenía una relación cercana con Fabien LeBlanc.

Dennise se levanta del taburete y teclea en el ordenador para poner en pantalla todo lo que ha analizado. Los ojos de Milano brillan como si estuviera a punto de zambullirse en un océano que conoce muy bien, y no es para menos. Está claro que este también es su mundo y yo no tengo forma de quitarme esa imagen tan increíble de la cabeza.

—Al analizar las huellas descubrí que se oscurecían más rápido de lo normal, lo que indica que llevan tiempo ahí, por la temperatura del lugar donde estaba guardada la guitarra yo diría que al menos tienen un par de años o tres, pero también había algunas más recientes, quizá de pocas semanas antes de la desaparición de la víctima.

—No son buenas noticias para Tanya —indico—, y menos que nos haya ocultado algo tan importante. Hay que traerla a comisaría, ¿algo más?

—Sí, otra huella parcial que aún no consigo identificar y algo muy interesante, en las cuerdas encontré restos de ADN, lo he cotejado con diferentes bases de datos y tenemos un resultado. —La imagen de la pantalla cambia y nos muestra a una mujer de unos treinta años, de ojos grises y pelo castaño, podría ser la mujer que describió Julien. Tiene un pequeño lunar sobre el labio que me resulta familiar, aunque no logro recordar de cuándo o dónde—. Cumplió tres años de condena por robo con violencia e intimidación. Salió hace dieciocho meses y está en libertad condicional, pero esa no es la mejor parte. Mirad.

Dennise sonríe a placer, se le nota en la cara que está emocionada por lo que está a punto de enseñarnos y cuando una lista aparece en la pantalla del ordenador nos es imposible no sonreír con ella.

—Fue una de las asistentes al concierto de Polaris en el teatro Toulouse.

—Eres increíble. —Me acerco a Dennise y le doy un beso en la mejilla—. Te debo un buen *beignet*, esta vez en mi cafetería favorita.

Milano y yo intercambiamos miradas, salimos del laboratorio y ambas hacemos una llamada telefónica.

El juego ha comenzado.

9

Lo que a nosotros nos salva es la eficiencia... el culto por la eficiencia.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

12 de diciembre de 2022, lunes.

El aire entra a mis pulmones con más facilidad de la que espero. Estamos a pocos días de una época que para mí carece de sentido, pero que duele más al saber que nuestra víctima todavía no tiene un descanso merecido. Esa sensación me palpita en las sientes y acompaña al largo silencio en el interior del coche, por la incertidumbre de no saber cómo va a terminar esto. Con Tanya Hernández enfrentándose a un nuevo interrogatorio, creo en Claudia y Anthony para que le saquen la información que necesitamos mientras yo conduzco hacia Marigny, un barrio alternativo que es muy conocido por sus bistrós de comida cajún y donde los músicos callejeros dan vida a las calles. De hecho, llevamos un par de minutos esperando a que una banda de instrumentos de metal deje la carretera para poder continuar.

Tengo el brazo apoyado en la ventanilla y la cabeza descansando en la mano mientras no dejo de preguntarme una y otra vez qué se nos está escapando. Las preguntas que hay en el panel de la sala de investigación se trasladan a mi cabeza y pasean frente a mis ojos con la única intención de despertar del todo mis sentidos.

Tengo que empezar por la raíz y para eso cierro los ojos y me traslado al escenario del crimen, un espacio de madera que sirvió como estudio de música y donde Fabien LeBlanc marcó en las paredes un tres en números romanos rotos como marca gemela de la que está en su antigua guitarra. Es un mensaje al que todavía no le pongo significado y eso nos está llevando al límite.

—Kat, ya está. —Pasan unos segundos hasta que soy consciente de que Milano me está hablando, cuando me meto en mi mundo soy capaz de ignorarlo todo—. ¿Kat?

—Perdona, sigo aquí.

—¿Seguro que no te pasa nada? Últimamente estás…

—Tranquila. —Le corto—. Sabes que me evado cuando estoy pensando en el caso. Creo que es mejor que vayamos andando, no me fío de que esto se nos vaya de las manos, este es un barrio lleno de

trampas.

Milano echa un vistazo a todo lo que nos rodea y no parece creerse lo que le digo. Lo que no sabe es que entre estas casas coloridas se encuentran pequeños callejones y puertas que nos pueden hacer perder a un testigo o alguien importante en un abrir y cerrar de ojos. Esta zona está poco vigilada y también ocurren muchos casos de robo a pesar de no ser una zona de gran adquisición. Cuando aparco el coche, los ojos de mi acompañante se abren como platos al ver la casa de rosa chicle que hay al otro lado de la calle.

—Tiene su… encanto —balbucea y yo no puedo evitar reír.

—Tú también lo tienes, por eso encajas tan bien en esta ciudad —bromeo y Milano me enseña el dedo corazón de su mano derecha—. Venga, no me digas que Nueva Orleans no es una maravilla, seguro que Nueva York tiene rascacielos impresionantes y todas esas cosas, pero esto es lo que está bien en la vida.

Al salir del coche abro los brazos y giro con diversión y alegría, como si fuera una niña que está a punto de subirse a su estación favorita. Atrás hemos dejado la banda de música y lo que nos queda es la visión de todas estas casas de madera, de diferentes colores entre sí y con un colorido que podría servir de inspiración para cualquier pintor. Milano saca su teléfono móvil y me hace una fotografía antes de encogerse de hombros.

—No todos los días veo algo tan mágico como esto, a Katherine Fortier sonriendo de oreja a oreja haciendo a un lado a la detective que lleva dentro.

Desgraciadamente, eso no dura mucho.

—Espero que esto quede entre tú y yo —respondo una vez que estoy pegada a sus labios.

Le doy un pequeño mordisco y vuelvo a su lado antes de sacar el papel con la dirección en la que encontraremos a Cécile Holden. Curioseo a mi alrededor para encontrarme de cara con un bar de barrio que parece tener más años que ella y yo juntas.

El cartel de *Road* llama mi atención de inmediato pintado en un intenso amarillo sobre una capa de rojo que acompaña a cada una de las paredes. Avanzo rápido y al abrir la puerta el aroma a cerveza se me pega a la piel mientras unos cuantos ojos curiosos chocan contra nosotras. No me hace falta enseñar la placa para que sean conscientes de quienes somos, al menos es lo que capto entre susurros. Milano es la que más destaca de las dos. Hoy lleva el pelo recogido, pero no se ha deshecho de sus gafas de pasta ni tampoco de su traje de dos piezas, dándole ese aspecto neoyorquino que tanto me gusta. Le dedico una sonrisa y hago una señal para que esté atenta a cualquier movimiento. Se respira tensión en el ambiente cuando apoyo los codos

sobre la barra y llamo la atención de una mujer de mediana edad. Sus ojos negros se clavan en mí de inmediato, me analiza y deja el trapo que está usando sobre la madera desgastada antes de sonreír como si se sintiera superior.

Esta escena es muy típica de las películas.

—¿Qué buscan aquí? —Si yo fuera el poli malo jamás me habría mirado de forma tan arrogante como lo está haciendo.

Milano carraspea y yo dibujo la sonrisa más dulce, no quiero peleas así que voy directa al grano.

—Estamos buscando a la señorita Holden, tengo entendido que trabaja en este turno.

—Ha salido a hacer un encargo —espeta la mujer—, ¿qué quieren de ella?

Esta vez su mirada va dirigida a mi acompañante. No le reprocho que odie a la policía, de hecho, puedo llegar a entenderla porque el equipo de investigación de robos no ha sido muy indulgente con los ciudadanos de este barrio, pero eso no parece importar a Milano, quien se acerca y deja una fotografía sobre la mesa: es la imagen de quien abrió la puerta del edificio, no dice mucho, pero es una buena táctica para intimidar.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas —le dice y ahora es ella quien usa el mismo tono de voz—, supongo que no tendrá ningún problema si no hay nada que esconder. ¿Dónde la podemos encontrar?

—Si es porque se ha tomado un par de días libres, les aseguro que estuvo en todo momento con su familia, no ha roto la libertad condicional.

Los labios de la mujer tiemblan y al segundo noto que Cécile es alguien importante para ella.

—Desde que salió de la cárcel esa chica no ha hecho otra cosa que intentar labrarse un futuro mejor —continúa—, nunca falta a un turno, es buena con los clientes y estudia a distancia. Solo cometió un error.

—No la juzgamos por eso —intervengo—, pero esto es importante. Será mejor que nos ayude.

Tardo un par de segundos en darme cuenta, la mujer suspira y arruga el trapo entre las manos, muerde su labio inferior y cuando escucho un ruido en la parte de atrás sé que Cécile está aquí.

—¡Ve por el otro lado! —ordeno a Milano y echo a correr.

Llegar a las cocinas me lleva un par de segundos, la puerta se abre de golpe y veo como alguien sale por la puerta de atrás. Por suerte no choco contra nada —ni nadie— a pesar de tener que iniciar una carrera contra varios obstáculos antes de encontrarme de lleno con un

callejón lleno de contenedores y un par de furgonetas. Nuestra sospechosa corre sin mirar atrás e intento dibujar la figura de la persona que se nos escapó en casa de Julien, pero hay algo en ella que no reconozco. Es su forma de correr, la altura, el pelo que se mueve al viento, quizá todo, aunque decido no pensar en ello para evitar que ella también me burle.

La conexión de estas calles se dibuja en mi mente gracias a años de patrulla y cuando giro a la derecha decido tomar el mismo camino por un callejón paralelo. No sé dónde se ha metido Milano y tengo muy claro que esto tendrá consecuencias, pero eso tampoco me importa. No cuando veo la sombra de Cécile a unos pocos metros de distancia.

—¡Policía de Nueva Orleans, alto! —grito y llamo la atención de los vecinos que están de paseo por la zona—. Maldita sea…

Ante nosotras se abre una gran avenida. A la izquierda se unen unas tres calles más y a la derecha veo un par de establecimientos que pueden ofrecerle la oportunidad de escapar, o algo peor. No quiero pensar en un escenario donde ella se hace con rehenes y acaba con su vida, y me odio por poner esa imagen de años atrás en mi mente. El costado me duele, aunque no me detengo, me rehúso a sacar el arma y también respiro de alivio cuando veo como Cécile corre hacia su lado izquierdo, dispuesta a encarar una de las calles que podrían o no salvarle el culo hoy.

Sorprendentemente ocurre lo segundo, porque al girar veo mi coche conducido por una Milano que derrapa sin pensárselo dos veces. Eso provoca que nuestra sospechosa tropiece y tenga que retomar otro camino, pero yo soy más rápida y me lanzó contra ella. Las dos caemos a la acera y rodamos, me doy un buen golpe contra el hombro y quiero gritar, aunque acabo por ignorar el dolor. Cécile se remueve y la atrapo de las muñecas antes de inmovilizarla con una llave donde también uso las piernas para poder ponerme a horcajadas sobre ella.

Milano sale del Cadillac y me sonríe antes de sacar las esposas.

—Quiero esas clases de *krav maga*.

La segunda intención que leo en sus palabras provoca que sonría en una situación nada propicia para ello. Nuestra sospechosa se resiste hasta que aprieto los brazos contra su espalda y la obligo a levantarse con un chasquido de lengua.

—¿Cómo sabías por dónde ir? —le pregunto a Milano una vez estoy de pie, con Cécile esposada y sin posibilidad de escape.

Ella abre la puerta de atrás y después me mira.

—Encajo muy bien en esta ciudad —responde con picardía—, y ya sabes que soy buena explorando mundos.

—Claro —digo sin poder ocultar una sonrisa.

Comparto una mirada con Milano y leo los derechos a nuestra sospechosa.

...

—¡Ya les he dicho que no he hecho nada! —La voz de Cécile hace eco por los pasillos.

A pesar del dolor no detengo mis pasos ni la intención de hacer que hable. Todos en la comisaría me observan mientras llevo a la sospechosa a la sala de interrogatorios, donde la obligo a sentarse y le quito las esposas antes de cerrar la puerta y esperar que Milano deje un par de carpetas sobre la mesa.

—Señorita Holden, estoy segura de que sabe que se encuentra en una posición difícil —digo y cojo la silla entre mis manos—, y haber intentado escapar no le ayuda en absoluto.

—¿Qué esperaban que hiciera? Estoy en libertad condicional y todo el mundo sabe que no les importa una mierda meter entre rejas a gente inocente.

—Yo diría que robo con violencia no la hace precisamente inocente —declaro y sé que he dado en el clavo por el modo en que se retrae—. Podemos retenerla hasta elaborar una acusación formal, pero por su bien será mejor que hable, ¿de qué conocía a Fabien LeBlanc?

—Éramos amigos, lo vi por primera vez tocando en *The Howlin' Wolf*, y desde ese día nos hicimos cercanos, ¡les juro que yo no le maté!

—Pero sí estuviste en el lugar donde se encontró su cadáver, ¿qué me dices de todo el tiempo que estuvo ahí secuestrado? —Aprieto los labios y abro la carpeta para que ella vea la fotografía que Milano enseñó a su jefa en el bar—. ¿Qué explicación tiene para esto?

—No sabía nada, no tenía idea de que él estaba ahí. Me dijeron que tenía que coger las llaves y abrir la puerta, nada más.

Tuerzo el gesto y echo un vistazo a Milano, su expresión es fría. Cualquiera podría decir que dentro no se le mueve ningún tipo de sentimiento, pero con lo bien que la conozco, sé que está dándole vueltas a algo.

—Cómplice de secuestro y asesinato, quedará de maravilla en tu currículum. ¿Qué promesas rompió Fabien? —Mi compañera avanza y pone ambas manos sobre la mesa. Sus labios se quedan pegados al oído de Cécile y entonces sonríe—. ¿Lo usaste para tu propia diversión? A las personas como tú no les suele ir tan bien entre rejas, y debes saber que él era muy querido por los vecinos de Nueva Orleans, ¿qué dices Katherine, podremos conseguir que le caiga la máxima pena?

Los labios de Cécile tiemblan y rompe a llorar.

Detecto miedo en la forma con la que se coge las manos y retuerce los dedos. Las lágrimas comienzan a caerle por las mejillas y yo me quedo en silencio el tiempo suficiente para que Milano le lance una daga directa al corazón cuando deja las imágenes del cadáver de Fabien frente a sus ojos.

—¿Esto es lo que entiendes por sufrimiento? Drenar la cordura y la vida de una persona hasta que ya no le quede nada, hasta que su alma se pierda, hasta que cada sueño se convierte en las voces perdidas que el mundo ya no tendrá la suerte de escuchar. —Milano le levanta la barbilla y la obliga a mirarle, no me extraña que sea una experta en interrogatorios—. ¿Pensabas que te irías de rositas? —añade, y entonces me mira—. Y no me digas que tenías esas llaves de casualidad. Que Claudia preparare la acusación, me aseguraré de quitártelo todo hasta que la vida se te escape como le ocurrió a él…

—¡No, espere! Yo no tengo nada que ver con eso, ¡no sabía que Fabien estaba allí! Si… si lo hubiera sabido, yo… —Cécile se lleva las manos a la cara—. Me pagaron, debía dinero y me ofrecieron la oportunidad de pagar el siguiente semestre de la universidad, yo solo tenía que abrir aquella puerta, me dejaron las llaves en un sobre. ¡No sabía que Fabien estaba allí! Él… él me estaba enseñando a tocar la guitarra, me prometió que cuando estuviera preparado conocería sus canciones.

—¿Quién le pago? —intervengo.

Mis dedos tamborilean sobre las imágenes que hay en la mesa. Cécile niega y la forma en la que tiembla dice más de lo que probablemente nos tiene que contar.

Va a decir que no lo sabe, me digo.

—No lo sé, se lo juro. Me dejaron un mensaje, dijo que Morgan tendría problemas si no hacía caso y que no me tenía que preocupar por mis deudas. No podía permitir que perdiera su bar, es toda su vida y me ha ayudado muchísimo desde que salí de la cárcel. Cuando respondí que sí, dejaron el sobre con el dinero y las llaves en mi taquilla del trabajo. No me he saltado la libertad condicional en este tiempo, ni he cometido ningún delito, lo que hice en el pasado… me arrepiento muchísimo. —Cécile se limpia la nariz y mira a Milano como si temiera por su vida. La entiendo—. Puedo… tengo las cosas en casa, les daré todo lo que pidan, pero tienen que creerme.

Tras el cristal, sé que Clyde debe estar analizando cada detalle de esta conversación. Tengo experiencia suficiente para darme cuenta de cuándo alguien es usado como peón en sus juegos macabros, yo misma lo aprendí hace no mucho, sin ser consciente de las intenciones de un hombre como Remy, pero me asusta la idea de que nuestro

sargento solo quiera resultados rápidos y no vaya al fondo del caso.

—Nunca le vi en persona, eso es lo único que sé.

—¿Qué pasó la noche de su desaparición? ¿Notó algo raro en el señor LeBlanc?

—Solo estaba cansado, dijo que se iba a casa. Creo que no estaba muy contento con el tema de la discográfica, una vez me comentó que tenía una visión algo distinta para su música, pero no quería desilusionar a Julien ni romper el contrato que habían firmado. —Cécile suspira y me mira a los ojos—. Eso parecía ser muy importante para él, pero nunca me dijo el motivo, yo le quería mucho, me salvó la vida en muchos aspectos.

—¿Conoce a Tanya Hernández?

La pregunta le pilla por sorpresa y hace que frunza el ceño.

—Sé que es su representante o eso es lo que decía Fabien, una vez le llamó a casa cuando estaba dándome clases, yo solía tocar su guitarra antigua. No parecía muy contento y se fue de inmediato con ella. —La mirada de Cécile se estanca en una de las fotografías. Los dedos le tiemblan cuando acaricia el rostro de un Fabien irreconocible por la barba y la pérdida de peso—. Yo daría mi vida por saber quién le hizo esto, lo digo de verdad.

Hay rabia en sus ojos, desesperanza y un dolor que reconozco muy bien. Es ese vacío que se te ancla al corazón y te engulle por dentro cuando pierdes a alguien que quieres con el alma. Milano está cruzada de brazos y asiente en cuanto la miro. Ambas salimos de la sala de interrogatorios y nos cruzamos con un Clyde que parece bastante desilusionado.

—Dice la verdad, solo la utilizaron para un medio final —comento —, ¿cómo ha ido con Tanya?

—No muy bien, se nota que es una mujer de negocios, sabe cómo ir al grano sin decir toda la verdad. Ha admitido que Fabien y ella fueron vecinos, de hecho, le pareció bastante divertido verse en fotografías antiguas, pero insiste en que solo les unía lo profesional. —Clyde suspira y estira el cuello para intentar ver más allá del cristal—. Podemos retenerla y ver qué tal se enfrenta a un encierro temporal, quizá eso despierte sus sentidos.

—Si se hace con un buen abogado y lo conseguirá, se cerrará en banda. —Milano pone los brazos en jarras y se me queda mirando como si quisiera pedirme permiso. Yo afirmo y lleva el índice hacia el puente de su nariz antes de continuar—: Yo propongo que la dejemos libre, estoy segura de que tarde o temprano se delatará por sí sola. Que sea Anthony el que finja que nos hemos equivocado, a este tipo de personas les gusta sentirse por encima del sexo opuesto, eso le dará fortaleza y la convicción de que puede seguir con su vida como si

nada hubiera pasado, estoy segura de que pronto tendrá nuevos músicos que representar.

—Entonces, estás sugiriendo…

—Que la vigilemos de cerca —añado yo sin apartar la mirada de mi superior—. Milano tiene razón, si lo hacemos bien creerá que la hemos descartado como sospechosa.

—Muy bien, espero que no estéis equivocadas. Que Anthony tenga todo listo y asignar la tarea al mejor agente, no quiero que esto se vaya de las manos. Harrisom Storm ha cantado y está dispuesto a revelar su fuente. Ha acordado una reunión para mañana y os quiero para esto, ¿estamos?

—Claro, sargento. —La lengua me arde y tiembla al mirar a los ojos de Clyde y ver como el puesto se está llevando todo lo bueno que tenía como detective—. Acompañaremos a Cécile a casa para que nos dé las pruebas.

Clyde no dice nada, el ambiente se enfría y un par de segundos después asiente y se va por donde ha venido. Le veo alejarse de mí como si no hubiera camino de retorno, como si también le fuera a perder para siempre.

10

Después de todo, también yo era una parte de la gran causa,
de aquellos elevados y justos procedimientos.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

12 de diciembre de 2022, lunes.

—No hacía falta que me trajeras. —Una nueva protesta se escapa de mis labios, pero a ella parece darle igual.

En cuanto Milano tiene la oportunidad me fulmina con la mirada, se asegura de que ha dejado bien aparcado el coche y abre la puerta de mi casa con cuidado, quedándose en el umbral. Yo miro hacia el interior y carraspeo consciente de que nunca ha atravesado esa pequeña línea que separa el mundo entero de aquello que más atesoro en la vida: los recuerdos de este lugar.

Quizá este sea el momento de despertar.

—Pasa, tengo cerveza en la nevera. —Milano levanta la ceja y tengo que morder mi lengua por culpa de su maldita responsabilidad —. Está bien, nada de alcohol con analgésicos, eres un dolor de cabeza, ¿lo sabías?

—Y tú te comportas como una niña, nunca haces caso a lo que te dicen.

—Qué bien que me conoces —le digo con un dejo de burla—. Hace días que no voy a comprar, así que no prometo que haya algo decente para comer.

Cuando cierro la puerta oigo a Milano suspirar y eso me saca una sonrisa, es bastante divertido verla así, fuera de esa capa de profesionalidad y un poquito desesperada porque a mí no puede controlarme tanto como hace con el resto del mundo, aunque me pregunto si esa será una de las cosas que más le gustan de esto, de nosotras.

Al entrar al salón veo cómo se quita la chaqueta y la deja con cuidado en el respaldo del sofá. Sus ojos curiosean cada rincón y parece sonreír como si estuviera dando respuesta a un sinfín de preguntas, algo que se ve en su expresión por la forma en la que frunce el ceño y entrecierra los ojos. Si no estuviera delante de ella, probablemente ya habría cogido alguna de las fotografías que están en la estantería oscura del salón.

—Tenía la sonrisa en el alma —me dice sin apartar los ojos de Mila —, debió ser una chica increíble.

—Lo era, sobre todo porque se parecía a Hailey, no la imagino siendo como yo.

—Seguro que tenía más de ti de lo que dices, para empezar tu valentía, tu tesón, esa fijeza por hacer bien las cosas y que nada se salga de control. —Me asombra la facilidad con la que Milano habla de ella sin yo contarle nada, pero acertando de pleno—. Habría sido increíble poder conocerla, pero supongo que…

—Puede que no estuvieras aquí de no ser por lo que pasó —digo.

Y no sé cuál de las dos realidades me duele más. Seguro que Milano es consciente del dilema que se abre en mi mente en cuanto suspiro, pero esa sensación desaparece al notar el dolor del hombro al quitarme la chaqueta de cuero.

Ella avanza un paso y yo niego.

—Solo ha sido el golpe, no necesito ayuda.

—Vale.

De repente la tensión trepa por las paredes y se instala alrededor de nuestros cuerpos. Las luces del exterior se mezclan con las del interior y tejen una gran cantidad de sombras por paredes y suelo. Parpadeo e intento desechar la idea de que los demonios de mi pasado estén7 a punto de venir a por mí. El corazón me tambalea dentro del pecho y noto como todo empieza a moverse, necesito un poco de agua así que me encierro en la cocina y refresco la garganta a cambio de unos segundos para poder pensar, pero la presencia de Milano encierra con llave cualquier respuesta que necesite encontrar en este momento. Ha perdido la sonrisa y la sensación que me deja en el cuerpo no me gusta en absoluto. Es obvio que yo tengo la culpa, está claro que en la ecuación que nos forma yo siempre seré la que tenga el don para estropearlo todo.

La miro a los ojos y siento que es la primera vez que se muerde esos labios cereza sin saber qué decir, algo sumamente raro cuando ella siempre tiene respuesta para todo.

—¿Qué estamos haciendo, Katherine? —La firmeza de su pregunta me sorprende o quizá sea la forma en la que ha dicho mi nombre.

—¿A qué te refieres? —dudo y no estoy fingiendo.

—A nosotras, es evidente que… te gusta estar conmigo y a la vez no quieres que invada tu mundo, no es que no lo entienda, pero tampoco quiero estar perdiendo el tiempo en algo que…

—¿Perdiendo el tiempo? —La sorpresa baña mi expresión y no de la mejor forma, ella se da cuenta y deja ir el aire. Aprieta el puente de su nariz e intenta encontrar las palabras correctas—. Si sientes que

estás perdiendo el tiempo no sé qué haces aquí para empezar. Tienes un trabajo increíble en Nueva York.

—Increíble… tú no sabes nada.

—No sé nada porque no me lo cuentas —admito y el dolor del hombro se refleja en mi pecho al hablar—. Te conozco demasiado bien para no creerme la excusa de que allí sentías que te estabas ahogando, tú no eres de las que cede ante la presión y por más que aquí todo sea cercano o esté yo, ¿qué más hay? Sé sincera por una vez en la vida, River.

—¿Y qué hay de tu sinceridad? Está claro que tienes miedo, te aterroriza la idea de anclarte a la vida de alguien más. Perdiste a tu hija, a tu mujer y también a tu mejor amigo, ni siquiera hablas tan a menudo con tu hermano porque en el fondo crees que también se va a alejar de ti, ¿quieres darme clases de sinceridad? Empieza por ti. —Milano se acerca a mí, pero ahora soy yo la que me aparto y apoyo en uno de los muebles. Ella levanta las manos y se queda estática—. Este trabajo me ha enseñado que nada es para siempre, que hay gente lo suficientemente malvada como para arrancarte la vida de cuajo, a ti y a los que quieres, ni siquiera puedo mirar a alguien a la cara sin pensar en qué personalidad macabra habrá tras su sonrisa.

Me quedo en silencio, no sé qué decir porque tiene tanta razón en sus palabras como en la idea que tiene de mí. A estas alturas siento que he desaprovechado la oportunidad de recibir ayuda por parte de Elizabeth cuando hasta ella ha insistido tanto en que sea sincera conmigo misma y el resto de personas que me rodean.

La cabeza me duele, hilos e hilos de una enorme telaraña comienzan a trepar por las paredes de mi mente y traen el recuerdo de la maldad, insectos que drenan mi estabilidad y reparten su veneno sin preguntar.

—El FBI fue mi familia durante mucho tiempo, hasta que esa familia me traicionó, no puedo volver allí y mirar a la cara de los que me dieron la espalda, pero tampoco puedo irme del todo porque tengo una deuda pendiente conmigo misma, con la sociedad y con mi compañero de equipo. —Los ojos de Milano brillan y no es precisamente por orgullo—. Tú no eres la única que ha perdido en este mundo Kat, pero aceptar este trabajo y estar a tu lado es una de las mejores decisiones que he tomado en años, porque eso hace mi vida mucho más sencilla e increíble, a pesar de toda la mierda que nos rodea.

—River yo no…

—Nunca me había sentido así, siempre estuve casada con mi trabajo, ¿sabes? —Ella ríe en un gesto que está cargado de dolor—. A pesar de lo felices que son mis madres, me metí en la cabeza que era

mejor no aspirar a despertar junto a alguien todas las mañanas por el pánico que me genera que este trabajo me lo arrebate todo. Me juré no fallar a mis propias promesas, pero después… te conocí a ti.

Los labios me tiemblan, apenas puedo tenerme en pie y sé muy bien que no es a causa del dolor que camina a través de mi cuerpo. El hombro me palpita, pero no es precisamente eso lo que causa que esté a punto de llorar, es la desilusión que veo en sus ojos grises, es el daño que también le palpita en el pecho, es la manera en la que sus manos tiemblan, es el peso que guarda en su corazón y es la incertidumbre que baña su expresión cuando da un paso atrás y vuelve al salón para buscar su chaqueta.

Voy tras ella y aunque me paro a su lado con la idea de impedir que se vaya, sé que no lo voy a conseguir.

—Necesitas ayuda Katherine, podemos atravesar cualquier tormenta juntas, pero eres tú quien tiene el control del resto y hasta que no te des la oportunidad de vivir, esto no tendrá sentido.

Abro la boca y balbuceo algo que ni siquiera yo escucho con claridad. Antes de salir por la puerta me dedica una de sus tantas sonrisas y besa mis labios para dejarme el sabor a fresas sobre la piel. Después se marcha en silencio, cierra la puerta a su espalda y yo me quedo como una idiota en mitad del salón, acariciando su beso y sintiendo el peso del mundo caer sobre mi otra vez.

…

Una semana después.

En casa de Nick reina el silencio y empiezo a odiar la sensación que eso me produce. Dentro de dos horas tengo que estar en la consulta de Elizabeth y el pánico comienza a escalar por cada tramo de mi piel hasta hacerme suspirar. Ya estoy recuperada del hombro, de hecho, no me he tomado ni un solo día libre, pero eso tampoco ha ayudado a que la investigación avance, demasiadas pistas que nos llevan a ninguna parte. Cécile dejó en manos de Dennise los sobres que llegaron a su casa con la información que debía cumplir, pero no encontramos una sola huella, ni tampoco en la copia de las llaves que abrieron un edificio que no para de aparecer en la prensa junto a decenas de preguntas sin respuesta.

¿Cuándo encontraremos al asesino? ¿Por qué nadie detectó la presencia de Fabien en ese lugar? ¿Cómo es posible que alguien entre y salga de un lugar sin levantar sospechas?

La presión de Clyde tampoco ayuda y aunque entiendo parte de la responsabilidad que tiene debido a su puesto, siento que nos está poniendo un cuchillo en el cuello. Necesito dar con algo y tengo que encontrarlo ya.

—Tu café. —La voz de Nick me suena lejana a pesar de que veo su cuerpo moverse por toda la cocina. Frente a la taza deja un plato con varias tostadas y rollos de canela. También ha cocinado huevos y en un vaso me sirve zumo de naranja—. ¿Vas a decirme lo que pasa?

No soporto que sea tan directo como Milano.

—Si te lo digo, acabarás en la cárcel —bromeo.

—Bueno, no sería la primera vez —dice él y yo tengo ganas de morderme la lengua.

—Lo siento, no quería recordarte lo que pasó. —Cuando hablo evito sus ojos, cojo la taza de café y oculto mis labios. Ojalá Alexander no estuviera desplegado otra vez, ojalá todo fuera distinto—. Es este caso, la prensa nos pone en evidencia y Clyde no está muy contento con el asunto.

—Seguro que en algún momento encuentras lo que buscas, pero no me refería a eso, ¿cómo va todo con Milano? —Nick levanta una ceja y ahora es él quien no separa la taza de café de sus labios.

—Voy a matar a Alexander.

Nick se echa a reír y después se encoge de hombros. Coge una de las tostadas y le pega un buen bocado dibujando la expresión de un niño rebelde que está a punto de romper un plato. Debería recordar que estos dos siempre hacen lo posible para alterar mis nervios.

—No pienso volver a llamarle. —Bufo y a la vez sonrío, eso jamás pasará así que me recompongo y vuelvo a prestar atención a mi hermano—. La verdad es que no lo sé, seguimos trabajando muy bien juntas pero la echo de menos.

—¿Y no has pensado que eso es motivo suficiente para que te dejes de tonterías?

—¿Por qué Alexander y tú siempre tenéis las mismas palabras en la boca? —protesto—. No es tan fácil como parece, River tiene razón, pero no tengo idea de cómo abandonar esa sensación de alerta. Ya estuvo a punto de morir una vez por mi culpa.

—¿Tú culpa? No me hagas reír Katherine. —Aunque eso es precisamente lo que Nick hace.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lo diga claro? Fue Remy, fue ese hijo de puta quien tomó la decisión, algo muy cobarde de su parte, por cierto. —Nick suspira y deja a un lado el desayuno—. Jamás ha estado a tu altura, ni a la mía, ni a la de nuestra familia y eso es precisamente lo que más le molesta, estaba desesperado y en vez de enfrentarse a ti optó por actuar como el deshecho que es. Durante días deseé matarlo, pero ahora sé que el encierro es su peor castigo.

—¿Ahora? —Al preguntar caigo en la cuenta de lo que he estado

haciendo todos estos días: evitar tener esta conversación con Nick—. ¿Qué buscaba de ti?

—Nada más que atención, quería dejarme claro que él nos salvó de nuestra madre, y yo le hice saber que jamás sentí esa falta. Puede que tuviera curiosidad por conocer a quién me trajo al mundo, pero siempre supe quiénes eran mis padres, mi familia y no sentirse parte de ello le enfureció bastante. —Ahora Nick sonríe y se levanta del taburete para buscar algo en uno de los cajones—. Me dio esto para ti, no la he abierto.

Nick lanza una carta sobre la mesa y esta se desliza hasta acariciar mis dedos.

—Sea lo que sea, no dejes que te meta en la cabeza que tú tuviste la culpa de lo que hizo.

—Lo intentaré, lamento haberme alejado durante este tiempo. —Él vuelve a mí y me da uno de esos abrazos que son capaces de cerrar heridas—. No sé qué haría sin ti, el mundo no deja de ser terrible.

—Es cierto, pero somos nosotros quienes tenemos el poder de cambiar las cosas. —Nick se mueve y me mira a los ojos. Aparta un mechón de mi cara y lo deja tras mi oreja—. River es una mujer increíble y Mila estaría muy feliz al ver que sonríes de nuevo, no permitas que esto se te escape de las manos, puedes hablarlo conmigo o con tu terapeuta, pero hazlo, busca las alternativas necesarias para estar mejor y no dejes que Remy, este trabajo, Clyde o quien sea te hunda de nuevo. Me gusta esta versión de ti, me gusta que seas la de siempre en versión mejorada.

Sus últimas palabras me hacen sonreír porque trae a sus labios una vieja conversación que tuve con Mila en un momento donde creí que el trabajo iba a tomar el control de toda mi vida. Después de minutos con el estómago cerrado soy capaz de comerme los huevos en tranquilidad. Devoro las tostadas con mermelada y no dejo ni una gota de café en la taza que Nick ha preparado con tanto cariño.

—Dile a Bethany que este viernes vendré a cenar, tengo un pequeño regalo para Ben.

—¿Entrenaremos pronto? —Nick esboza una enorme sonrisa, se le ve en los ojos que ha echado de menos algo tan simple como eso.

Yo asiento y me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

—El médico me ha dicho que vaya con cuidado, pero seguro que pronto puedo patearte ese culo tan mono, hasta que me supliques que te suelte.

—¡Ja! Ya veremos, detective. —Noto la línea de su sonrisa en la yema de mis dedos—. Anda, te acompaño al coche.

Los dos dejamos atrás una cocina donde ahora se respira vida por

cada rincón. El brillo de los muebles en beis llega hasta mis ojos y al segundo vuelvo a detectar los cambios que Nick le ha dado a su hogar, como si quisiera encerrar en los viejos armarios todo lo que pasó hace seis meses para volver empezar de nuevo.

En silencio cierra la puerta de casa y cruza la calle conmigo sin conocer el dilema que nace dentro de mí. Es como intentar llegar al final de un laberinto que sigue enredándose al doblar cada esquina y al atravesar sus callejones llenos de oscuridad, o tal vez sea tan sencillo como cerrar los ojos y caminar hacia esa habitación donde tienes la oportunidad de reescribir tu futuro dejando por fin atrás el pasado. Cuando abrazo a Nick me prometo poner solución a todo ello, noto la calidez de su cuerpo y nos despedimos con una sonrisa antes de subir a mi Cadillac para dirigirme a la consulta de Elizabeth Henris, una mujer llena de misterios pero que sabe bien como acceder a esas partes difíciles tras un muro repleto de grietas. Pongo algo de música y recorro Nueva Orleans con la compañía de The Neighbourhood.

Llegar a Garden District me toma unos veinte minutos. Las calles trazadas a modo de cuadrículas cambian por completo la estética de la ciudad y añaden al paisaje un encanto que no pasa desapercibido. Enseguida choco contra la hilera de mansiones con enormes galerías y rejas de hierro forjado, resguardadas en todo momento por las exuberantes arboledas más propias del caribe que de este lugar del mundo. Mi destino se encuentra al final de la avenida principal, en un edificio de tres plantas cuya belleza me impacta de nuevo antes de que pueda encontrar un lugar para aparcar. Si fuera a la derecha llegaría a orillas del río Misisipi y ahora es cuando echo en falta a la persona que más se ha esforzado por mantenerme en pie durante estos meses.

Me arreglo el pelo y compruebo que el maquillaje sigue en su lugar antes de ponerme mi coraza de cuero en forma de chaqueta y avanzar hacia el edificio. El pequeño trayecto está marcado por la sonrisa de Milano y es a ella a quien mando un mensaje.

K: ¿Podemos vernos después del trabajo? Hay algo que tengo que hacer y no sé si podré yo sola.

Ella tarda un par de segundos en responder.

M: Estaré en casa, quiero comprobar algunos datos sobre el caso, pediré comida china.

Me gusta la idea de compartir otra cena con ella, y eso trae a mi mente la sonrisa de mi hija junto a su imagen al otro lado de la calle con ese característico brillo en los ojos, como si quisiera decirme que todo va a estar bien.

Suspiro antes de llamar al timbre y en cuanto subo a la segunda planta me dirijo por el pasillo de paredes grises a la consulta de una Elizabeth que nunca se altera por nada y siempre parece muy centrada en su trabajo. Ojalá yo pudiera nutrirme de esa seguridad que transmite, porque a pesar de lo que muchos dicen, últimamente siento

que todo se me puede escapar de las manos en un milisegundo.

—Buenos días Katherine, siéntate. —No es una orden, pero esa sencilla petición me sigue poniendo los pelos de punta. Supongo que así debe de sentirse un sospechoso que está a punto de ser sometido a un interrogatorio, aunque no sea exactamente lo mismo—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un té? ¿Agua?

—Agua estaría bien —digo, apoyo la espalda contra el sofá y acaricio mis propios dedos antes de chocar contra la mirada de Elizabeth, de inmediato me doy cuenta que detecta lo nerviosa que estoy—. Tengo algo que decirte —añado y no me voy por las ramas—. No he sido del todo sincera con respecto a cómo me siento.

Ella sonríe, es evidente que ya lo tenía claro, sin embargo, no me presiona ni añade una sola palabra, simplemente se sienta frente a mí, me ofrece el vaso de agua y espera.

—Tengo pesadillas constantes con Remy y no solo mientras duermo, es… extraño.

—¿En qué sentido? —Se anima a preguntar.

Como siempre, coge su libreta de anotaciones y empieza a apuntar aspectos que deben de ser relevantes y como investigadora me gustaría poder curiosear.

—A veces creo que no se ha ido del todo, que esa parte de él sigue rondando las calles a la espera de cometer un nuevo crimen. Se presenta cuando menos lo espero... —Me detengo un par de segundos para beber agua y después prosigo—: Tengo claro que es imposible, está en la cárcel y va a pudrirse allí, pero es una parte de mí de la que no puedo deshacerme y ha empezado a afectarme en el trabajo.

Elizabeth levanta la vista de sus anotaciones y su expresión me pone los pelos de punta. Es tan apacible que a veces me pregunto si este trabajo no la superará en algún momento, tal y como a mí me ocurre con el mío.

—¿Recuerdas la última conversación que tuvimos sobre él? —Yo asiento—. La pérdida de Remy fue un golpe inesperado, imagínatelo como si te hubieran extirpado un órgano que es esencial para vivir, eso acabaría contigo de inmediato y con las personas es exactamente lo mismo. El mundo no nos prepara para la muerte repentina de alguien que lo ha sido todo para nosotros. —Quiero rebatir esas palabras, pero Elizabeth golpea la hoja con el bolígrafo y ya he aprendido a entender su forma de trabajar—. Tampoco nos prepara para aceptar que alguien a quien amamos no sea como creíamos. Debes encontrar la forma de despedirte de él, decirle adiós para siempre, compartimentar tu pasado con Remy, dejar en tu corazón el polvo de los momentos que fueron buenos, pero desechar la idea de que tú tuviste algo que ver. Nunca estuvo en tu mano dirigir sus pasos

hacia el crimen, pero sí el hecho de acabar con su horror y lo que eso produce en ti. Solo así podrás salir del limbo en el que te encuentras.

—Supongo que es eso lo que me asusta —admito y muerdo el interior de mis mejillas—, el cómo me sentiré cuando me deshaga de él. Me ha costado mucho aceptar la idea de que ya no va a estar en mi vida, pero creo que me duele más el hecho de pensar en si toda nuestra relación fue verdadera o no.

—¿Qué es lo que te dice el corazón?

—Que no mentía cuando dijo que me quería y eso es… asqueroso —digo con el dolor palpitándome en los labios—, y a la vez me lleva a un estado de paz que no quiero sentir. No cuando ha provocado todo ese dolor, no cuando yo… Tal vez no tuviera la culpa de lo que hizo, pero ¿y si se lo puse más fácil?

Elizabeth se pone en pie, yo la sigo con la mirada. Quisiera estar en su mente, saber qué es lo que piensa realmente de Remy y no de mi relación con él, desearía que me dijera que lo que hice está mal, que me pusiera la soga al cuello y me condenara a muerte por todo lo ocurrido, pero no lo hace. La luz entra a través de la ventana que hay a su espalda y veo las sombras que se dibujan frente a ella en un suelo de un mármol impoluto, casi tan bello como la mirada más inocente o una mente que todavía no ha sido corrompida por el mal.

Esa utopía a la que me gustaría acceder de estar en mi mano, una salvación que nunca llegaré a alcanzar.

—Nunca lo sabrás —me dice por fin—. Tal vez fueras tú, tal vez fueran otros, quizá usó a más peones en su juego, es cierto. Y mortificarte por ello no te será de ayuda, pero sí tener la certeza de que haces bien tu trabajo, de que cada vez que atrapas a un asesino das paz a las víctimas que ha dejado a su paso. Eso es lo que cambiará el curso de los próximos días.

Elizabeth se cruza de brazos y se me queda mirando sin decir nada más, no lo necesita, porque en cuanto la miro a los ojos, sé que tiene razón.

11

Y por fin, en un imperceptible y elíptico crepúsculo, el sol descendió.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

19 de diciembre de 2022, lunes.

Llevo seis cervezas en mano y la incertidumbre latiendo en mi corazón. No sé cuánto tiempo llevo frente a la puerta sin cerrar el puño para llamar a la espera de ver su sonrisa, o ese gesto tranquilo que Milano dibuja cuando estamos frente a frente, lejos de la terrorífica realidad que guardan las paredes del departamento de policía. Allí he dejado un informe sobre la mesa de Clyde con la esperanza de que nos dé carta blanca para seguir ahondando en las pistas que ya tenemos, pero ahora no quiero pensar en eso, lo único que deseo es atravesar esta puerta y asegurarme de no volver a caer en mis propios miedos. Cierro los ojos y pienso en Nick y también en lo que Elizabeth me dijo cuándo cerramos la conversación con Remy.

«Amar asusta, pero es mejor hacerlo que morir con el vacío de no haberlo intentado».

Me pregunto cuántas batallas habrá luchado ella para ser tan buena en su trabajo. Me pregunto si tras cada una de esas capas de absoluta serenidad se esconderá una mujer que carga con el peso de muchos temores, como yo, como la mayoría de personas que caminan a mi alrededor. Ahora —más que nunca— soy consciente de lo importante que es cerrar esa puerta, de eliminar cualquier mínimo espacio para evitar que los demonios sigan aferrándose a cada recoveco de mi ser y no hace falta más que sentir como el pecho me arde para dar fe a estas palabras.

Estoy a punto de llamar cuando Milano abre y se queda parada en el umbral de su casa. Hasta mí llega un fuerte aroma a canela mezclado con manzana que debe emanar de las velas que siempre enciende en ese salón más propio de una gran metrópoli que de Nueva Orleans.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para que las cervezas se hayan helado conmigo —comento y la comisura de mis labios muestra una pequeña sonrisa—. ¿Puedo entrar?

—¿Desde cuándo preguntas eso? Si lo vuelves a hacer te echaré a

patadas. —Ahora es ella la que vuelve a su estado natural, ese con el que me sacaba de quicio meses atrás y con el que logró cambiar toda percepción que tenía hacia ella—. La comida está a punto de llegar, vamos.

Asiento y doy un paso al frente, no sin antes echar un vistazo a la oscuridad de un cielo eterno que baña la belleza de Decatur Street.

Milano coge las cervezas y yo dejo la chaqueta detrás de la puerta antes de ver un montón de piezas esparcidas por la mesa de madera que hay en la habitación a la izquierda, justo en paralelo al salón donde noto algo diferente. El amarillo de un par de plantas brilla frente a mí junto a un cuadro donde el óleo da vida a todo el Barrio Francés. La imagen del puente ya no está y ha sido sustituida por un conjunto de imágenes pintadas con la armonía que se respira en calles que siempre viven de música, comida y mucha historia. Abro la boca y la cierro, es inútil decir algo cuando puedo sonreír frente al calor de una chimenea que salpica el salón de naranjas según te muevas. Los dedos me pican y no sé si es de los nervios o por la sensación que todo esto me produce, es… como estar en casa.

Frente a mí se abre la cocina, Milano está de espaldas abriendo los botellines de cerveza y como si fuese un ritual que ninguna podemos dejar pasar, pone un par de posavasos sobre la mesa que hay delante del sofá. Yo misma acaricio la madera negra cuando me siento y vuelvo a mirar la pintura.

—Ahora sí que me gusta el blanco y negro —comento y aunque ella no dice nada, vale la pena verle sonreír—. ¿Qué estás construyendo?

—El coliseo, creo que lo pondré bajo ese bonito cuadro cuando lo termine. Mis raíces mezcladas con una ciudad que me ha cambiado la vida.

La idea provoca que sea yo quien sonría y ni siquiera la cerveza puede ocultar la forma en la que mi felicidad se extiende por mis mejillas.

—Algún día deberías…

—*Un giorno* —dice y aunque no la entiendo me gusta la forma en la que se desliza ese acento entre sus labios—. ¿Cómo estás?

Oír esa pregunta se me hace extraño después de tantas horas trabajando juntas y es que estos últimos días no han sido los mejores a pesar de que nuestra eficacia no se ha visto nada afectada. Doy otro sorbo a la cerveza y me siento en el sofá, el estómago me ruge y aunque lo intento ignorar es Milano la que sonríe. No sé cuántas horas llevo sin comer y prefiero no decirlo.

—Mejor, al menos anoche conseguí dormir. He estado de buen humor, un humor que Clyde se ha encargado de joder. —Dibujo una mueca con los labios y ambas nos echamos a reír—. No es algo que no

sepas.

—Te diría que es normal, pero a estas alturas siento que eso nos pone una presión que es innecesaria. Anthony está comprobando el registro de llamadas otra vez, quizá se nos haya escapado algo. También está repasando el recorrido que hizo el teléfono de Fabien la noche de su desaparición hasta que este se hundió en el Misisipi. —Milano suspira y noto como las llamas bailan sobre sus ojos—. Iremos paso a paso. Tampoco sé qué nos oculta Tanya, pero lo averiguaremos, hay mentiras que no pueden mantenerse ocultas.

—¿Tienes alguna teoría? —Me acomodo mejor para poder ver esa expresión digna de guardarse en la memoria.

—Al principio creí que Tanya podría estar coaccionando a Fabien de alguna manera. Pero cuando obtuvimos las huellas de la guitarra y el resto de su apartamento me di cuenta de que esto es algo personal, ambos tenían un secreto y él se lo llevó a la tumba. —Milano bebe de la cerveza y después me apunta con el botellín—. Creo que deberíamos indagar más en su pasado, pero no será esta noche —comenta y mira el reloj—, faltan cinco minutos para que llegue la cena y me prometí que nada de trabajo y no creo que hayas venido por eso, ¿verdad?

Yo niego.

—En realidad tengo algo importante que hacer y también que decirte, pero no sé por dónde empezar. —Dejo el botellín en la mesa y busco el sobre en el bolsillo de mi pantalón—. Remy se lo dio a Nick —comento y la garganta me quema al pronunciar el nombre de ese bastardo—, creo que no puedo ver lo que hay escrito estando en casa sola y eso es dice mucho más de lo que en principio había pensado.

—¿Quieres que la lea?

—No, no, soy yo quien tiene que hacerlo, pero necesito que estés aquí. Te necesito a ti, River. Quizá no sea del todo clara o tenga miedo, lo sé —admito y muerdo el interior de mis mejillas. Los nervios me hormiguean en la garganta y siento que voy a quedarme sin voz hasta que su mano acaricia mi muslo y todo vuelve a la normalidad—. Cuando Mila murió mi mundo se vino abajo, todo perdió sentido y yo sola me encargué de destruir mi relación con Hailey. Este trabajo me ha drenado la vida, se ha llevado gran parte de mí, pero como tú dijiste, en el fondo soy yo quien tiene la opción de permitirlo o no.

Las lágrimas bañan mis ojos, ella se acerca y limpia mi mejilla con los dedos, me mira, pero no dice nada más, simplemente se queda ahí, le permito que esté y también que alcance a tocar el centro de mi pecho, donde el corazón me late a toda prisa en una carrera por ganar a ese miedo, por liberar cada uno de mis sentimientos.

—Y he decidido que no quiero permitirlo más. Puede que la muerte esté a la vuelta de la esquina, quizá mañana todo se acabe, pero si eso ocurre prefiero tenerte a mi lado que lejos de aquí. —Llevo mi mano con la suya y la acaricio—. Nunca pensé que lo diría, pero te echo de menos cuando te vas a Nueva York y espero que tú también cuando no estás aquí.

—No sé, es un descanso no tener tu furia a mi alrededor. —Antes de que pueda decir nada besa mis labios y me roba un mordisco que deseo vaya a más hasta que se aparta y se queda pegada a mi frente—. Pero lo cierto es que sí, te echo de menos y no veo el momento de volver, aunque mis madres hayan salido perdiendo —bromea—. No importa si necesitas tiempo para hacerme espacio en tu casa, no pretendo invadir un lugar que no es mío, allí has pasado por mucho.

—Eso no quiere decir que no haya hueco para algo nuevo. —Afirmo para mí misma, como si diera respuesta a una de las incógnitas que Elizabeth puso en mi mente—. Hace tiempo que decidí quedarme allí porque no podía deshacerme de todo lo que está grabado en las paredes, ahora puedo pintarlas de otro color, pero la esencia seguirá estando ahí y es lo único que me importa. Y también dejar ir esto de una vez…

Aunque deseo besar los labios de Milano mis ojos chocan contra la carta que sigue en la mesa. Los dedos me tiemblan, cierro los ojos y suspiro.

«Debes encontrar la forma de despedirte de él…»

Sería fácil romper la carta en pedazos, dejar sus palabras caer en un profundo vacío sin oportunidad a ser escuchado, pero algo me dice que yo no podría vivir con ello así que abro el sobre con cuidado y desdoblo un papel que está sucio al tacto de sus manos. El corazón se me para al oler su perfume impregnado en el papel y de inmediato su sonrisa de dibuja frente a mí con la misma facilidad con la que soy capaz de recordar sus abrazos o la forma en la que me acariciaba la espalda cuando sentía que todo iba mal.

Los dedos me tiemblan, las paredes se rompen y salgo de este lugar para caminar en dirección a mi casa bajo una luna resplandeciente. Sé que es otra jugada de mi mente, tal vez sea mejor así.

> Querida Katherine, no sé si llegaras a leer esto, pero algo me dice que sí porque tú nunca has sido de las que dejan las cosas a medias. Siempre te he admirado por ese tesón y profesionalidad en tu trabajo, algo que sin querer aplicas en el día a día y que a veces te lleva a pasar noches sin dormir. Podría decir de muchas maneras que lo siento... Esta vez no lo haré, Mila no volverá por más que me duela o esté arrepentido.

—¿Arrepentirte? —pregunto observando la profunda oscuridad.

> Daría todo por volver atrás y seguir a tu lado. Echo de menos los cafés en el porche de casa, las comidas contigo o tu adicción por los *beignets*. También

extraño tu mal humor y la alegría que solías traer al hospital cuando venías de visita en momentos donde no podía más. ¿Sabes? Tú has sido una parte esencial de mi vida, una semilla que sigue creciendo en mi interior y que nunca me podré extirpar. Puede que Nick fuera mi hermano, pero jamás llegó a comprenderme como tú lo hacías. Conocías cada detalle de lo que compone mi corazón y en cierta parte fue divertido verte frente a mí, mirándome con esa expresión que se te pone cuando haces tu trabajo dejando pasar la realidad solo porque era yo. Hubo días donde lo tuviste fácil y otros en los que creí que podría engañar al destino de por vida. Ojalá esa mujer no hubiera aparecido… ahora estaríamos juntos, bebiendo una cerveza y riéndonos de cualquier tontería.

Espero verte pronto, recuerda que nos hacemos falta y que también salvé tu vida cuando la preciosa Mila murió, recuerda que soy tu mejor amigo y que siempre lo seré, porque nadie va a estar por encima de mí. Volvería a llevarme un millón de vidas más con tal de volver a donde debo estar. A tu lado.

Te quiero. Remy.

—Katherine, ¿estás bien? —La voz de Milano se escucha lejana.

Cuando doblo la carta una puerta se cierra y me encuentro a solas en un salón que no es el suyo, ni tampoco el mío. La madera a mi alrededor se levanta y me sitúa en mitad del bosque, dentro de esa maldita cabaña donde el frío es capaz de colarse por cada recoveco. Abro los ojos y echo un vistazo a mi alrededor, solo hay silencio y el olor a muerte lo invade todo. Como es habitual, llevo mi arma en la mano izquierda y apunto sin detener mis pasos. Otra vez estoy recorriendo ese pasillo que me lleva a caer al vacío. El eco de su risa llega hasta a mí y me pone los pelos de punta.

Remy me sonríe cuando aparece al otro lado. Veo el brillo de sus ojos azules puestos sobre mí y desde aquí alcanzo a ver las arrugas que se dibujan en su piel. Está feliz de verme y más que dispuesto a acabar conmigo.

—¿Ves? Me necesitas, siempre estaré aquí —dice y veo una pistola apuntada hacia mí.

Esta vez el miedo no me detiene, no hay nada que me haga avanzar hasta él, ahora soy yo quien aprieta el gatillo y dispara.

Él cae al vacío y el escenario vuelve a cambiar.

—Eh, ¿estás bien? —insiste Milano.

Yo asiento, quiero hablar, pero no puedo. La carta cae al suelo y el cuerpo me tiembla tanto que estoy a punto de perder el control.

Esta vez no lo hago, porque ella está a mi lado y ya he visto la verdadera cara de una persona que no es la que yo quise durante todos estos años. Con los dedos bailando del miedo cojo el papel y lo tiro a la chimenea que hay frente a mis ojos. Poco a poco todo lo que queda de él se convierte en cenizas. Milano acaricia mi brazo sin hacer una sola pregunta, después de todo ella también conoció a ese asesino.

—Remy está muerto —le digo con el fuego moviéndose con furia—. Ya no queda nada de él —digo y veo como las cenizas se funden con el fuego.

Por fin he matado al monstruo.

…

Han pasado dos horas y deseo que esta calma gobierne cada uno de mis días. Milano duerme a mi lado, siento su piel caliente, suave, con olor a cítricos y ella lleva sus labios rojos como única vestimenta. Está sonriendo y envidio cualquier imagen que esté cruzando su mente en este momento. A veces, los sueños curan más que la propia vida y también matan, yo misma lo he comprobado, aunque no esta noche, a pesar de no poder dormir. El techo es un manto de color blanco que muestra las imperfecciones propias del paso de los años. Me quedo pensando en la cantidad de personas que habrán pasado por aquí antes de la mujer que está acostada a mi lado, con la única intención de robarse toda mi cordura.

—Seguro que está muy orgullosa de eso… —susurro.

—¿Orgullosa de qué? —La pregunta me sobresalta y el corazón se me dispara, ella tarda un segundo en reír—. ¿Creías que estaba durmiendo?

—Me has dado un susto de muerte —protesto y como si nada cura el sobresalto con un beso en mis labios—. No deberías espiarme mientras estoy pensando.

—Ni tú estar despierta cuando tenemos que volver a la comisaría en… cuatro horas.

—Seguro que si hago esto, no te quejas tanto. —Antes de que pueda decir nada me giro y me quedo a horcajadas sobre su cuerpo.

Ahora mis manos son las esposas que rodean sus muñecas y ejerzo la fuerza necesaria para que no pueda moverse ni un centímetro.

Quiere besarme, pero yo me aparto.

El pelo me cae, acaricia mis hombros y después roza su piel con cuidado, como el mar hace con la arena. Los ojos de Milano se encienden y ya puedo ver como las ganas de poder conmigo se encienden en sus ojos. No se lo permito.

Caigo con cuidado sobre su cuello, lo beso, me llevo todo lo que le pertenece y la hago mía mientras escucho sus protestas. Que no pueda tocarme la altera, siempre la ha alterado y me encanta poder ganarle en cualquier juego, aunque haya cosas en las que nunca podré estar a su altura. El susurro que se escapa de sus labios es música para mis oídos, se me mete en las entrañas hasta convertir mis órganos en fuego y la sangre en el deseo que hierve por culpa de su nombre, de su

cuerpo, de su sonrisa, de sus labios rojos y esos ojos que, en vez de grises, ahora son más oscuros. La beso y toda la realidad pierde sentido cuando caigo en el interior de su boca. Me gusta el baile que crean nuestros cuerpos sobre la cama, me gusta sentir como la piel se le eriza, me gusta que se remueva intentando deshacerse de mi agarre. Me gusta que se vuelva loca y joder, me gusta cuando dice mi nombre en un intento porque caiga bajo su encanto.

Su clavícula es mi próxima víctima y ahí se queda la marca de mis labios, me incorporo y la miro a los ojos. Estoy a punto de devorar otro de mis puntos favoritos, ahí donde un lunar me quita la posibilidad y el puesto de tocarla eternamente, pero un segundo después me fundo con el sabor de su piel y ya no hay ni una sola barrera entre nosotras. La beso y rompo el agarre de su muñeca para arrancarle un gemido tras otro cuando me cuelo entre sus piernas y hundo mis dedos en su interior.

Milano se muerde el labio inferior y se deja llevar por este momento, como si fuera la última vez que nuestros cuerpos van a encontrarse con el otro. El tiempo no existe y así se mantiene durante un buen rato, hasta que su voz se encierra en mis labios y su piel arde bajo la mía.

Con una sonrisa de satisfacción en sus labios, ella me observa y la realidad nos da un golpe de efecto cuando mi teléfono vibra sobre la mesa.

Es Anthony.

—Lo mato… —me quejo.

Mi primer impulso es ignorarle, no puedo resistir la tentación de buscar el paraíso en el cuerpo de Milano otra vez, pero entonces ella me mira y caigo en la cuenta de que no solo somos amantes evadiendo la realidad.

—¿Qué pasa? —respondo por fin y el alivio que recorre la expresión de ella cuando me muerdo los labios se me graba en las retinas—. ¿Ha ocurrido algo?

Muerdo con fuerza el interior de mis mejillas. Los labios de Milano están en mi cuello y ahora su lengua juega conmigo a placer, desearía poder matarla por esto.

—Es Julien… —La voz de Anthony vibra al otro lado, parece que algo se le haya roto por dentro. De repente todo a mi alrededor se enfría y me da un vuelco el corazón. Se lo que ha pasado antes de que él lo diga a viva voz—: Le han encontrado muerto.

12

Si aquello parecía guerra, paz u oración, es algo que no podría decir.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

20 de diciembre de 2022, martes.

La zona está acordonada y como era de esperar varios curiosos intentan capturar lo que se esconde en el interior de la casa de Julien Theriot. El frío ha congelado mis mejillas rápido y sin pedir permiso. Aunque parezca imposible soy capaz de escuchar las aguas del río Misisipi, intranquilas por lo que está ocurriendo a esta noche. Tengo el corazón a punto de abandonar mi pecho y la garganta rota por las circunstancias cuando intento que la muchedumbre se aparte y deje de ver esto como un espectáculo. A mi espalda Milano ya se está poniendo los guantes y asiente antes de entrar a la casa. Su gabardina negra se pierde entre la oscuridad mientras otra unidad llega y aparca al lado de la ambulancia que no sé cuánto tiempo lleva aquí.

Doy la orden a los agentes para que mantengan la seguridad de la zona y despejen los alrededores de inmediato. Un joven asiente y me promete que esta vez la prensa no tendrá la posibilidad de llenar sus periódicos con incógnitas sensacionalistas.

La oscuridad reina en el exterior, pero antes de cruzar la entrada veo como las paredes borgoña lloran en un intenso color sangre que no cubre ni un milímetro de espacio del escenario interior. Dos personas están abrazadas en la cocina y deduzco que son los padres de Julien. Me acerco a ellos antes de recibir noticias por parte de una concienzuda Dennise que ya está tomando fotografías de cualquier cosa que pueda servirnos como prueba.

—¿Cómo no nos dimos cuenta? —dice la mujer. Los mechones rubios están pegados a unas mejillas empapadas por las lágrimas.

—Soy la detective Fortier, lamento mucho su pérdida. —Ella se me queda mirando y asiente con el dolor palpitándole en la mirada—. Sé que no es buen momento para hablar, pero necesito que me cuenten lo que ha pasado.

La mujer suspira, pero es su marido quien toma la iniciativa. Las canas del padre de Julien brillan bajo el foco de la cocina. Los labios le tiemblan y noto como el color marrón de sus ojos dibujan un vacío del que le será imposible salir, porque yo tampoco lo he hecho.

—Tenía problemas con las drogas, desde siempre fue un chico que sufría por cosas que no muchos llegan a entender. Creímos que estaba recuperándose de lo ocurrido, pero… —La voz del hombre se rompe y se obliga a tragar saliva mientras abraza a su mujer—. Nos escribió hace un par de horas. No hemos podido llegar a tiempo. Dios mío, no hemos podido salvar a nuestro hijo.

No hay consuelo para ellos y no puedo decirles que en algún momento del futuro eso vaya a cambiar. Llevo mis manos a sus brazos y alejo la parte profesional que hay en mí para ofrecerles consuelo, puede que no conozcan mi historia, pero de alguna manera soy capaz de transmitirlo con este gesto. Ellos me lo agradecen y solo abandono la cocina cuando uno de nuestros agentes llega para darles asistencia psicológica. La casa está igual de fría que el exterior, me doy cuenta de que las ventanas que dan paso al salón están abiertas, pero no hay ningún signo de robo o ataque con violencia. Por la postura de Julien en el sofá, todo indica a que se ha quitado la vida y verle con la aguja en el brazo me rompe en pedazos el corazón.

Dennise hace algunas fotografías más y se une a mí. Milano debe estar buscando algún indicio que nos lleve a otra teoría por el modo en que repasa cada detalle del escenario.

Un leve dolor de cabeza nace en mis sienes y se va deslizando poco a poco hasta dar varios golpes en mi frente.

—¿Qué tenemos?

—Los padres de Julien lo encontraron así hace uno cuarenta minutos, cuando llegó el equipo médico no pudieron hacer nada por él. Llevaba tiempo sin consumir heroína, pero lo más probable es que haya mezclado más de una droga, la muerte instantánea es inusual salvo que se den varios factores. —Dennise me enseña un pequeño sobre que guarda como prueba—. No sabré más hasta que le haga la autopsia.

—¿Crees que se ha quitado la vida voluntariamente?

—Según los padres estaba pasando por días complicados a pesar de estar superando la muerte de Fabien. He fotografiado todo el escenario y tomado pruebas. Hay restos de droga en varios lugares de la casa, nada fuera de lo habitual para un caso como este, quizá Milano encuentre algo más útil. El sobre está marcado con un as de picas y un siete, eso nos dará más pistas de su distribuidor.

—Que narcóticos te ayude con eso, Oliver es el agente más experimentado, no quiero que se nos escape nada —le digo y de inmediato coge el teléfono para hacer la llamada.

Cuando Dennise me deja a solas cojo aire y camino por todo el salón en un intento por ver si hay algo que se nos escapa. Me pongo los guantes y, efectivamente, veo ese maldito polvo blanco decorando

parte de la mesita que hay al lado del sofá. En el suelo descansa la guitarra con la que Julien solía tocar en diferentes conciertos, es de color negro y casi una réplica a la que encontramos en casa de su compañero. Claudia llega a mí con una cámara en mano y el gesto desolado.

Parece como si estuviera reviviendo algo que remueve por completo su corazón.

—¿Estás bien? —pregunto con la preocupación palpable en mi voz.

—Hace unos años perdí a un amigo en circunstancias muy parecidas, las drogas son… a veces se convierten en el único escape para las personas que sufren de depresión. Me pone triste ver cómo ha acabado todo para Polaris y dos amigos que sentían un profundo amor por la música, tenían toda una carrera por delante.

Toda una carrera por delante, pienso.

Una carrera que se ha visto truncada por la muerte.

Claudia suspira y coge la guitarra que tengo entre manos.

—La llevaré a analizar con el resto de cosas. No parece faltar nada en el resto de la casa, o eso es lo que dicen sus padres. En el jardín trasero he encontrado un cubo de metal enorme con varias cosas quemadas, le he dicho a Anthony que las marque como pruebas para que se analicen en el laboratorio. —Claudia saca su pequeña libreta y toma un par de anotaciones—. Los vecinos tampoco han escuchado nada. Julien llegó sobre las diez de la noche a casa y no hubo ningún movimiento extraño por la zona. El próximo sábado iba a tocar en el bar donde Polaris se dio a conocer.

—Buen trabajo, Claudia. Ocupaos de todo y que ningún detalle salga de aquí, no quiero que la prensa nos ponga la soga al cuello. —Bajo el tono de voz y me acerco a ella—. Tengo la sensación de que esto no es lo que parece, hay que ir con mucho cuidado.

Claudia no pregunta porque lee exactamente lo que quiero decir en cuanto sus ojos chocan contra los míos.

Las luces amarillas y azules dejan de ser protagonistas ahí fuera para colarse en el salón que no dejo de mirar como si las paredes y techo quisieran contarme un secreto oculto. Veo la camilla entrar y el llanto de la señora Thierot se extiende rápido, como el veneno que te colapsa las venas. Es Milano quien se encarga de evitar que vean como meten a su hijo en la bolsa negra para ser trasladado a la morgue del departamento de policía donde Dennise le realizará la autopsia. Antes de ser yo quien informe a la prensa del fallecimiento de Julien compruebo que los alrededores estén despejados y doy a los familiares la intimidad necesaria para que se vayan a casa antes de obtener las respuestas que buscan.

No hay forma de darles paz, no por el momento, no hasta que

averigüemos algo más, no hasta que yo misma confirme que Julien ha muerto por su propia voluntad y no a manos de un asesino cuyos métodos se alejan de los casos en los que he trabajado a lo largo de estos últimos años.

—¿Qué piensas? —Milano se pone a mi lado y observa como los coches van despejando la zona.

—Ojalá me equivoque —le digo en voz baja—, pero algo me dice que estamos ante un segundo asesinato.

Milano se queda en silencio y sé que significa eso, por desgracia, nunca solemos fallar ante una teoría.

...

La televisión en la sala de investigación ya comunica la muerte del cantante de Polaris pasada la madrugada, sin añadir más datos de la causa o lo ocurrido. Escuchar esas palabras provocan que suspire con alivio, sobre todo por los padres de Julien, víctimas también de lo que ha pasado. Mientras espero con un café en mano la llamada de Dennise para que vayamos a la sala de autopsias, recuerdo el titular que apareció en la prensa tras la muerte de Mila, sin ningún tipo de cuidado ni delicadeza a la hora de mostrar el lugar del accidente o el cadáver de mi hija. Esa imagen se quedará grabada en mi mente para siempre, como el aspecto de su piel cuando Hailey y yo fuimos a reconocer su cuerpo. Una madre jamás olvida algo como eso a pesar de que el tiempo lo haga más llevadero, y aunque lo segundo que se pasa por mi mente es la viva imagen de Remy, desecho su sonrisa de inmediato.

Hace una hora que el cielo se pinta de azul claro y desearía estar desayunando en Cafe Beignet un buen dulce y no tener que matar el hambre con varios caramelos más.

Echo un vistazo a mi alrededor y a través de la ventana observo a un Clyde que parece más cansado de lo habitual. No es necesario que haga ningún gesto para que yo entienda que quiere verme, así que abandono la sala y atravieso la planta con una leve sonrisa hasta que llego a su despacho y lo veo tomar asiento mientras se desabrocha el botón del cuello de la camisa y se sienta en su butaca con tranquilidad.

Conmigo delante no hay reglas estúpidas que seguir.

—Buenos días, sargento —digo, aunque esta mañana no se pinta nada bien.

—Siéntate Katherine, hay algo que quiero hablar contigo. —Su voz destila cansancio y olor a café, al parecer no soy la única que ha pasado la noche en vela—. ¿Has tenido noticias de Dennise?

Niego.

—No creo que tarde mucho, ya sabes que es muy eficiente en su trabajo. —Remarco esas palabras y llevo la taza de café a mis labios —. Si he venido a escuchar quejas de mi equipo será mejor que me marche.

—Todo lo contrario, quería ofrecerte mis disculpas por mi comportamiento de estos días.

—¿Por qué no se lo dices a todos? No es tan difícil Clyde, y créeme, les harías un gran favor, están dejándose la piel en este caso. Como siempre.

—Preferiría que el capitán Dean no vea esto como un acto de debilidad. He intentado por todos los medios mantener una posición neutra, hacer mi papel de sargento, pero ya no puedo fingir que lo que hago está bien. —La duda atraviesa mi expresión y Clyde se da cuenta de inmediato—. Sabes que antes de mi ascenso fui detective a tiempo completo, como tú, y de alguna manera lo sigo siendo, pero cuando empecé a ver que el departamento se convertía en un lugar donde las directrices importaban más que las personas, quise tomar cartas en el asunto y al parecer yo me estaba convirtiendo en uno ellos.

—Milano lo llama burocracia, en el FBI también son muy propensos a eso —bromeo y por primera vez en mucho tiempo mi superior sonríe como un verdadero amigo—. Mira, sé que el capitán Dean es el jefe de esta unidad, pero él nunca aparece por esa puerta, tú eres quien da la cara por nuestro equipo y me gustaría que siguiera siendo así. Sabes que siempre has tenido mi apoyo Clyde, por dios, eres el único amigo que me queda y no es un psicópata.

—Ya, eso habría que verlo. —Ahora es él quien bromea y se echa a reír—. Nunca pensé que me convertiría en un autómata siguiendo la jerarquía del departamento. No tienes idea de lo que he batallado por este caso, la forma en la que dieron por terminada la investigación del secuestro de Fabien… No me extraña que la prensa nos culpe —protesta y yo pienso lo mismo, no todos los agentes son tan competentes—. Pero ahora no quiero centrarme en eso, me gustaría presentar esa disculpa con el resto de los chicos, pero no aquí.

—Podríamos organizar otra fiesta… las navidades están a la vuelta de la esquina.

—Tú odias las navidades —me recuerda.

—Yo odio todo lo que tenga que ver con reuniones, luces por todas partes y las galletas de jengibre —añado y doy un buen sorbo al café, ocultando mi sonrisa—, pero desde que Ben llegó todo es distinto. Nick y Bethany son muy buenos anfitriones, tal vez podamos disfrutar de una noche en paz sin que haya otro asesinato que resolver.

—Siempre nos ha gustado tentar a la suerte.

Y es cierto.

Levanto la taza de café a modo de brindis. Clyde está a punto de decir algo más, pero Anthony le interrumpe cuando llama a la puerta. Nuestro superior asiente y él entra.

—Dennise te requiere en la sala de autopsias, detective —dice con la formalidad que este despacho le despierta.

—Ve, echaré un vistazo a los avances dentro de un rato.

—Hecho, no se agote demasiado, sargento. —Dedico un guiño a Clyde y cuando paso por al lado de Anthony sonrío—. Será mejor que vayamos todos, esto también nos puede aportar pistas sobre la muerte de Fabien.

Los cuatro nos reunimos en el pasillo y lo recorremos en silencio, como si cada uno estuviera dispuesto a dar respuesta a unas cuantas preguntas propias por el camino. Hecho que también aumenta el ambiente tenso dentro del ascensor. Tener a un grupo así a mi espalda me da una seguridad que hacía tiempo que no sentía y eso lleva a mi rostro un gesto de tranquilidad que no dura demasiado. Cuando las puertas se abren me arreglo la chaqueta de cuero y la blusa que llevo debajo. Mis botas hacen ruido a cada paso y los tacones de Milano también. Ambas tomamos la iniciativa y vamos delante mientras que Claudia y Anthony ya están repasando algunas anotaciones como suele ser habitual. En diez años se van a convertir en los mejores agentes de esta unidad, estoy segura.

La sala de autopsias se presenta tan fría y blanca como siempre. De fondo escucho el piano de la música ambiental y Dennise ya se mueve como pez en el agua por su escenario favorito. El cuerpo de Julien Theriot está sobre la mesa y en su rostro ya no se ve dolor ni desesperanza, supongo que ahora estará disfrutando de un concierto eterno junto a su gran amigo y compañero.

Es la única esperanza que me queda.

—Vaya, habéis venido todos, ¿tenemos reunión de equipo? —bromea Dennise y los cuatro esbozamos una sonrisa—. Me gusta la dinámica de los últimos meses, estoy segura de que podríamos vencer todo tipo de mal.

—Con nuestras habilidades, seguro —le digo siguiéndole el rollo—. Además, estos dos ya nos pisan los talones en cuanto a efectividad.

Las mejillas de Anthony se encienden y está a punto de toser. Milano lo observa como si fuera un discípulo digno de elogiar y tras ello, los cuatro estamos a la entera disposición de nuestra forense. Una atención que cada día le gusta más.

—Bien. Como le dije a Katherine, Julien murió por una intoxicación de sustancias que incluyen la heroína, anfetaminas y cocaína. La mezcla le provocó un infarto poco después de haber consumido, lo

que concuerda con la hora de la muerte y el mensaje que envió a sus padres. Pero esto no es todo… —A espaldas de Dennise se enciende una pantalla donde se muestran los resultados de los primeros análisis —. Encontré restos de alcohol y también de benzodiacepinas administradas por vía oral, probablemente eso le noqueó lo suficiente para que muriera en paz.

—Entonces sí que se suicidó —interviene Claudia con el gesto pesado.

Dennise sonríe y eso me asusta y alivia a partes iguales.

—Podría decirse que sí, al menos todo lo indica. No entraron a robar ni tampoco había una sola señal de que alguien hubiera estado en su casa.

—Sus padres dijeron que solía dejar las ventanas abiertas —comenta Anthony—. Era una pequeña costumbre que adoptó en sus años de rehabilitación, le hacía sentir más seguro y consciente de la realidad.

—Es una técnica defensiva que se presenta en pacientes con su historial. —Milano se acerca al cuerpo de Julien y lo examina en silencio y con cuidado. Se remanga la chaqueta de su traje gris y después nos observa—. Mirad esto —dice dirigiéndose a nuestros agentes—. ¿Qué creéis que indica este moratón?

El brazo de Julien muestra una marca usual para quienes consumen habitualmente y ahí está el motivo de mi inquietud, porque que sepamos, él se estaba rehabilitando.

—Las benzodiacepinas y el alcohol podrían haberle provocado bastantes temblores y dificultar una tarea que para un drogadicto suele ser muy sencilla —comenta Claudia antes de levantar la mirada y buscar en Anthony otra respuesta.

—O facilitársela a otra persona —concluye él.

—Por lo general esta clase de marcas aparecen cuando las venas están colapsadas, pero Julien llevaba bastante tiempo sin consumir, lo que me indica que pudo ser a causa de una mala manipulación. Quizá solo sea una gran mezcla de casualidades y su propio estado haya provocado todo esto.

—Tú no crees en las casualidades —aclaro cruzándome de brazos y Dennise sonríe.

—Entonces tenemos dos teorías. —Milano interviene y se dirige a todos—. Podemos concluir que se suicidó, o podemos acogernos al pequeño porcentaje que indica que alguien lo drogó lo suficiente para acabar con su vida simulando ese suicidio. ¿Narcóticos tiene algo?

—Sí, según Oliver este corte circula en las cercanías del fuerte St. John y en el área de St. Bernard. —Claudia levanta la vista de sus

anotaciones y se muerde el labio inferior.

—Vosotros os ocuparéis de esto, quiero que averigüéis si vieron a Julien por la zona o comprando droga. Insistir, pero sin llamar demasiado la atención, la gente es peligrosa por allí —advierto y pongo los brazos en jarras—. Todavía estás analizando lo que se encontró en su jardín ¿verdad? —Dennise asiente y yo paso a la acción—. Muy bien, tenemos trabajo por hacer, avísanos cuando tengas los resultados, nosotras nos encargaremos de seguir los pasos de Tanya e intentar averiguar algo más. Es hora de hacer unos cuantos interrogatorios.

Los cuatro abandonamos la sala de autopsias dejando a Dennise con nuevas pistas que esclarecer. Arriba nos espera un panel que lejos de vaciarse parece querer acoger nuevos retos que debemos atravesar y junto a mis pasos, el corazón me indica que estamos a punto de caer en un abismo del que nos será difícil poder escapar.

13

No hay iniciación para tales misterios.
Ha de vivir en medio de lo incomprensible, que también es detestable.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

24 de diciembre de 2022, sábado.

El calor de la chimenea se desliza por suelos y paredes con encanto, cubriendo de una capa de seguridad a cada uno de nosotros. Huele a abeto y madera quemada, a dulces y sonrisas que parecen imposibles de apagar; al menos por esta noche. La música no está excesivamente alta, pero algunos ya entontan las melodías de Michael Bubblé hechas para esta época. Podría decirse que yo veo la parte más sombría ahí fuera, siluetas que se mueven en el asfalto y que se paran frente a mí para verme, hablarme y dejarme claro que por más que lo intente, nunca tendré la posibilidad de enfrentarme a otro día sin pensar en lo que pueda llegar a pasar. En mi mano se calienta la segunda cerveza que está a mitad de beber y cuyo cristal besa mi pinta labios a conciencia, mezclando los sabores y el disfrute a partes iguales.

Bethany y Nick están en la cocina, preparando los últimos detalles de una cena que este año compartimos con todo el equipo. Clyde habla amistosamente sobre béisbol con Anthony y es una escena que jamás pensé que vería con mis propios ojos. Lo siento como si todos nosotros hubiésemos dejado nuestra armadura en el departamento de policía para ser por una noche personas normales. Gente que ríe ante cualquier anécdota del pasado como lo hacen Milano, Claudia y Dennise. Echo en falta a Alexander, pero sé que él estará orgulloso de esto y más de poder sacrificar este momento familiar con tal de ayudar a personas que en este momento no tienen la oportunidad de celebrar la vida por culpa de guerras insensatas.

Otro nuevo sorbo se lleva mis pensamientos a otra parte, me imagino en un escenario donde Fabien y Julien están tocando sus *covers* ante un público que no deja de aplaudir. Sé que me habría gustado estar entre los presentes, porque llevaban en las venas el estilo musical de las canciones que a mí me salvan en momentos cruciales.

Pero de eso ya no queda nada, y peor aún, todavía vivo con los constantes nervios de saber qué pasará, de no entender porque

estamos tan alejados de resolver este caso a cada paso, en vez de avanzar como estaba previsto.

Todo es caos que se esconde entre luces, todo son luces que se apagan con el caos.

—¿Qué haces aquí sola? —Nick me sobresalta y él me abraza sin pensárselo dos veces.

El beso en mi mejilla me deja casi sorda por un segundo e intento escapar de su abrazo, aunque tengo claro que no será posible. Podría patearle el culo, pero esta no es la ocasión.

—Solo estaba pensando —le digo y giro el cuello para morderle la mejilla.

—¡*Auch*, eso es juego sucio! —grita y su hijo viene corriendo a por nosotros como si lo que acabase de escuchar fuese una especie de mensaje clave.

—¡Tía Kat! —El pequeño se me lanza a los brazos y estoy a punto de tirar la cerveza al suelo. Ahora parecemos un árbol y dos koalas en un intento por mantenernos en pie—. He hecho galletas de jengibre, ¿quieres probar una?

—¿Llevan chocolate? Porque ya sabes que son mis favoritas. —En realidad miento un poco, o al menos oculto esa parte de mí que odiaba las galletas en el pasado—. Y si es así, no solo quiero una, hoy tengo hambre así que me las voy a comer todas y después… —Sonrío y le miro a los ojos antes de mover ambas cejas en un gesto divertido —. ¡Te comeré a ti!

—¡*AHHHH*! —Ben se me escapa de los brazos como un saltamontes y se va en búsqueda de su madre.

La escena es tan divertida que rio hasta que el estómago me duele y tengo la obligación de respirar, pero hay algo que sí que cumplo y es comerme esas galletas que el pequeño ha cocinado junto a su madre y que —para mi sorpresa— están deliciosas, tanto como para coger otras dos en caso de que alguien me las pueda robar. Cuando paso por al lado de Milano le sonrío y ella frunce el ceño como si quisiera lanzarse sobre mí para quitarme el dulce de las manos.

Yo imito su gesto y levanto una ceja diciéndole un «ven a por ellas» que tarda menos de un segundo en comprender. Al menos tendremos diez minutos para estar solas antes de que nos sentemos a la mesa.

—¿Qué te ha resultado más tentador, mis labios o su combinación con esta galleta? —le digo cuando se sienta a mi lado en el sofá.

Su índice va a parar a sus labios y de repente ese color rojo brilla mucho más que otros días. Espero que responda, pero en vez de articular palabra me besa y se lleva el sabor de la galleta con su lengua.

—Tu hermano nos mira… —susurra pegada a mis labios.

Me giro tan rápido que a Nick no le da tiempo de buscar otro punto al que mirar. Sus mejillas se encienden cuando es consciente y yo le enseño el dedo corazón, aprovechando que su hijo está distraído con las patatas que acompañarán la cena. Mi hermano se encoge de hombros y después me guiña el ojo con cariño, está feliz y eso provoca que el calor me suba por la espalda.

Cuando vuelvo a los ojos de Milano ella dibuja la misma expresión y al verme reflejada en ellos soy consciente de que hacía tiempo que yo no me veía tan bien, con un jersey blanco de cuello vuelto, el pelo cayendo sobre los hombros y mi *eyeliner* negro acompañando a un maquillaje sencillo pero que también realza mis facciones.

Los chicos siguen a lo suyo y eso me da la oportunidad de resolver un par de dudas.

—¿Lo estás pasando bien?

—De maravilla —dice Milano—, tu hermano es increíble, su mujer también y tengo que decir que te queda muy bien esa faceta de tía. No sé si te has dado cuenta, pero esta es la primera vez que estoy con tu familia sin que el trabajo sea el protagonista.

Mi silencio me delata, es cierto, y a la vez, maravilloso.

—Supongo que no podríamos haber elegido mejor momento y que Clyde haya venido ha sido todo un acierto, lo estaba pasando muy mal por su comportamiento.

—Ahora entiendo porque es tan buen amigo tuyo, sois una copia del otro, sobre todo en el trabajo —se burla ella, aunque su tono es bastante agradable—. Debería habernos dicho antes que le estaban presionando desde arriba, pero no hay nada que no podamos solucionar.

—Salvo este caso… —susurro y el malestar vuelve a la boca de mi estómago—. Todavía no tenemos nada sólido y los restos quemados que encontraron en el jardín de Julien no nos acercan a nada.

Milano me roba la cerveza, le pega un buen sorbo y apoya su espalda en el sofá. Cuando echa un vistazo a su alrededor me sonríe y después acaricia mi mejilla.

—Sabes que nos matarán si se enteran que estamos hablando del caso ¿no? —bromea y de inmediato adopta esa expresión que siempre se le pone cuando está analizando el panel de la sala de investigación —. Esto es lo que tenemos. Tanya Hernández estaba unida a Fabien desde hacía años, fueron vecinos, pero algo pasó cuando ella tenía quince años, provocando que se marcharan de la ciudad. En el registro civil no figura que haya tenido hijos, ni tampoco en los hospitalarios así que esa teoría queda descartada.

Como si no hubiera nada a nuestro alrededor, dejo el brazo en el respaldo del sofá y apoyo la cabeza en mi mano, quedándome completamente absorta con la voz de la mujer que no solo me cubre las espaldas en el trabajo.

—En los últimos dos meses nadie vio a Julien comprar drogas, al menos es lo que han conseguido averiguar Claudia y Anthony, eso nos dice que, o bien la tenía en su casa o quien acabó con su vida la llevo hasta ahí. En ambos casos, nos acercamos a la misma teoría. Y si es cierto, tenemos un gran misterio que resolver.

—No creo que quien le mató dejara la droga a nuestra disposición para descubrir sus pasos, yo creo que era propiedad de Julien —añado y ella asiente—. Así que volvemos a la teoría inicial, la asesina los conocía lo suficiente como para saber dónde tenían todo su trabajo o detalles tan personales como esto y si Tanya no tuvo nada que ver tal y como afirma, tenemos que ser más concienzudas con la investigación de su entorno.

—Y la conexión con años atrás, el tres que Fabien grabó durante su secuestro sigue siendo nuestra pista más clara. Cuando volvamos al trabajo empezaremos por ahí, debemos viajar al pasado y seguir cotejando datos con los invitados y amistades que acudieron a su concierto en el teatro, aunque por ahora la mayoría tienen coartadas firmes o están muy alejados de ser secuestradores que vagaban por la zona de Chartres Street.

—No estaréis hablando de trabajo ¿verdad? —Anthony aparece a nuestra espalda y el corazón se nos sale del pecho del susto. Su risa invade todo el salón y de no ser porque mi sobrino está mirándonos le habría matado—. Las jefas incumpliendo sus propias órdenes…

—Como si tú no lo hicieras —le increpo y bufo con ironía—. ¿Ya está la cena?

El movimiento en el centro del salón es claro así que doy un empujón a Anthony y él se va riendo mientras se arregla los rizos rubios que caen sobre su frente. Mi cerveza sigue en manos de Milano y no dudo en robársela para acabármela antes de darle un beso que a ambas nos quita el aliento.

Cuando estoy de pie ella se me queda mirando y yo le ofrezco la mano para entrelazar nuestros dedos de camino a la mesa. Clyde nos observa y sonríe, estoy segura de que echa de menos a su familia, aunque nos ha comentado que no han podido venir. Pero su gesto me llena de calma, como también que lo repitan mi hermano, su mujer y los chicos. Hay una de las sillas libres en las que imagino la presencia de una Mila que alza su copa junto a nosotros y brinda por unas navidades inolvidables y porque todo vaya mejor en los próximos días. Algo que en ocasiones es muy complicado pero que puede abrir la

puerta hacia un futuro donde podamos resolver este caso y no se quede en la pila de crímenes sin resolver. Mientras como, pienso en que podría pasar si no avanzamos y una nueva sensación de desazón se me pone en la boca del estómago. Niego para mí misma y sigo prestando atención a la charla que ahora mantienen los chicos sobre su deporte favorito.

—Tenéis que venir a jugar con nosotros. —Los invita Nick—. Katherine nunca lo dice, pero ella también es muy buena jugando.

—¿Y por qué yo no sé eso? —protesta Milano dejando un trozo de patata suspendida en el aire. Tarda menos de un segundo en mirarme y levantar su ceja derecha, ahora me pide una explicación.

—Porque no ha salido el tema. Además, no soy tan buena, solo me implico demasiado.

—¡Ja! Y una mierd… —Nick se muerde la lengua cuando Bethany lo mira y señala a su hijo—. Eres más agresiva y competitiva que con el *krav maga* y eso ya es mucho decir.

—Propongo algo. —Ahora es Clyde quien interrumpe la conversación—. Como yo sé que en parte eso es cierto… —dice y amplía su sonrisa mientras que yo quiero asesinarle ahora mismo—, podemos quedar un día que todos estemos libres y comprobarlo, así Milano lo verá con sus propios ojos y se meterá de lleno en otra de las costumbres de un grupo de amigos en Nueva Orleans, quizá así deje definitivamente el FBI y acepte ser agente oficial de nuestro departamento de policía.

Todos nos quedamos de piedra, de repente ni siquiera puedo escuchar la música que sigue sonando. El tenedor se me cae sobre el plato y trago saliva, nunca imaginé que Clyde fuera a hacer una propuesta de tal magnitud.

Las miradas pasan de nuestro sargento a la mejor perfiladora criminal que tenemos en la actualidad. A Milano se le ha encendido la cara y se ve obligada a beber un poco de agua, susurra algo que ninguno entendemos y después titubea en un intento por poner en orden sus pensamientos. Primero suspira y después deja la copa sobre la mesa antes de limpiar sus labios y mirar a Clyde.

—Será un placer disfrutar de un partido con vosotros y formar parte de esta ciudad. De hecho, todos los días me tomo una hora libre para recorrer las calles, deberíais de ver el mapa que tengo trazado en mi casa, seguro que me llamaríais obsesa del control, y no es para menos. —Que no deje de hablar indica que se ha puesto nerviosa y no sé si tomármelo como algo bueno o no—. Pero creo… creo que todavía es muy pronto para decidir eso, las cosas no son tan simples y no creo que me dejen escapar con tanta facilidad, pero gracias, de verdad Clyde, es todo un honor.

Anthony y Claudia se miran, después dirigen su atención a mí y yo me veo obligada a carraspear con tal de no dejar ver lo que pienso, o más bien, lo que siento.

La entiendo muy bien, pero otra parte de mí recuerda nuestra última conversación al respecto y eso me lleva a plantearme demasiadas cuestiones. No sé qué clase de deuda tendrá consigo misma para rechazar una oferta que estoy segura le hace muy feliz, pero prefiero no indagar en ello así que cojo mi botellín de cerveza y lo levanto para que todos me presten atención. Ella me mira y susurra un «gracias» al que respondo con una sonrisa.

—Yo no soy la única superior que rompe las reglas, Anthony —bromeo con su protesta anterior y él se ríe—. Solo quería brindar por nosotros, por esta noche y porque tengamos la fortuna de repetir una velada como esta, sea cenando o demostrando a los demás que soy la mejor jugando al béisbol.

—Eso habrá que verlo —me reta Nick y levanta su copa—. ¡Brindemos!

Alzamos las bebidas y al gesto se une un Ben que da el toque divertido a este momento, la tensión se esfuma en cuestión de segundos y volvemos a la normalidad en una noche que guardaré para siempre en mi memoria, aunque ahí fuera el mal siga presente.

14

El peligro residía en la proximidad de una gran pasión humana.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

03 de enero de 2023, martes.

La pila de informes sigue creciendo sobre la mesa de la sala donde llevamos trabajando sin descanso los últimos cuatro días. Hemos repasado una y otra vez las pistas que tenemos sobre la muerte de Fabien y el posterior —no tan seguro—suicidio de Julien. El tablón que hay en la pared principal ya está lleno de fotografías, de un mapa de la ciudad, y un montón de anotaciones que siguen ocupando las columnas de «motivación», «escenario» y «pistas». Mis ojos no se despegan ni un segundo de la primera y última, como si quisiera relacionar más de cerca cada uno de los puntos donde tenemos puesta nuestra atención. El resto del departamento se ocupa de otros casos que también derivan en largas noches sin dormir, llamadas telefónicas y protestas de los agentes que no pueden lidiar con el fracaso tanto como yo o el equipo que está a mi disposición.

Hace muchos años aprendí que las cosas no salen siempre como queremos, que muchas veces se nos escapan detalles que tenemos frente a los ojos y que no tenemos la certeza de atrapar a cada uno de los asesinos que caminan entre nosotros.

La puerta se abre y Clyde entra con varios cafés para todos además de una bolsa que estoy segura lleva rollos de canela y algunos dulces más. El azúcar no es lo mejor para unos nervios que no escapan de mi cuerpo, pero no puedo evitar querer llenar mi estómago con algo rápido y que me obligue a pensar con más claridad, y Milano tampoco parece disgustada ante la idea. El único reticente es Anthony, aunque tarda poco en caer en la tentación.

—¿Cómo vais? —pregunta nuestro sargento y me alegra verle sonreír.

Estas últimas semanas se ha mostrado más cercano al caso y a todos nosotros.

Desde la pasada navidad muchas cosas han cambiado en nuestra unidad y estoy segura de que en algún momento eso nos va a favorecer.

Cojo uno de los vasos y doy un buen sorbo al café doble. De

inmediato noto como el sabor amargo se adhiere a mi boca y viaja por todo mi cuerpo, Milano se relame cuando da un sorbo a su delicioso cóctel de cafeína con caramelo y esa es una rutina que no me canso de tener con ella, aunque de inmediato tenga que volver a centrarme en el trabajo.

—Tengo una nueva teoría —comento por fin. Todos levantan la vista de lo que están haciendo y me prestan atención mientras cojo uno de los rotuladores para repasar cada uno de los datos que forman una sopa de letras imposible de resolver para otros—. Hemos investigado cada detalle sobre el escenario del crimen y todos nos llevan a un callejón sin salida. En un principio pensamos que, al estar conectado con la música, el escarmiento que el asesino quiso darle a Fabien tenía que ver mucho con el lugar, cuando probablemente no sea más que un recipiente donde alojar un espectáculo. Todo el mundo puede acceder a las escrituras públicas de propiedad —aclaro — y también a las llaves si se sabe dónde buscar, por lo que fue fácil encontrar un sitio abandonado y oculto en cierto modo.

—¿Y cómo es posible que las llaves llegaran tan fácilmente a manos de Cécile? —pregunta Anthony y es algo que ya tenía previsto.

Le sonrío y voy al otro lado de la sala para buscar la mochila que he dejado sobre una de las butacas. Tardo un par de segundos en rebuscar que hay en el interior y saco un juego de llaves antiguas.

—Estas son las copias de un par de propiedades que fueron de mi familia y ahora pertenecen al ayuntamiento. He pasado muchas noches en vela intentando darle sentido a todo esto y eso me llevó a recordar una vieja conversación con mi padre. Cuando era agente tuvo un caso parecido, pasaron semanas hasta que fueron conscientes de que el escenario no era más que una pista falsa porque el asesino, como muchos ciudadanos de la antigua Nueva Orleans, tenían acceso a un juego de llaves que podían abrir muchos de los edificios de la parte clásica de la ciudad —continúo esbozando una sonrisa—. Y todos sabemos que Chartres Street es una de las calles más históricas. Estoy segura de que la persona que hizo esto, tenía acceso a esas llaves gracias a su antiguo propietario, por eso el ayuntamiento no tiene ningún tipo de información, porque ellos no son los primeros dueños de esa edificación.

Anthony se queda boquiabierto y Claudia parece haber desconectado durante algunos segundos de la realidad antes de darse cuenta de hacia dónde nos lleva esto.

—Entonces no hay forma de rastrear quien pudo adquirir esa llave. —La miro a los ojos y sé que está a punto de golpear algo por la forma en la que se muerde el labio inferior—. Qué mierda.

—Sí y no. Ahora que hemos despejado esta duda podemos

centrarnos en la motivación y las pistas que tenemos e intentar enlazarlas con el propietario Lewis Burns. ¿Milano?

Ella avanza y me roba el rotulador de las manos, hay algo en su mirada que se me graba en la mente, como si deseara decir algo que prefiere guardar para la intimidad y mientras camina la observo detenidamente para sonreírle antes de dejar que haga su trabajo.

En silencio, tomo apoyo en la mesa y doy un buen sorbo a mi café mientras la escucho.

Oírla siempre es un placer y creo que es una de las cosas que más disfrutamos de ella en esta sala y lo sé porque Clyde se queda inmóvil, al igual que hace el resto.

—Esto es lo que hemos obtenido de la vigilancia a Tanya Hernández. —En silencio va a por una carpeta y coloca unas cuantas fotografías en nuestro panel. Deja de lado su deliciosa bebida y se centra en lo que tiene que decirnos—. La tarea de un buen agente e investigador reside también en un gran trabajo de periodismo y nuestra querida representante tiene más secretos de los que creíamos. Para empezar, usa dos teléfonos, podríais pensar que esto es normal cuando alguien trabaja en este mundo, uno para sus clientes y otro para tareas más… personales, pero ¿qué veis aquí?

—Teniendo en cuenta la clase de persona que es, no entiendo muy bien porque usa un teléfono que está descatalogado desde hace años. ¿Aún hay personas tan clásicas?

—Eh, lo clásico no es malo —protesta Clyde y fulmina con la mirada a Claudia antes de que ambos sonrían.

—Muy bien Claudia, usa una línea antigua que no tiene conexión a internet y por lo tanto muy difícil de rastrear, al menos para la gente normal. —Milano hincha el pecho y se enorgullece de ser la mejor en su campo—. Tras una búsqueda concienzuda averigüé que ese teléfono está registrado a nombre de su padre, Raphael Cooper, fallecido hace seis años por un infarto, pero eso no es lo que nos interesa aquí, sino con quien tiene contacto.

Milano deja un par de folios sobre la mesa y rodea con un círculo los dos números de teléfono que se repiten regularmente en días y horas.

—¿Esa extensión no pertenece al área sanitaria? —pregunta Claudia.

Nuestra perfiladora sonríe.

—Y esta es Tanya entregando una gran suma de dinero a uno de sus empleados —añade Milano antes de poner otras dos fotografías en el panel—. Sabemos que él salió de la ciudad un par de días después. Ella sabe que está contra las cuerdas y por eso no quiere correr riesgos.

—¿Sabemos a quién le está haciendo esos pagos?

Antes de que Anthony sepa la respuesta, la puerta de la sala se abre y da paso a una Dennise que entra arrollando el escenario. Lleva un café en mano, una carpeta bajo el brazo y varios mechones desordenados cayéndole sobre la frente. Su pecho sube y baja con energía, hasta el punto de provocar que Clyde arquee una ceja y ella se sonroje al notar la presencia de nuestro sargento en la sala. Carraspea y detiene sus pasos para arreglarse un poco y dejar la carpeta sobre la mesa.

—Ya tengo los resultados de la huella parcial que encontré en la guitarra de Fabien. Ha sido muy complicado porque no hay registros actuales de esa persona.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Anthony serpentea a nuestro alrededor—. ¿Está muerto?

—No exactamente… —Dennise se aclara la voz y toma aire—. Se trata de Gavin Frances y está en coma desde hace doce años. Recibe cuidados en una habitación privada de la clínica Ark Clinic, en Arkansas.

Nuestros agentes se quedan en silencio un par de segundo intentando dar sentido a las palabras de Dennise y juntos llegan a la misma conclusión, se miran y después abren la boca.

—Es a quien está ayudando Tanya —dicen a la vez.

Y ambos dan en el clavo.

…

—Muy bien chicos, esto es lo que vamos a hacer. Claudia y Anthony se pondrán en contacto con la madre de Tanya y el otro número de contacto que figura en su registro telefónico. —Los dos asienten y toman anotaciones sumamente emocionados—. Dennise, quiero que vayas al departamento siete y averigües todo lo que sepas sobre lo ocurrido con Gavin. Y vosotras dos —añade refiriéndose a Milano y a mí—. Buscad a Tanya y traerla aquí cuanto antes, quiero saber la conexión que todo esto tiene con Fabien LeBlanc.

—Hecho. —Asiento hacia Clyde y busco a Milano con la mirada. Abandonar el edificio nos lleva un par de minutos y cuando estamos en el coche siento como si nos hubiéramos quitado un peso de encima —. ¿Qué sentido tiene para Tanya ocultar todo esto? —le digo una vez que estoy sentada y me pongo el cinturón de seguridad.

—Supongo que lo averiguaremos. —Milano es quien arranca el motor.

Me quedo en silencio y concentro en la carretera, ella pisa el acelerador para dirigirnos a toda prisa hacia Poydras Street y el viaje

nos lleva unos pocos minutos. Las luces y sombras se dibujan en el asfalto con elegancia, la misma con la que el sol choca contra los ventanales de esos grandes edificios que se presentan ante las dos con aire de superioridad. Miro el reloj y el corazón se me acelera, no quiero que Tanya se nos escape ahora que hemos llegado a un punto de la investigación donde su confesión puede ser crucial.

Cuando estamos a unos cien metros del lugar donde ella trabaja la veo salir a toda prisa y dirigirse hacia su coche.

Señalo con el dedo y Milano asiente. Tanya nos ve llegar y lanza el maletín al interior del vehículo mientras intenta abrir una puerta que parece resistirse a sus intenciones. Mi compañera acelera y da un frenazo en mitad de la calle, por suerte no hay ningún coche más siguiéndonos. La sirena suena dentro del BMW que ordenó traer desde Nueva York, pero no es eso lo que me deja boquiabierta, porque tan rápido como Milano derrapa, aprieta un botón, baja la ventanilla y coge su arma. Que sea ambidiestra es una gran ventaja y eso hace que Tanya ya no tenga escapatoria.

—No se te ocurra moverte —le ordena mientras ella levanta las manos y deja caer las llaves del susto.

—Está bien, está bien, no voy a ir a ninguna parte —nos dice con los labios temblando de miedo—, pero deje de apuntarme con esa arma. ¡Por Dios!

—Lo haría si nos hubiera puesto las cosas más fáciles —protesta Milano, abre la puerta del coche y en un parpadeo se encuentra tras Tanya inmovilizándola por completo.

Yo tendré el *krav maga*, pero ella guarda unos recursos que me dejan impresionada, y ¿por qué no decirlo? Derretida de pies a cabeza.

—Las persecuciones en Nueva York debían ser impresionantes contigo al volante —susurro en su oído.

—Y eso que no has visto nada —me responde Milano con la picardía vibrando en su voz. Tanya no se puede creer lo que está viendo, pero no protesta en absoluto. Su cuerpo se congela ante nosotras y mi compañera le recita la *advertencia Miranda* antes de meterla en el coche—. Tiene derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en el tribunal de justicia…

Desconecto un par de segundos para observar el movimiento de las nubes sobre las dos. De repente el cielo azul se convierte en una advertencia gris cuyo significado no puedo descifrar en este momento. El frío me cala los huesos y me veo obligada a cerrar la chaqueta de cuero antes de volver al coche para ser yo quien conduzca de vuelta al departamento de policía. Por el espejo retrovisor veo a Tanya y observo como su mirada se pierde más allá de la ventana, mira hacia

el cielo con el mismo estupor que yo lo he hecho segundos atrás, como si necesitara encontrar algún tipo de respuesta entre cada espacio de unas nubes que nunca volverán a tener el mismo aspecto.

Y mientras mis dedos tamborilean al volante siento que ella también se ha quitado un gran peso de encima, como si llevara tiempo con la cordura pendiendo de un hilo.

Antes de que entremos en la última avenida que da acceso a Broad Street ella se me queda mirando y yo le respondo con el mismo gesto calmado que Elizabeth dibuja en su expresión cuando saca su lado más profesional.

Es una advertencia, aunque no pronuncio ni una sola palabra y Tanya parece creerme porque la frialdad de su mirada marrón se desvanece para dar paso a unos ojos de cristal que podrían romperse en cualquier momento.

...

—Hemos llegado. Quédate quieta —dice Milano cuando aparco el BMW negro. Ella sale del coche, pero antes de que llegue al otro lado yo ya me unido a sus pasos y la detengo cogiéndola de la muñeca—. ¿Qué pasa?

—No seas tan dura con ella —le susurro al oído—. A pesar de lo que parece, tengo la sensación de que solo es víctima de las circunstancias.

—Eso también lo averiguaremos —responde ella con dureza.

Asiento y me quedo en silencio mientras lleva a Tanya al interior de nuestro santuario, ahí donde la vida adquiere verdadero sentido para personas que buscamos en todo momento la verdad además de limpiar las calles de cualquiera que no esté dispuesto a mantener la paz.

Pongo los brazos en jarras y observo como Milano clava los dedos con fuerza alrededor del brazo de Tanya. No muestra indulgencia y no lo hará hasta que le saque todo lo que desea saber, con esa pasión por su trabajo que la caracteriza y con ese temor que a veces también infunde en aquellos que son víctimas de su interrogatorio. Veinte minutos son los que pasan desde que llegamos a la sala de interrogatorios y preparamos toda la información importante que tenemos para hacerla confesar.

Todavía no tenemos noticias de Claudia y Anthony, aunque no dudo en que pronto sabremos algo.

Pero no es eso lo que me asusta o deja suspendida entre mis propios pensamientos sino la idea de que nos estamos acercando al final de algo y al principio de lo que puede acabar en caos. Un caos para el que siento que no estamos preparados.

15

Morían lentamente… eso estaba claro.
Joseph Conrad*. El corazón de las tinieblas*

03 de enero de 2023, martes.

Hay un vaso vacío sobre la mesa y su interior representa el hueco que se ha instalado en el pecho de Tanya. Tras el cristal, la observo con los dedos entrelazados y la cabeza apoyada en sus manos, tal vez rezando, quizá únicamente acogiéndose a la poca entereza que le queda. A mi lado, Claudia también la observa, intentando averiguar que nos puede contar sin la necesidad de hablar, y cuando suspira entiendo que piensa exactamente lo que yo. El aire está repleto de culpa, de liberación y también de una tela de araña que la misma Tanya Hernández ha tejido a partir de mentiras y secretos que ya no tienen cabida en su corazón. Guardo las manos en mis bolsillos y espero, espero y espero a la única persona que puede desconectar con el mundo presente cuando de un interrogatorio se trata.

No sé bien porque me quedo al otro lado de la línea, simplemente espero que esto merezca la pena.

Milano entra diez segundos después, se ha quitado la chaqueta gris y arrastra la silla que tiene delante para tomar asiento poco después. Midiendo cada uno de sus movimientos, apoya los codos sobre la mesa y entrelaza también sus dedos para adoptar esa posición de calma que puede dar paso a una tormenta.

Es cuestión de tiempo.

—Gavin Frances, ¿qué pasó? —dice y no duda en disparar su primera bala.

—A estas alturas ya deberían saberlo. —Tanya levanta la vista y fija sus ojos en los de nuestra perfiladora, pero esta vez no sonríe, solo siente… pena—. Ya se lo dije, yo no tuve nada que ver con la muerte de Fabien, no tienen motivos para retenerme aquí, y lo saben.

—Mi compañero Anthony ya está redactando su detención por obstrucción a la justicia y si eso le parece poco, también por desobediencia a la autoridad. —Desde aquí no puedo ver la cara de Milano, pero apuesto a que ya está sonriendo por el gesto que Tanya pone—. Será mejor que colabore.

Me cruzo de brazos y lanzo un suspiro, en otro momento de la

investigación habría esperado que Tanya se resistiera o jugara mejor sus cartas. La posibilidad de que te quiten la libertad vuelve vulnerables a las personas.

Y con nuestra interrogada no sucede lo contrario.

—Gavin es… era nuestro mejor amigo. —Tanya se interrumpe y parece recordar con nostalgia aquella relación—. En su diecisiete cumpleaños nos invitó a ir a una fiesta que se celebraba a las afueras de la ciudad, cogió el coche prestado a su padre y nos pasamos allí unas tres horas. A la vuelta, Fabien fue quien iba al volante, yo era la menor de los tres y preferí no tener problemas con mi familia, pero entonces… —Los ojos se le empañan por las lágrimas y le cuesta respirar, aunque a Milano no parece importarle—. No lo vimos venir, aquel coche se saltó un semáforo y nos arroyó, se golpeó de lleno contra el lado donde Gavin estaba, no se pudo hacer nada y desde entonces lo mantienen conectado a un montón de máquinas sin morir del todo, pero tampoco con la posibilidad de vivir.

—¿Por qué decidió representar a Polaris?

—Porque esa era la única manera de lograr que Fabien tuviera recursos suficientes para poder ayudar a Gavin y a su madre a mantener los cuidados que recibe en este momento, su seguro familiar dejó de ser suficiente hace años y los dos nos sentíamos responsables. Vimos la oportunidad y la aprovechamos, no creo que eso sea un delito —protesta y ahora sí que aparece ese fuego característico en su mirada.

Milano se pone de pie y se gira. Mira hacia el espejo y suspira mientras coge la silla con una de sus manos, espero que no sea tan dura con Tanya, porque es evidente que dice la verdad.

Muerdo mi labio inferior e intento encontrar una explicación al por qué me siento así.

—Para que me quede claro, fue después del accidente cuando os mudasteis a Arkansas, ¿me equivoco?

—Mi madre es médico, movió algunos hilos y le dieron la oportunidad de trabajar allí. Tras lo ocurrido sentía que tenía una deuda pendiente con la familia Frances, al igual que los LeBlanc, todos nos comprometimos a mandarles dinero cada mes y no hemos fallado a esa promesa ni un solo día. Tienen que entender que las cosas no siempre funcionan como cabe esperar, al pie de la… ley. —Tanya hace hincapié en las últimas palabras y aprieta los labios, la mirada que le dedica a Milano podría romper cualquier muro y ella es consciente de ello—. ¿Saben lo duro que es ver como tu hijo está muerto en vida? ¿Y saben que es lo peor? Vivir en un país que se mueve por el dinero, sin prestar atención a las personas. Pueden detenerme por intentar seguir mis principios, pero eso recaerá en su conciencia.

—¿Me hablas de conciencia? —Milano se gira y estrella la palma de su mano derecha contra la mesa. El vaso vibra y se cae a la vez que encara la mirada de Tanya—. A mí no me parece tan moral que una familia intente ocultar lo ocurrido mudándose de estado para que en las calles no se hable del accidente en el que estuvo involucrado su hija.

—¡Yo no hice nada! —grita Tanya y ahora es ella quien golpea la mesa—. Yo no fui la que destrozó a una familia y provocó que otra se destruyera en pedazos.

Tanya se silencia abruptamente tras pronunciar las últimas palabras, oportunidad que Milano aprovecha para girarse y volver a sonreírme. Antes de salir por la puerta de la sala de interrogatorios, busca el vaso vacío sobre la mesa y lo aplasta.

—Yo que usted meditaría bien sus siguientes palabras, podemos sumar a la acusación un delito por encubrimiento.

Las lágrimas bañan los ojos de Tanya y cuando se queda a solas rompe a llorar.

Doy instrucciones para que le lleven un poco de agua y Claudia asiente antes de que Milano aparezca en la sala continua. Sonríe tan ampliamente que hasta a mí me duele. Espero en silencio a lo que tenga que decir, pero lo cierto es que no aguanto ni dos segundos sin ser yo la que hable.

—No deberías de ser tan dura con ella, está claro que no tiene nada que ver con lo que le ocurrió a Fabien.

—¿No has visto lo mismo que yo? —Milano se encara conmigo. Apoya la espalda en la pared y se cruza de brazos. No demuestra indulgencia cuando se trata de su trabajo—. Está claro que hay algo más y no pienso dejarla marchar hasta que nos lo cuente todo.

—Eso ya lo sé, solo digo que deberías controlar un poco tus métodos. No estamos ante un asesino en serie, joder.

—¿Y tú desde cuando te has vuelto tan permisiva?

—No se trata de mí, River. —Lanzo un suspiro y me acerco a ella para poner las manos en sus hombros—. No todas las personas son enteramente malas o buenas, algunos cometen errores en un intento por ayudar a los demás.

—¿De dónde sacas eso? —En vez de arreglar las cosas Milano se muestra más dura.

—Elizabeth me ha ayudado a ver las cosas con otra perspectiva —le digo y sonrío en un intento porque se calme—. Esto no es el FBI, aquí no tienes que demostrar nada.

—¡Ya sé que esto no es el FBI! —Milano se aparta y aprieta los puños—. Me ha quedado claro ¿vale? Deja ya de comparar las cosas,

así es como trabajo y si no te gusta, quizá sea mejor que trabaje en otra unidad.

Antes de que pueda dar replica, Milano se pierde por la puerta y escucho sus tacones a lo largo del pasillo. Claudia es la que aparece a continuación.

—¿Qué ha sido eso? —Yo niego.

—No tengo ni idea —respondo en un intento por comprender que ha pasado—. ¿Dónde está Anthony?

—Verificando los datos que nos dio la madre de Gavin, el relato de Tanya concuerda. De lo único que podríamos acusarla es de no declarar parte del dinero que han estado dando a la familia y dadas las circunstancias, creo que sería una jugada muy sucia.

—Lo sé… iré a hablar con ella. Informa a Milano.

Claudia asiente. Busco un vaso de agua y también sirvo uno para mí antes de dejar mi pequeño escondite. Nada más entrar a la sala de interrogatorios veo el dolor en la mirada de Tanya. Todo su cuerpo tiembla y no es para menos, se ha enfrentado a un huracán del que es muy complicado escapar, yo misma lo sé y por esa razón sonrío con amabilidad y dejo el vaso sobre la mesa.

Ella lo coge con cuidado y da un buen sorbo para aclararse la garganta.

—¿También ha venido a amenazarme? —dice sin cortarse en absoluto.

Tanya es esa clase de personas que pueden pasar de un extremo a otro en cuestión de segundos y no se lo reprocho, a veces uno tiene que hacer lo que debe con tal de sobrevivir ante una posible marea repleta de tiburones.

Aunque yo no tengo intención alguna de convertirme en tiburón.

Por el contrario que Milano, me siento con calma y quedo en silencio, meditando bien mis palabras antes de hablar. Analizar la expresión de nuestra interrogada durante un par de segundos me da la oportunidad de saber la manera en la que quiero abordar todo esto, porque a veces no es necesario tener mano dura para sacar información, ni tampoco jugar con las emociones de las personas.

—Nuestros compañeros hicieron una visita a Gavin, está en muy buenas manos y debería sentirse orgullosa por ello —comienzo.

—Estaría orgullosa si le viera abrir los ojos o si el accidente no hubiera pasado.

—No está en nuestra potestad cambiar el pasado y creo que no necesita que le diga que no tuvo nada que ver con ese accidente, al igual que usted no tuvo nada que ver con la muerte de Fabien, eso ya me ha quedado claro, pero todavía hay algo que no nos ha dicho

¿verdad? —No aparto la mirada de ella en ningún momento, pero sí muevo las manos para arreglarme el pelo y mostrar toda la calma posible frente a Tanya—. ¿Qué pasó después? ¿Por qué se marcharon realmente de Nueva Orleans?

—¿De qué va a servir remover el pasado? Acaba de decirlo detective Fortier, no está en nuestra potestad cambiar lo ocurrido.

—Pero sí honrar a quienes han perdido la vida durante el camino —declaro y ella se me queda mirando con la boca abierta—. Yo también perdí a alguien muy importante, mi hija, pero eso ya debe de saberlo, después de todo es de dominio público —comento he intento bromear sobre el asunto, aunque me es imposible—. Y supongo que también sabrá que el asesino fue mi mejor amigo. Esa persona a la que confié toda mi vida. Ahora que está entre rejas… me siento mejor.

Por la expresión de Tanya deduzco que no tiene idea de hacia dónde quiero llegar, pero no va a tardar mucho en averiguarlo. Antes de cruzarme de brazos busco mi vaso de agua y bebo despacio intentando empatizar con su situación.

Y parece que lo consigo cuando la oigo suspirar.

—Nunca tendré la oportunidad de cambiar lo que pasó, ni traer de vuelta a mi hija, pero ahora puedo dormir mejor y hacer mi trabajo con el convencimiento de que su memoria ha sido honrada y de que descansa en paz. —Esbozo una nueva sonrisa y me acerco un poco a Tanya—. Quizá ahora no lo sepa, pero créame, será diferente cuando nos ayude a poner entre rejas a quien le hizo esto a Fabien.

Fuera escucho pasos y sé de quién se trata. Cuando Milano abre la puerta levanto la mano para evitar que diga nada y deje a Tanya hablar.

El silencio se hace durante unos diez segundos hasta que ella me mira y suspira.

—Mi familia y yo nos mudamos porque la novia de Gavin se volvió loca y se suicidó dos meses después. Nunca pudo aceptar la idea de no tenerlo de vuelta y los míos tampoco estaban dispuestos a soportar la vergüenza de que su hija rebelde diera tal ejemplo dentro de una comunidad religiosa. El día de aquel accidente no solo destrozamos su vida, también cambió la nuestra para siempre.

—¿Cómo se llamaba? Su novia.

—Clara Donovan, habría sido una buena cantante.

La sorpresa me vibra en el interior del pecho, aunque intento que eso no se vea en mi expresión.

Agradezco la información a Tanya y cuando salimos de la sala ordeno a Claudia que prepare el papeleo para que la pongan en libertad. Llevo una carpeta abrazada contra mí y el nombre de Clara

Donovan grabado en el pecho. La motivación por venganza toma mucha más relevancia y me dirijo a paso firme hacia el ascensor para comenzar con otra nueva búsqueda, pero antes de que pueda girar Milano detiene mis pasos.

Lleva la mirada cubierta en furia y no es para menos, porque era ella quien se iba a ocupar de Tanya.

—¿Desde cuándo me robas interrogatorios? —me increpa y no hay nada de dulzura en su voz ni tampoco en ese color azul que suele predominar en sus ojos durante el día.

—Desde que yo estoy al mando de esta investigación —le digo y estampo la carpeta contra su pecho—. Y si no estás de acuerdo con mis métodos, puedes buscarte otro caso o mejor aún, volver a Nueva York, seguro que allí te aplauden por ser una hija de puta.

La firmeza de mis palabras le hacen daño, soy consciente de ello un segundo después.

No sé qué se le pasa por la mente, ni tampoco qué podría haber respondido, porque de inmediato me giro y sigo mi camino hacia el ascensor para volver a la sala de investigación. Al otro lado del pasillo Anthony nos observa con la boca abierta y sin saber muy bien que hacer, intenta evitar que me dé cuenta de que nos ha escuchado, pero es imposible por la forma en la que intenta dirigir sus pasos hacia ningún lugar en concreto.

Su torpeza nunca tiene límites, ni tampoco mi maldita lengua viperina.

Las puertas del ascensor se cierran y doy dos pasos hacia atrás consciente de que me he pasado al actuar y hablarle así a Milano.

En silencio y mi propia soledad busco un caramelo para llevarlo a mi boca y noto como los dedos me tiemblan. Apoyo la cabeza contra la pared y cierro los ojos en un intento por olvidar lo que ha pasado, aunque como le he dicho a Tanya minutos atrás, el pasado no puede cambiarse y me temo que, esta vez, sí he metido la pata hasta el fondo.

16

Si tal es la forma de la última sabiduría,
la vida es un enigma mayor de lo que alguno de nosotros piensa.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

05 de enero de 2023, jueves.

La tinta pinta cada hoja de la pequeña libreta que siempre llevo conmigo. A mi alrededor la gente nunca ha llegado a ser consciente de las cavilaciones que en más de una ocasión me quitan el sueño, sobre todo en los últimos días. Cada rincón huele a café y las paredes están impregnadas de dulce, risas y conversaciones que te rompen el alma o que te llenan el corazón de esa luz que presta calor a tu cuerpo y cura cualquier daño. No es mi caso, y sé que yo tengo la culpa.

Han pasado catorce horas desde que Milano cogió un vuelo hacia Nueva York y el miedo porque no vuelva me invade por dentro. Fuera me he encontrado con el humo a tabaco y las tremendas ganas de romper mi distancia con ese vicio que llegó a nublar mi juicio en los momentos más solitarios. Al llevar las manos al interior de los bolsillos me encuentro con que no tengo ni un solo caramelo para llevarme a la boca, así que decido que la mejor opción es pedir otro par de *beignets* y concentrarme en lo que estoy haciendo. El pelo me cae por los hombros y acarician una chaqueta de cuero que oculta parcialmente la forma en la que mi pecho se hincha con nervios al pensar en ella, en el error que cometí hace dos días y en los frentes que tenemos por delante con respecto a la investigación.

Anthony se ha comunicado conmigo hace diez minutos, lamentándose de que no hay ningún rastro de la familia de Clara Donovan tras irse de los Estados Unidos poco después de su muerte. Nuestro siguiente paso es contactar a un par de antiguos amigos que están fuera de la ciudad, aunque presiento que esto nos va a llevar un tiempo que no tenemos y odio la sensación de encontrarnos otra vez en un callejón sin salida.

—Tú también le conocías ¿verdad? —Dibujo un círculo alrededor de su nombre y dejo el bolígrafo sobre la mesa cuando Peter, trae mi café.

—¿Un caso difícil? —pregunta con esa curiosidad sincera que siempre me deja ver.

—Sí, pero ya sabes que nada se me puede resistir. —Intento fingir que no me siento un poco perdida así que le sonrío y él pone su mano en mi hombro.

Los ojos negros de Peter se clavan en mí con calma y me gusta la sensación que me produce verme reflejada en ellos. Las canas brillan en sus patillas, aunque no le quitan nada de atractivo, ni tampoco las arrugas que se dibujan en una piel de seis décadas que guardan una increíble sabiduría. Muchos son los días que he llegado aquí sin amparo, muchas son las jornadas vacías que he compartido con él en una cafetería que tiene más historia que la propia ciudad.

El asiente y echa un vistazo al resto del local, aprieta los dedos con cariño y sus ojos brillan otra vez cuando una pareja entra a la cafetería y pisa el suelo de madera tan oscura como el de los muebles y estanterías que guardan botellas de alcohol y recuerdos de muchas vidas. Hay varias fotografías en blanco y negro repartidas por las paredes y me es inevitable no detectar una en la que yo estoy a su lado y con Mila, sonriendo como si nada en el mundo nos fuera a dañar. Peter se despide de mí sin añadir palabra, pero diciendo más de lo que muchos entenderían.

Qué equivocada estaba por aquel entonces y qué necesarias son las personas para poder sanar.

Con la taza en mis manos echo un vistazo al exterior y no presto atención a los clientes que entran en Cafe Beignet, hasta que un aroma conocido llega hasta mí justo antes de poner cara al perfume que identifico.

—Katherine, qué casualidad, es extraño verte tomando un café como la gente normal. —Elizabeth sonríe y se guita el abrigo que lleva puesto, tiene las mejillas rojas por el frío y una sonrisa puesta en los labios—. ¿Puedo?

—Claro, no espero a nadie —respondo y cierro la libreta. Soy celosa con mi profesión—. ¿Qué haces por aquí?

El pelo rizado acaricia sus mejillas y con cuidado se hace un recogido sencillo que da mucha más luz a su cara. El jersey que lleva puesto le da un aspecto muy distinto al que tiene en la consulta, donde es común que lleve traje de dos piezas, como Milano. Elizabeth sonríe y toma asiento antes de llamar la atención de Peter para pedir un zumo de naranja y un par de tostadas con tomate.

Que aún no responda es algo muy típico de ella, siempre le gusta hacerse de rogar y parece que aquí no va a ser menos, a veces no nos podemos deshacer de esas facetas que nos caracterizan en la profesión y para qué voy a mentir, eso también me gusta bastante.

—Tenía visita con un paciente que sufre de agorafobia —dice por fin y apoya su espalda contra la silla con cansancio—. Llevo un par de

días trabajando como una loca y parece que hoy he tenido un poco de suerte porque me acaban de cancelar otra cita, así que he decidido cuidarme un poco. ¿Qué hay de ti? La semana pasada no viniste.

—Se debería prohibir hablar de trabajo en momentos como este. ¿No tienes un código o algo así? —bromeo y ambas nos echamos a reír—. Podría decirse que avanzo en un campo, pero no tanto en otro.

No estoy segura de que hablar con mi terapeuta fuera de la consulta sea lo correcto, pero tampoco incido demasiado en ese pensamiento.

Elizabeth parece ser consciente de ello y echa un vistazo por el local en búsqueda de una mesa libre, tarea imposible a esta hora de la mañana. Hace el amago de levantarse y yo la detengo atrapando su muñeca, algo que probablemente también esté prohibido por otro tipo de ley que desconozco. A estas alturas tengo que carraspear para evitar que se note la vergüenza que estoy pasando.

Hasta Peter es consciente de eso mientras nos mira al otro lado de la barra.

Y no sé cuál de las dos cosas me pone más nerviosa, a mí, una detective que destila mal humor y peligrosidad.

Quién lo diría.

—No hace falta que te vayas, es que… necesito resolver una duda. ¿Puedes hacer cosas así con alguien que también es tu paciente?

Genial, veinte años como detective y yo haciendo preguntas estúpidas.

Ella levanta una ceja y se me queda mirando como si no se creyera que voy en serio. No tarda demasiado en dedicarme una sonrisa mientras se encoge de hombros.

—No es sencillo, tiendo a ser una persona que lo analiza todo así que procuro no tener relación con mis pacientes fuera de la consulta, pero de vez en cuando es imposible, como también separar lo personal del trabajo, aunque supongo que eso ya lo sabes.

Sí, lo sé muy bien.

—Además, solo hemos coincidido y no tiene nada de malo tomar un zumo rápido con alguien que debe de tener mucha conversación, ¿no te parece? —Su pregunta me hace sonreír de verdad y no puedo evitarlo.

—No creas… —comento con la voz débil, pero Elizabeth levanta una ceja como si no se lo creyera—. Es cierto, desde hace mucho tiempo no hago otra cosa que ir de casa al trabajo, de vez en cuando como o ceno con mi hermano Nick y su familia, pero poco más.

—Te entiendo perfectamente, yo tampoco tengo mucho tiempo libre. —Ella agradece el zumo y las tostadas cuando Peter se acerca a la mesa y después pone la atención otra vez en mí—. Quizá deberías intentar practicar algo, elegir un día a la semana para desconectar de

todo, hace no mucho me dijiste que te gustan los clásicos y que solías ir al cine. Parecerá una tontería, pero estas cosas tienen mucha importancia, como mucho serán tres horas de tu vida a la semana, yo digo que puedes intentarlo.

—¿Es una tarea a cumplir antes de la próxima sesión? —Elizabeth sonríe cuando se lo digo y se encoge de hombros, que no diga nada ya me da la respuesta—. Está bien, intentaré cumplirlo y tú misma verás los resultados cuando vuelva a la consulta.

—Tenemos trato —dice Elizabeth y me enseña la mano con la esperanza de que cumpla mi palabra—. Este sitio es genial.

—Sí, y el dueño es de las mejores personas que he conocido. El restaurante tiene mucha historia, sobre todo por la cantidad de gente que ha pasado por aquí. Peter es de la clase de personas que da trabajo a otros sin pensar en si eso tendrá consecuencias para sus propios ingresos, también tiene una capacidad innata para entender a las personas. —Hablo con una sonrisa en mis labios, aunque de vez en cuando oculto esta tras mi taza de café. Elizabeth se ve interesada en lo que digo y echa un vistazo a su alrededor para comprobar que no me equivoco en absoluto. Cada detalle de este restaurante y su decoración lo describe—. No hace falta que diga la cantidad de veces que también me ha ayudado a mí.

—Estoy segura de que es cierto y tienes razón, he sentido muy buenas vibras al entrar, incluso lo he notado antes de pasar por aquí —añade ella con el vaso de zumo entre las manos y sus ojos moviéndose de un lado a otro—. Me queda un poco lejos del trabajo, pero intentaré venir más a menudo a desayunar, será mi tarea semanal.

Elizabeth levanta el zumo y yo choco la taza de café con ella antes de que el teléfono me vibre sobre la mesa.

Es Claudia.

—¿Qué pasa?

—Tenemos a un par de resultados. Una de las personas se encuentra fuera de Nueva Orleans, tal y como habíamos previsto y otra está en la ciudad. Creo que he descubierto algo interesante, y ambos se encontraban en la lista de invitados del concierto en el teatro. —La voz de Claudia suena apresurada a pesar de la calma con la que intenta explicarme las cosas.

—Estaré allí en quince minutos. Dile a Anthony que se prepare y que Clyde también esté presente, cuantos más ojos tengamos en esto mejor.

Antes de que pueda cortar la llamada observo como Elizabeth me mira en silencio, su sonrisa es la misma que yo esbozo cuando me siento orgullosa de mis agentes o expreso esa admiración por ellos al

ver como encuentran resultados.

De un sorbo me bebo el café y pego un buen bocado a uno de los *beignets*. El otro está intacto.

—Me gustaría quedarme, pero…

—El deber te llama, claro. Lo entiendo perfectamente. —Me levanto de la silla y me arreglo el pelo antes de saludar a Peter con la mirada y chocar con los ojos de Elizabeth—. Nos vemos la próxima semana, recuerda cumplir con tu tarea.

—Tú también, sino el trato no tendrá validez —le digo.

Y ambas nos regodeamos un poco en este momento.

Tardo unos diez segundos en llegar hasta el Cadillac después de dejar la cafetería y por suerte, el tráfico no está colapsando las calles como deberían a estar horas.

Me muero por saber que habrá encontrado Claudia y si eso nos acercará un poco más a quien mató a Fabien. Los nervios se me instalan en el estómago mientras conduzco y cuando veo el teléfono en el asiento de al lado se me antoja llamar a Milano para informarle. Allí es una hora más tarde así que supongo que debe estar despierta, en las oficinas del FBI o cumpliendo con esa reunión tan importante que tenía en la ciudad. Quizá esté de descanso y disfrutando de un par de horas libres con sus madres, no lo sé.

Hago una llamada, pero no responde, algo nada extraño.

Desecho la idea de llamarla otra vez así que le mando un mensaje de voz a la vez que presto atención a la carretera.

—River, tengo la sensación de que hemos encontrado algo importante. Claudia me ha llamado hace un momento y bueno… quería que lo supieras, te informo en cuanto sepa algo más. —Me quedo en silencio un par de segundos y suspiro—. Espero que todo vaya bien por allí, te echo de menos.

Envío el mensaje y giro el volante para entrar en la siguiente avenida, preguntándome qué se me pasó por la cabeza para ponerme en su contra durante el interrogatorio de Tanya. Hay tantas respuestas que busco cuando se trata de nosotras que la cabeza me duele y el tiempo ya no se cuenta por segundos o minutos sino por hechos, por instantes a su lado o cada una de las cosas que nos ha pasado desde que ella entró por la puerta de la sala de investigación.

Me es imposible no sonreír al recordar aquella imagen de Milano con la maleta llena de pegatinas, el pelo alborotado, sus gafas de pasta y una ropa demasiado diaria para su gusto habitual y más personal.

Muchas miradas se chocan con la mía durante el trayecto hacia la comisaría y como siempre, me pregunto si alguna de las personas con las que me cruzo guardará el gran enigma del mal en su interior.

«Nadie es bueno o malo del todo», recuerdo las palabras de Elizabeth y el corazón se me estremece al ser consciente de cómo una sonrisa puede esconder los actos más macabros del mundo. Si ya me ocurrió con Remy nada puede hacerme pensar que no será así con otros y lo he comprobado en mis últimos cinco años de carrera, donde los casos que he tenido entre manos han estado a punto de quitarme la poca cordura que me queda y que es tan necesaria para realizar este trabajo.

El sol brilla sobre el capó de mi coche mientras vuelvo a girar el volante y frente a mí aparece el edificio donde me dedico a salvar el mundo o, al menos, una parte de él.

Arriba, Claudia y Anthony ya han preparado unos cuantos cafés y Clyde está en la sala con ellos, a la espera de conocer los detalles de aquello que tiene tan alterada a nuestra agente. Ella misma es la que enciende su ordenador y lo gira para que podamos ver la pantalla.

—Julia Michaels y Declan Arthur, los dos acudieron al concierto de Polaris en el teatro Toulouse, pero hay algo más. He indagado un poco en su pasado y ambos estaban entre el grupo de amigos de Fabien y Tanya en la universidad, aunque existía una rivalidad muy clara entre él y Declan. Hace un rato me puse en contacto con el campus y su director fue muy claro, los suspendieron en dos ocasiones por comportamiento violento.

—No sé porque no imagino a Fabien pegándole una paliza a alguien —dice Anthony y pone los brazos en garras—. Sus familiares, amigos cercanos y conocidos están de acuerdo en que siempre ha sido una gran persona y bastante tranquilo.

—Puede ser, pero todos cambiamos y la universidad suele ser un hervidero de odio, la testosterona juega muy malas pasadas. —Clyde se golpea los labios con el índice de su mano derecha—. ¿Qué conexión hay entre ellos y Clara Donovan? Ella ya estaba muerta por aquel entonces.

—Sus padres. Tanto el de Clara como el de Gavin pertenecían a un club de golf y ahí fue donde conocieron a los padres de Fabien. Solían reunirse un par de veces al mes para acudir a pequeños eventos y fiestas, aunque los que más frecuentaban el lugar eran los padres de Fabien, Julia y Declan. Mi teoría es que puede que ellos sacaran los trapos sucios de lo que pasó durante la universidad. —Anthony busca uno de los bolígrafos y se dirige al tablón para empezar a unir las fotografías con líneas explicando su argumento—. Fabien, Gavin, Tanya y Clara se conocían de mucho antes, en la adolescencia y cuando Gavin quedó en coma tras el accidente, su chica se suicidó, eso elimina a dos personas y según he podido averiguar, el primer año de Fabien en la universidad fue un infierno por culpa de Declan. Hasta

que Julia apareció.

—Es decir que Declan y Julia conocían a Clara y tuvieron la buena suerte de coincidir en la universidad con la persona que estuvo implicado en el accidente de quien fue su novio y acabó por drenar la vida de su antigua amiga—añade Claudia—. Tiene mucho sentido que Declan quisiera vengarse e ir en contra de él, aunque quién sabe… Julia también podría estar implicada.

—No hay una casualidad sin dos —comento yo y observo todas las anotaciones que hay sobre el tablón. Si Milano estuviera aquí seguro que tendría más de una teoría, pero ahora me toca trabajar por mi cuenta y ver qué podemos hacer—. ¿Dónde están ahora mismo?

—Declan está en Shreveport por trabajo y Julia trabaja en una asesoría legal en la zona centro de la ciudad.

—Eso está a cinco horas en coche… —Me planto frente al tablón y giro para encarar a Clyde. Mi sonrisa debe decirle mucho porque inmediatamente levanta una ceja y abre la boca a pesar de no decir nada—. ¿Le apetece acompañarme, sargento?

En otro tiempo habría preferido ir sola, darme tiempo para conducir por la carretera estatal sin pensar en si mi vida podría estar en peligro o en la posibilidad de que algo saliera mal por afrontar un viaje y posterior interrogatorio a solas. Y aunque que preferiría que Milano estuviera a mi lado, ni siquiera sé si tendré la oportunidad de disculparme con ella cara a cara.

Clyde sonríe, se queda pensativo durante unos segundos y después echa un vistazo a cada una de las pruebas que hemos ido recopilando a lo largo del tiempo. Desde el principio hemos creído que el crimen se llevó a cabo por una mujer, pero ahora que hemos descartado a los demás sospechosos, podríamos estar ante un caso no tan claro como creíamos. Ahora soy yo quien levanta la ceja, esperando la respuesta de mi superior más directo, decisión que no tarda demasiado en dar a conocer.

—Déjame que haga una llamada y nos vamos. Probablemente volvamos de madrugada. Quiero que vosotros dos habléis con Julia, necesitamos pruebas sólidas para que los jefazos no nos pongan contra las cuerdas, no os dejéis absolutamente nada por el camino —ordena a Claudia y Anthony—. Pedir las órdenes necesarias, en cuanto vuelva quiero ver que hay progreso de verdad, ¿de acuerdo?

—Hecho, sargento. —A pesar de que Claudia sonríe sé muy bien que los nervios le corren por dentro y se le clavan en el corazón.

Todos los miembros del equipo llevamos horas sin dormir por culpa de estar repasando una y otra vez la información que ya tenemos y cualquier detalle que se nos haya podido escapar. Incluso al dejar la comisaría y subirme al coche junto a Clyde sigo pensando en cada una

de las pruebas, en el escenario del crimen, en el móvil, en cómo acabó Fabien y el supuesto suicidio de Julien, en su trabajo robado, en la relación con Tanya y el accidente de coche donde Gavin quedó en coma.

Cada pequeña pieza me lleva a formar un puzle mayor donde tengo claro que todo esto no es más que una venganza por haberle cortado las alas a dos personas que tenían toda su vida por delante.

La música es la clave, el pasado la llave y este viaje puede ser el detonante de la bomba que nos lleve a una peligrosa verdad.

17

El cielo, despejado, era una inmensidad benigna de pura luz.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

05 de enero de 2023, jueves.

Clyde lleva en silencio unos veinte minutos y me gustaría poder meterme en su mente para intentar desenredar el cúmulo de pensamientos que se le deben estar pasando por la cabeza. Nos falta poco para llegar a Shreveport y a cada lado los árboles acarician el cielo con sus grandes copas y la naturaleza que se mueve al son de una brisa que, estoy segura, me dejaría las mejillas congeladas. La música apenas se oye, aunque puedo seguir perfectamente la voz de Riley Pearce y su *Electricity*. El capó negro del Cadillac nos sirve de espejo para ver cada detalle de lo que hay frente a nosotros y ahí arriba, donde el peligro no tiene la oportunidad de agarrarse a cada recoveco de almas que, como las nuestras, están destinadas a soportar la carga de la tristeza, el crimen o la poesía de la muerte.

Mi teléfono vibra y veo que es un mensaje de Milano. Dos segundos después ya estoy tamborileando los dedos sobre el volante por culpa de los nervios.

—Deberías responderle —dice Clyde y percibo su voz como si hiciera años que no le escuchaba.

—¿Pretendes que rompa unas diez leyes solo por contestar a Milano? Estamos en mitad de la carretera.

—No te costaría nada echarte a un lado —añade sin dejar de mirar el horizonte.

—Ya, estás loco si crees que lo voy a hacer aquí contigo.

—Tampoco sería la primera vez —me aclara y esta vez pone una sonrisa en su rostro antes de mirarme—. Ambas cosas, responder a alguien y romper lo que más bien serían unas doce leyes. Venga, ella no es cualquier persona.

—La verdad es que no sé si quiero ver lo que dice. No me he portado muy bien con ella últimamente. —Frente a nosotros tenemos como doscientos metros de vacío y tranquilidad, Clyde se cruza de brazos y adopta ese gesto que suele tener conmigo y el resto cuando está haciendo su trabajo en la comisaria—. Si nunca más vuelve a la unidad será por mi culpa, te doy carta blanca para que me despidas.

—Sobre mi mesa no tengo ninguna carta de renuncia —comenta con toda la calma del mundo—. Y dudo que eso ocurra, cuando Milano decidió convertirse en nuestro enlace la vi muy convencida, de hecho, me dijo que en algún momento trabajaría exclusivamente para la policía de Nueva Orleans, pero que antes tenía que cerrar algunos asuntos en el FBI y ya sabes que todo tiene su tiempo y papeleo. No todo depende de nuestros deseos a pesar de que la propuesta que le hice iba muy en serio.

Miro a Clyde un par de segundos, antes de prestar atención a la carretera. Mis dedos aprietan el volante con fuerza y también muerdo el interior de mis mejillas. Todas las veces que he hablado de este tema con Milano he sentido exactamente lo mismo: su verdadero deseo es formar oficialmente parte de nuestro Departamento de Policía, no se enteramente sus motivos y aunque yo estuviera fuera de esa ecuación, sé bien cómo se siente, sé cómo es este empleo y la gran satisfacción que un trabajo tan cercano te deja.

—Si tienes miedo a que haga o no haga algo por ti, creo que deberías recordar la forma en la que llegó al departamento y se quedó con nosotros, no todo el mundo deja su puesto como perfiladora criminal en el FBI para trabajar en una ciudad como la nuestra.

—Tienes razón… —Me gustaría poder añadir algo más, pero lo cierto es que no tengo palabras con las que ordenar mis pensamientos ahora mismo.

Prefiero seguir conduciendo.

Clyde se queda otra vez en silencio y yo pongo rumbo hacia la entrada de Shreveport para dirigirnos al distrito histórico comercial. Atrás dejamos la naturaleza para introducirnos de lleno en una ciudad cuyas calles se adornan con árboles grandes y antiguos junto a muchos edificios clásicos que se mezclan con la mano más moderna del hombre. Lo primero que siento al encontrarme con tanto colorido es paz y unas tremendas ganas de bajarme del coche para caminar e impregnarme de un lugar con aspecto tranquilo y cercano.

Tardamos unos diez minutos más en llegar al museo Ark-La-Tex, donde Declan se está reuniendo con el director para llevar a cabo una subasta benéfica.

Mi Cadillac llama la atención de varias personas que se nos quedan mirando como si este lugar estuviera reducido a unas pocas casas donde cada vecino conoce lo que hace el otro en todo momento. Al otro lado del río rojo se encuentra el malecón de Luisiana, un muro construido al borde y que acaricia el puente que une Bossier City, convirtiendo ambas ciudades en una. Las ganas de recorrer el lugar me pican en los dedos, pero una vez más me convierto en detective y no en persona.

Hay algo mucho más importante que resolver.

Clyde y yo dejamos el coche atrás cuando nos encontramos con el edificio de cuatro plantas que se viste en ladrillo y guarda en su interior reliquias del automovilismo y muchas más antigüedades. Declan no sabe que hemos venido a buscarle y eso puede darnos ventaja o meternos en un lío, pero en cuanto cruzo la mirada con un tipo alto y trajeado sé que no podemos desaprovechar la oportunidad. El pelo rizado y negro le cae en la frente y se mezcla con su barba de unos cuantos días. Con el cansancio siendo una capa más de mi persona tras casi cinco horas de viaje, me acerco hasta él y le muestro mi mano.

—¿Declan Arthur? —Mi sargento se queda en silencio y yo estoy segura de que ya está analizando cada detalle de lo que nos pueda contar la postura de un hombre que sonríe y me entrega su mano sin pedir explicaciones—. Detective Fortier del Departamento de Policía de Nueva Orleans, él es mi sargento, Clyde Gauthier. ¿Tiene unos minutos para atendernos?

—Por supuesto, debo acudir a una reunión en quince minutos —responde Declan—, vengan por aquí.

Él camina y yo me quedo mirando a mi compañero, su silencio me da las respuestas que busco: debemos llevar cuidado.

Los tres nos dirigimos a una pequeña sala contigua que parece una oficina. No cierra la puerta cuando entramos y Declan se apoya en un escritorio de color negro que cubre gran parte de un escenario que parece totalmente improvisado. Sus ojos marrones chocan contra los míos e inmediatamente se cruza de brazos, adoptando una postura bastante arrogante.

—¿Qué necesitan de mí? —pregunta y no parece muy contento.

Clyde se acerca hasta él, saca una fotografía de su chaqueta negra y se la muestra a quince centímetros de su cara.

—Fabien LeBlanc, ¿qué tal si nos explica cómo era su relación con él?

—Normal, éramos colegas. Si creen que yo le maté porque en la universidad nuestra relación era diferente, se están equivocando de hombre. Sé quién es usted, detective Fortier, que su amigo le haya traicionado no significa que todos seamos iguales —espeta y la sonrisa que dibuja en su rostro me dan ganas de meterle un puñetazo.

Pero hoy no, mejor no.

—¿Sabe? Durante veinte años me he cruzado con toda clase de personas, ya no me creo el cuento de tipo duro que se siente superior a la ley —intervengo. Muerdo mi labio inferior y me acerco a él para que pueda ver su propia cara en mis ojos—. Si no quiere volver esposado a Nueva Orleans va a responder a nuestras preguntas. ¿Qué

hizo después del concierto en el teatro?

—Me quedé en la fiesta, como la mayoría de personas.

—¿Tiene alguien que pueda corroborarlo? —insisto y esta vez soy yo quien se cruza de brazos.

—Cécile Holden. —Declan pronuncia su nombre con arrogancia, escupiendo cada letra de su boca con un desprecio que parece haber llevado consigo durante años—. ¿Creen que una delincuente no sabe cómo esconder secretos? Se lo repito, se equivocan de hombre.

—Muy bien —aclaro y sonrío. Cojo la carpeta que Clyde lleva entre manos y busco otra de las fotografías—. Háble me de esta guitarra. Llevaba con Fabien casi dos décadas así que doy por hecho que no será la primera vez que la ve, ¿me equivoco?

La mandíbula de Declan se tensa, aprieta con tanta fuerza los labios que se puede oír como los dientes le chirrían.

Clyde abre bien los ojos, ahora ambos tenemos claro que este tipo sabe mucho más de lo que aparenta.

—¿Sabe que puedo detenerle por obstrucción a la justicia ahora mismo? Y si cree que puede escapar, ya he calculado que la salida está a unos quince metros a la izquierda. Si lograra salir de esta sala, cosa que dudo mucho, le prometo que no le daría tiempo a llegar a la puerta sin que yo lo atrape y le deje, como mínimo, sin respiración. —A pesar de la altura que nos diferencia logro verme a su altura cuando le miro a los ojos. Vuelvo a enseñarle la fotografía y tardo un par de segundos en hablar—. ¿Y bien?

—Sí, sé que guitarra es esa, pero nunca la he tocado.

—No es eso lo que estamos buscando señor Arthur. Tal vez tema que descubramos su implicación con la muerte de Fabien LeBlanc, después de todo, si le hizo la vida imposible en la universidad, ¿por qué no lo haría años después? ¿A quién está encubriendo, quien es la persona que representa ese tres? —Esbozo una sonrisa y llamo la atención de mi sargento. Él se acaricia la camisa a cuadros y asiente —. Dame las esposas.

—¡Espere! Ya les he dicho que yo no tuve nada que ver, había una chica, formaba parte de su grupo musical en la universidad, pero nunca traté con ella. Fabien decía que era muy reservada. —El gesto de Declan cambia por completo. Si segundos atrás reflejaba arrogancia ahora solo veo pánico en sus ojos—. Solo recuerdo que tenía los ojos miel y el pelo oscuro. Desapareció cuando él dejó la universidad, siempre creímos que estaba enamorada de Fabien, seguía sus pasos allá por donde iba —dice y aunque parece creíble hay algo que me indica todo lo contrario.

—Quiero un nombre —insisto y esta vez soy más firme—. Vamos Declan, seguro que puede echarnos una mano.

—¡No lo sé! —repite—. Puede que fuera Zoe o Jenny, Julia era quien más la conocía. —Declan se muerde el labio—. Le digo la verdad, mire, tengo una reunión en diez minutos y si mi jefe se entera de esto podrían arruinar mi carrera. Si supiera algo más les ayudaría, pero no lo recuerdo, fue hace muchos años. Solo sé la historia que nos contó Fabien, ella marcó esa guitarra con ese número porque decía que un dúo no tenía tanta magia como tres instrumentos y una voz. Pregúntenle a la familia.

—Muy bien, le creo —miento un poco y apoyo ambas manos en su camisa. Con cuidado le arreglo la chaqueta y después le vuelvo a mirar sin revelar la intención que ya tengo de perseguir sus pasos—. Más vale que haya sido sincero, porque de no ser así, cuando vuelva a Nueva Orleans le espera una celda muy bonita en la que podrá lucir otro tipo de moda. El naranja le quedaría bien, hace juego con sus ojos.

Clyde no puede ocultar su sonrisa. En silencio toma camino hacia la salida y tengo la sensación de que ambos estamos sintiendo exactamente lo mismo. Echaba de menos trabajar con él, recorrer las calles con su presencia al lado, su forma de ver e intuir las cosas, la manera en la que habla más con sus silencios.

El Cadillac nos espera al otro lado y siento que hemos avanzado mucho en cuestión de poco tiempo.

Sé que el viaje ha merecido la pena y cojo el teléfono para llamar a Claudia e informarle de todo, pero hay algo en el ambiente que me paraliza. Detengo mis pasos abruptamente y paro a Clyde con la mano, él se extraña, pero no dice absolutamente nada, levanta una ceja y cuando estoy a punto de ordenarle silencio escucho dos disparos. La persona pasa por delante de mí a toda prisa, esta vez es un hombre y va vestido con ropa deportiva negra, la misma que llevó aquella mujer cuando fuimos la primera vez a casa de Julien, otro callejón sin salida al habernos equivocado en la acusación contra Cécile.

La gente grita y corre despavorida, nadie sabe dónde ir excepto yo.

Echo a correr sin la pistola en mano por miedo a herir a cualquier persona que se cruce conmigo, pero cuando llego a la salida del museo la atacante se ha esfumado. Muerdo con fuerza el interior de mis mejillas y echo un vistazo a mi izquierda y a mi derecha, no hay nadie sospechoso, y me maldigo porque puede haberse ido por cualquier callejón.

—¡Mierda! —grito y doy aviso a la policía antes de ser consciente de que estoy sola.

Cuando vuelvo la vista hacia el gran aparcamiento del museo veo que Clyde está en el suelo con un charco de sangre que comienza a

teñir de rojo el asfalto. Mi corazón se detiene y soy incapaz de moverme durante un par de segundos hasta que encuentro la fuerza para hacerlo y corro hasta él.

Tiene una herida en el abdomen y otra en el hombro, no parecen graves, pero está perdiendo mucha sangre.

Las manos me tiemblan, presiono la herida más importante y le miro a los ojos.

—Se me ha escapado —gruño en un intento por no mostrar que tiemblo por culpa del miedo. Levanto la vista y veo a Declan apostado en la puerta del museo, la expresión que adopta me confunde, él también ha entrado en pánico, su mirada me dice que esperaba esa bala, de la misma manera que buscaron la forma de silenciar a Julien —. ¡Traiga una toalla o algo que sirva para presionar la herida! — grito y no aparto mis manos.

El teléfono vibra a mi lado. Es Claudia.

Cierro los ojos en un intento porque las emociones no tomen el control de mi cuerpo. Las lágrimas quieren acariciar con fuerza mis mejillas, pero aguanto el llanto por Clyde. De repente se pone pálido y apenas puede tener los ojos abiertos, me mira y sonríe.

—Estoy orgulloso de ti, te has convertido en una detective increíble —dice, aunque no sé cómo tiene fuerza para hablar.

—Shhh… no digas nada, tienes que mantenerte consciente ¿vale? La ambulancia está a punto de llegar.

En el cielo las nubes se mueven para dejar pasar la luz, veo el azul tan claramente que esa sensación me asusta. La mano de Clyde cae contra el asfalto con fuerza y ahora es cuando tiemblo de verdad. Intento que no cierre los ojos, hago todo lo posible porque me mire y siga en este presente, pero no hay nada que hacer cuando la voluntad de nuestros pasos es viajar hacia una puerta que esconde un lugar mejor, ese sitio en el que no existen asesinos, ese gran paraíso donde los héroes se reúnen.

Y en el proceso, yo me rompo por dentro.

18

¿Qué éramos nosotros, extraviados en aquel lugar?
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

13 de enero de 2023, viernes.

Camino por una larga extensión de hierba, tan verde y viva como el aire que entra en mis pulmones con cada bocanada que doy. El pelo me cae sobre la cara y hay zonas en las que veo sombras de la mano del resto de personas que nos acompañan hoy. Delante, los árboles reclaman atención con el ruido de las copas que se acarician entre sí y acompañan a la música formada por llantos y susurros de todas las personas que estamos frente a un ataúd pintado con la bandera americana que lo cubre. A mi lado derecho están Claudia y Anthony, con las lágrimas pintando olas en sus ojos y en el izquierdo, Milano agarra mi brazo con fuerza, a sabiendas de que si no lo hace probablemente acabe desmayándome.

No escucho ni una de las palabras que el padre de Clyde está pronunciando antes de que su cuerpo se hunda en un hoyo para siempre. El corazón me duele tanto que ya no lo siento latir, creo que se me ha roto y no podré recuperar esas piezas que se quedaron sobre el cuerpo de mi eterno compañero. Han pasado días, pero aún siento la sangre pegada en mi frente cuando le lloré sin querer apartarme de su lado.

Respiro porque tengo el piloto automático puesto, yo también quiero morirme y ser enterrada en ese agujero para siempre. Cuando cierro los ojos solo puedo verle a él, veo su eterna sonrisa y el orgullo en la mirada de un agente que lo dio todo por cada ciudadano que vive en nuestra amada Nueva Orleans. Veo el amor de un marido, de un padre, de un amigo, de un sargento que ahora seguirá los pasos de mi padre, caído en acto de servicio. No soy capaz de procesar la realidad ni mucho menos fijar mis ojos en la madera que lo acogerá para siempre. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sea aquel momento, cuando yo corría tras una asesina dejando a mi compañero atrás.

El discurso acaba y es su mujer quien coge el primer puñado de tierra después de que el acto oficial haya terminado. Cada uno de los agentes del departamento están vestidos con los trajes de gala y

saludan a nuestro sargento sin perder ni un poco de su autocontrol. Yo guardo la misma fortaleza hasta que las piernas me tiemblan y ya no sé cuánto tiempo podré aguantar. Hay unos ojos que no se apartan de mí, la niña de diez años corre y se queda delante de mi cuerpo. Estoy a punto de acariciar la mejilla de la hija de Clyde cuando ella rompe a llorar.

—Ha sido tu culpa, tú has matado a mi papi —dice y corre al otro lado mientras a mí se me corta la respiración.

La hierba comienza a perderse en un abismo, metros y metros de grietas se llevan a todos los presentes hacia un purgatorio donde yo seré la eterna protagonista. Quiero correr para ayudarles, pero no puedo.

Yo soy la siguiente que cae al vacío.

...

Cuando abro los ojos siento las mejillas tersas por culpa de las lágrimas, me cuesta respirar y enfocar la mirada es un trabajo que también se me dificulta. Tardo un rato en darme cuenta de que estoy en el hospital y que son las paredes blancas las que me rodean. No sé si estoy temblando por culpa del frío o las imágenes que están en mi cabeza desde que Clyde perdió la conciencia en Shreveport y él parece ser consciente de ello por la forma en la que me mira.

—Eh, estás despierto… —Me levanto rápido de la butaca y camino hacia su cama.

Era un puto sueño.

—Y tú no deberías haberte quedado aquí toda la noche. Tengo familia ¿recuerdas?

—Ellos también se merecen descansar, además, sabes que a mí no me importa —le digo. Clyde es muy consciente de mi mala relación con los hospitales y por esa misma razón me sonríe—. En un par de horas tengo que estar en el trabajo, así que me dará tiempo a desayunar y pasar por casa para darme una ducha. No te preocupes.

—Sabes que es imposible no hacerlo, pero supongo que hoy no te daré ninguna orden como superior.

Su sentido del humor hace que yo sonría. En el fondo agradezco que no lo haya perdido y que sea capaz de hablar así a pesar de lo ocurrido. Son muchas las veces en las que los dos hemos estado en peligro, pero esta vez le he visto muy cerca de la muerte y por eso entiendo otro de los motivos por los que decidió ser sargento.

Como detectives corremos un gran riesgo de caer ante cualquier circunstancia y él tiene unas hijas de las que cuidar.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, los médicos han dicho que si todo va bien me dan el alta en un par de días. Estaré de baja un tiempo así que necesito que te ocupes de todo por mí. No confío en nadie más para controlar al equipo y lo que ocurre en la comisaría. —Clyde suspira y noto como se le corta la respiración.

Si yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado. Dennise también nos está ayudando con la identificación de tu atacante.

—¿Sabemos algo de él? —pregunta Clyde y aunque debería responderle que no se preocupe por nada, tengo claro que volvería a preguntar una y mil veces.

En ese aspecto ambos somos iguales. Antes está el trabajo, después lo demás.

—No mucho, las cámaras del museo lo captaron, pero no tenemos una imagen clara de su cara. Sabe muy bien como cubrirse, cuando le perseguí se coló en un garaje que estaba abierto y ahí le perdimos el rastro, el circuito cerrado lleva averiado mucho tiempo, no se ha podido hacer nada —comento y dejo ir un suspiro. Me mantengo un par de segundos en silencio y le ofrezco un poco de agua para que se refresque la garganta antes de continuar—. Pero hay algo que me resulta familiar, como si lo hubiéramos tenido delante de las narices desde hace mucho tiempo, como la mujer a la que Declan encubre. Intentó desviar nuestra atención y yo tengo claro que está jugando.

—¿Intuición?

—Más que eso. El círculo se cierra sobre ellos, cada uno de sus actos cuadra con lo que tenemos sobre la investigación y puedo decir con seguridad que Julien no se suicidó —añado y llevo las manos hacia mi pelo—. Falló una vez, cuando Milano y yo fuimos a su casa. No lo hizo en su segunda oportunidad.

—¿La familia está enterada de esto? —Yo niego—. Bien, sería un golpe muy duro para ellos y probablemente eso alertaría a nuestra asesina, ya sabemos cómo es la prensa y el caso Polaris ya se ha llevado mucha atención por parte de los periodistas, quiero que se mantenga oculto hasta que todo se resuelva. Volved a interrogar a las familias y corroborar todo lo que tengamos con Julia, cuando alguien dice no saber nada… Esta vez te necesito presente, a ti y a tu intuición, así que deja que el personal del hospital cuide de mí. Es una orden —añade Clyde y no se corta en absoluto.

Me es imposible no sonreír. Le golpeo en el hombro bueno y beso su frente antes de buscar mi chaqueta de cuero para ir a casa y prepararme para otra dura jornada de trabajo.

Estoy lista en pocos segundos, ambos nos despedimos con una sonrisa, pero antes de que salga por la puerta Clyde llama mi atención

con un silbido.

—Eres increíble, detective Fortier y lo que pasó no fue culpa tuya.

Asiento con los labios temblándome, no tengo fuerzas para decirle nada así que sonrío y pongo mucho esfuerzo para evitar que la emoción me delate.

Odio dejarle aquí, pero hay algo más importante de lo que me tengo que ocupar.

Fuera del hospital, las calles me acompañan con su frío hasta el coche. Tomo asiento y me pongo el cinturón antes de romper a llorar. Las manos me tiemblan y tengo que apretar el volante. He estado a punto de perder a Clyde e imaginar un mundo sin él me cuesta tanto que apenas puedo respirar. Busco el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta y escribo. Tiempo atrás habría escondido todo lo que siento en mi palacio mental, pero ahora no soy la misma mujer que antes. Necesito hablar con alguien, alguien que pueda ayudarme de verdad.

K: Sé que me salté la última cita. ¿Tienes tiempo mañana?

Busco en el bolsillo un papel arrugado y me limpio la nariz, seguro que mi aspecto deja claro lo mal que me encuentro.

Elizabeth tarda unos pocos segundos en responder.

E: Acaban de dejar un hueco libre. Nos vemos a las siete en la consulta. Espero que al menos hayas cumplido con tu tarea.

¿Cómo le digo que lo que más he deseado estos días es cerrar los ojos y caer en el vacío que gobierna mis sueños?

Tardo unos segundos en estar preparada para continuar con el día. Las nubes no dejan de moverse, siguen su curso como debe hacerlo la vida, así que enciendo el motor y giro el volante para poner rumbo a casa. No tengo pensamiento de perder el tiempo así que llamo a Claudia y espero impaciente a que me responda.

—Dime, Katherine.

—Estaré allí en dos horas, quiero que traigáis a Cécile a comisaría y llevad a la sala de investigación cada uno de los análisis que se han elaborado del escenario del crimen, la casa de Fabien y su guitarra, también la de Julien —comunico con gesto serio, el pecho me sube y baja con nervios, ya no soporto más la idea de que esa mujer ande ahí fuera con la posibilidad de herir a alguien más—. Y estad atentos a vuestros movimientos. Si Cécile se resiste, ponerla contra las cuerdas.

—De acuerdo, nos vemos en unos minutos.

La llamada se corta y sigo pendiente de la carretera a lo largo de un trayecto que ya me conozco de memoria, por circunstancias que me gustaría no haber vivido nunca.

Al mirarme en el espejo retrovisor soy consciente de todo el cansancio que llevo en el cuerpo, pero eso no va a detenerme ahora, no cuando necesitamos dar carpetazo a este caso y meter entre rejas a

la persona que acabó con la vida de Fabien, Julien y estuvo a punto de matar a Clyde. Recordarle tirado en el asfalto, perdiendo tanta sangre, hace que mi cuerpo vuelva a temblar. Con *Ictero*, los días se convirtieron en una melodía macabra en la que su desprecio hacia las mujeres marcó un antes y un después en mi vida, pero esta asesina se está llevando parte de nuestra cordura, y esa clase de pérdida no tiene cura a corto plazo.

El tráfico está tranquilo a pesar de la hora y eso me permite llegar al Barrio Francés más pronto de lo que tenía previsto.

Dejo el Cadillac aparcado en su lugar habitual y cuando salgo intento que el frío no me derribe, algo que parece imposible por culpa del temblor que todavía marcan mis pasos. Al llevar la mirada hacia el porche me paralizo, no sé si es por pánico a que algo salga mal o si el sueño está haciendo de las suyas, pero antes de que Milano sea consciente de mi llegada me aseguro de mirar a un lado y a otro, como si quisiera asegurarme de que no hay nadie que persigue mis pasos.

—No deberías estar ahí fuera, te vas a helar —le digo y guardo las manos en los bolsillos, el frío se ha pegado a mis mejillas y es inevitable que no me duelan—. ¿Llevas mucho esperando?

—Lo suficiente para darme cuenta de que te vendrían bien un par de manos que den un poco de color a este porche. Las noches de verano aquí deben ser estupendas. —Milano me sonríe y se acerca hasta mí para besarme. Atrae mi cuerpo hacia el suyo con una facilidad que antes no creía posible y cuando siento que sus dedos se arrugan en el jersey que llevo puesto, ya no quiero que me deje ir, nunca más—. Siento no haber venido antes. Las cosas se complicaron un poco por Nueva York.

—No pasa nada, el trabajo es el trabajo —respondo sin ser del todo sincera—. Estaba a punto de darme una ducha antes de volver a la comisaría.

—Dejemos eso a un lado. —La sonrisa que Milano pone en sus labios me da la paz que necesito para darme una tregua, al menos por unos minutos—. Tengo que contarte algo.

Lo imaginaba…, pienso.

Como si yo tuviera la misma capacidad que ella para descifrar lo que se le pasa por la cabeza.

Antes de entrar a casa escucho un ruido a mi espalda, me giro y echo un vistazo al otro lado de la calle. Ahí no hay nadie y siento que ya debo de estar volviéndome loca.

—Serán los pájaros —susurro sin que Milano me escuche y una sensación terrible me aprieta el corazón, pero decido dejarlo pasar.

La casa está fría y oscura, nada raro teniendo en cuenta que llevo

días sin pasar un par de horas seguidas aquí. Milano se quita el abrigo y lo deja sobre mi sofá, en un gesto que quiero que se convierta en lo habitual del día a día, aunque siempre tema que algo pueda salir mal. Ella camina hacia la cocina en silencio, no tiene prisa y eso me pone de los nervios. Prepara café y sirve dos tazas mientras yo me mantengo en pie, en mitad del salón, con los brazos cruzados y la incertidumbre pintando mi expresión.

Por dios, si vas a irte para siempre dilo ya.

—He pedido mi traslado definitivo —dice y de repente me quedo en blanco. Milano camina hacia mí con ambas tazas y me da una, después acaricia mi cuello y vuelve a mirarme a los ojos—. Van a tardar unos seis meses en tener todo el papeleo listo, pero ya es seguro. A mitad de año dejaré el FBI para siempre.

—Pero… ¿y esos asuntos pendientes? —No sé si se lo pregunto por miedo a que no sea cierto o a que haya elegido esto antes que resolver cualquier cosa de su vida anterior.

—No los necesito para eso. Puedo llevar la investigación por mi cuenta, los expedientes llegarán al departamento cuando tramiten mi renuncia en Nueva York. Katherine, no quiero estar viajando allí cada vez que me requieran, eso paraliza las cosas aquí y puede que peque de soberbia, pero sé que necesitáis mi ayuda aquí. —Milano bebe un sorbo de su café y deja escapar un suspiro—. Quizá tú no lo veas así, pero el equipo que ahora tenemos es… tiene que mantenerse así, ¿no lo crees?

No puedo reaccionar. No sonrío, ni levanto una ceja, no bebo café y la taza se queda suspendida en el aire como si mis manos fueran un simple apoyo.

Apenas me doy cuenta de cómo ella levanta una ceja, mis labios se abren, pero no digo una sola palabra, no hasta que el corazón golpea con fuerza mi pecho y me hago consciente de este momento, de su presencia en casa, de la forma en la que prepara café, de esa sonrisa que dibuja en sus labios, del color rojo y la mirada gris que no deja de brillar.

—Kat, ¿estás bien?

—Sí… es que, creía que… creí que no volverías. —Milano se echa a reír y yo aprieto los labios por culpa de la vergüenza. Podría tirarle el café encima, podría, pero ese traje negro a conjunto con el jersey blanco que lleva no puede sufrir las consecuencias de mi estupidez—. Nick tenía razón en lo que dijo.

—¿Qué exactamente?

—Que eres una mujer increíble —digo y le sonrío. Ni siquiera quiero tomarme el café porque lo único que deseo es besarla.

Y lo hago.

No permito que Milano se me escape, no le doy oportunidad al destino para que ella se vuelva a apartar de mi lado, cierro la puerta a mis miedos más profundos y los escondo en ese armario de mi palacio mental donde sigo metiendo las cosas malas, bajo llave, para no darles la oportunidad de nublar mi presente, mi vida o cualquier investigación que necesite resolver.

Abandono cualquier pensamiento negativo y me centro en la única persona con la que quiero estar. Camino arrastrándola por un camino que nunca ha transitado, pero que llevo queriendo compartir con Milano desde que nos conocemos a pesar de habérmelo negado en muchas ocasiones.

...

Al final su traje negro sí sufre las consecuencias de mis actos. Lo tiro al suelo y le quito el jersey con la única intención de arrancarle suspiros con los dedos mientras le marco la piel, un camino de curvas donde el pecado existe y yo me convierto en la reina de su maldición.

El agua caliente cae sobre nosotras, resbala por su cuello, por sus pechos, acompaña a mis labios, a mis dedos, a todo mi cuerpo. No escucho otra cosa que no sean sus gemidos o la manera en la que dice mi nombre cada vez que mi lengua roza su cuello. Estoy a su espalda y siento su piel erizarse a mi paso, el contraste de temperatura eleva mi propio calor hasta un punto donde ya no puedo más. Necesito tocarla, hacerla mía y no dudo. Hundo mis dedos en su interior como si llevara toda una vida esperando este momento. Y quizá sea así.

Ni mis besos ni el agua han conseguido borrar el rojo de sus labios y eso me excita más de lo que nadie podría llegar a imaginar. Me encanta como me besa, como me arranca un grito cuando muerde los míos y me mira a los ojos pidiéndome y suplicándome más.

Milano se apoya y estira los brazos, entre nosotras ya no queda ningún espacio y ahora mi pelo cae por encima de sus hombros mientras beso uno de ellos, con una mano en su pecho y la otra profundizando las caricias en sexo, llevando el control sobre su cordura y ese deseo que le vibra en el vientre, en sus piernas y en todo su cuerpo cuando no dejo de entrar y salir de ella con tanta fuerza que podría partirla en dos. No lo dice, pero sé que quiere más y por eso no me detengo, cada movimiento, la forma en la que me mira y como se muerde el labio inferior me dan las señales que busco para seguir hasta que no puede más y grita, tan fuerte que me es imposible callarla con la ayuda de un beso.

Después se gira y me mira con tanta pasión que un relámpago de emociones me cruza por el cuerpo. Sé que no tengo escapatoria a ella. No quiero tenerla.

Y así es como desafiamos a la vida, a la muerte, al destino, al mal y al bien, a todo lo que nos persigue, al presente, a las noches en vela, a la oscuridad en el centro del pecho, hasta que logramos romper muros y caminamos más allá de la línea tal y como queremos.

Juntas.

19

Sólo las brumas del oeste, extendidas sobre las regiones superiores,
se volvían a cada minuto más sombrías.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

13 de enero de 2023, viernes.

Cécile está sentada bajo un foco de luz blanca, rodeada de un gris que proclama muerte y ese encierro que tanto le aterra, puedo ver ese temor arrastrar su cuerpo a un estado donde ya no hay calma y sí un temblor constante que le hace castañear los dientes. Al otro lado de la sala estamos las cuatro personas que seguimos luchando por acercarnos a la persona que acabó con la vida de Fabien y Julien. Milano ojea en silencio algunos documentos antes de meterlos en la carpeta que llevará consigo al interrogatorio. Anthony se ve nervioso, parece que lleve días sin dormir, aunque eso no es novedad en ninguno de nosotros. Hasta el brillo en la mirada de Claudia se ha perdido después de lo que le ocurrió a Clyde.

La búsqueda de horas y horas nos ha llevado a poder seguir los pasos del sospechoso: varón de ciento ochenta de estatura, pelo oscuro y un tatuaje en el dorso de la mano que ha revelado algo muy importante. Veo una vez más el número siete dentro del mismo as de picas que estaba impreso en el sobre de droga que encontramos en casa de Julien, y eso me hace sonreír.

Milano me vuelve a prestar atención y yo afirmo antes de que se pase la lengua por los labios. Ojalá pudiéramos habernos quedado bajo el agua eternamente, pero lo cierto es que me gusta saber que debajo de ese traje sigue llevándome con ella, tras una batalla donde ninguna escapó sin marcas. La piel se me eriza al pensar en ello y tengo que buscar un vaso de agua para evitar que esto vaya a más. De repente Claudia también nos está mirando y siento que sabe exactamente qué estamos pensando, porque se pone roja y empieza a buscar algo a su alrededor. Yo niego sin perder la sonrisa y me preparo para ir al otro lado y terminar de una vez por todas con todo esto.

—Quiero que estéis muy atentos a lo que pase ahí dentro. Cualquier gesto o detalle que Cécile pueda revelar será determinante para encontrar todas las respuestas que buscamos. —Anthony asiente y me

da otra carpeta, esta vez con varias fotografías del circuito de cámaras de la ciudad—. Hagamos esto bien por Clyde, nuestro sargento se lo merece.

—Haremos que se sienta orgulloso —me dice y no dudo de su palabra.

Milano asiente y juntas salimos de este pequeño habitáculo de paredes negras, provisto con una mesa, un par de sillas, los monitores donde se recoge la grabación del interrogatorio y una máquina de café bastante útil. En media hora, uno de los dos entrará a la sala donde ahora está Cécile para jugar mejor nuestras cartas.

Es hora de empezar.

Antes de que Milano abra la puerta pongo la mano en su muñeca y la miro.

—Haz lo que tengas que hacer —digo y me ajusto la chaqueta de cuero—, aunque si considero que te portas mal, tendrás tu escarmiento.

—Ya. Algo me dice que será al revés. —Sonríe y me reta.

Nunca podría cansarme de esto.

Ni tampoco de la expresión que dibuja Cécile una vez entramos en la sala, ese gesto inicial dice mucho, sabe que hemos averiguado algo y esta vez no tendrá escapatoria.

—Muy bien Cécile, ¿qué tal si nos pones al día de tu relación con Declan? —propongo sin cortarme ni un pelo. Corro la silla y me siento. Milano prefiere quedarse de pie mientras se encoge de hombros. Esto va a ser divertido—. Es curioso, alguien que dice ser muy amiga de Fabien, acostándose con su enemigo.

Ella aprieta los labios, une sus manos y comienza a apretarlas con nervios. Está más inquieta de lo normal y un hilo de sudor le cae por el cuello.

Cuando miro a Milano, ambas llegamos a la misma conclusión: necesita drogarse.

—Hemos accedido a las cámaras del teatro la noche en la que Polaris tocó por última vez, reconozco que nos ha llevado mucho tiempo descartar al resto de personas y dar contigo, así que por tu bien espero que no niegues lo evidente. —Abro la carpeta y saco unas cuantas fotografías donde se le ve bailando y besando a Declan en actitud bastante cariñosa como para conocerlo desde hace poco—. ¿Traicionaste la confianza de Fabien? ¿Formó parte de vuestro juego?

—No, eso no es así… —La voz de Cécile apenas se escucha. Está tan nerviosa que se muerde el labio inferior con fuerza—. Yo no sabía que Declan le odiaba. No tenía idea de que él le hizo la vida imposible en la universidad por lo que le pasó a Gavin, se supone que ambos eran

amigos, es lo que siempre decían.

—Claro, tampoco sabes nada sobre esto, ¿verdad? —Milano se acerca a la mesa y deja caer una fotografía donde se ve el sobre de droga con el logotipo que quien disparó a Clyde llevaba tatuado.

Cécile se petrifica, un segundo después se lleva las manos a la cara.

Su silencio dura unos pocos segundos. No le quedan fuerzas para tocar la fotografía que tiene delante de ella, pero lo que menos le queda son alternativas para salir de esto.

—Tengo problemas con las drogas desde hace tiempo, ¿qué tiene de malo? Juro que estoy intentando encontrar una solución, quiero rehabilitarme.

—Seguro que en la cárcel lo consigues, allí tendrás mucho en lo que pensar y muy pocas opciones para conseguir un poco de droga. —Sin decir nada más busco el resto de fotografías y las voy dejando sobre la mesa. Hay varias tomadas fuera del museo, otras en Nueva Orleans y algunas más en el coche que llevó al atacante a su destino, minutos antes de que Clyde y yo llegáramos a Shreveport. Pero no son esas las que dejan a Cécile sin habla, sino una en la que se le ve comprando droga horas antes de que Julien se suicidara aparentemente—. Y yo diría que esta vez no tendrás oportunidad de salir de aquí si no es esposada. Tu vida se ha acabado, podemos ofrecerte un trato si nos dices el nombre de este tipo y tu implicación con Declan.

—¡Yo no le maté! Te lo repito… ¡NO LO HICE! —Cécile se levanta y golpea la mesa con fuerza, sin embargo, yo no me muevo ni un milímetro—. Les traje los sobres, les di toda la información que buscaban. Se lo dije, tengo deudas y me ayudaron a pagarlas.

—¿Quién te ayudó, Cécile? —insiste Milano. Se acerca a ella y pone la mano sobre la mesa mientras la obliga a tomar asiento de nuevo—. ¿Sabes? No tendré ningún problema en firmar la orden para que te metan en aislamiento de por vida, ¿secuestro y asesinato? ¿Crees que alguien querrá tenerte cerca?

Cécile está a punto de sufrir un ataque de nervios. Yo bebo un poco de agua y después me cruzo de brazos mientras la observo y dejo que Milano siga con su trabajo.

Sé que tras el cristal de la sala de interrogatorio los chicos estarán tomando nota de todo lo que está pasando aquí, no habrá detalle que se nos escape y eso es lo más importante. Ahora es turno de llevarla al límite y yo sé lo que va a ocurrir a continuación. Sobre la mesa se ven cada una de las imágenes que tomamos del escenario del crimen donde Fabien perdió la vida, aunque esta vez no la dejamos libre de ver algunas. Las heridas en su cuerpo, los huesos marcados en su piel, el modo en que la vida lo abandonó poco a poco provoca que los labios de Cécile tiemblen.

Las lágrimas caen a través de sus mejillas y cuando quiere beber agua, Milano le quita el vaso para que no pueda hacerlo, se queda a la altura de su oído y la escucho hablar.

—Esto también puede ser uno de tus privilegios en la cárcel, o no. Tú decides.

—N-No puedo, me matará —susurra Cécile.

—¿Quién te matará? —pregunto.

—Tampoco es que vayas a sobrevivir en la cárcel en tus circunstancias. —Milano me sonríe y después golpea con el índice una de las fotografías de Fabien—. ¿Quién fue? —le pide con los dientes apretados—. ¿Quién mató a Fabien?

—¡No lo sé! Juro que no lo sé, lo único que hice fue abrir aquella puerta y nada más. Declan me ayudó con el dinero, él también tiene deudas por culpa de las drogas, ¡me estaba amenazando! Es cliente habitual de Donovan y debe mucho dinero. Me dijo que seguía las ordenes de una mujer, una chica que estaba en el círculo de amistades de Fabien en la universidad. —El sudor empieza a caer por la frente de Cécile, no tengo idea de cómo ha sido capaz de hilar todo este relato cuando hace unos segundos estaba aterrorizada. Ahora su gesto no muestra emoción alguna y eso significa que es consciente de lo que le puede pasar si sigue ayudando a Declan—. Por lo visto también fue amiga de Gavin y su novia antes de que ocurriera aquel accidente.

—Muy bien, supongamos que lo que dices es cierto —interviene Milano. Empieza a caminar por toda la sala y después se cruza de brazos a nuestro lado—. ¿Por qué deberíamos creerte?

—Porque aquella noche Fabien se fue con esa chica, salió por la zona de atrás, donde las cámaras y los invitados no tienen acceso —dice sin pensar. Cécile se echa hacia atrás y apoya su espalda contra la silla—. No diré nada más si no me ayudan. No pienso cargar con esa culpa, no voy a pisar la cárcel otra vez.

Milano esboza una sonrisa, por un segundo creo que se va a burlar de Cécie, pero no lo hace.

—Lamentablemente no estás en posición de negociar, Cécile —le informo y ella aprieta los labios—. Tenemos pruebas de que estuviste en el escenario del crimen, en el teatro, por no hablar de la droga. ¿Cómo crees que se lo tomará el juez? Todo apunta a que eres cómplice de asesinato. Dime ¿dejaste tú la droga en casa de Julien?

—¡¿Qué?! ¡NO! —A Cécile se le corta la respiración. Tarda un par de segundos en ser consciente de lo que le quiero decir. Su rostro se altera por el pánico y las manos le vuelven a temblar. En un segundo ha perdido toda la fortaleza que nos ha demostrado—. No estará sugiriendo que Julien no se suicidó, ¿verdad?

Milano y yo nos quedamos en silencio.

En ese momento llaman a la puerta y Anthony entra a la sala. Por un segundo creo que finge muy bien el gesto de preocupación que lleva en la cara. Está mordiéndose el interior de las mejillas y se acerca a mí en silencio. Cécile también se pone nerviosa cuando cruza la mirada con él y nuestro agente se la devuelve, pero aquí no hay nada fingido y lo compruebo al tenerlo cerca.

—Tenemos un problema —me dice al oído. Su voz apenas se escucha y aun así Cécile está muy atenta a lo que me dice—. Es Julia Michaels.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto. No, esto no se trata de un juego.

Anthony carraspea, Milano y él se miran. El segundo que tarda en responder se vuelve eterno.

—Ha desaparecido —sentencia.

...

—Quiero que curséis de inmediato la búsqueda de Julia Michaels, averiguar dónde estuvo en las últimas veinticuatro horas, con quién habló, si tuvo trabajo o comió fuera de casa. —La comisaría está patas arriba, una docena de agentes se mueven por la sala principal. A falta de Clyde, doy las ordenes necesarias para que las unidades se pongan en marcha—. Poned bajo vigilancia su casa y los alrededores, es importante que actuemos deprisa o podríamos estar ante un nuevo crimen. Rastrear su teléfono y las llamadas que haya podido realizar. Que no se nos escape nada, ¿de acuerdo?

—Nos ponemos de inmediato —dice Jeremy, otro de nuestros agentes.

Su silueta desaparece tras la puerta y veo cómo se sube las gafas por el puente de la nariz, su pelo marrón está alborotado y apenas puede contener los nervios que este evento le produce.

Claudia y Anthony llegan y me dan un par de carpetas.

—¿Qué tenemos?

—Este es el listado de todos los alumnos que estudiaron junto a Fabien y Declan en la universidad. Hemos contactado con Tanya y está de camino para ayudarnos con la posible identificación de nuestra sospechosa. Pero hay algo más… —Claudia se calla, muerde su labio inferior y echa un vistazo a nuestro alrededor.

No quiere que nadie se consciente de lo que me va a decir.

Con Milano a mi lado, señalo la sala de investigación y todos dejamos atrás el tumulto que nos rodea.

Unos veinte escritorios están repletos de papeles y agentes que hacen llamadas. Desde aquí puedo escuchar como todos trabajan y teclean a toda prisa. Las paredes con sus paneles están llenas de

imágenes, de casos todavía sin resolver. Al fondo, sobre una pared en blanco puedo ver las fotografías de las personas que actualmente están desaparecidas. No quiero que Julia se convierta en una de ellas, ni tampoco que demos pie a que dentro de dos meses la encontremos muerta como sucedió con Fabien.

Los focos dibujan sombras y aunque este no es un lugar tan tecnológico como podría ser el FBI, tenemos a los mejores trabajando en cada una de las pistas.

—¿Qué pasa, Claudia?

—Esta mañana llegó esto al correo, como todos fuimos al interrogatorio lo dejaron sobre mi mesa. —Sus dedos tiemblan y saca un sobre de la carpeta—. No quería que nadie lo supiera, me da miedo que la prensa pueda enterarse.

Milano y yo cruzamos una mirada y en silencio cojo el sobre.

Cuando lo abro me quedo de piedra. Hay varias fotografías de mí tomadas en distintas situaciones. Una con Nick entrenando, otra yendo con él al colegio para recoger a Ben. Yo caminando por Nueva Orleans, tomando café, varias con los chicos y hay una última en la que Milano me besa en el porche de casa.

—Sí que había alguien… —susurro.

—¿Alguien? ¿Dónde? —pregunta Milano.

La preocupación baña su gesto, coge las fotografías y se dedica a mirarlas en silencio.

—La noche que nos vimos en casa, escuché un ruido, pero creí que eran imaginaciones mías, ese día estaba muy cansada. —Lanzo un suspiro y me aprieto el puente de la nariz—. ¿Quién las ha traído?

—El repartidor de siempre, alguien debe haber dejado el sobre abajo.

—Katherine… Mira esto. —Quisiera desconectar del presente, desearía creer que nadie está en peligro por mi culpa, pero me es imposible no pensar en eso cuando Milano me mira y me entrega otra fotografía—. Es un mensaje para ti.

«¿Serás capaz de salvarla?», las palabras están escritas detrás de una fotografía donde me veo de camino a la comisaria.

Los huesos se me congelan y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Respirar se me complica y el dolor de cabeza se intensifica en cuanto miro a mi alrededor. Anthony es consciente de ello y me ofrece un vaso de agua que —confieso— me viene de maravilla.

Necesito un par de segundos para pensar. Pongo las imágenes en orden e intento ver a la persona que haya podido estar siguiéndome sin que yo sea consciente, pero eso queda en segundo plano en cuanto pienso en Nick, Bethany y el pequeño.

—Tengo que avisar a mi hermano, que una unidad les vigile en todo momento —digo a Claudia—. Probablemente no estén en peligro, pero no quiero correr riesgos.

—Voy ahora mismo —responde Anthony y yo se lo agradezco con una sonrisa.

—Esto es un juego —me dice Milano. No deja de mirar las fotografías y analizar cada detalle de estas—. Está jugando contigo, con toda la unidad y ahora que hay un reloj sobre la vida de Julia, todavía más.

—¿Por qué hacer esto por privado? ¿Por qué no llevarlo a la prensa? —Claudia se hace la misma pregunta que yo me hice cuando encontramos el cadáver de Fabien LeBlanc.

—Ve en Katherine algo, quiere demostrar que es superior a ella, que tiene el poder de salvar a las personas que posteriormente asesina. Les está dando una oportunidad y ejerce el papel de líder ante todos los demás, nosotros incluidos. Tiene el control del departamento. —Milano echa un vistazo al panel y después a las fotografías—. La prensa no le prestaría la misma atención que podemos darle aquí, para nosotros es algo personal, no una noticia que mañana podría convertirse en cotilleo sensacionalista. Apunta a algo en concreto.

—Su rúbrica es perfecta —digo cuando observo la tinta negra—. No estamos tratando con una persona cualquiera, es metódica, con estudios, probablemente ejerce algún tipo de poder en la sociedad y el hecho de que no haya dado la cara hasta ahora debe ser otro mensaje.

Nos quedamos en silencio y alguien llama a la puerta. No sé por qué la cara de Tanya se me cruza por la mente.

Asiento y Jeremy pasa al interior de la sala con una memoria USB en la mano. Claudia no tarda en encender el ordenador que hay sobre la mesa. Un par de segundos después vemos la imagen de un hombre entrando a la comisaría y dejando el sobre en la cesta de correo que hay en la primera planta. Lleva una gorra que cubre gran parte de su cara, pero hay algo en él que lo delata de inmediato.

—El tatuaje —digo yo—. Es Donovan, id a por él ahora mismo. Según Cécile trabaja en el taller que hay al sur de City Park, en la esquina de la avenida principal con la séptima.

—Tened mucho cuidado, es peligroso —aclara Milano y nuestros agentes no tardan en seguir la orden. Cuando la puerta se cierra, ella vuelve a la mesa y me mira con una sonrisa—. Creo que puedo averiguar quien reveló estas fotografías.

—Hay muchos estudios por toda Nueva Orleans —protesto.

—No que usen este papel fotográfico —aclara Milano, llevo la mirada hacia ella y la sonrisa que dibuja brilla incluso en su mirada.

Vuelvo a beber un poco de agua y busco en mi bolso un analgésico que me ayude con el dolor de cabeza.

—¿Cómo demonios sabes eso? —pregunto por inercia, aunque tratándose de ella todo es posible.

—¿Recuerdas el mapa de casa? —Yo asiento—. No me dedico a explorar la ciudad solo por gusto, detective Fortier—. Milano muerde su labio inferior, se acerca a mí y cuando está a punto de besarme se aparta. Sin más preámbulos va hacia el panel—. ¿Ves la diferencia?

Ella señala hacia la primera fotografía que encontramos en el escenario del crimen y el resto de las que nosotros mismos hemos revelado para ayudarnos con todas las pistas.

—Este tipo de papel mate dejó de fabricarse hace unos diez años —comenta y no puede evitar no mostrar el orgullo que siente al revelar ese dato. Es toda una *friki*—. El mundo de la fotografía ha evolucionado mucho y el actual presenta una textura menos granulada. En estas fotografías el color está muy presente y aunque es un papel que suele utilizarse para el blanco y negro, es uno de los mejores para conservar una fotografía que alguien quiere tener como un trofeo durante años.

—¿Y para qué molestarse tanto?

—¿Por qué no? Un narcisista jamás deja pasar este tipo de detalles. —Milano se encoge de hombros y me mira—. Como he dicho, quiere meternos en su juego, ahora tenemos la oportunidad de mover ficha y esto… —En silencio señala a las fotografías—. Es una forma de decir que está dispuesta a mantener todo lo posible su pieza en el tablero.

Masajeo mis sienes y me cruzo de brazos.

No puedo dejar de mirarla sin intentar recordar si vi a alguien sacar esas fotografías. En mi memoria no hay pistas claras y eso me vuelve loca, además de poner varias incógnitas en mi mente. ¿Quién querría perseguirme? ¿Quién se tomaría ese tiempo?

Con las dudas recorriendo las paredes de mi cabeza veo como Milano coge la chaqueta gris de su traje. Un segundo después me lanza la mía.

—¿Vienes conmigo? —pregunta y sonríe con picardía—. Dennise está analizando la tinta y tenemos una hora hasta que Tanya venga a la comisaría.

—¿En cuántos estudios revelan con este papel?

—Cuatro —declara ella con el pecho hinchado. Me da un caramelo y se mete otro en la boca—. Una hora al día explorando Nueva Orleans, siempre trae sus frutos.

Ella abandona la sala y yo sonrío, es imposible no admirar a River Angelica Milano.

20

Había momentos en que el pasado volvía a aparecer,
como sucede cuando uno no tiene ni un momento libre.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

16 de enero de 2023, lunes.

Las sienes me palpitan y apenas puedo dar un paso sin que el dolor de cabeza este presente para recordarme que no soy invencible por más que lo pretenda. Mi reflejo en el espejo se ve cansado, agotado más bien. Tengo ojeras y el labio partido no da una mejor imagen de mi persona. Con cuidado mojo una gasa con alcohol y vuelvo a limpiar una herida que se abrió paso en mi frente con una facilidad aplastante. Todavía recuerdo la línea de sangre que cegó mi ojo izquierdo y se escurrió por el interior de mi cuerpo para recorrerme la piel hasta el punto de hacerme temblar. Aprieto los dedos sobre el lavabo y vuelvo a mirarme, mirando los puntos que posiblemente me dejarán otra cicatriz más y muerdo mi labio inferior. Clyde ya está en casa y por esa parte me siento tranquila, pero ahora siento pánico a estar vigilada en todo momento, a no tener forma de escapar, a llevar a mi familia hacia el mismo abismo al que temo caer, aunque Milano reitere que ellos no están en peligro.

El viernes salimos del departamento de policía con la seguridad de encontrar pruebas que nos llevasen hacia la asesina y creí en la palabra de Milano cuando dijo que estaba segura de donde debíamos ir. De hecho, no se equivocó, en el estudio *The Breach* —al sur del Barrio Francés— encontramos cada una de las incógnitas que se cernían sobre nosotras. Lo que no esperábamos fue encontrarnos con el atacante de Clyde cara a cara.

Recuerdo como me atrapó por la cintura y me lanzó contra el suelo. En ese momento Milano todavía estaba en el interior del establecimiento.

Yo me defendí, le di una patada en el estómago y lo aparté de mí estampándolo contra la pared, pero él era más fuerte. Un puñetazo fue suficiente para derribarme y provocar que me diera de cabeza contra el asfalto. Lo tuve encima durante diez segundos, tiempo suficiente para que mi reflejo cayera en sus ojos azules y me recordase al fantasma de Remy. Temblé tanto que no pude aplicar ninguna de las

llaves aprendidas en tantas clases de *krav maga*. Me sentí inútil y por un segundo, la muerte se apoderó de todo mi cuerpo. Fui capaz de fundirme con el asfalto mientras sus dedos presionaban con fuerza mi garganta, hasta que escuché dos disparos y el caos se desató.

Donovan murió en el acto y yo perdí la oportunidad de que hablara en un momento crucial, porque Tanya también ha desaparecido del mapa.

—Debí ser más fuerte, ¡joder! —Mi grito recorre la casa más allá de las paredes. Doy dos golpes en el lavabo y abro el grifo para limpiar el sudor que me cae por la frente.

El teléfono vibra, necesito estar serena así que respiro varias veces y descuelgo a pesar de no conocer el número de quien llama.

—Detective Fortier. —La voz se escucha distorsionada al otro lado y se me encoge el corazón—. ¿Está ahí?

Tardo un par de segundos en reconocer la voz de Jeremy. ¿Por qué me llama él en vez de Claudia o Anthony?

—¿Qué pasa?

—Sabemos con quien estuvo la señorita Michaels antes de desaparecer. Será mejor que venga a la comisaría —dice con los nervios vibrando en su garganta.

—¿Dónde están Claudia y Anthony?

—Han ido a por Declan, hemos averiguado donde se encuentra. Al parecer tenía otra reunión fuera de la ciudad.

Qué conveniente, pienso. Vuelvo a mojar mi mano y me refresco la nuca en silencio. Tardo un par de segundos en reponerme de un nuevo golpe de realidad.

—Estaremos allí en media hora, que la información no salga de ahí, ¿queda claro?

—Sí, detective. —Jeremy corta la llamada y yo suspiro.

Cierro el grifo y dejo el teléfono a un lado. Hace tres días que vamos tras la pista de Declan y haberle encontrado es un alivio, pero eso no significa que todo esté resuelto. En mi cabeza meto las imágenes de Julia, su pelo castaño y liso, los ojos de color avellana y cada una de las fotografías que encontramos de ella junto a Fabien en su época universitaria. Poco a poco cada una de esas imágenes pasan por delante de mí como si se tratara de un álbum que va formando recuerdos más claros. Y de repente pongo su sonrisa en un lugar concreto, con tanta rapidez que el corazón me da un vuelco.

—No puede ser… —susurro.

Corro al otro lado de la casa y busco en el armario que hay bajo la televisión del salón. Mis pies descalzos marcan un suelo antiguo con decenas de recuerdos impregnados en él. De un momento a otro siento

como mis dedos se funden con los de Mila y sé perfectamente lo que estoy buscando.

Abro el último cajón y saco una caja donde suelo guardar algunos recortes de prensa y todo tipo de fotografías, logros que he conseguido recolectar a lo largo de los años en mi carrera como detective.

Busco y no dejo de hacerlo, hasta que la imagen se presenta ante mí segundos después.

Julia Michaels fue una de las tantas personas que agradecieron haber metido a *Ictero* entre rejas el pasado diez de junio, me siento en el suelo y observo el recorte del periódico con atención. Ahí está Stella con su cartel y muchos de los vecinos y familiares que todavía intentan superar lo ocurrido. Mis dedos acarician las caras sonrientes, también los gestos cargados de dolor y vuelvo a la sonrisa de una mujer con la que me he cruzado en más de una ocasión. Julia es vecina de Decatur Street, ha desayunado en Cafe Beignet, ha recorrido las mismas calles que yo, lo veo claro, pero hay algo más, porque sé que las dos hemos hablado, pero… ¿dónde?

—Vamos Katherine, piensa.

Cierro los ojos y me concentro en el panel de la sala de investigación. Las fotografías caen bajo su propio peso. La puerta se abre y es como estar de nuevo en mi palacio mental, solo que ahora no hay un monstruo al que perseguir.

Mis dedos acarician un mapa de Nueva Orleans, donde varias localizaciones se unen entre sí con un hilo rojo. Los círculos presentan nombres en concreto y cuando mi índice se posa sobre Garden District abro los ojos de golpe. De repente conecto la imagen de ella con el lunar de Cécile y sus ojos grises. La arena del reloj se agota y cada uno de los recuerdos que tengo de las últimas semanas toman sentido y se abren ante mí en un abanico de posibilidades infinitas. Me levanto y mientras voy corriendo hacia la habitación llamo a Milano. Son las cinco de la mañana y aunque decido esperar en silencio no puedo evitar ponerme nerviosa al escuchar el pitido al otro lado.

Muerdo el interior de mis mejillas y compruebo dos veces si la estoy llamando antes de que su voz se presente adormilada al otro lado.

—Necesito que te prepares ya.

—Buenos días a ti también —susurra y escucho como las sábanas se mueven con ella—, me pregunto cuando me despertarás con un poco de dulzura.

—No tengo tiempo para eso, River —protesto y sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja izquierda. Mientras doy saltos con un pie intento ponerme el pantalón, pero los nervios me lanzan contra la cama y el móvil salta por los aires—. Mierda… ¡Espera, no cuelgues!

—Como si me dejaras esa posibilidad. —Vuelve a protestar Milano, aunque en realidad no llego a escuchar si es eso exactamente lo que me dice.

Diez segundos después me abrocho el pantalón negro y busco una blusa en el armario.

—Sé dónde está Julia —suelto y el silencio se hace al otro lado—. ¿River?

—¿Cómo…?

Ahora sé que el sueño ha abandonado a Milano por completo.

—Te lo explico en comisaría, estaré allí en veinte minutos. Anthony y Claudia ya han dado con Declan y eso va a ser determinante.

Otra vez un silencio que me pone de los nervios. Milano se mueve y abandona su cama, escucho los pasos sobre la madera que decora todo el suelo de su casa. Durante el trayecto se caen algunas piezas del nuevo LEGO que está construyendo, es un sonido que ya se ha vuelto habitual en nuestras vidas. Muerdo mi labio inferior y pongo los ojos en blanco cuando caigo en la cuenta de que ninguna hemos cortado la llamada.

Mi reflejo cae sobre el espejo del armario y observo la herida de mi frente.

Tengo que ir al baño y buscar en el botiquín algo para evitar que los puntos peligren. No tengo tiempo para tapar con maquillaje el morado que se ha pintado alrededor, así que decido irme así.

—¿Katherine? —La voz de Milano se escucha lejana hasta que vuelve a tener cerca el teléfono—. Voy a colgar, pero quería decirte algo ante de salir.

—¿Qué pasa? —Yo ya voy ataviada con mi chaqueta de cuero y el pelo me cae sobre los hombros.

Sonrío al darme cuenta de cómo mi aspecto cambia instantáneamente cuando tengo que ir a trabajar.

—¿River?

—Deberíamos pensar en estar más tiempo juntas, es un lío tener que despertarnos a mitad de la madrugada cuando pasa algo.

Giro sobre mis pasos y apoyo la espalda en el espejo del armario.

En otro momento esas palabras me habrían dado pánico, pero ahora sonrío.

—¿Esa es tu forma de pedirme que viva contigo? Qué romántica —bromeo y chasqueo la lengua.

—Habló la que entiende por romanticismo compartir un montón de *beignets*. —*Touché.* Milano debe estar sonriendo al otro lado—. Ten cuidado, nos vemos en unos minutos.

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Ella cuelga el teléfono y no oír su voz me deja vacía, como siempre que nos despedimos o decidimos ir cada una a nuestra casa. Vuelvo a morder el interior de mis mejillas y echo un vistazo a mi alrededor, es mejor que no piense en eso, así que busco las llaves y dejo mi hogar en un silencio y oscuridad que siempre van de la mano.

El Cadillac me espera aparcado y la luna brilla sobre el capó junto a un montón de luces más que forman un recorrido de luciérnagas cuando inicio el camino hacia la comisaría.

Llegar me lleva poco más de diez minutos, teniendo en cuenta que la mayoría de la ciudad duerme y que apenas hay tráfico. Me hubiera gustado llamar a Clyde, pero prefiero no despertarle y continuar con el mando total de esta investigación. También quiero asegurarme de que Nick, Ben y Bethany están bien, aunque doy por hecho de que ya lo sabría de no ser así.

Durante el camino no dejo de pensar en la imagen de Julia frente al departamento de policía, ni tampoco en Cécile, quien está disfrutando de una nueva oportunidad mientras se rehabilita en un centro que está controlado por la NOPD. El teléfono vibra y veo que entra un mensaje de Claudia.

C: Ya lo tenemos, detective Fortier. Estamos en la comisaría de Baton Rouge.

Mi sonrisa cae sobre el espejo retrovisor y aunque no detengo el coche, aminoro la velocidad para poder responderle.

K: Yo voy de camino al departamento, en media hora hablamos. No dejéis que llame a su abogado.

Sé que si Declan opta por no decir nada todo puede volverse demasiado oscuro y no quiero que esto se salga de control. Bajo la luz de la luna piso el acelerador y en dos minutos llego a mi destino. Algunos de mis compañeros me reciben con una sonrisa, otros muestran la misma cara de cansancio que yo llevo encima, pero eso tiene fácil solución. De mi bolsillo saco un caramelo de *toffe* y voy directa a la máquina de café para prepararme un doble y coger otro para una Milano que llega cinco minutos después. Desde la ventana de la sala de investigación puedo ver su BMW aparcado al lado de mi Cadillac y me doy cuenta de lo raro que es ver como combinan tan bien.

El caramelo se mueve dentro de mi boca y adquiere un nuevo sabor cuando lo mezclo con el café amargo. Jeremy entra a la sala con los nervios revoloteándole en el pecho. No es tan joven como el resto de agentes, pero lleva relativamente poco en esto. La ligera cojera que lo caracteriza al andar me recuerda que en el pasado fue militar, como mi hermano y eso me encoge el corazón.

Hace días que no tengo noticias de él y es imposible no preocuparme cuando sé que el mundo está patas arriba.

—Por ahí viene Milano. —Ella me sonríe al otro lado del pasillo.

Lleva una chaqueta vaquera sobre una camiseta de *League of Legends* negra y a juego un pantalón que le da un aspecto bastante rebelde. El pelo le cae por los hombros, pero no tarda mucho en hacerse un recogido sencillo y subirse las gafas por el puente de la nariz.

—Siento la tardanza, no me ha dado tiempo a encontrar algo más…

—Ahora pareces una más de la ciudad —le interrumpo y sonrío. Ella carraspea y no tiene más remedio que acompañar mi sonrisa—. ¿Qué tenemos, Jeremy?

—La señorita Michaels se reunió con Tanya Hernández a eso de las diez —dice y eso no me pilla por sorpresa—. Estuvieron un par de horas almorzando en el restaurante *Rebirth*, según los testigos discutieron acaloradamente antes de que Julia se marchara de allí. Tenía una reunión importante a las cuatro de la tarde, pero ya no apareció.

—¿Y qué hay de Tanya? —pregunto.

Aquí hay gato encerrado, digo para mí misma.

—Llamó a la comisaría para informar de que tenía algo importante que hacer, volvió a la oficina y después a su casa, pero desde el sábado hemos estado observando un cambio nada habitual en su rutina. —Jeremy saca de la carpeta un par de informes y nos lo enseña —. A eso de las siete de la mañana va todos los días a correr, vuelve dos horas después y casi siempre hace el mismo recorrido, pero ese día se desvió del camino y cogió un coche que la llevó directa a City Park. Cuando volvió a casa perdimos la señal de su teléfono.

—¿Alguien la ha visto salir de allí? —El niega y aprieta los labios.

—Quizá simplemente esté descansando. Ayer contactamos con su secretaria y tiene en agenda un par de reuniones para mitad de mañana. Tanya había quedado con un importante inversor musical y según sus movimientos bancarios compró un billete para ir a Los Ángeles este mismo jueves.

Milano se queda pensativa durante un par de segundos, sus ojos se mueven rápido por cada uno de los números que muestra el informe que Jeremy ha dejado sobre la mesa y tarda poco en ser consciente de que hay uno que se repite en varias ocasiones.

Cuando me mira a los ojos afirmo sin decirle nada más.

—Quiero que conectes con la comisaría de Baton Rouge ahora mismo —le dice a un Jeremy que ahora se muestra más seguro—, y que otra unidad vaya a casa de Tanya, tenemos que encontrarla, ¿está claro?

—Ahora mismo.

Jeremy corre a pesar de su cojera y nos deja a solas en la sala de investigación. Solo en ese momento me mira sin la necesidad de hacer la pregunta que se pasea su mente. El «¿qué has descubierto?» de Milano se presenta en su sonrisa, y muerde su labio con la misma impaciencia que yo suelo mostrar cuando necesito que me den una repuesta lo antes posible.

De mi bolsillo saco el recorte de periódico que encontré en casa y lo dejo sobre la mesa.

Ella lo coge y busca entre las personas hasta dar con la cara de Julia Michaels.

—Sabía que me sonaba de algo, pero no solo ella —le digo y me quedo a su lado—, desde que la imagen de Cécile apareció en el ordenador de Dennise supe que su cara se me hacía bastante familiar. Y ahora no tengo dudas, no sé cómo no vi la conexión antes.

—A veces somos incapaces de reconocer las cosas que tenemos frente a nosotros. Pero mira esto. —Milano golpea con el dedo una parte en concreto de la fotografía. Tras todas las personas que se apostaron en el acceso del departamento hay un árbol enorme, pero no es eso lo que provoca que habrá los ojos, sino la silueta de una persona con una cámara de fotos que nos impide ver su cara—. Estaba allí… —susurro y la miro a los ojos—. La fotografía que encontramos en el escenario del crimen de Fabien LeBlanc fue tomada ese día.

—Coincide con la ropa que llevabas puesta —afirma Milano y busca su teléfono—. Voy a llamar a seguridad, tal vez haya grabaciones de ese día que nos puedan ayudar.

—¿Crees que empezó por aquel entonces? ¿He sido todo este tiempo un objetivo, parte de su juego? —No puedo evitar hacerme estas preguntas. El corazón se me paraliza al verme otra vez en esta situación, pero más al ser consciente de las vidas que se han perdido durante el camino. Y por eso, el temblor toma control absoluto de mi cuerpo—. Podría haberles salvado la vida…

—Diría que no —asegura Milano. Ella se acerca hasta mí y pone sus manos sobre mis hombros—. La forma en la que Fabien murió me demuestra que esperó ese momento álgido para quitárselo todo, Polaris estaba a punto de grabar su primer álbum, firmaron un contrato discográfico después de años tocando en diferentes bares de la ciudad. Su asesina deseaba que viviera ese momento dulce antes de robarles la oportunidad de que el mundo los escuchase. —Con la misma calma que suele demostrar en otras ocasiones, me mira a los ojos—. Créeme, esto es parte de su juego, podría haber sido Clyde u otra persona de haber resuelto el caso de *Ictero*. Incluso pudo estar ahí solo para vigilar a Julia, así que no des nada por sentado. Ahora tenemos que centrarnos en lo que tenemos.

—Cuando hablemos con Declan prepararemos el operativo, puede que a Julia no le quede mucho tiempo —digo con seguridad, en un intento por disipar los nervios que se me han puesto en la boca del estómago—. Si perdemos a Tanya Hernández también, quizá no la volvamos a ver.

Y Milano sabe que no me equivoco.

Cinco minutos después nos reunimos con Jeremy en la planta número diez. La sala está repleta de monitores y butacas que dan un aspecto mucho más tecnológico a esta parte de la comisaría. A través de la pantalla ya puedo ver a Claudia y Anthony junto a Declan y su maldito gesto arrogante.

Tengo que morderme la lengua para evitar no llevar esto al lado personal por lo que le pasó a Clyde y lo consigo cuando Milano se acerca a mí y me ofrece un café. La forma en la que me sonríe logra que todo ese malestar se esfume y convierta en una partícula más del aire que respiro. Ella se arregla un poco el pelo y aunque su aspecto no parece tan temible como en el día a día, tarda poco en adquirir esa expresión letal que puede contra cualquier sospechoso que se le ponga por delante. Declan es consciente de ello y se muerde el labio inferior. Está incómodo y lo demuestra cuando bebe un poco de agua, justo antes de que la mano de Anthony quede sobre su hombro izquierdo para ejercer un poco de fuerza y obligar a este imbécil a que mire a cámara.

Claudia se pone al otro lado y nuestra partida empieza.

—Este es el trato, nos dices para quién trabajas y nosotros nos aseguramos de que no cumplas la pena máxima por cómplice de asesinato. —Milano sonríe tras disparar un dardo que está envenenado. Su mirada brilla en seguridad y apenas se inmuta cuando Declan se le queda mirando con desprecio—. Tu carrera está acabada, debes… cuánto ¿más de cien mil dólares? A estas alturas estarás más a salvo en la cárcel.

Milano le habla como si Declan fuera cualquier pieza innecesaria de un juego en el que sabe que tiene las de perder, y eso lo pone entre las cuerdas.

Se resiste, pero no tarda en coger aire para hinchar sus pulmones. Sé que está a punto de coger la última carta de la baraja que le queda, pero mi compañera es mucho más rápida. Es la mejor leyendo a las personas.

—Donovan cantó como un pájaro, se ha salvado el pellejo delatándote —le miente y se asegura de ser firme en la entonación de cada palabra—. Te ha puesto en una posición de la que no podrás salir, créeme, estás jodido de verdad. No solo tienes una relación con Cécile. Tenemos cada uno de los informes universitarios en los que es

evidente el odio que sentías hacia Fabien. También has contactado con Tanya Hernández en múltiples ocasiones y fuiste tú quién ayudó a la bonita camarera a pagar sus deudas —añade con una sonrisa filosa en los labios—. Por cierto, ella también te ha delatado, parece que no tienes muchas personas en las que confiar. ¿Qué te dice eso?

—¡Eres una hija de puta! —Declan estalla y Claudia no tarda en ponerlo en su lugar.

Ahora es ella quien está a espaldas de él y lo ancla contra la silla para que no se mueva ni un centímetro más.

—Es bastante curioso… en los Estados Unidos la gente tiende a creer que por cambiarse de nombre en más de una ocasión puede desaparecer para siempre. Pero el pasado siempre habla y cometiste un error garrafal. ¿Quieres saber cuál?

Veo a Milano caminar por la sala con los brazos cruzados. Jeremy me mira y yo asiento, sonrío y le pido silencio. Tiene mucho que aprender, necesita dejar de lado su etapa como militar para convertirse en un buen agente.

El mejor de su generación, como lo fui yo en su día, como lo son ahora Anthony y Claudia.

Declan me pide ayuda con la mirada, pero yo no me inmuto. No tengo pensado darle la oportunidad de que salga de aquí sin cumplir con su condena, ni pagar por sus actos con respecto a Clyde. Puede que él no apretase el gatillo, pero tiene tanta culpa como Donovan o la mujer que acabó con la vida de Fabien y Julien.

—La envidia. Dios, la envidia corroe a las personas. —Milano agacha la vista y sigue caminando, como si ella supiera bien a lo que se refiere. Puedo ver la realidad de ello en su mirada—. Cuando supiste que Polaris alcanzaría la fama ardiste en furia por lo que le pasó a Gavin y a su novia. A ellos les cortaron las alas tan pronto que no podías soportar la idea de que él volara lejos. Apuesto a que no sabías que se estaba ocupando de las facturas médicas y ayudar a su familia junto a Tanya, ¿ahora entiendes porque no puedes intentar inculpar a alguien inocente?

La expresión de Declan se desencaja y se queda tan blanco que por un segundo siento que va a desmayarse frente a nosotros. Podríamos darle unos segundos de descanso, pero sé que eso no entra en los planes de mi compañera.

—Le has sentenciado a muerte, Declan —asevera Milano—. Y espero que la culpa no te deje dormir en la cárcel.

—¡Te mataré! —Declan se vuelve a levantar y empuja a Claudia. Anthony lo atrapa por la cintura y lo aprisiona contra la pared antes de que pueda hacer nada más—. No te vas a salir con la suya, ¡jamás te saldrás con la tuya. ¡JULIA Y TANYA ESTÁN MUERTAS! ¿ME

OYES?

—¿Tú crees? —intervengo. Me acerco a la cámara para que Declan pueda ver bien mis ojos y después sonrío—. Yo diría que el único que va a morir aquí eres tú.

—Debió acabar contigo —espeta. La saliva se le escapa por la boca con desprecio y tras un intento más por liberarse, se rinde por completo—. Eres débil, ella debió acabar contigo desde el momento en que te conoció. Engañada durante tanto tiempo por él, ¿qué tal llevas que tu mejor amigo matara a tu hija, detective? No podrás salvarlas, ¡están muertas!

—Anthony, ¿hacemos pasar a Tanya? Quizá al señor Arthur le guste ver como vuelve a quedar en evidencia. —Me marco otro farol y sé que funciona en cuanto Declan se tensa.

Claudia lo sienta en la silla y él estalla contra la mesa, dándole varios puñetazos hasta que las manos se le ponen rojas. Cuando levanta la cara se me queda mirando y la vena hinchada de su frente está a punto de estallar.

—Puede que hayan salvado a Tanya, pero Julia no verá un nuevo día.

—No si llegamos antes a Garden District —suelto y su silencio me da la respuesta que estaba buscando. Esbozo una amplia sonrisa y Declan cae en la cuenta de que le hemos estado engañando. Su grito choca contra las paredes de la sala donde se encuentra—. Por cierto, se te ha olvidado cerrar el trato, así que espero que lo pases bien en la cárcel, saluda a Remy de mi parte.

—¡NO! NOOO!

Afirmo hacia Claudia y giro sobre mis talones para salir por la puerta. Jeremy y Milano me siguen en silencio.

Todavía nos queda una pieza que derribar.

21

Pero su alma estaba loca…
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

17 de enero de 2023, martes.

La luna se funde con la oscuridad y siento que es presagio de una pesadilla de la que va a ser difícil escapar. Han pasado dos horas desde que Claudia y Anthony llegaron a la comisaría tras firmar el traslado de Declan a una penitenciaría temporal y todos estamos reunidos en la sala de investigación, dispuestos a llevar a cabo el plan que hemos trazado durante este tiempo. Clyde no ha podido quedarse en casa a pesar de las heridas que aún le impiden estar al cien por cien y verle frente a nosotros me calma tanto como alegra.

Tomo aire y me aparto de la ventana para coger el chaleco antibalas y atarlo a cada lado como es habitual en nuestra profesión.

Milano se acerca a mí y me ayuda a colocármelo bien antes de ponerme mi chaqueta de cuero. Siento que sin ella no podré afrontar las próximas horas y es evidente por la forma en la que mi pecho sube y baja, en un intento por controlar los nervios que ya me han dejado la boca seca.

Los labios rojos de mi chica brillan frente a mí. Es meticulosa en lo que hace y me lo vuelve a demostrar cerciorándose de que llevo bien el chaleco una vez más.

—Sabes que llevo dos décadas haciendo esto, ¿verdad? —bromeo y ella sonríe, tarda un par de segundos en mirarme a los ojos para fundirse con los míos—. Deberías preocuparte por ti en vez de estar pendiente de mí.

—Eso es imposible, una vez que estemos en la calle no podré evitar querer que todo salga bien. Esta vez no entrarás ahí sola.

—Muy bien, si estáis listos vamos a repasar una vez más el plan. —Clyde requiere de toda nuestra atención y toma el control de la sala y todos sus presentes. Jeremy se pone a mi lado, Claudia y Anthony están detrás de él y yo ya no puedo apartar la vista del mapa que hay sobre la mesa—. Según los datos que hemos recogido y la orografía del lugar, previamente analizada por Dennise, Julia y Tanya tienen que estar en el sótano de este edificio.

Clyde señala un punto en concreto, en la pantalla de la sala aparece

un edificio antiguo con paredes y muros en gris oscuro y con grietas que nos dejan ver que ahí no ha vivido nadie desde hace mucho tiempo. El plano que coloca al lado del mapa nos permite hacernos una idea de lo que vamos a encontrar en el interior y también de los accesos que hay en la calle principal y por la parte de atrás.

Medito en silencio y me doy cuenta de la gran cantidad de similitudes que ese edificio tiene con el lugar donde encontramos a Fabien.

—Formaremos dos equipos. Claudia, Anthony y Jeremy, vosotros iréis por la parte principal. Necesito que lo hagáis discretamente, hay dos vidas en juego. Fuera se quedará una unidad de vigilancia y os cubrirá las espaldas, puede que actuando de noche no encontremos a nuestra sospechosa allí, pero no podemos darlo por hecho así que tened cuidado. —Clyde levanta la vista y se dirige a mí con un gesto de preocupación—. Katherine, tú y Milano vais a cubrir la parte de atrás. Suponemos que ambas están en el sótano así que no os costará mucho llegar hasta ellas una vez que estéis ahí dentro.

—Veo muchos espacios libres —digo y me concentro en lo que veo sobre los planos—, también hay puntos muertos. Tened cuidado, tratamos ante una persona que nunca actúa igual y debemos suponer que nos está esperando con más de una sorpresa.

Jeremy asiente a mi espalda, sabe de lo que hablo, ha vivido más batallas que todos nosotros juntos. Su arma se ajusta en la cintura y comprueba otras dos veces que la tiene a mano antes de prestar atención al mapa y cada uno de los puntos que están señalados.

—Para evitar sospechas, iremos sin sirenas, no llaméis demasiado la atención y tened cuidado con la comunicación. Quiero a todo el mundo de vuelta en la comisaría, ¿estamos?

—Sí, mi sargento. —La voz de los cinco suena al unísono.

Clyde nos sonríe y da la orden de que abandonemos la sala.

Esta vez no vamos en el Cadillac y siento que me falta algo, aunque la seguridad de todo el equipo está por encima de eso, así que me quedo en silencio mientras Milano conduce uno de los coches de la comisaría y pone rumbo hacia la parte más despoblada de Garden District.

Durante el camino no puedo dejar de pensar en todas las pistas que estaban ahí, tan claras como el agua.

Una vez más me he visto envuelta en la manipulación de una persona que sabe bien como llevar a cabo sus planes. Los ojos de Milano chocan con los míos a través del espejo retrovisor. Veo calma en ellos, aunque sé que también está dándole vueltas a las cosas. Me gustaría saber qué es lo que piensa en este momento, quizá solo esté concentrada en lo que hay que hacer y nada más. No es la primera vez

que resolvemos un caso juntas después de su llegada a Nueva Orleans, pero sí en el que nos enfrentamos a una persona que ha sabido jugar muy bien sus cartas.

Estiro el cuello y vuelvo a observar la luna. Son pocas las estrellas que hay en el cielo esta noche y la única luz que ejerce poder sobre nosotros es la de las farolas que iluminan nuestro camino hacia un lugar en el que tenemos la intención de entrar juntos, pero del que no sabemos si saldremos siendo el mismo equipo.

Pasan otros diez minutos y es la tercera vez que compruebo dónde está mi pistola y si llevo bien puesto el chaleco antibalas.

Milano gira el volante y después me mira, muerde su labio inferior y suspira.

—Llegaremos a tiempo, sé que están vivas.

—Ojalá tengas razón —le digo, intentando no elevar la voz. Es extraño sentirme tan arropada por mis compañeros y verme a la vez atravesar una cuerda directa al peligro.

Quizá todos nos sintamos así, dispuestos a dar nuestra alma.

En un abrir y cerrar de ojos, Milano aminora la velocidad y el coche que nos sigue repite la misma acción. Los dos quedan aparcados en uno de los callejones cerca de la casa abandonada que se levanta a unos metros más allá de nosotros. Antes de salir de la comisaría hemos comprobado una y otra vez los posibles accesos y vías de escape. Este barrió está lo suficientemente cubierto por varias cámaras de vigilancia en las que se veía a Declan junto a esa maldita mujer caminar por los alrededores. El ingenio de Dennise y todo el equipo ha hecho el resto.

Piso el asfalto con ese pensamiento atravesando mi mente y llevo el índice a mis labios. El resto sigue mis instrucciones cuando les indico que se abran en abanico para cubrir cada una de las calles que rodean al edificio que nos observa en silencio, dispuesto a meternos en una trampa si es necesario. Hace unos meses me enfrenté a esa posibilidad en mitad de un bosque, pero este lugar no parece menos peligroso, aunque todavía no entiendo por qué una persona lo elegiría para llevar a cabo un secuestro y posterior asesinato.

Bien dijo Milano que a veces no somos capaces de ver las cosas cuando las tenemos frente a nuestros ojos y puede que sea cierto.

Ambas caminamos en silencio, sin dejar de prestarnos atención ni tampoco apartando los ojos de lo que tenemos delante. Anthony llama mi atención y yo asiento, ya saben de qué se tienen que ocupar.

La parte de atrás está cubierta de barro y hay tantas hojas que parece como si nadie hubiera estado por aquí desde hace meses. Cuando mis botas se enfrentan al sonido de la naturaleza muerta, se me eriza la piel, cualquier ruido podría alertar a nuestra asesina, si es

que está en el interior de esta casa. Milano se para a mi derecha, mira a través de una ventana cubierta de polvo y me dice un «aquí no hay nada» con los labios. Yo afirmo y ella entra en acción.

No esperaba echar la puerta abajo, pero tampoco que tuviera tanta habilidad para forzar una cerradura sin la necesidad de muchas herramientas.

Otro de sus talentos, supongo.

Esta vez no sonrío porque estoy más concentrada en lo que tenemos que hacer. Las dos entramos y pisamos madera vieja y suciedad por todas partes. Huele a moho y a soledad. Las telarañas caen de los techos y forman dibujos geométricos perfectos en las esquinas que alcanzo a ver. Estamos al otro extremo de la casa y sé que el resto deben estar comprobando la parte delantera junto a los alrededores. Nosotras tenemos otro trabajo que hacer.

—No parece haber nadie… —susurra Milano.

—Los planos, debe haber un acceso por alguna parte.

Pero no encontramos nada.

No hay puerta que dé a un sótano ni nada que indique la presencia de un piso inferior. Eso me confunde y me hace suspirar. Tengo la linterna y el arma apuntando al frente y sigo así hasta que damos con la cocina y nos encontramos con más vacío y señales de que aquí no ha entrado nadie.

—Esto es muy raro. Dame un segundo. —Milano afirma y cojo la radio para hablar con los chicos. Es Claudia quien me responde—. ¿Qué veis?

—Aquí fuera no hay nada —responde ella—. Jeremy está echando un vistazo por la zona, pero no parece haber indicio de actividad. Puede que nos hayamos equivocado. Puede que Declan jugara con nosotros.

Sé que habla de las grabaciones, pero todavía hay algo que no me convence.

—Volved a mirar, estoy segura de que estamos en el lugar correcto.

Corto la comunicación y guardo mi arma intentando meterme en la piel de ella, en como escondería a dos personas sin darles la posibilidad de escapar.

Fabien se me cruza por la mente, recuerdo el escenario, los accesos, la habitación insonorizada…

Ellas tienen que estar aquí.

—No buscamos una puerta, no como tal —indico a Milano. Ella me mira y lee la mente de inmediato—. Fabien se pasó dos meses oculto en una habitación que nadie supo detectar porque no estaba diseñada como tal.

—Quizá haya una entrada oculta en alguna parte. Que los chicos busquen por la parte de arriba, nosotras nos encargamos de esta zona —dice ella y es quien da las instrucciones.

La idea de separarnos y romper con el plan inicial no me gusta demasiado, pero esto es parte del trabajo y lo único que me importa es encontrar a Julia y a Tanya con vida.

Saco el arma y vuelvo a apuntar al frente, la luz de mi linterna es capaz de guiarme por todo un escenario que puede casar perfectamente con la muerte. El frío se me mete en los huesos cuando doy un paso hacia un salón repleto de muebles ocultos por sábanas blancas. El polvo se levanta conforme camino y se mueve a mi alrededor con la misma rapidez que me late el corazón, mis pasos apenas se escuchan, de hecho, puedo oír con más claridad el ritmo de mi respiración hasta que la madera cruje bajo mis pies. El ruido me alerta, giro hacia mi derecha y un segundo después un arma se dispara.

La bala se estrella contra un mueble de madera, las astillas saltan y me rozan el cuello como si fuera la caricia de la muerte.

Frente a mí una sombra desaparece y se pierde por la habitación contigua.

Los chicos gritan a través de la radio.

—¡Que no salga nadie! —les indico y vuelvo a apuntar con el arma —. Jeremy, ve por el otro lado.

Cuando entro en una especie de sala repleta de estanterías el suelo vuelve a crujir bajo mis pies y el corazón me da un vuelco.

Marco una línea con la linterna y sigo el recorrido hasta que un pequeño hueco se abre en la pared. Me acerco y pongo la mano al lado de la estantería, pero no me da tiempo a hacer nada más porque otro disparo viene directo hacia mí y esta vez no falla.

...

No sé cuánto tiempo pierdo el sentido. Milano me abofetea dos veces y abro los ojos de golpe. El hombro me arde y siento como la sangre se desliza por mi brazo hasta manchar mis dedos, la herida de mi frente también se ha abierto. Cuando echo un vistazo a mi alrededor soy consciente de que no estamos en el mismo lugar y me levanto tan rápido que todo comienza a darme vueltas. Trastabillo y pego la espalda contra la pared.

—¿Dónde estamos? —Por un segundo siento que nos encontramos en el infierno, pero Milano me sonríe y eso me calma.

—Los chicos tienen todo controlado fuera. No saldrá viva de aquí.

—¿Julia y Tanya? —pregunto y siseo, el dolor de una bala es

insoportable, por suerte me ha dado en el hombro derecho—. Tenemos que sacarlas de ahí.

—Lo sé, he cerrado ambas puertas para impedir que pueda ir a por ellas. Tienen que estar ahí al lado, pero necesitamos aguantar cinco minut…

Una nueva bala atraviesa la puerta y ambas nos lanzamos al suelo. Nuestros cuerpos se arrastran hasta quedar cada una al lado de la madera donde empieza a colarse la luz. Fuera se desata también el caos, abro la radio y lo que escucho me deja sin habla.

«¡Agente caído, repito, agente caído! Necesitamos que vengáis ya…»

Milano y yo nos miramos, abrimos la puerta y apuntamos con el arma. Ninguna nos esperamos encontrar a Tanya frente a nosotras.

—Que sorpresa, ¿verdad? —dice y esboza una enorme sonrisa.

—Ahora somos dos contra dos —añade otra voz y de entre las sombras aparece la mujer que ha orquestado todo esto—. Detective Fortier, es un placer verte en acción, aunque espero que hayas cumplido con tu tarea.

Elizabeth Henris apunta su arma y da dos pasos al frente.

Quiero disparar, pero ella chasquea la lengua y me enseña su teléfono.

—Yo que tú no lo haría, si presiono esto… bueno, Julia arderá en el infierno.

—Estás loca, las dos. —Milano no baja el arma ni un milímetro, está dispuesta a correr el riesgo—. Si creéis que vais a conseguirlo, no sabéis contra quien os estáis enfrentando.

—En realidad diría que sí, he pasado semanas analizando cada uno de tus pasos. ¿Crees que no sé lo que estás pensando en este momento? —Elizabeth pinta un puchero falso con los labios y después me mira con determinación—. Ordena a los tuyos que no se muevan de donde están, o ellos también serán culpables de otra muerte más. Debí matar a Fabien hace mucho tiempo, aunque admito que ver cómo se pudría en esa habitación fue mucho más satisfactorio. Y Julien… bueno, él iba a morir tarde o temprano. Las adicciones son horribles.

—Debió ser divertido para ti, tenerlos a todos como pacientes, usándolos a tu antojo.

Ella se encoge de hombros, vuelve a sonreír y mira a Tanya a los ojos.

—Se hacer bien mi trabajo, no puedo decir lo mismo de vosotras. —Su voz destila esa clase de orgullo que impregna el alma de este tipo de asesinos.

—¿Qué tenías en contra de él? —Milano habla y dirige su voz hacia Tanya—. Tantos años ayudando a la familia de Gavin para… ¿terminar así? Es una lástima, me equivoqué contigo.

Entrecierro los ojos, mi atención está fija en ella y en su reacción. Le tiemblan los labios y por un segundo parece perder la seguridad que la caracteriza. Elizabeth no se da cuenta de que Tanya niega antes de apuntarnos con el arma de nuevo.

Un canto a la supervivencia.

De eso se trata todo esto.

—¿Os traigo un café? —ironiza Elizabeth—. Moveos, va a ser un placer acabar con esto.

Las gotas de sangre caen a través de mis dedos, manchan la madera vieja dibujando un reguero junto a mis pasos. Milano y yo dejamos las armas en el suelo y nos movemos para cumplir con las indicaciones de Elizabeth. Tenemos el cañón de sus armas en la cabeza y eso me pone los pelos de punta.

Dos segundos después nos obligan a sentarnos una al lado de la otra.

—¿No nos vas a deleitar con tu pequeña victoria? —La broma me cuesta una bofetada por parte de Elizabeth.

—Vamos, creía que nos conocíamos lo suficiente para saber cómo debes tratarme. ¿No te he ayudado durante este tiempo? —Es cierto, lo ha hecho y eso provoca en ella una sonrisa que me da asco—. Cuando Clara murió sentí como mi mundo se venía abajo, mi querida prima… ambas éramos uña y carne, mucho más que eso. Siempre la sentí como mi hermana. Vi con mis propios ojos como se consumía, no poder ayudarla, no comprender que había más allá de su corazón fue demasiado. Por eso dejé de ser yo y decidí dedicarme a esto —aclara y el pecho se le hincha de nuevo.

Elizabeth camina frente a nosotras con el arma en mano, sin perdernos de vista ni dejar de mirar a una Tanya que teme equivocarse en su elección.

—Desde entonces seguí los pasos de Fabien, me juré que pagaría por lo que le hizo a mi amiga y a Gavin. Ellos tenían toda la vida por delante —continúa—. En la universidad me gané su confianza, me enseñó a tocar la guitarra, comenzamos a estudiar juntos y después llegó Julien. Éramos el trío perfecto, un signo que se quedó para siempre impregnado en esa bonita guitarra…

Recuerdo su rúbrica, ella pintó ese tres. Su gesto se ensombrece, la forma en la que cuenta todo resulta doloroso y me reprocho de inmediato empatizar con ella.

Pero en este mundo no hay nadie cien por cien bueno, ni tampoco

malo.

Yo misma lo sé.

—Y entonces, te dejaron de lado. —Milano interviene y el tono de su voz no le hace ni pizca de gracia.

—¿Quién te crees que eres tú? —Elizabeth da un paso y pone el cañón de su arma sobre la frente de Milano. La sangre se me congela de inmediato—. ¿Acaso no eres igual que él? Tan arrogante, creyéndote tan superior a Katherine. Algún día ella se dará cuenta y tendrás que volver a Nueva York, aunque espera… no, eso no pasará.

Elizabeth se ríe y temo por la vida de Milano.

Ella no aparta la mirada de una asesina que parece desquiciarse por segundos. Tanya aprieta los labios y vuelve a negar cuando señala a la mano izquierda de Elizabeth. Tengo que pensar en algo y debo hacerlo ahora.

La radio suena y altera todavía más a una mujer que se gira y me apunta entre las cejas.

—Te he dicho que… ¡apagues eso!

—Vale, vale —le digo y levanto ambas manos. Después la miro a los ojos—. Elizabeth, sabes que esto no va a acabar bien. Deja libre a Julia, no sentencies tu vida a la pena máxima.

—¿Crees que eso me asusta? No me conoces tan bien como yo creía, Fabien tampoco lo hizo y por eso lo pagó con su vida. Podríamos haber hecho cosas increíbles, honrar la memoria de Clara y Gavin, pero el egoísmo les pudo y ahora, su querida Julia se unirá a ellos.

Elizabeth nos enseña su teléfono. Yo tomo aire y me preparo para lo peor.

—Te equivocas en algo. —La interrumpe Milano y sonríe a la vez —. No soy superior a Katherine, soy su compañera de equipo.

Milano asiente y en un abrir y cerrar de ojos se abalanza sobre Elizabeth.

El arma de ella se dispara.

El corazón se me paraliza cuando veo a Milano caer, Elizabeth le ha dado en las costillas y se dobla de dolor. Antes de que la asesina vuelva a apuntarle con el arma me lanzo a por ella y con decisión le golpeo con la palma en el cuello, no la mata, pero el segundo que la deja sin respiración es suficiente para ponerme a su espalda y hacerle una llave. Su pistola cae, Milano la coge y apunta a Tanya, quien se rinde al segundo, poniéndose de rodillas.

Los chicos tiran la puerta abajo, por fin estamos a salvo.

Milano se dobla por la cintura, apoya las manos sobre sus rodillas y me mira en cuanto se llevan a ambas esposadas.

Yo levanto una ceja ensangrentada.
—En serio, necesitas esas clases de *krav maga* —le digo.
Ella levanta la mano y yo le dedico la mejor de mis sonrisas.

22

La verdad íntima se oculta, por suerte.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

18 de enero de 2023, miércoles.

Parece que últimamente se ha convertido en costumbre acabar en el hospital. Desde aquí veo a Nick ir de un lado a otro por el pasillo y eso me pone de los nervios, sé que está preocupado y que no soporta la idea de verme en peligro, pero deseo que se vaya a casa a dormir y a estar con su familia. Julia Michaels, descansa en la habitación contigua. Cuando la encontramos presentaba signos de deshidratación y sufrió un ataque de pánico, ahora está estable, aunque todavía no he podido hablar con ella y quizá sea lo mejor, tener un par de horas de descanso tras lo ocurrido, de desconexión total, alejada de armas, de gritos, de amenazas y de peligro, de todo lo que ha podido quitarme la vida. Dos horas libres en una profesión donde es difícil de conseguir.

—¿Vas a dejar de caminar? —Alzo un poco la voz para que Nick sea consciente de mis palabras y cuando se gira me enseña el dedo corazón.

—¿Vas a dejar de intentar que te maten? —Aunque levanta una ceja, no hay ni pizca de broma en el tono de su voz. Mi hermano se cruza de brazos y entra a la habitación con ojos rojos por las horas sin dormir—. No sabes lo difícil que es estar en casa, siempre pendiente del teléfono por si os pasa algo. Alexander y tú me vais a matar de un infarto.

Podría decirle cualquier cosa para aliviarle de ese pesar, pero sé que nada va a ser suficiente.

Nick me mira y yo le dedico una sonrisa, doy varias palmadas en la cama y le pido que venga a mi lado para ser yo quien le abrace cuando se sienta.

—Sé que después de lo que pasó con papá esto es muy difícil para ti, pero no puedo renunciar a este trabajo, esto es mi vida Nick… tú más que nadie lo sabes. —Beso su frente y el suspira.

Claro que lo entiende.

—Nunca te pediría que renunciaras a ser lo que eres, aunque tampoco puedo evitar querer alejarte del peligro —dice, levanta la vista y me dedica la mejor de sus sonrisas—. A veces pienso que

podrías aceptar el puesto de sargento, estar menos en las calles, pero eso te pondría como un demonio encerrado y no quiero desatar tu furia.

—Eres un idiota.

Ambos reímos y yo le pego un golpe en el brazo. Siseo por el dolor que eso me da en el hombro, aunque no cambiaría estos días por nada del mundo.

—Cuando me recupere te pegaré una paliza en tu garaje, ¿qué te parece? Aunque estaba pensando que podríamos cumplir con la promesa que hicimos hace unas semanas. Quiero ver a Milano con un bate de béisbol y el casco, si es tan competitiva como en el trabajo, nos vamos a divertir bastante.

Esta vez Nick sí que sonríe de verdad, me besa en la mejilla y vuelve a abrazarme.

—Hablando de ella —dice y mira su reloj—, me ha dicho que vendría en un rato, estaba preparando junto a uno de tus compañeros el interrogatorio a Tanya, pero haré como que no sé nada —bromea y se encoge de hombros. Ojalá siempre pudiera contar con él para hablar del trabajo—. Todavía me resulta difícil de creer que haya sido esa mujer…

—Al parecer tengo un imán para los psicópatas. —Intento sonreír, pero lo cierto es que esto no tiene nada de gracioso—. Lo único que lamento es no haberme dado cuenta. Fabien desapareció semanas después de ir a la consulta de Elizabeth por primera vez, nunca vi nada que me resultara extraño, ni siquiera tomaba anotaciones cuando estaba conmigo, usaba la derecha para despistarme. Toda una profesional. —Bufo.

—De eso trata su trabajo ¿no? —Nick se aparta y lleva sus manos a mi cara. Me encanta ver el orgullo atravesar su mirada—. Y el tuyo es el de atrapar a esta clase de personas, tarde o temprano siempre lo haces y jamás debes sentirte culpable por los que han quedado atrás. Tú no le pones la pistola a nadie en la cabeza.

—Eso lo sé, pero… es… si lo pienso fríamente, ella estuvo ahí desde el principio. No puedo evitar preguntarme cuanto tiempo me espió o si yo fui el inicio de este juego. Quien la instó a ponerse en la casilla de salida. Milano dice que no, que en realidad a quien tenía bien vigilada era a Julia, a Fabien, a todo su grupo… y que yo me interpuse en su camino, pero no sé… —Muerdo el interior de mis mejillas y niego poco después. Respiro con calma y bebo un poco de agua—. Tampoco puedo saber las respuestas en este momento, lo único que quiero es que el médico me diga que puedo irme de aquí para terminar con esto de una vez por todas.

—Eres tan impaciente como Alexander —protesta Nick.

—Y como tú —le aclaro y pongo el índice en su hombro.

Veo en su cara la rebeldía que ha estado con él desde que era un niño, solo que, en vez de responder con el mismo gesto en mi frente, me abraza y se queda ahí durante un par de segundos.

Tiempo que a mí también me da para respirar y poder poner todos mis pensamientos en orden.

Del latido de su corazón me quedo con la fortaleza que siempre ha demostrado tener a mi lado. De su respiración tomo la energía suficiente para tumbar cada uno de los miedos e inseguridades que se han quedado conmigo a lo largo de estos días, y es su mirada la que me demuestra una vez más que cada paso que he dado no ha sido erróneo, sino el necesario para poder sumar otro caso cerrado.

Quince minutos después, prácticamente he tenido que echar a patadas a Nick y el médico me ha dado la orden de descansar durante una semana para que la musculatura del hombro no sufra mayores consecuencias después de sacarme la bala. Tengo el brazo en cabestrillo y aunque no luzco el mejor aspecto, no puedo irme del hospital sin ir a ver a Julia, así que me pongo la chaqueta de cuero como puedo y recorro la poca distancia que nos separa hasta que llego a la puerta de su habitación y llamo.

Las lágrimas nublan los ojos de Julia y veo como los labios le tiemblan. Se mueve encima de la cama, pero yo niego y voy hacia ella.

—No te preocupes —digo y le ofrezco un vaso de agua—. Toma, bebe un poco.

Ella asiente y le pega un buen sorbo. Las manos le tiemblan y le cuesta respirar. Sé que va a pasar mucho tiempo hasta que pueda recuperarse de esto, si es que lo llega a hacer del todo. Porque cabe la posibilidad de que su alma también se pierda por el camino, siendo otra voz perdida.

Aunque cuando la miro, me prometo que haré todo lo posible porque eso no le ocurra.

El sol entra con fuerza y las sombras se dibujan en el mármol blanco, no hay nada de bello en este tipo de escenario, salvo que lo mires de la manera en la que yo lo hago cuando choco con la mirada de Julia, una superviviente más, alguien que no ha caído a manos de una maldita asesina, a pesar de que tenga un futuro complicado por delante.

—Quería darle las gracias… —susurra y solo en ese momento es capaz de levantar la mirada de sus manos—. Ella… ella no dejó de burlarse, dijo que no lo conseguirías, pero yo nunca le creí. Se jactó de conocerte, pero n…

—No lo hacía en absoluto —aclaro y le dedico una sonrisa—. Conocía mis miedos, las razones por las que a veces me costaba

ponerme en pie, pero nunca supo los motivos por los que consigo seguir caminando. —Al girar mi rostro soy capaz de ver más allá de las ventanas, el movimiento de la ciudad despierta mis sentidos y me hace sonreír, aunque sea levemente—. Supo quién era Katherine, en parte la conocía, pero jamás se enfrentó a la detective Fortier y ahora estoy muy segura de que se arrepiente.

—Me has salvado la vida, tú y también la agente Milano. Todo el equipo. ¿C-Cómo está él?

—¿Jeremy? —Julia asiente y muerde otra vez sus labios. Veo la pena bañar su expresión, pero no hay nada de lo que deba preocuparse—. Es tan duro como yo o como mi hermano. Él también fue soldado, así que sobrevivirá y cuando menos lo espere estará patrullando otra vez por Nueva Orleans.

—No podría cargar con eso en la conciencia. —Se lamenta ella.

Yo vuelvo a negar.

—Tú no eres una asesina, fue Elizabeth y ahora pasará el resto de su vida entre rejas —aclaro y dejo ir el aire con tranquilidad—. Sé que no debería molestarte con esto, pero antes de irme necesito saber algo… ¿qué puedes decirme de Tanya?

Julia pide un poco de agua y yo vuelvo a llenarle el vaso, cuando bebe, logra respirar y me mira esbozando una sonrisa. La fina línea que se dibuja en sus labios hace que sus ojos brillen, llenos de esperanza, y eso me entrega una paz que también necesitaba.

Me quedo en silencio y espero a que esté preparada para hablar. No hay prisa cuando se trata de liberar los demonios que te oprimen el corazón.

—Puede que suene difícil de creer, pero ella no estaba implicada en esto, al menos no bajo su propia voluntad. Hace unos días me contó que su futuro profesional dependía de que algo importante saliera bien. —Julia levanta la mirada y lleva ambas manos a su pelo—. Tenía miedo a no poder seguir ayudando a Gavin, se veía nerviosa pero nunca me pude imaginar que fuera por esto.

—Entonces piensas que la estaban coaccionando —digo y ella asiente, no parece tener dudas de ello. Y yo tampoco. Le dedico una sonrisa y cuando el teléfono vibra en mi bolsillo afirmo y le dedico una sonrisa—. Tengo que irme, pero me gustaría pasarme por aquí antes de que te den el alta.

—No se preocupe, detective, mi madre estará a punto de llegar.

—Es lo menos que puedo hacer —aclaro y la saludo con la mano—. Vas a salir de esta, te lo prometo.

Y cuando salgo por la puerta me anoto en la mente cumplir con este cometido.

…

El silencio nos rodea durante todo el trayecto a la comisaría. Milano está concentrada en la carretera y yo no dejo de pensar en todo lo que ha pasado en las últimas horas. El hombro me sigue doliendo como si tuviera un hierro quemándome en el interior de la herida, pero intento ignorarlo y poner toda mi atención en los últimos rescoldos que debo apagar de un caso que podría haber tenido consecuencias peores.

Milano aparca su BMW en la plaza habitual y apoya la espalda en el respaldo de su asiento. No ha dicho nada y eso me preocupa tanto que no sé ni cómo expresarlo.

Dos segundos después me mira y esboza una sonrisa, aunque la tristeza no abandona su expresión.

—¿Qué pasa? —Me fundo una vez más con el color gris de sus ojos y trato de hacer que sonría con un beso en sus labios—. No me digas que me dabas por muerta —bromeo y al segundo me reprendo por decir tal tontería—. Lo siento…

—No deberías bromear con esto. Sabes que cualquier día podría pasar… a ti, a mí, a los chicos. —Milano suspira y apoya la cabeza antes de girarse un poco para poder mirarme a los ojos—. Me cuesta admitirlo, pero sentí un miedo atroz ahí dentro. Cuando Elizabeth puso el cañón de su pistola en mi cabeza rogué porque no apretase el gatillo. Yo siempre he sido la que lleva el control en los interrogatorios, pero fuera de ahí… nunca he sido tan buena agente de campo y la verdad es que a veces siento que no sirvo para esto.

—Eso no es verdad —susurro. Busco una de sus manos y dejo que el calor de su piel me penetre por completo—. Puede que estés un poco oxidada, pero has sido una pieza esencial para resolver este caso, yo no podría haber dado un paso sin ti —aclaro—. Es cierto que tengo a los chicos…

—¿Pero? —pregunta y siento que pierde el poco de valor que le queda.

—Nunca serán tú. —Mi respuesta es suficiente para que Milano sonría. Vuelvo a besar sus labios y me quedo ahí unos segundos, fundida con el color rojo de estos y ese perfume que jamás me cansaré de tener cerca de mi propia piel. Cuando dejo mi mano en su corazón sé que ya no podré vivir sin ella y ahora soy yo quién se aterra de solo pensarlo—. Será mejor que entremos o Clyde nos pegará la bronca.

Las dos reímos y descansamos unos segundos en el coche antes de dejar que la ciudad se preste a nuestra voluntad otro día más.

Nada más entrar a la comisaría somos recibidas con sonrisas y la felicitación de algunos compañeros, no me gustan los elogios, pero

debo admitir que sienta bien resolver otro caso más y esta costumbre entre todos los agentes de este lugar se ha convertido en una rutina que no quiero perder. Aunque la alegría no dura tanto como me hubiera gustado.

Anthony y Claudia nos esperan con un vaso de café en mano, yo cojo el mío y el sorbo me resulta sanador, odio que no me dejen beberlo en el hospital.

Más allá del cristal veo como Clyde nos sonríe y no tarda mucho en venir a nuestro encuentro.

—Todo está listo para que hables con Tanya —comunica y yo asiento. Hay una pequeña pausa entre nosotros hasta que él se me abraza y deja ir un suspiro—. Lo has hecho muy bien, tienes que estar orgullosa.

—Cuando Elizabeth pague por sus crímenes —aclaro y ninguno piensa lo contrario.

Vuelvo a beber y dirijo mis pasos hacia el pasillo.

La sala no está tan fría como en momentos anteriores y aunque las cámaras ya están grabando todo lo que Tanya tenga que decir, no pretendo convertirlo en un interrogatorio.

Milano me guiña un ojo y entra junto a mí.

Ambas despertamos en ella un sentimiento de pesadumbre, pero en esta ocasión no cambia su expresión por un gesto más duro. Está vulnerable y ya no quedan más cartas sobre la mesa que deba usar para evitar esta conversación.

—La fiscalía no va a presentar cargos —anuncio y Tanya abre los ojos como platos. Sus labios empiezan a temblar y juraría que está a punto de echarse a llorar—. El peso de la justicia caerá sobre Elizabeth al cien por cien, creo que tú ya tienes suficiente castigo con saber lo que les ocurrió a los chicos —aclaro y aunque Milano me mira de reojo no pone pega a ninguna de mis palabras. He sido dura, pero así es la vida—. Entendemos por qué siguió las instrucciones de Henris, pero quiero que sepa que pudo buscar otras alternativas.

—Ustedes no lo entienden, la familia de Gavin recibió una notificación poco después de que encontraran a Fabien sin vida, iban a retirarle todos los servicios médicos, iba a morir.

—Sé que es muy cruel decirlo, pero ¿no han pensado que tal vez sea lo mejor? — digo y sus manos empiezan a temblar, solo en este momento es cuando ella levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—Puede que no despierte nunca, pero ha mostrado signos de mejora. Si fuera su hija… si fuera Mila, ¿no habría hecho todo lo posible?

Mi silencio dura pocos segundos y no puedo hacer otra cosa que

asentir.

—Por supuesto que sí, una madre haría lo que fuera por sus hijos —digo y el corazón me da un vuelco al imaginar un escenario donde me entregan una segunda oportunidad de traer a mi hija de vuelta—. Esta mañana nos hemos puesto en contacto con su madre, al parecer Fabien dejó por escrito que, si algún día le pasaba algo, todas las ganancias de su música serían para su cuidado sin importar si despertara o no.

—¿Han recuperado todo?

Le doy la confirmación con una sonrisa.

Tras detener a Elizabeth Henris encontramos en su casa todos los objetos que fueron robados el día que salvamos la vida a Julien —un ordenador, varios diarios antiguos y una caja con fotografías de su época universitaria—, junto a la ropa que llevó el día de su persecución. En un armario también había pelucas, gafas y otros elementos que la ayudaron a parecer otra persona en diferentes momentos del día, cuando iba en coche a trabajar o se cambiaba de estilismo en cualquier tienda con tal de perder la pista a cualquiera que pudiera poner atención en ella.

Dennise nos informó que también había unas cuántas fotografías más y que la gran mayoría de citas que tenía agendadas fuera de la consulta para cubrir su espalda, fueron mentiras bien obradas.

Su secretaria no tenía idea de nada. Donovan fue quien robó las llaves del edificio donde encontramos a Fabien y que pertenecían a la familia del atacante que murió a manos de Milano.

Mi mente se queda en paz al saber que ya no pondrá en peligro la vida de nadie más, a la espera de que un nuevo asesino llame a nuestra puerta.

Porque, lamentablemente, no podemos escapar del eterno mal que nos persigue.

Aliviada, le doy la mano a Tanya y ella sonríe. Solo me queda firmar un par de papeles para que pueda irse a casa y después, me tomaré tres días libres para recuperarme. Antes de abandonar la sala, vuelve a llamar mi atención.

—Me gustaría honrar el legado de Polaris. —Nos dice y las tres nos miramos entre sí. Milano sonríe ampliamente y asiente—. ¿Creen que es una locura?

—Creo que es lo mejor que podrías hacer —le responde Milano—. Diré a los chicos que entreguen todo a la familia, seguro que a ellos también les parece una buena idea.

La sala queda atrás y mientras camino por el pasillo, vuelvo a sonreír con una paz que hacía tiempo no sentía.

23

La luna extendía sobre todas las cosas una fina capa de plata.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

29 de enero de 2023, domingo.

La tormenta se disipa ahora que la luna pinta el cielo, brillando con una fuerza increíble entre el conjunto de nubes negras que llevan cubriendo Nueva Orleans todo el día. El aspecto sombrío es digno de disipar a golpe de jazz y por primera vez en mucho tiempo agradezco oír en las calles la música y la gente danzando, riendo y disfrutando como si la lluvia fuera a curar cualquier tipo de dolencia. Mi pelo está empapado y se pega a la chaqueta de cuero sin ningún tipo de pudor, es algo parecido a una segunda piel y aunque el frío ya me cala cada uno de los huesos, lo cierto es que no me importa en absoluto. Milano clava su mirada en mí y muerde su labio inferior, de un rojo perfecto e hinchado por culpa de mis besos. Ella respira sobre mi cuello y después muerde mi mandíbula, su cuerpo parece bailar en compañía de la música y no se detiene por más que haya gente a nuestro alrededor.

Siseo al moverme para llevar las manos a su cintura y atraerla hacia mí. Ella se para, pero yo niego, no quiero que se aleje ni un centímetro.

Nunca más.

Y así viene siendo cada una de las noches desde que cerramos el caso Polaris y ella se vino con una maleta a casa.

—¿Solías hacer estas locuras en Nueva York? —susurro sobre sus labios y la aparto un poco con la única intención de ver sus ojos grises fundidos con la oscuridad de la noche.

Apenas puedo ver lo que hay a nuestro alrededor, pero mi sonrisa se queda grabada en sus ojos y eso es más que suficiente para sobrevivir otro día más en este mundo de pesadilla.

—Lo cierto es que sí… —dice y noto que miente de inmediato. Como respuesta pongo la mano en su pecho y la aparto de mí con la única intención de molestarla. Deslizo la espalda por la pared. Ella tarda un segundo en atraparme contra su cuerpo—. ¿Dónde te crees que vas? —pregunta y me atrapa por las muñecas sin ser demasiado dura—. He dicho que sí, pero nada de si lo disfrutaba tanto como

ahora —sisea.

Y me deja sin respiración.

Sus labios contra los míos. El latido del corazón en su cuello. Los cítricos fundiéndose con mi boca. Todo me lleva a un callejón de locura donde hay diferentes salidas, siempre con ella presente.

El cuerpo me arde tanto que apenas puedo pensar y noto que la sangre de mis venas me palpita en las sienes. Estoy perdida por su culpa, de la forma más deliciosa que una persona pueda llegar a experimentar. De repente, la música se esfuma, ya no hay pasos y solo quedamos Milano y yo, una frente a la otra desechando la idea de luchar contra nuestro instinto, ese en el que ella gobierna mis actos y yo los suyos.

La cicatriz del hombro me cosquillea cuando Milano cuela sus dedos entre mi ropa mojada y el dolor desaparece de inmediato. Todos mis músculos responden a su tacto y ahora sé que no hay marcha atrás. Tampoco quiero que exista esa posibilidad. Muerdo su labio y la miro a los ojos, necesito quitarle toda esa ropa ya, así que tiro de ella y nuestros cuerpos se funden con el callejón que tenemos a la derecha. A su lado todo me resulta más atractivo y mis ojos se lo dicen de inmediato.

El Barrio Francés se funde con nuestros cuerpos y sigue nuestros pasos cuál vigilante nocturno. De vez en cuando me paro, giro y la vuelvo a besar con esa necesidad de mezclar mi respiración con la suya, como cada célula que Milano despierta, con una sonrisa y sus dedos marcados sobre mi piel. Bourbon Street se ve totalmente diferente sobre sus ojos y no puedo evitar que esa imagen me entusiasme todavía más. Nosotras de la mano, ella atravesando el porche y juntas abordando el interior de una casa que ha recuperado la vida gracias a ella. Las columnas blancas nos observan y la beso una última vez antes de subir las escaleras. Las llaves se me caen por culpa de su risa a mi espalda, mientras intenta deshacerse de la camiseta que llevo entre la cintura del pantalón.

—Vas a hacer que me congele —protesto, pero la verdad es que no me importa.

Después de tres intentos meto la llave en la cerradura, apoyo la espalda en la puerta y cuando la quiero girar la abro sin necesidad de hacerlo.

Milano se queda estática y a mí se me hiela el cuerpo.

Pongo el índice en mis labios y le pido silencio mientras abro despacio la puerta, para encontrar nada más que oscuridad en el interior.

De inmediato busco el arma que suelo esconder en un cajón doble que hay en la mesita nada más entrar. Deslizo mis pies, pero no parece

haber nada. ¿Habrá sido mi imaginación? Es lo primero que se me pasa por la mente cuando apunto y cruzo el umbral hacia el salón. *O puede que simplemente nos hayamos dejado la puerta abierta*, me digo sin mirar atrás. Todo parece estar en orden cuando miro a mi alrededor, no hay ventanas rotas ni noto que falte algo. Milano sigue mis pasos en completo silencio, se para en dirección al pasillo y echa un vistazo, niega y yo sonrío.

—Me haces perder la cabeza. —La culpo y muerdo mi labio inferior.

Cuando bajo el arma alguien sale de las sombras y se abalanza sobre mí.

El peso de un hombre cae por completo contra mí, me da un puñetazo en la cara y estoy a punto de perder el conocimiento. Lo siguiente que escucho son cristales rotos y la mesa partiéndose en pedazos con el peso de Milano sobre ella. Toso sin parar y arrugo los dedos sobre el suelo en un intento por ponerme de pie. Hay una figura enorme vestida de negro, sus ojos oscuros como la noche me miran antes de caminar hacia mí. Yo me arrastro e intento escapar de él, pero me resulta imposible.

Sus manos me agarran de la ropa y me levantan con el peso de una pluma, me estampa contra la pared y otra fotografía se rompe. Noto un pinchazo en el cuello y mi mano va hacia ahí para llenarse de sangre inmediatamente.

Milano me grita, pero no soy capaz de escuchar lo que dice. Estoy aturdida por el dolor y aunque intento defenderme las manos del tipo se me clavan al cuello como el aguijón de una serpiente a punto de acabar conmigo. Golpeo el pecho del hombre, pongo las manos en sus muñecas, la visión se me nubla y pienso en ella con tanta fuerza que cada hueso de mi cuerpo se hace añicos cuando noto como me suelta y vuelvo a caer contra el suelo. Pienso en Nick, en todos los entrenamientos que hemos tenido juntos y entonces ruedo. La pistola, tengo que encontrar la pistola. Escucho pasos y a mi alrededor todo se convierte en caos.

Las sillas están rotas y hay un jarrón hecho añicos en el suelo. Apoyo las manos sobre los cristales y grito de dolor al sentir como la piel se me abre.

—¡River! ¡¿Dónde estás?! ¡RIVER! —grito su nombre una y otra vez.

No escucho nada, tampoco la veo.

Ella responde dos segundos después. El dormitorio.

La pistola aparece a mi izquierda, me levanto como puedo y la empuño con las manos temblándome. No puedo pedir ayuda así que avanzo por el pasillo e intento no pensar en la imagen del demonio

esperando por mí para abrirme las puertas hacia el infierno.

Mis pasos son irregulares, la sangre me cae por el cuello y se cuela por mi cuerpo en forma de pequeños ríos que atraen el pecado y dolor, un intenso dolor.

Veo a Milano tirada en el suelo frente a mí y el instinto me dice que corra a por ella.

—Katherine, ¡no!

El monstruo aparece a mi lado y me empuja con todas sus fuerzas. Esta vez escucho el *crack* y lo único en lo que puedo pensar es en que ella se salve. Desde donde estoy puedo oler a humo, pero no alcanzo a ver como este se cuela a través de la ventana.

Mi casa está en llamas y lo único en lo que puedo pensar es en Milano.

Tomo una bocanada de aire y aparto el dolor de mí, lo alejo todo lo posible para llevar mi mente y mi cuerpo a ese palacio mental donde siempre me he sentido invencible y a salvo. Mis manos tantean el suelo y varios segundos después encuentro a mi fiel compañera.

Apunto el arma, aunque no sé bien a donde, hasta que la figura se alza sobre mí y le disparo una, dos y hasta cinco veces. Cada bala se hunde en su cuerpo con tanta furia que cae de rodillas de inmediato. La sangre baña el escenario y se mezcla con la mía. Hay una delgada línea entre la vida y la muerte, giro la cabeza y la busco a ella. Está desmayada y alguien la arrastra por el suelo, yo balbuceo, intento decir algo, pero no hay cordura en mis palabras ni tampoco tengo fuerzas para moverme. Cuando apoyo la cabeza en el suelo siento como las lágrimas se deslizan agotadas por mi piel. Miro el techo y pienso en todo lo que he vivido los últimos meses, en lo perdida que estaba y como encontré el rumbo gracias a ella.

Siempre supe que moriría batallando contra el mal, como lo hizo mi padre en su día.

Y lo único que lamento es no haber tenido más tiempo para estar a la altura de lo que él fue como agente.

Cuando cierro los ojos veo a Milano con sus gafas de pasta, sonriendo con sus labios rojos y eso me resulta más que suficiente.

Pasan dos segundos y esta vez me abrazo mientras acaricio el abismo.

...

Un año y tres meses después.

Dicen que cuando la oscuridad te atrapa es muy difícil escapar, se convierte en tu segunda piel y hace de ti una persona completamente diferente. Los días dejan de ser días y las noches se convierten en las

reinas absolutas de tu vida, caminas sobre esa delgada línea en la que te pierdes y no das paso a la cordura, a los buenos momentos, a las risas o una jornada normal. El nunca más se convierte en tu discurso y no hay nada a tu alrededor que tenga la capacidad de lograr algo distinto.

Sucumbes, te pierdes, mueres y si tienes la suerte de abrir los ojos, sigues muriendo en vida.

—¡Mas fuerte! Venga, puedes hacerlo. ¿Vas a rendirte ahora?

Los pies de Nick se mueven rápido y lanza un puñetazo que me golpea en el abdomen. El sudor le cae por el cuello y cubre gran parte de su cuerpo. Yo levanto la mano para pedirle un momento, intento recuperar la respiración, pero la presión en el pecho me deja saber que estoy agotada, aunque no pienso rendirme. Limpio mi frente y doy una palmada frente a sus ojos antes de ponerme en posición. Nuestras manos y muñecas están protegidas, aunque no hemos podido evitar las ampollas y heridas que ya se abren en mis nudillos y palmas.

Echo la cabeza a un lado y a otro, coloco bien mis pies y me voy directo a por él.

Nuestros cuerpos danzan como en una pista de baile, solo que no hay música a nuestro alrededor y sí el sonido de los golpes y de nuestras respiraciones entrecortadas. Mi hermano frunce el entrecejo y se muerde el labio inferior, lanza un golpe, pero yo lo esquivo con el brazo. Un segundo después estoy a su espalda, le rodeo el cuello y le golpeo tras la rodilla para hacer que caiga al suelo, inmediatamente levanta las manos y se rinde.

—Estás recuperando tu agilidad, hermanita —dice en tono burlón.

—Aún no has visto nada —le rebato.

Y es cierto.

Antes de que pueda ponerse en pie me lanzó a por él y doy otra serie de golpes. Lanzo mis puños, apoyo mi pierna derecha y giro para darle una patada que no puede detener.

Ahora soy yo quien le devuelve la jugada y lo deja sin poder respirar.

La sesión de entrenamiento se interrumpe cuando Bethany da dos toques en el marco de la puerta que da al garaje.

—Katherine, Jeremy te busca —me dice ella con el gesto cansado.

Ya es la segunda vez que viene aquí esta semana y estoy harta de decirle que no pienso volver a la comisaría con él. Lo que pasó aquella noche cambió todo para mí y el dolor con el que sigo recordando todo me hace perder los nervios. Si no fuera porque Nick está aquí sería capaz de tirar una de las estanterías abajo a patadas.

Llevo las manos a mi cabeza y grito, rota por la rabia antes de

tomar aire y llevar la mirada hacia mi cuñada.

—Dile que ahora subo —le comunico y después miro a mi hermano, quien me cede una botella de agua para que me refresque—. Estoy harta.

—Te necesitan Katherine, y lo sabes —dice, en un intento por convencerme.

Me niego a caer en sus brazos, pero él insiste y arrastra mi cuerpo hacia él para lograr que apoye la cabeza en su pecho. Estoy al borde del llanto y lo sé por como empiezo a temblar, sin embargo, me armo de todo el valor posible y me separo para mirarle a los ojos.

Ya no hay brillo en los míos y con suerte puedo levantarme de la cama para ir a dar clases de defensa personal a mujeres y jóvenes que, como yo, están expuestas a un peligro que es inminente y que, sobre todo, nunca duerme. Durante semanas me di al insomnio, maté las penas entre cigarros y cerveza, vagué por las calles de Nueva Orleans sin rumbo y también sin placa, porque ya no pude pisar el departamento de policía y tampoco puedo hacerlo ahora. No sin ella, no sin mi compañera de equipo, no sin la mujer con la que todavía sueño.

Ella está en el suelo, se arrastra, pero cuando abro los ojos desaparece y lo único que me rodean son las cenizas de una casa que también he perdido.

A veces camino hasta Bourbon Street, veo la parcela vacía y noto como las piezas de mi corazón vuelan con los resquicios que quedan de un lugar donde recuperé la felicidad. Cierro los ojos y vuelvo a ver a Milano, convencida de que estaba ahí, pero me equivoqué y ahora caigo con la culpa de su muerte. Ella me salvó y yo la dejé ir.

Jamás me lo podré perdonar y esa es la principal razón por la que dejé mi placa y mi pistola sobre la mesa de Clyde.

—Tengo que ir o no va a dejar de insistir —susurro sobre el pecho de Nick. He contado los segundos y mi único deseo es quedarme aquí para siempre—. Además, tengo que darme una ducha e ir al gimnasio, las chicas no tardarán en llegar.

—Está bien —me dice él, se aparta y me mira a los ojos. Después aparta un mechón de mi cara y sonríe—, pero prométeme que no vas a hacer ninguna tontería. Alexander está a punto de llegar a casa, los tres conseguiremos salir adelante.

Afirmo, aunque no le prometo nada.

Ya no puedo hacer promesas, porque yo misma me he encargado de romperlas todas.

Intento arreglarme un poco mejor el pelo y me quito la cinta de las manos, las tengo tan rojas que me escuecen al tanto, pero el dolor ya

no me importa, ahora es mi mejor compañero, parte de mi alma.

Subo las escaleras y doy con el pasillo que va directo a la cocina. Bethany me sonríe desde ahí, su gesto está cargado de pena y de dolor, es tan sincera que duele sentirme querida y no saber cómo corresponder cada uno de esos sentimientos. En la puerta de entrada veo a Jeremy, lleva el pelo más largo y se ha afeitado, probablemente se ha quitado veinte años de encima y eso me hace sonreír, pero el gesto se esfuma en cuanto me mira a los ojos.

Lleva la placa en la cintura y el destello del metal me deja paralizada cuando lo veo.

Muerdo el interior de mis mejillas y las manos me tiemblan. Me gustaría poder gritarle que se vaya de aquí, pero hoy no tengo fuerzas para nada, así que suspiro y me apoyo en el marco de la puerta.

—Ha ocurrido algo —suelta y veo la preocupación en su mirada—. Claudia ha intent…

—No sigas Jeremy, os he dicho que no voy a volver, ¿no he sido lo suficientemente clara? Ella y Anthony pueden ocuparse perfectamente de cualquier caso y tú te has convertido en un buen agente, veo las noticias. —Le sonrío y me cruzo de brazos.

Pero en su mirada hay algo más y lo sé por cómo se lleva la mano hacia el pelo, es su signo más claro cuando está nervioso.

—Es… es… —La voz se le atasca en la garganta y parece que vaya a dejar de respirar. Le veo inflar el pecho y echa el aire con pesadez—. Es Milano, está viva.

Mis brazos caen a cada lado con peso muerto y siento como las paredes tiemblan. Debe ser una puta broma, tiene que estar bromeando. Jeremy sigue hablando, intento escucharle, pero no puedo. A cambio, los oídos me pitan y solo alcanzo a escuchar un «viene hacia aquí» que me pesa en el corazón. Nick aparece a mi lado y me atrapa entre sus brazos para evitarme caer. *No, no puede ser*, me repito. La imagen de su ataúd se me cruza por la mente. Sus madres llorando, los trajes negros de toda la comisaría, sus compañeros del FBI, la bandera de los Estados Unidos ondeando a media asta. Los recuerdos se funden con el fuego que convirtió en cenizas mi casa. Ella está muerta, Dennise nos lo confirmó con lágrimas en los ojos.

—Detective Fortier, ¿está bien? —Jeremy da un paso al frente y yo niego.

Aparto a Nick de un empujón y salgo corriendo sin mirar atrás.

Nueva Orleans se abre ante mí. Atravieso calles y avenidas sin freno, con lágrimas en los ojos y el dolor partiendo cada uno de mis huesos. Los coches pitan y la gente me mira, pero no me importa, nada me importa. Esto tiene que ser un sueño y quizá lo sea porque el asfalto comienza a agrietarse bajo mis pies.

«Milano está viva», me dice una voz y su sonrisa aparece frente a mí.

Los minutos pasan y me paro en seco cuando un edificio brilla delante de mis ojos. Las puertas de la comisaría se abren, las piernas me tiemblan, pero esta vez no doy media vuelta.

EPÍLOGO

El sol descendió, y de un blanco ardiente pasó a un rojo desvanecido.
Joseph Conrad*, El corazón de las tinieblas*

02 de abril de 2024, martes.

Milano

La camiseta se desliza por mi espalda y cubre unas cicatrices que siguen ardiendo sobre mí a pesar del paso del tiempo. Tengo un espejo delante y no puedo apartar los ojos de las marcas que mantienen mi piel irregular hasta acariciarme parte del cuello. A mi derecha hay una silla con una chaqueta gris oscura perfectamente doblada sobre el respaldo. Termino de vestirme en silencio, sin quitarme la vista de encima. Labios rojos, mirada gris que ha perdido todo signo del mar y la eterna compañía de mis gafas. Con cuidado meto los dedos por la cintura de mi pantalón y me aseguro de que no hay una sola arruga en cada prenda que me pongo. Atrás hay una mesa de madera con decenas de pequeñas piezas esparcidas sin montar, llevo meses sin poder hacerlo y supongo que eso es parte de mi castigo.

Tampoco he probado bocado, la comida china se enfría y no me importa. En silencio paso las manos sobre el algodón de la camiseta y me pongo la chaqueta antes de ir en busca de los tacones negros.

Alguien llama a la puerta, pero no respondo.

Guardo silencio hasta que insisten y vuelven a insistir.

—El coche está preparado —dice una voz al otro lado. Yo suspiro y me coloco bien los puños de la chaqueta antes de echarme un poco de perfume.

Los cítricos bañan el escenario y caminan junto a mis pasos. Las paredes blancas están vacías, aquí no hay nada conocido para mí y la soledad me oprime el corazón provocando que cada una de mis cicatrices duelan mucho más. Tengo que detenerme un segundo para poder respirar, cierro los ojos y la silueta de Katherine aparece y se esfuma con la misma rapidez. Abro la puerta y choco con la sonrisa de Jason y sus ojos avellana antes de que se aparte para dejarme salir.

—No necesito que me acompañes —le digo, sé que no va a dar su brazo a torcer, pero antes de que pueda decir nada giro sobre mis pasos y encaro su mirada—. Vuelve a las oficinas y contacta con

Russell, va a formarse un buen revuelo.

—Pero, las órdenes de…

—Seguirás las mías —aclaro y aprieto los labios. Respiro por la nariz en un intento por recuperar la calma y después le sonrío, poniendo una mano sobre su pecho—. Jason, tengo que hacer esto sola y no podré si me sigues como un perro faldero. Sé cuáles son las órdenes, pero ahora es mi turno, me haré responsable de las consecuencias.

—Está bien. Sabes lo que tienes que hacer —me recuerda y yo afirmo.

Con la misma rapidez que dejo atrás el pasillo, abandono el edificio y cruzo la calle. Un BMW negro me espera al otro lado y al tomar asiento y ponerme el cinturón de seguridad el mundo se me viene encima. En otras circunstancias hubiera corrido —es lo que deseo—, pero ahora necesito hacerme con toda la calma posible y enfrentarme a esto siendo agente y no persona.

Arranco el motor y pongo rumbo al Departamento de Policía de Nueva Orleans.

La piel se me eriza al recorrer unas calles que están impregnadas en mi memoria y que no he podido borrar de la mente durante estos meses. Cada uno de los recuerdos que tengo de mí caminando, corriendo o patrullando provocan que la respiración se me acelere y los ojos se me nublen por culpa de las lágrimas. No puedo doblar una esquina sin verla a ella, no puedo detenerme frente a un semáforo sin odiarme por el tiempo perdido, no puedo avanzar sin pensar en lo que pasará cuando cruce la puerta de la comisaría tras semanas y semanas con imágenes difusas, viviendo una lenta recuperación, luchando contra un demonio mayor.

Atrás ha quedado la persona que solía ser y ahora llevo bajo mi coraza el peso de cada uno de esos recuerdos, enterrados tras una puerta en mi corazón.

Las ruedas del coche chirrían cuando entro en la última avenida, giro el volante y llego a mi destino. Las estrellas brillan esparcidas por el cielo y me quedo mirándolas un momento. La brisa me golpea en la cara, revuelve mi pelo y sisea palabras que entierro en los más hondo de mi corazón. Con las manos cayendo por su propio peso, tomo aire y camino hacia el lugar donde mi vida cambió por completo, ahí donde he llevado a cabo la peor traición. Me cuesta un segundo abrir la puerta y encontrarme con los muros de piedra y el suelo de mármol. Hay miradas nuevas y otras que reconozco de días pasados. Aquel que me conoce se asombra como si estuviera viendo un fantasma y no es para menos.

Puedes hacerlo, me digo y ordeno a mi cuerpo continuar, lo demás

es trabajo fácil.

El ascensor se cierra a mi espalda un minuto después y atravieso el pasillo despacio y con los nervios a flor de piel. Desde aquí puedo ver la sala de investigación donde trabajé durante mucho tiempo, a la izquierda está el despacho de Clyde y frente a mí, Claudia, Anthony y Dennise se quedan petrificados.

—Agente Milano —dice él con la intención de caminar—. ¿Cómo es posible que…?

—Os lo explicaré —prometo y les pido que vayan al interior de la sala.

Los tres caminan y abren la puerta, de repente el oxígeno se agota a mi alrededor y no puedo respirar. Siento mi cabeza bajo el agua y abro los ojos para encontrarme al borde del ahogamiento. Un hombre camina hacia mí con su leve cojera, después me pega un puñetazo. Es un sueño que se me repite por las noches y que me acompaña durante todo el día.

El resto, es una historia que sigue convirtiendo mis huesos en polvo.

Tengo el fuego pegado a mi piel o es lo que me hacen creer las cicatrices que me arden bajo la ropa. Doy un paso y levanto la barbilla, dispuesta a encararme con la muerte otra vez si es necesario.

Pero el tiempo se detiene y ya no hay personas a mi alrededor.

Solo existe una voz.

—River…

El corazón golpea con fuerza mi pecho cuando la escucho decir mi nombre. Admito que no esperaba verla aquí, pero al girarme Katherine está ahí y el alma se me cae a los pies.

Está muy distinta, casi derrotada por las circunstancias. Tiene heridas en las manos, los ojos cubiertos de ojeras y el cansancio impregnado en unos labios que tiemblan tanto como lo hace su cuerpo cuando viene hacia mí. No le importa la gente ni los que fueron nuestros compañeros cuando me abraza y entierra su cara en mi cuello. La escucho sollozar y yo me quedo en blanco, completamente en blanco. Tenía un discurso preparado para este momento, para cuando fuera a verla a casa de su hermano y ahora, las palabras se han ido. Lo único que puedo hacer es rodearla con mis brazos y apretarla contra mí, lo suficiente para aspirar el aroma de su piel y poder besarla, aunque no tenga cerca sus labios.

—Habías muerto —dice y también parece haber perdido la fuerza en su voz—. Durante semanas me negué a aceptarlo, algo me decía que nada de esto podía ser real y ahora…

—Estoy aquí —añado yo mientras cierro los ojos.

Quiero que este momento sea eterno, hasta que recuerdo la razón por la que he venido aquí en primer lugar y entonces me separo. La expresión se me enfría y la miro a los ojos. No es River quien le habla, sino la agente Milano.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Ahora no —le pido a la vez.

Señalo a la sala de investigación y casi tengo que arrastrarla conmigo para que deje de hacer preguntas ante el resto de agentes que ya se agrupan aquí. Clyde repara en mi presencia y la carpeta que lleva entre manos se le cae al suelo, inmediatamente se levanta de su asiento y va hacia el mismo lugar al que yo me dirijo. Cerrar la puerta me hace volver al pasado, solo que ya nada es como antes. Cada uno de ellos me mira haciéndose mil preguntas a excepción de una persona, mi cómplice y mano derecha en esta traición. Katherine está de pie, apoyada contra la pared y no sé si va a poder mantenerse así durante mucho tiempo. Ella es la primera a la que me dirijo después de buscar algo en el bolsillo de mi chaqueta. En silencio cojo su placa y se la ofrezco mientras me fundo en sus ojos grises moteados de verde y avellana, deseando quedarme ahí de por vida.

—Necesito que vuelvas —le suplico.

Ojalá pudiera ordenárselo.

Ella dirige la mirada hacia mi mano y se queda pálida. La placa se cae al suelo y rebota hasta golpear mi pie, pero no es eso lo que me duele, sino ver la forma en la que le he roto el corazón por segunda vez.

El anillo en mi dedo anular brilla y le quema tanto como a mí.

—Tú… —Alcanza a decirme, pero las palabras se le quedan atascadas.

—Te he dicho que ahora no —respondo con dureza y no me da tiempo a esquivar la bofetada que me asesta un segundo después.

Esto es poco para lo que me merezco, debería haber muerto aquel día, presa del fuego y cuando ella se va y da un portazo mis ojos se cierran para devolverme a esa noche. Recuerdo haberme arrastrado por el suelo y sacarla de allí antes de que la casa fuera una víctima más de un incendio donde me declararon muerta.

El comienzo de una pesadilla que me drena por completo.

Poco a poco, las imágenes acaban con mis órganos y mi sangre se convierte en un veneno tan fuerte como la traición. Quiero correr por instinto, ir con ella y contarle toda la verdad, pero si lo hiciera acabaría muerta y no puedo perderla, ahora no.

Tenso la mandíbula y sonrío intentando volver a la normalidad.

Los chicos están tan sorprendidos como yo, pero no dicen nada.

—Conseguiré que vuelva —les comunico y vuelvo a mirarles con dureza—. Un agente de la NSA se pondrá en contacto con vosotros en las próximas horas, tenemos una misión importante que cumplir y me temo que ninguno de vosotros podrá negarse. Os lo explicare todo, tomad asiento.

Y aquí estamos, siendo soldados una vez más.

Como una vez Katherine me dijo, hay una delgada línea entre la vida y la muerte y los que nos quedamos entre medias sufrimos todas y cada una de las consecuencias. De una manera u otra siempre supe que este trabajo podría destruirlo todo —a mí incluida—, pero jamás imaginé que aquella noche mi destino fuera a dar un giro tan brutal. Durante semanas me torturaron, me convirtieron en una persona diferente, me arrancaron una por una las células hasta dejarme a cero.

Destruí la vida de las personas que más me querían y mientras les hablo, solo puedo pensar en que ojalá sean tan fuertes como parece. Porque esto… no ha hecho más que empezar.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, quiero darte las gracias por tomar una parte de tu tiempo para leer esta novela y los personajes que construyen esta historia. Gracias al eterno apoyo de mis lectoras/es y cada uno de los comentarios que me hacen llegar a través de redes sociales y diferentes reseñas.

Esta novela está dedicada a todo aquel que apoya mi trabajo y sigue dándome alas para continuar. Nunca dejéis de luchar por aquello que os hace felices de verdad. Nos leemos en la próxima. ¡Pronto!

No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de ***Amazon*** *o* ***Goodreads****. Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.*

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias. Puedes leer todas sus obras publicadas en Amazon.

Verde entre las flores.
Flores en nuestro camino.
Los puentes que nos unen.
La obra de Ictero.

ÍNDICE

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA